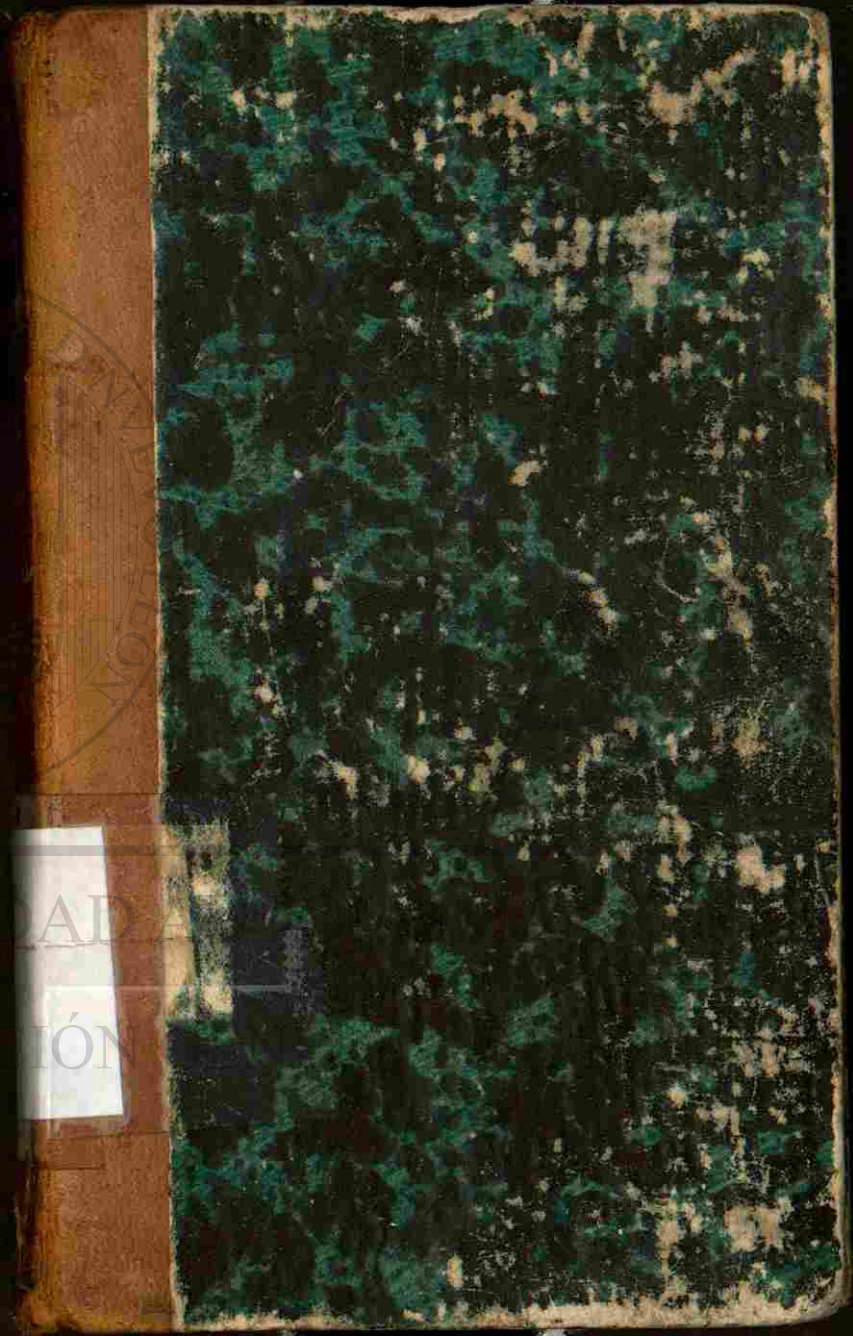






VIDA

DE S. ALFONSO

DE LIGUORI



BX4700

.L6

V5

C.1

009186



1080021312

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



S. ALFONSO MARIA DE LIGUORI.

VIDA

DE

S. ALFONSO MARIA DE LIGUORI,

Fundador de la Congregacion del Santísimo Redentor

y

OBISPO DE SANTA AGUEDA DE LOS GODOS,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL.

Por D. V. S.,

DE LA EDICION DEL POGGIOLI EN ROMA
EL AÑO DE 1816, REIMPRESA EN TURIN POR JACINTO MARIETTI
EN 1830.

UNIVERSIDAD DE LEÓN
Biblioteca Verde y Teller

MEXICO.

Imp. de J. M. Lara, calle de la Palma núm. 4.

1866.



45737

Bx4700

.L6

V5



REPO EMETERIO
VALDEZ Y TELLEZ

PARECERES

DEL

PRESBITERO D. JOSE MARIA CONDE D'ORSONI,

PROTONOTARIO MISIONERO APOSTOLICO

Y DEL

DOCTOR FELIPE N. DE BARROS.

Sr. PROVISOR.

He demorado hasta ahora dar mi parecer sobre la Traducción de la "Vida de San Alfonso Liguori," que V. S. se sirvió remitir á mi parecer, para poder asegurarle como lo hago, que no solo es fiel la traducción, sino que por el cotejo que he hecho de ella, pliego por pliego, concuerda exactamente con el texto Italiano; por lo que si fuere del agrado de V. S. puede conceder su superior licencia, para que se publique y circule. Dios nuestro Señor guarde á V. S. muchos años.—México, 30 de Julio de 1865.—*José Maria Conde d'Orsoni*, Protonotario, Misionero apostólico.

Sr. PROVISOR.

Obsequiando el precepto de V. S., he leído muy detenidamente la "Vida de San Alfonso María de Liguori," fundador de la Congregación del Santísimo Redentor y Obispo de Santa Agueda de los Godos, traducida al español por J. I. S., y lejos de encontrar

000186

en ella cosa alguna que se oponga á nuestra santa Fé católica ó á las buenas costumbres, me parece muy á propósito para escitar en los fieles y mas particularmente en los eclesiásticos, la práctica de todas las virtudes cristianas á que tanto nos mueve el ejemplo de tan gran Santo.

Por esta razon la impresion que se desea hacer de dicha obra, será útil y provechosa, y por lo mismo V. S. puede al efecto conceder su permiso. Este es mi dictámen que sujeto al muy ilustrado de V. S.

Oratorio de S. Felipe Neri de México, á 26 de Setiembre de 1863.—*Dr. Felipe N. de Barros.*

LICENCIA.

México, Setiembre 22 de 1863.

Visto el dictámen del Sr. Dr. D. Felipe Neri Barros del Oratorio de San Felipe Neri, á cuya censura pasó el libro titulado: "Vida de San Alfonso María de Liguori," despues de cotejada la traduccion que de la misma se hizo del italiano, concedemos nuestra licencia para su impresion y publicacion, cuidando se inserte la censura y este nuestro decreto, y de que no salga al público sin que sea revisada por el Sr. Censor: el Sr. Provisor y Vicario general interino de esta Sagrada Mitra, así lo decretó y firmó.—M.—*Carrillo.*
—*Lic. José María Paredes*, oficial mayor.

PARTE PRIMERA.

DESDE SU NACIMIENTO HASTA QUE DEJÓ EL ESTADO
DE CABALLERO SECULAR.

CAPITULO PRIMERO.

Padres, nacimiento, presagios de virtud y educacion de San
Alfonso.

Un jóven de noble linaje, que desde su mas tierna edad emprende valerosamente llevar el yugo del Señor: un hombre que dotado de grandes talentos, y de los mas vastos conocimientos se hace admirar de todos en el foro por su saber, y mucho mas por la fama de sus virtudes: un ministro del Santuario que renunciando las vanas pompas del siglo y á los honrosos puestos á que podia aspirar, así como á las muchas riquezas y á todas las comodidades de la casa paterna, toma al Señor como la única parte de su herencia: un operario evangélico incansable, que impulsado por la mas ardiente caridad de Dios y del prójimo, no omite

en ella cosa alguna que se oponga á nuestra santa Fé católica ó á las buenas costumbres, me parece muy á propósito para escitar en los fieles y mas particularmente en los eclesiásticos, la práctica de todas las virtudes cristianas á que tanto nos mueve el ejemplo de tan gran Santo.

Por esta razon la impresion que se desea hacer de dicha obra, será útil y provechosa, y por lo mismo V. S. puede al efecto conceder su permiso. Este es mi dictámen que sujeto al muy ilustrado de V. S.

Oratorio de S. Felipe Neri de México, á 26 de Setiembre de 1863.—*Dr. Felipe N. de Barros.*

LICENCIA.

México, Setiembre 22 de 1863.

Visto el dictámen del Sr. Dr. D. Felipe Neri Barros del Oratorio de San Felipe Neri, á cuya censura pasó el libro titulado: "Vida de San Alfonso María de Liguori," despues de cotejada la traduccion que de la misma se hizo del italiano, concedemos nuestra licencia para su impresion y publicacion, cuidando se inserte la censura y este nuestro decreto, y de que no salga al público sin que sea revisada por el Sr. Censor: el Sr. Provisor y Vicario general interino de esta Sagrada Mitra, así lo decretó y firmó.—M.—*Carrillo.*
—*Lic. José María Paredes*, oficial mayor.

PARTE PRIMERA.

DESDE SU NACIMIENTO HASTA QUE DEJÓ EL ESTADO
DE CABALLERO SECULAR.

CAPITULO PRIMERO.

Padres, nacimiento, presagios de virtud y educacion de San
Alfonso.

Un jóven de noble linaje, que desde su mas tierna edad emprende valerosamente llevar el yugo del Señor: un hombre que dotado de grandes talentos, y de los mas vastos conocimientos se hace admirar de todos en el foro por su saber, y mucho mas por la fama de sus virtudes: un ministro del Santuario que renunciando las vanas pompas del siglo y á los honrosos puestos á que podia aspirar, así como á las muchas riquezas y á todas las comodidades de la casa paterna, toma al Señor como la única parte de su herencia: un operario evangélico incansable, que impulsado por la mas ardiente caridad de Dios y del prójimo, no omite

fatigas, sudores ni trabajos para poder con el ejemplo, con la voz y con sus escritos, promover la gloria de Dios y ganar almas á Cristo, á cuyo fin instituye una nueva Congregacion de Sacerdotes seculares que deben consagrarse todos al bien espiritual de las almas, particularmente las mas abandonadas que viven en el campo y en las cortas poblaciones: un Obispo celosísimo que olvidado enteramente de sí mismo, y privado de toda clase de comodidades, solo busca lo que es de Jesucristo, y no se ocupa mas que de apacentar el rebaño que le ha sido confiado, y de conducirlo siempre á los pastos mas saludables: un venerable anciano, en fin, que deponiendo el grave peso del obispado, se retira á vivir con sus compañeros y alumnos, donde entre las grandes incomodidades de una edad decrepita y entre los continuos y agudos dolores de una muy larga y penosa enfermedad, lleva una vida enteramente oculta en Jesucristo, y termina santamente su curso y vida mortal, este justamente es SAN ALFONSO MARIA DE LIGUORI cuya vida vamos á escribir. Y ya que las acciones virtuosas y heroicas de los verdaderos siervos del Señor deben proponerse y encomiarse, no solo para glorificar á Dios verdaderamente admirable en sus Santos, sino tambien para escitar é inducir á los fieles á imitarlas, cada uno segun su propia condicion y sus fuerzas; con razon nos lison-

jeamos de que el fiel relato de las de nuestro Santo será tanto mas á propósito para alcanzar este objeto, cuantas mas son los órdenes y las condiciones de las personas á quienes pueden convenir, en razon de los diversos estados en que él se halló, y en cada uno de los cuales fué siempre un perfecto modelo de todas las virtudes cristianas.

D. José de Liguori, de la antigua y noble familia de este nombre, inscrita en el Señorío de Puerta nueva, uno de los cinco en que se divide todo el órden patricio de la ilustre y amena ciudad de Nápoles, y Doña Ana Catarina Cavalieri, dama de la ciudad de Brinadisi, fueron los venturosos padres de nuestro Alfonso. El padre era un personaje muy notable, no solo por la nobleza de su nacimiento, por sus conocimientos, particularmente militares, por los cargos públicos que habia desempeñado con suma integridad y prudencia, y por ser aun en aquel tiempo capitán de las galeras austriacas; sino aun mucho mas por el conjunto de virtudes morales y cristianas de que estaba adornado. Ademas, profesaba una devocion tan tierna á la pasion de nuestro Señor Jesucristo, que continuamente meditaba en ella, llevando á este fin siempre consigo cuatro pequeñas estatuas que representaban sus principales misterios, cosas todas de gran admiracion y edificacion, particularmente en personas

de esta clase. La madre era hermana del célebre siervo de Dios D. Emilio Santiago Cavalieri, operario pío y despues obispo de Troya en la Puglia, muerto en olor de santidad y con fama de milagros. Doña Ana Catarina no se mostró inferior en lo mas mínimo á su hermano en el ejercicio de todas las virtudes, particularmente de la oracion y mortificacion, pues todos los dias rezaba las horas canónicas como si fuese una religiosa claustrada, y aun cuando hubo pasado de los noventa años de edad, ayunaba con todo rigor en los dias prescritos por la Iglesia. Al tiempo del nacimiento de nuestro Santo, se hallaba ella en el pueblecillo llamado *Marianella*, poco distante de la ciudad de Nápoles, y allí le dió á luz el 27 de Setiembre, dia dedicado á los santos mártires Cosme y Damian, del año de 1696, bajo el pontificado de Inocencio XII, y fué bautizado el 29 del mismo mes, dia dedicado al arcángel San Miguel, en la iglesia parroquial, llamada de las *Virgenes* en Nápoles, y entre los nombres que le pusieron fueron los primeros ALFONSO MARIA.

De tan buenos árboles no podian germinar mas que frutos tan ópimos como fueron justamente todos los que siguieron á nuestro Alfonso. Pero éste no solo fué el primero, sino que por un singular favor y disposicion divina, fué el escogido y el mejor. En efecto, se puede muy bien decir que al comenzar á

sonreír con las caricias de su tierna madre, dió las mas claras y distinguidas señales de todos aquellos singulares dones de espíritu y sublime virtud de ánimo, que desarrollados despues y crecidos á su tiempo lo habian de hacer seguramente acepto á Dios y á los hombres. De aquí es que todas las personas prudentes que tuvieron ocasion de verlo y admirarlo de niño, hicieron de él los mas felices y ventajosos pronósticos. Pero la mas clara y terminante de todas las predicciones fué la que hizo el beato Francisco de Gerónimo, de la Compañía de Jesus, persona provista de todas las virtudes mas heroicas y colmado de dones sobrenaturales, operario evangélico tan celoso é incansable en la viña del Señor, como benemérito del pueblo cristiano, particularmente de la ciudad de Nápoles. Habiendo ido éste un dia á casa de D. José de Liguori, luego que le presentaron al niño Alfonso, no solo le bendijo, sino que volviéndose á la madre, le dijo con espíritu profético: *este niño llegará á ser muy viejo, no morirá antes de los noventa años: será obispo y hará grandes cosas por Jesucristo.* El resultado manifestó ser cierta la prediccion en todas sus partes.

Alfonso no solo tenia una alma verdaderamente dócil y buena, sino tambien unos padres consagrados á la verdadera y sólida piedad cristiana y empeñados en cumplir con una de las principales obligaciones de su

estado, como es justamente la de educar á los hijos, corrigiéndolos é instruyéndolos segun el Señor: de modo que pusieron el mayor cuidado en cultivar con tiempo las semillas de virtud que ya se descubrían en el niño Alfonso, y en prepararlo para la ejecucion de los designios á que Dios lo tenia destinado. Con esto, aprendió desde su infancia como el jóven Tobías, á temer al Señor, y á estar siempre en guardia para no incurrir en nada que pudiese manchar ligeramente su alma, y ofender ni aun levemente á su Dios. La piadosa y solícita madre solia con frecuencia entre dia, y particularmente por la noche, rodearse de todos sus hijos y nutrirlos amorosamente con la leche mas pura de la doctrina cristiana, y destilar poco á poco en sus tiernos corazones aquellas semillas de piedad y devocion, que germinando y creciendo despues pudiesen dar á su tiempo los mas copiosos frutos de buenas obras. Les enseñaba los principales misterios de nuestra santa Religion: los instruía en la práctica de las virtudes cristianas: procuraba escitar en su ánimo sumo horror al pecado y encenderlos en el amor de Dios, y en una tierna devocion á Jesus y á María, ejercitándolos tambien en algunas prácticas devotas, que debían repetir por la noche antes de acostarse, y por las mañanas luego que se levantasen. Y tuvo el gusto de ver que no salieron fallidas sus esperanzas,

ni sus esfuerzos quedaron inútiles, porque todos correspondieron á las santas intenciones y diligencias de tan escelente madre, de quien hablando despues Alfonso, decia con toda razon, que debia mucho á su madre, que tan perfectamente bien lo habia sabido cuidar. ¡Qué bello elogio para una madre! y ¡qué suerte tan envidiable para un hijo!

Por otra parte, así como nuestro Alfonso se distinguió siempre en todo de los demas por ser el de mas edad, tambien sobresalió entre ellos aun desde niño. Era cosa muy admirable y al mismo tiempo placentera verlo correr luego que oía la voz de su madre, y quedarse, despues tan atento y tan inmóvil escuchando sus instrucciones, que se echaba de ver muy bien el empeño y el placer que tenia en aprender los misterios de la Fé y las máximas de la Religion, aprendiéndolas con muchísima facilidad, y reteniéndolas perfectamente impresas en la mente, porque estaba dotado de una memoria muy viva y tenaz. Frequentemente era él el primero que promovía conversaciones acerca de Dios y de lo relativo á la Religion, y se ocupaba con muchísimo gusto de aquellos actos de piedad cristiana que veía practicar á su madre, que como persona sumamente piadosa y prudente, procuraba educar á sus hijos en el santo temor de Dios y en las virtudes cristianas, mucho mas aun con el ejem-

plo que con las palabras. De aquí es que se veía que Alfonso era muy diverso del comun de los niños, los cuales suelen ser sumamente desusados á las ocupaciones devotas, y andan buscando toda clase de pretextos para sustraerse á ellas, y él por el contrario era enteramente opuesto á toda ocupacion pueril, y á todos los juegos y diversiones de que regularmente suelen formar los niños toda su ocupacion y todas sus delicias. Aun era mucho mas enemigo de jugar con sus contemporáneos, y gustaba, por el contrario, del silencio y de la soledad: de manera que se puede muy bien decir de él, como se ha dicho del jóven Tobías, que jamas se vió en todas sus palabras y en todas sus acciones, nada que tuviese ni aun la sombra de infantil. Añadiase á todo esto una tan pronta y tan ciega obediencia á sus padres, que no solo la voz sino una simple seña que le hiciesen, bastaba para que él ejecutase no digo su voluntad, sino aun sus menores deseos. Unas cosas tan fuera de lo ordinario, no podian dejar de causar el mayor placer y admiracion, tanto á sus padres como á todos los individuos de la familia, y al mismo tiempo servian de un fuerte estímulo y escitaban vivamente á la virtud, á sus dos hermanos menores D. Hércules y D. Cayetano. Por esto se comprendia claramente la abundancia de gracias de que estaba prevenido, y el espíritu del Señor

de que estaba lleno, y que echaba en él los mas sólidos fundamentos del cúmulo de virtudes á que habia dispuesto elevarlo, y lo estaba preparando á aquel ardor de caridad que debia despues unirle tan estrechamente con su Dios.

Pasados de este modo los primeros años de su niñez, fué confiado nuestro Alfonso por su cariñosa madre, al cuidado y direccion del padre D. Tomás Pagano, sacerdote de la congregacion del Oratorio de S. Felipe Neri de Nápoles, no tanto porque era pariente de la familia de Liguori, cuanto, y mucho mas porque era persona de experimentada virtud y de gran saber. Descubriendo éste la excelente índole del jovencito que se le habia confiado, se dedicó muy especialmente á cultivarlo y á encaminarlo desde luego por la senda de la virtud. Con esto, comenzó Alfonso á acercarse al sacramento de la penitencia dos veces á la semana con las mas esquisitas disposiciones, y á gustar del pasto de la oracion, á frecuentar las iglesias, á venerar con el mas filial y amoroso respeto á la gran Virgen Madre de Dios, y á hacer de estas y de otras semejantes prácticas devotas su principal y su mas deliciosa ocupacion. Sin embargo, no por esto dejaba de atender, como debia, al estudio de los primeros elementos de la lengua latina, sino que por el contrario, se aplicaba con el mayor empeño á

aprender las reglas gramaticales que le enseñaba el sacerdote D. Domingo Buonanzi, quien como buen preceptor, al adiestrarlo en el conocimiento de las letras, no dejaba de inculcarle la piedad y las buenas costumbres. Por otra parte, su mayor deseo era el de acercarse á la sagrada mesa para unirse cada vez mas estrechamente con aquel Dios á quien habia ya resuelto consagrarse todo entero; y el padre Pagano, su director espiritual, no descubriendo en él ninguna culpa ó falta positiva, creyó poder concederle que se nutriese tambien con el pan de los ángeles. Fácilmente se concebirá, cuáles fueron en esta ocasion las disposiciones interiores de nuestro jovencito; los sentimientos de adoracion y de afecto, y el sumo regocijo de que se vió inundado al acoger dentro de sí mismo á su Dios, á su Señor, que ya era el objeto de todos sus anhelos. Despues se le confirió el sacramento de la confirmacion por Monseñor Positano, obispo de Acerra.

Luego que cumplió el segundo lustro de su edad, fué agregado Alfonso por el mismo padre Pagano á la congregacion de jóvenes nobles, erigida en la casa de los padres del Oratorio de San Felipe Neri en Nápoles, llamada de los Gerónimos, y cuyo instituto es, encaminar á los caballeros jóvenes por la via de la perfeccion cristiana, ejercitándolos en toda clase de

prácticas devotas y en toda especie de virtudes. Allí asistia diariamente con gran modestia y recogimiento al santo sacrificio del altar; acudia con puntualidad á todas las reuniones y funciones comunes; se acercaba todas las semanas á los sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía, y observaba con la mayor exactitud todos los ejercicios y todas las prácticas que se hallaban prescritas. Mas esto no bastaba. Era, ademas, el jóven Alfonso dócil y respetuoso con los mayores, amable y verídico con los iguales, y afable y modesto con todos; pero lo que le daba aun mas realces, que se descubrian en él las mas claras señales de una conciencia tan pura y tan dispuesta á aborrecer no solo el pecado aun el mas leve, sino hasta la misma apariencia de pecado, amando en sumo grado la pureza y la virginidad, así como el espíritu de oracion y de contemplacion y todas las virtudes cristianas. Así es que muy en breve llegó á ser el espejo y el modelo de todos sus contemporáneos, siendo con razon admirado y estimado de todos, mas bien como un ángel del cielo, que como un jóven revestido de carne mortal.

Los padres del citado Oratorio acostumbraban llevar de cuando en cuando á estos jovencitos á una inocente recreacion, por lo cual fueron conducidos un dia á la casa de campo del príncipe de la Riccia, lla-

mada vulgarmente *Miradoisi*. Sucedió allí, que invitado Alfonso por sus compañeros á jugar á la pelota con ellos, se escusó muchas veces diciendo que él no sabía ni palabra en esto de jugar. Pero cediendo por fin á las estrechas y reiteradas instancias de sus compañeros, y queriendo condescender con una solicitud tan inocente, se puso á jugar, y aunque enteramente inesperto en la materia, quedó por fin vencedor. Entonces el mayor de aquellos jóvenes caballeros, sumamente picado de que Alfonso casi lo habia burlado con decirle que no sabia jugar, al pagarle la insignificante cantidad que habia perdido en el juego, dijo una palabra malsonante é inconveniente. Al oirla el inocente Alfonso, se le cubrió el rostro de un vivo encarnado, y altamente lastimado en lo mas íntimo de su corazon por la ofensa hecha á Dios, tomó un aire grave superior á su edad, y volviéndose á él lleno de celo, le dijo: *¿Cómo es eso? ¿así se ofende á Dios por una vil moneda?* y arrojándosela, añadió: *he ahorrado vuestro dinero, y Dios me libre de ganar ninguno en tan malos términos.* Dicho esto, le volvió la espalda y se fué como huyendo por lo mas intrincado del jardín. Atónitos sus compañeros, y penetrados de la reprension tan seria y tan pronta de Alfonso, permanecieron inmóviles y confusos por algun tiempo con el delincuente; pero luego, cediendo á los estímulos de

la edad, volvieron á ponerse á jugar de nuevo entre sí hasta el pardear de la tarde. Entonces, no habiendo vuelto á ver á Alfonso, ni sabiendo qué habia sido de él, se pusieron á buscarlo por todas partes, con tanta mas razon, cuanto que el jóven que lo habia insultado, arrepentido ya de su trasporte, dijo á sus compañeros: *vamos á buscar á Fonso porque quiero presentarle mis excusas.* ¿Mas qué vieron? Despues de varias y largas pesquisas, le encontraron por fin arrodillado delante de una imagencita de la Virgen, que habia sacado de la bolsa y habia prendido en el tronco de un árbol viejo; y lo que es mas, tan arrobado y tan fuera de todos sus sentidos, que ni aun echó de ver la llegada de sus compañeros que al instante lo rodearon. Estos quedaron absortos al ver un espectáculo tan tierno como inesperado, y el caballero que habia sido ocasion de él, no pudo ya contenerse y exclamó: *¿Qué es lo que he hecho? he maltratado á un santo.* Entre tanto, Alfonso, vuelto en sí del éxtasis, se levantó, recogió la imagen, y lleno de confusion se reunió con sus compañeros. Pero mucho mayor fué el rubor y la vergüenza de que se cubrió el rostro tanto del caballero reprendido por él, como de todos los demas, que sin proferir una palabra, volvieron á sus casas, contando á sus padres y parientes lo que habia sucedido, como un verdadero prodigio.

CAPITULO II.

Rápidos progresos de Alfonso en los estudios y en la piedad.

Unas dotes tan bellas y tan apreciables no podían menos de cautivar la atención y el afecto de todo el mundo, y muy particularmente el de sus padres. D. José de Lignori, que mas que otro alguno descubrió en su hijo ademas de una índole tan buena y tan inclinada á la piedad, una gran penetración y un raro talento, junto con una fácil y firmísima memoria, puso el mayor cuidado en hacerle aprender aquellas ciencias que tanto convenían á su rango, para que reuniéndose en él al lustre del nacimiento, el mas estimable aún, del saber, se hiciese digno de toda clase de consideraciones, y pudiese de este modo abrirse camino á los mayores honores y á los primeros cargos de la toga en Nápoles, con tanta mas razón, cuanto que sus mayores por la línea materna se hallaban investidos de ellos. Llevado por otra parte del grande amor que le profesaba, no quiso privarse de su compañía, mandándolo á estudiar á alguno de los colegios nobles de la ciudad, como es costumbre, sino que procuró buscar y tomar en su casa maestros tan hábiles en el saber, como irreprochables en sus costumbres, á fin de que al adelantar el jovencito Alfonso en

los conocimientos y en las ciencias humanas, adelantase por lo menos con paso igual en el verdadero conocimiento y en la ciencia del Señor. Bajo la dirección de tan buenos y escogidos maestros, se aplicó al estudio de las lenguas latina y griega, de la elocuencia, de la poesía latina é italiana, de toda la filosofía y de las leyes canónicas y civiles. Y como el padre deseaba con ardor reunir en él el conocimiento de aquellas artes, con que comunmente suelen distinguirse las personas de rango, llamadas por esto nobles artes, esto es, la esgrima y la música, aunque el joven Alfonso no tenía ninguna inclinación por ellas, sino que al contrario le eran enteramente indiferentes, solo por no oponerse á los deseos de su padre, y llevado de una simple y pura obediencia á su voluntad, no rehusó aprenderlas.

Los progresos que hizo Alfonso en todos estos diversos estudios, fueron en todo conformes y correspondientes no solo á sus grandes talentos, sino tambien á la firme y constante aplicación con que jamas dejó de atender á ellos. Y en efecto, fueron tan rápidos, que para elevarlo al grado de doctor en ambos derechos, civil y canónico, despues de concluidos sus estudios legales, fué necesario una dispensa de tres años y algunos meses por no contar él entonces mas que diez y seis años de edad. Este grado se le con-

firió en el colegio principal de Nápoles en el mes de Enero de 1713, y al decorarlo con las insignias doctorales, se echó de ver que por su corta edad le arrastraba una parte de la toga senatoria, lo que causó no la risa sino la admiracion de todos los que estaban presentes, al ver que un caballero de tan tierna edad habia llegado á ser digno de este honor por su saber y por su talento. Este fué un hecho cuya memoria se conservó por mucho tiempo, y la cual sirvió para escitar la emulacion de los jóvenes estudiantes, que seguian la misma carrera y aspiraban á igual premio. Por otra parte, el Siervo de Dios lo convertia despues en materia de risa, y al mismo tiempo de desprecio de sí mismo, porque si alguna vez recaía la conversacion sobre este pasaje entre sus compañeros, solia decir: *me hicieron poner un casacon tan largo, que me arrastraba.*

¿Pero qué hay que maravillarse de que el jóven Alfonso adelantase con tanto empeño en los estudios, cuando procuraba ir aun mas solícito avanzando en el camino de la virtud y de la perfeccion? Si los dos grandes santos Basilio y Gregorio Nacienceno, llegaron á ser grandes luminares tanto de saber como de virtud, porque al ocuparse del estudio de las ciencias en Atenas, aseguran que no conocian en aquella tan famosa y frecuentada ciudad mas calles que la que conducia á la iglesia, y la que se dirigia á la escuela,

se puede muy bien decir que tambien nuestro Alfonso, sabiendo que el temor del Señor es el verdadero principio y fuente de toda sabiduría, no buscó ni gustó desde entonces de otra ocupacion que de la de llenar su mente de conocimientos y adelantar mas y mas en el servicio de Dios. De aquí es que entre la multiplicada y continua aplicacion á las ciencias humanas, que regularmente suelen trastornar y hacer apartar la atencion de las cosas del cielo, léjos de entibiarse su fervor de espíritu, sabia unir con tal arte, y como entrelazar el estudio con la piedad, que como si estas dos cosas se dieran recíprocamente la mano, la una servia de sostén y de alimento á la otra. Siempre firme y constante en el tenor de vida que habia emprendido, frecuentaba cada ocho dias los Santos Sacramentos, intervenia y asistia con suma modestia y recogimiento á los divinos oficios, continuaba en sus otras prácticas de piedad que acostumbraba, é iba siempre en aumento su devoción á la gran Virgen Madre y á Jesus Sacramentado, á quien iba á visitar y adorar todos los dias en la iglesia en que estaba el jubileo llamado de las *cuarenta horas*. Allí justamente penetrado de la mas viva fé y del mas íntimo sentimiento de la majestad y presencia divina, permanecia con la mayor compostura y recogimiento, y en tal arrobaamiento que alguna vez sin que él lo percibiese, se le

veía deslizar la peluca hasta la mitad de la cabeza; de manera que se atraía las miradas y la admiración de los que lo observaban. Tres fervorosos eclesiásticos, entre otros, dedicados también á visitar diariamente á Jesus sacramentado, espuesto de este modo á la pública veneración de los fieles, encontrando todos los días en cada iglesia en que estaba dicho jubileo, á este jovencito secular, buen mozo, y de tan bello aspecto como era entonces nuestro Alfonso, y viendo que postrado en tierra y enteramente recogido en sí mismo y en Dios, estaba siempre con los ojos fijos en la sagrada hostia y como estático, sumamente edificados con esto, andaban reprendiéndose secretamente á sí mismos, el no saber ellos, aunque eclesiásticos, imitar á aquel secular. Por esto, terminada su visita, cada uno comunicaba á sus compañeros la maravilla que le causaba ver tanta devoción y tanta virtud en un jovencito secular, y la confusión que por esto experimentaba. Así es que, habiendo concebido una grande estimación por él, nació en ellos un fuerte deseo de indagar y saber su nombre y su rango, así como de contraer con él una amistad espiritual, á cuyo fin comenzaron á prolongar sus visitas para podersele hacer contradizos al salir de la iglesia. Pero ni aun así pudieron alcanzar su intento, porque como lo encontraban, así lo dejaban siempre

en la iglesia aun á hora muy avanzada, hasta que después de algun tiempo consiguieron el logro de sus deseos, como se verá en su lugar.

Cuando D. José de Liguori no se hallaba en el mar con las galeras de que era capitán, acostumbraba entrar á ejercicios, acompañado de su hijo Alfonso, en la casa de los padres jesuitas, llamada de la *Conochia*, ó en la de San Vicente de Paul, de los señores de la Misión. Así es que, habiendo ido nuestro Alfonso á los diez y ocho años de su edad á la primera de estas casas, donde daba los ejercicios espirituales el padre Buglione, de la Compañía de Jesus, hombre bastante célebre entonces por su celo apostólico, sacó un gran provecho de ellos y se sintió mucho mas estimulado y encendido para adelantar en el camino de la perfección. Hacia la misma época fué cuando Alfonso, que ya llevaba dos años de estar condecorado con la borla de doctor, pasó de la congregación de los jóvenes caballeros á la de los doctores de la misma iglesia de los padres del Oratorio, en la que fué inscrito el 15 de Agosto, día consagrado á las iglesias de María Virgen en su Asunción á los cielos, el año de 1715. Pero si ya se habia portado con tanta exactitud y tan ejemplarmente en el cumplimiento de todos los ejercicios devotos, y en todos los actos de virtud que prescribían las reglas de la

primera congregacion, mucho mejor lo lizo al tratarse de las de ésta. Así es que jamas dejó de asistir todos los domingos á los oficios divinos, ni de ejercitarse en todos los demas actos de piedad que debian hacerse por los congregantes. Y como uno de éstos, y aun quizá el principal, era visitar á los enfermos, Alfonso, aunque jóven y caballero, criado en medio de las comodidades y las delicias de la casa paterna, y no acostumbrado á conversar de las miserias humanas, ni de la muerte, llegó á superar todo obstáculo, y venciendo toda especie de repugnancia natural, se dedicó muy pronto á frecuentar el hospital de los incurables, donde con la voz y con las obras consolaba y socorria á aquellos pobres enfermos, les daba el alimento, les ayudaba en sus necesidades, y les prestaba cualquiera otra clase de oficios con tanta amabilidad, con tanta prontitud de espíritu y con tan buen semblante, que daba muy bien á conocer que no veía en la persona de ellos sino la de Jesucristo.

Entre tanto no dejaba de ir á visitar á menudo al padre Pagano su director, para conferenciar con él y comunicarle los sentimientos de su corazon, y aun manifestarle aquellas luces que quizá recibia de Dios, y despues lo obedecia enteramente y se sujetaba á su dictámen en todo lo concerniente al espíritu. También procuraba refrenar y mortificar las pasiones tan

tenaces y seductoras, particularmente en la edad juvenil, y cuidar con la mayor atencion sus sentimientos, cerrando sus oidos para no escuchar la lengua maldiciente, y poniendo freno á su lengua para no decir cosa alguna que pudiese ofender en lo mas mínimo el ánimo y la reputacion agena, ó bien á la honestidad y á la modestia; por lo que jamas se vió en él ni un gesto, ni el mas leve signo que no fuera decente, ni se le oyó una sola palabra que no estuviese pesada en la mas severa balanza del deber y de la cristiana moral. Y como sabia tambien que la pureza del espíritu y del cuerpo es una virtud tan bella y tan delicada, que el mas ligero viento, ó el soplo mas delicado del mal basta para alterarla, empañarla, y aun para hacerla desaparecer del todo, jamas omitió vigilancia ni medios de ninguna especie, aun dormido, para conservarla enteramente pura é intacta. Por esto huia siempre en cuanto dependia de él, de la compañía y conversacion de las personas de diverso sexo, y de los lugares en que esa virtud pudiese correr algun peligro; y si por casualidad, por necesidad, ó por una mera obediencia se encontraba alguna vez en ellos, permanecia allí con suma compostura y modestia, á fin de que su pureza no padeciese el menor menoscabo. En consecuencia, siempre que su padre lo invitaba para que lo acompañase á alguna diver-

sion, tertulia, teatro ó á cualquiera otra parte semejante, nunca dejaba Alfonso de oponer los mas diestros y eficaces pretestos para escusarse de hacerlo. Y si tal vez por no causarle un grave disgusto, y solo á título de obediencia lo acompañaba, no solo permanecía allí con los ojos bajos y con toda la modestia posible, sino que ademias, siendo como era completamente miope, jamas usaba los anteojos en dichos sitios, á fin de no distinguir ningun objeto en ellos. Habiéndose visto un dia obligado en una tertulia á tocar el piano, lo que hacia muy bien, notando que tenia á su lado cierto objeto peligroso y seductor, supo contener y revolver sus ojos con tal destreza, aun frente á frente de los mas fuertes incentivos, que logró por fin no verlo. Tanto era el empeño de Alfonso en conservarse enteramente limpio y puro, y en cuidar su corazon, sabiendo bien que esto es la fuente de la vida. Por otra parte, le gustaba y nunca dejaba de ir por las noches á una reunion de literatos y eruditos, que habia en casa del Sr. D. Domingo Caravita, presidente de cámara; pero de esto se puede muy bien decir, que era un nuevo género de aplicacion, mas bien que una diversion ó descanso de sus continuos estudios.

Una conducta semejante observada por un caballero jóven, como era Alfonso, dotado de grandes ta-

lentos, con muchos conocimientos, en medio del mundo, entre las comodidades de la casa paterna y de las mas lisonjeras esperanzas del siglo, se atrajo en breve las miradas de todos sus conciudadanos y de cuantos lo conocian, y le concilió un cierto respeto y casi veneracion de santo, viendo reunidas en él unas cosas no tan fáciles de hallarse juntas, esto es, saber, virtud, nobleza y santidad. Por esto era apreciado de todos: todos solicitaban su amistad y compañía para aprender de él las prácticas de virtud, mucho mas con el ejemplo que con la voz. Sucedió, en efecto, que teniendo en casa su padre como capitán de las galeras, muchos esclavos para su servicio, habia asignado uno á Alfonso en particular, el que solo entre tantos como eran, movido únicamente por la virtud, y ejemplar conducta de su jóven amo, quiso hacerse cristiano á toda costa, y despues de algun tiempo murió con señales muy claras de su eterna salvacion.

CAPÍTULO III.

Profesion del foro ejercida y muy pronto abandonada por
San Alfonso.

Luego que Alfonso acabó sus estudios y recibió la borla doctoral, no se quedó ocioso y desocupado, como sucede á menudo con la mayor parte de los jóvenes, que no teniendo necesidad de procurarse el sustento necesario con alguna ocupacion, dan en la flor de sus años un eterno adios á los estudios y á toda honesta ocupacion, y se abandonan al ocio y á la disipacion, con ningún provecho de la sociedad civil y con gran perjuicio de sus almas. Pero sabiendo muy bien Alfonso que el trabajo y la ocupacion se ha impuesto á cada uno segun sus fuerzas y su condicion, y que es tan necesaria y provechosa al espíritu como al cuerpo, quiso ir á aprender la práctica del foro con el abogado Perone, y muerto éste, con el abogado Jovera, juriconsultos ambos muy estimados y célebres en aquellos tiempos en la ciudad de Nápoles. Con ellos hizo en muy breve tiempo tan rápidos progresos, que todavía jóven se concilió la estimacion universal y adquirió la fama de docto y excelente abogado. Se admiraban en él una grande elevacion de ingenio, sublimidad de ideas, suma cla-

ridad para esponer los hechos, sólida y profunda doctrina en la defensa, una robusta é insinuante elocuencia para perorar, gran viveza y prontitud de ingenio para responder, y una estrema sollicitud para llevar á feliz término las causas que se le encomendaban. Por lo que divulgada la fama de su saber y de su grande habilidad en los negocios forenses, no solo en la ciudad de Nápoles, sino por todo el reino, se veia acudir clientes de todas partes para confiarle la defensa de las mas interesantes y de las mas intrincadas causas. Pero lo que causaba aun mas maravilla era, que no solo desempeñaba esta profesion con suma justicia y equidad, sino que entre tan exigentes y continuas ocupaciones y distracciones, no desmayaba en lo mas mínimo en el camino de la virtud que habia emprendido. Además de los mandamientos de Dios, observaba con toda exactitud los preceptos de la Iglesia, particularmente el ayuno de la cuaresma y los que tiene establecidos dentro del año, sabiendo cuanto aprovecha la abstinencia de los alimentos para mantener sujeta la carne al espíritu. Santificaba las fiestas con la oracion y otros actos de piedad: nunca dejaba de entrar en ejercicios cada año con su padre: frecuentaba los santos sacramentos cada ocho dias: jamas omitia sus prácticas devotas de costumbre, y nunca iba al tribunal sin haber asistido antes

al santo sacrificio de la misa, persuadido de que el buen éxito de los negocios debe solicitarse particularmente de Dios.

Así es que todos presagiaban al jóven caballero, aun antes del tiempo y de la edad los mas sublimes puestos y honores de la toga y del reino, con tanta mas razon, cuanto que la familia de Liguori era vista con ojos benignos y con especial afecto por el emperador Carlos VI, que tenia entonces el mando del reino de Nápoles, así como por todos los principales ministros de aquella corte Cesárea. El padre, fuera de sí con tan raras dotes y talentos de su hijo primogénito, habia ya fundado en él las mayores esperanzas de aumentar mas y mas por su medio, el lustre y el patrimonio de su familia. Veia al mismo tiempo que su querido Alfonso era solicitado con empeño por muchas personas de rango para esposo de alguna de sus hijas; pero desechando cualquiera otro partido, aunque decoroso y ventajoso, habia ya tratado las bodas con la Sra. D^{ca} Teresa de Liguori, hija del príncipe de Presiccio, doncella estimable, no solo por la nobleza del nacimiento, sino aun mucho mas por sus cualidades naturales y por las dotes de su espíritu. Por otra parte, Alfonso, de genio y por naturaleza solitario, se mostraba siempre muy distante de querer tomar ese estado, y tanto, que avanzado en edad,

afirmaba que en los varios manejos que para su matrimonio habia hecho su padre, él, por la gracia de Dios, no habia cometido un pecado ni aun venial. Esto solo basta para comprender bien hasta qué punto llegaba aun entonces la delicadeza de Alfonso.

Pero los designios de Dios eran muy diversos de los del padre sobre la persona de Alfonso. La gracia comenzaba ya á investirlo mucho mas y á inspirarle una aversion mas fuerte y decisiva, y un gran desprecio á las farsas y á los honores del mundo, para desprenderlo finalmente de todo lo que pudiese aun tenerlo aficionado á él. Cerca del quinto lustro de su edad, ya habia entrado Alfonso en ejercicios con su padre en la mencionada casa de los señores de la Mission, con gran provecho de su alma, cuando volvió de nuevo el año siguiente en que predicaba el Sr. Cutica, gran siervo de Dios. Habiendo referido éste el pasaje de un caballero condenado y que se apareció despues á una que habia sido su dama, conmovió infinito á todo el auditorio, y mucho mas que á ningún otro al jóven Alfonso. Entonces fué cuando se entregó mas á Dios: comenzó á asistir mas á menudo al hospital de los incurables, se propuso no volver mas en toda su vida á los teatros, y no dejar jamas de visitar todos los dias á Jesus sacramentado, es-
puesto en el jubileo de las cuarenta horas, como en

efecto lo ejecutó. El mismo solía decir, hablando de estos últimos ejercicios, que después de Jesús sacramentado y de María Santísima, era deudor al caballero D. Francisco Capecelatro, que lo había invitado, una vez que en ellos se había sentido llamar á mejor estado.

Por este tiempo se ventilaba un pleito feudal de mucha importancia entre dos grandes príncipes, uno de los cuales había encargado la defensa á Alfonso. Cuanto mas importante era el negocio, tanto mayor fué el estudio y la diligencia que puso de su parte para alcanzar un buen éxito. Un mes entero empleó para leer y considerar atentamente los autos, y para poner en su mas clara luz y fuerza todas las razones, á fin de poder ganar con toda seguridad el pleito. Así es que el dia que se vió en el tribunal, Alfonso con la mas enérgica elocuencia, y con las mas sólidas razones, habló en él y lo hizo de tal modo, que la numerosa concurrencia que había acudido, tanto por lo ruidoso del pleito, como por la fama y el mérito del defensor, le presagiaba ya la victoria, y aun el mismo presidente el Sr. Caravita, manifestaba querer firmar la sentencia en su favor. ¡Pero qué! No bien hubo concluido, cuando en vez de responderle el abogado contrario, y de rebatir las razones aducidas, lo invitó casi sonriéndose á observar un poco el proceso. No

temiendo Alfonso encontrar en él la mas leve circunstancia que le fuese contraria, en virtud del muchísimo cuidado que había puesto al examinarlo y considerarlo, condescendió sin vacilar. Pero ¿cuál no fué su sorpresa cuando vió que en él había una partícula negativa que sin la menor malicia no había advertido, y que por otra parte destruía completamente ella sola toda su defensa? El honrado jóven, acostumbrado por su nacimiento, por conciencia y por decoro á defender las causas con la mayor lealtad y con la mas escrupulosa integridad, estuvo á punto de caerse muerto á un acontecimiento tan repentino y tan insólito. Por tanto, se llenó de confusion y se turbó de tal manera, temiendo que recayese sobre su persona alguna siniestra sospecha, que todos los circunstancias lo advirtieron. No hubo uno, sin embargo, que lo sospechase ni aun remotamente, sino que todos unánimemente juzgaron, como en efecto lo era, un mero é inocente equívoco. El mismo presidente D. Domingo Caravita, mas que ningun otro, procuró animarlo y alentarle, diciéndole que era bien notoria á todo el mundo no solo su habilidad, sino tambien su probidad, y que no eran raras en el foro estas inocentes inadvertencias que solian acontecer en el ardor de la defensa y por el gran deseo de conseguir la victoria. A pesar de esto, con el rostro encendido de

vergüenza y de rubor, despues de haber confesado ingenuamente, *me he equivocado, dispensadme, no tengo razon*, se despidió modestamente y al bajar la escalera del tribunal se oyó que decia: *mundo traidor, te he conocido; no cuentes ya conmigo*. Al salir de allí se volvió inmediatamente á su casa, donde encerrándose en un aposento, y deshaciéndose en lágrimas delante de su Señor crucificado, estuvo por espacio de tres dias consecutivos sin salir ni aun para ir á la mesa, á pesar de las reiteradas instancias de sus padres. Aquí fué justamente donde Alfonso resolvió abandonar el foro y la defensa de las causas de los hombres, para consagrarse al ministerio eclesiástico y á defender las causas de Dios y de las almas: por donde se ve que si una mentira casi desapercibida removió de esta profesion á un Andrés Avelino, la pérdida de un pleito por mero equívoco y sin culpa alguna, debia retraer de ella á Alfonso.

CAPITULO IV.

Vocacion de San Alfonso al estado eclesiástico, cumplida por él contra los mayores obstáculos.

En este retiro, ó llámese soledad de tres dias, le habló Dios con mayor claridad al corazon, y le hizo entender que abandonase el mundo y se hiciese su ministro en el estado eclesiástico. A esta voz, el joven Alfonso no pudo dejar de resentir en su interior el mas fuerte y penoso contraste, producido por el respeto y el amor que tenia justamente á su padre y por la pronta obediencia que tambien debia al divino llamamiento. Sin embargo, considerando que es mas conveniente obedecer la voz de Dios que la del hombre, sin decir nada á su padre, fué á verse con su director, le abrió su corazon y le manifestó la resolucion que habia tomado; y con su aprobacion despidió inmediatamente con un pretesto honroso á todos sus clientes, y se desprendió enteramente de las causas y de las intrigas del foro. El padre, que aun ignoraba el disgusto de Alfonso por lo acontecido en el tribunal y la resolucion que habia tomado, le dijo una noche que se dispusiese para ir á la mañana siguiente á una junta sobre un negocio que le interesaba directamente. *Padre mio*, le respondió Alfonso con mo-

vergüenza y de rubor, despues de haber confesado ingenuamente, *me he equivocado, dispensadme, no tengo razon*, se despidió modestamente y al bajar la escalera del tribunal se oyó que decia: *mundo traidor, te he conocido; no cuentes ya conmigo*. Al salir de allí se volvió inmediatamente á su casa, donde encerrándose en un aposento, y deshaciéndose en lágrimas delante de su Señor crucificado, estuvo por espacio de tres dias consecutivos sin salir ni aun para ir á la mesa, á pesar de las reiteradas instancias de sus padres. Aquí fué justamente donde Alfonso resolvió abandonar el foro y la defensa de las causas de los hombres, para consagrarse al ministerio eclesiástico y á defender las causas de Dios y de las almas: por donde se ve que si una mentira casi desapercibida removió de esta profesion á un Andrés Avelino, la pérdida de un pleito por mero equívoco y sin culpa alguna, debia retraer de ella á Alfonso.

CAPITULO IV.

Vocacion de San Alfonso al estado eclesiástico, cumplida por él contra los mayores obstáculos.

En este retiro, ó llámese soledad de tres dias, le habló Dios con mayor claridad al corazon, y le hizo entender que abandonase el mundo y se hiciese su ministro en el estado eclesiástico. A esta voz, el joven Alfonso no pudo dejar de resentir en su interior el mas fuerte y penoso contraste, producido por el respeto y el amor que tenia justamente á su padre y por la pronta obediencia que tambien debia al divino llamamiento. Sin embargo, considerando que es mas conveniente obedecer la voz de Dios que la del hombre, sin decir nada á su padre, fué á verse con su director, le abrió su corazon y le manifestó la resolucion que habia tomado; y con su aprobacion despidió inmediatamente con un pretesto honroso á todos sus clientes, y se desprendió enteramente de las causas y de las intrigas del foro. El padre, que aun ignoraba el disgusto de Alfonso por lo acontecido en el tribunal y la resolucion que habia tomado, le dijo una noche que se dispusiese para ir á la mañana siguiente á una junta sobre un negocio que le interesaba directamente. *Padre mio*, le respondió Alfonso con mo-

destia, *podeis ver á otro para eso, porque yo no tengo mas negocio de que ocuparme que el negocio de mi alma.* El padre se quedó atónito al oír una respuesta tan inesperada, y altamente lastimado su corazón, prorumpió en un copioso llanto, porque comprendió muy bien la resolución de su hijo, y vió que todas sus esperanzas quedaban desvanecidas en un momento. Pero el negocio estuvo un poco peor, cuando siendo día de gala en la corte y haciéndose la eucañá delante del palacio en honor de la emperatriz, quería su padre que lo acompañase á palacio al besamano y á ver la mencionada eucañá; porque habiendo respondido Alfonso con frialdad á su invitación, *¿y que voy yo á hacer allí?* se encolerizó por la repulsa y se puso tan furioso, que de nada sirvió que el hijo viendo tan alterado á su padre, añadiese inmediatamente: *pues bien, estoy pronto á ir,* pues que volviéndole con despecho las espaldas y lleno de disgusto, en vez de ir á palacio se fué á su casa de campo de Marianella.

No poco sorprendido y confuso quedó Alfonso con este acontecimiento; pero al mismo tiempo la luz de la gracia lo iluminó mucho mas y lo confirmó en la resolución que habia tomado. *¡Oh mundo!* dijo en su interior, *no sé cómo hacer para contentarte; si digo no, te encolerizas; si digo sí, es peor. ¡Oh mundo! cuanto mas vivo, mas te conozco.* Y diciendo esto, se fué di-

rectamente al hospital de los incurables, para aliviar algo su espíritu, con tanta mas razón, cuanto que era Domingo. Hallándose allí prestando los caritativos servicios de costumbre á aquellos pobres enfermos, vió repentinamente que toda la casa se trastornó de arriba abajo, y oyó como una voz que le decía: *¿qué haces en medio del mundo?* Al principio no hizo caso de esto, y continuó sirviendo á los enfermos; pero al salir de este sitio, fué sorprendido por una gran luz: vió de nuevo trastornarse de arriba abajo todo el hospital, y oyó la misma voz interior que le repetía: *¿qué haces en medio del mundo?* Entonces comprendió muy bien lo que significaba todo aquello; esto es, que debía vencer la carne y la sangre para entregarse todo á Dios: con esto, lleno de valor y de confianza, inspirado de lo alto, se ofreció en holocausto al Señor, respondiendo luego luego, á ejemplo de San Pablo: *Señor, tenéis razón: aquí me tenéis, haced de mí lo que querais.* Luego, entrando sin mas demora en la iglesia inmediata de la redención de cautivos, ante la puerta Scioscella, donde aquel día estaba el jubileo de las cuarenta horas, renovó con todo el fervor de su corazón la total oferta de sí mismo al Señor; y en señal de su resolución, se quitó la espada de la cintura y la puso como en señal de triunfo en el altar de la Santísima Virgen de la Merced. No contento

con esto, para conocer aun con mas claridad la voluntad divina, y para no errar en un negocio de tanta importancia como es el de la eleccion de estado, se dirigió al padre Pagano, su director, quien despues de oir todo lo acaecido, y despues de un maduro exámen, aprobó su resolucion y lo confirmó en ella.

Al consagrarse Alfonso á Dios, tenia intencion de pertenecer á los padres del Oratorio de San Felipe Neri, llamados Gerónimos; y el padre Pagano, así como todos los demas, lo habrian admitido de muy buena voluntad en su congregacion; pero sabiendo bien la grande oposicion del padre, que solo al oir hablar de la resolucion de su hijo salia fuera de sí, resolvieron no admitirlo, si antes no se obtenia su consentimiento. En efecto, así como Alfonso procuraba por todos los medios posibles llevar al cabo su vocacion, así el padre por su parte no perdonaba medio para impedírsela y apartarlo enteramente de ella. El lo veia con mala cara, fingia despreciarlo, lo maltrataba, y llegó hasta hacerlo andar con los vestidos rotos. Por otra parte, viendo que con la aspereza y el duro trato no adelantaba nada, usaba alguna vez de la dulzura, y de cuando en cuando, abrazándolo tiernamente porque realmente lo amaba, le decia con el corazon en los lábios: *hijo mio, no me abandones*. Entre tanto, la pia madre sabia y lo veia todo; pero

guardaba siempre un profundo silencio, porque mientras que veia con ojos amorosos y con el corazon adolorido á su hijo, no tenia aliento para hablarle.

Por último, viendo el padre que todos los medios de que se habia servido habian sido en vano, y que el hijo iba siempre confirmándose mas y mas y trabajando para llevar á cabo su resolucion, se dirigió á algunos amigos y parientes, esperando que éstos con su influjo y sus maneras pudiesen persuadirlo y apartarlo de su idea, y hacerle volver á tomar la ocupacion del foro. Con esto recurrió entre otros, al padre abate Mira, monge Casinés, hermano del consejero Mira, y éste, despues de una larga conversacion con Alfonso, no pudo obtener otra respuesta, sino que Dios lo llamaba, y que él no podia dejar de corresponder á su llamamiento. Luego se dirigió á Monseñor D. Emilio Jacobo Cavalieri su cuñado, persona de autoridad y de santa vida; pero éste, en vez de aceptar el encargo, se mostró desde luego abogado de su sobrino, y poniéndose él mismo por ejemplo, le respondió francamente: *hermano mio, también yo he dejado el mundo y he renunciado la primogenitura por salvarme; por esto vereis si puedo aconsejar lo contrario; si así lo hiciera, me consideraria perdido*.

Despues de todos estos pasos y tentativas enteramente inútiles, parecia que el padre se calmaba al-

gun tanto y que se reconciliaba con Alfonso. Entonces pensó éste interponer para con su padre al mismo Monseñor Cavalieri, su tío materno, y á su director el padre Pagano, los que tanto hicieron y dijeron, que al fin lograron hacerlo consentir en que su hijo tomase el estado eclesiástico, con la condition, sin embargo, de que se quedase viviendo en su casa, y que no entrase, como queria, en la congregacion de los padres Gerónimos.

Muy grande fué el regocijo y el consuelo de Alfonso al oír esta noticia, aunque vió que no podia llevar á cabo todo su primer intento, que era el de incorporarse con los padres Gerónimos. Con esto renunció inmediatamente á las bodas contratadas por su padre entre él y la jóven princesa de Presicio, la que impuesta de lo ocurrido, eligió tambien, á su ejemplo, el estado religioso en el noble monasterio del Santísimo Sacramento de Nápoles, donde vivió y murió santamente, y cuya vida escribió despues Alfonso. Renunció tambien la pingüe primogenitura de su ilustre familia en favor de su hermano D. Hercules, sin reservarse la mas leve cantidad, y por consiguiente renunció tambien á todos los honores y demas cosas del mundo. Despues de todo esto, su mismo padre debia, contra toda su voluntad, presentarlo al cardenal Pignatelli, arzobispo entonces de Nápoles.

Por otro lado se le daban largas al negocio, con el pretesto de que no habia dinero en casa para comprar los vestidos de eclesiástico. Pero qué? Alfonso que no veía la hora de dejar hasta la divisa esterna del siglo y vestir la de la milicia eclesiástica, sin que el padre supiese nada, se proveyó de todo lo necesario, y el 23 de Octubre de 1723 en que acababa de entrar en el vigésimo sétimo año de su edad, se presentó á su padre, de improviso, vestido de eclesiástico. Luego que éste lo vió en ese traje, dió un fuerte grito, se arrojó á la cama y no volvió á hablar en el espacio de un año; pero Alfonso, lleno de júbilo y contentísimo con su nuevo estado, dirigió todos sus pensamientos y sus solicitudes á hacerse merecedor y á corresponder á las gracias de aquel Dios, que despues de haber hecho una tan dura y tan larga prueba de su constancia y de su virtud, habia, en fin, por su infinita misericordia, escuchado completamente los votos y las súplicas de Alfonso.

PARTE SEGUNDA.

COMPRENDE EL TIEMPO QUE FUE ECLESIASTICO SECULAR
Y EL DE FUNDADOR DE UNA NUEVA CONGREGACION.

CAPITULO PRIMERO.

Préludios de vida eclesiástica ejemplar de San Alfonso en su
clericado.

Si Alfonso había llegado á ser ya un perfectísimo modelo de virtudes cristianas en medio del siglo, y girando entre el tumulto y el estrépito del foro, ¡oh! ¡y cuánto mas lo fué despues de haberse despedido del mundo para enrolarse entre los ministros de Jesucristo y militar en el campo de su gloria! El no había asumido el traje clerical para mejorar de condicion, ni para llevar una vida mas tranquila ni mas cómoda, ni mucho menos para aspirar á los honores y á las dignidades del Santuario, ni por ningun otro humano interés; sino con el único y verdadero fin de santificarse y de consagrarse enteramente al servicio de Dios y al bien de la Iglesia y de las almas. Sabia

igualmente que si bien los ministros del Señor deben exhalar por todas partes el buen olor de Cristo con su ejemplar vida y con la práctica de todas las virtudes, á fin de alentar y aun de arrastrar á los demas á seguir sus pasos; deben al mismo tiempo guardar en su boca la ciencia, tanto para no errar en sus propios deberes, como y mucho mas aún, para poder responder con acierto al que interroge, y para dar al pueblo cristiano las mas oportunas y saludables instrucciones. ¿Y qué hizo en consecuencia? los mismos vasos de oro y plata que había cogido en Egipto, los hizo servir para usos sagrados, quiero decir, que las ciencias profanas que con tanta perfeccion había aprendido, las volvió y las empleó en uso y servicio del ministerio eclesiástico, y entre éstas la poesía y la música, en la que era excelente maestro, sirviéndose de ellas para el grave y devoto canto de la Iglesia, y mucho mas para componer muchas afectuosas canciones sagradas para uso del pueblo bajo, á fin de retraerlo del canto de tantas otras profanas y escandalosas. Luego se dedicó con el mayor empeño y asiduidad á los estudios sagrados, particularmente á la teología dogmática y moral, bajo la direccion del canónico D. Julio Torni, persona muy considerada en aquel tiempo, tanto por su saber como por su santidad, y que despues fué obispo de Arcadiópolis. Tam-

poco dejaba de ir á todas las discusiones teológicas que habia en varios lugares, y por la noche frecuentaba la casa de D. Nicolás Guerrero, sacerdote tan docto como piadoso, donde habia una continua academia de materias eclesiásticas. De este modo, dotado Alfonso del grande ingenio que ya hemos dicho, y provisto como estaba de tantos otros conocimientos, no tardó mucho en llegar á ser tambien tan esperto en las ciencias sagradas, que en breve tiempo pudo ser maestro en Israel, como pronto veremos.

Una dedicación tan seria á los estudios sagrados no lo desviaba en lo mas mínimo de una conducta tan irreprochable como edificante y admirable. Mas cómo no habia de ser así, si se veia á un jóven de veintiseis años, ilustre por su nacimiento, afamado por su saber y por el crédito de excelente abogado, que no se ruborizaba, ni se creia envilecido porque servia á la iglesia parroquial de San Angel en *Segno* á que habia sido destinado en el ínfimo grado de clérigo en que se hallaba; asistir revestido de sobrepelliz con gran compostura á las misas y á todas las funciones sagradas que se hacian allí; andar recogiendo en los dias de fiesta por toda aquella feligresía á los niños mas miserables y animándolos con el canto de las canciones sagradas, llevarlos consigo á la iglesia, donde haciéndose niño entre ellos, los amonesta-

ba con toda caridad y dulzura, y los instruia con la mayor paciencia en los primeros elementos de la doctrina cristiana? Pero en tiempo de quaresma redoblabá su solieitud y se empeñaba en disponer á los mas aptos para acercarse dignamente al sacramento de la penitencia en la próxima solemnidad pascual. Con esto, el cardenal Pignattelli, celosísimo arzobispo entonces de Nápoles, no quiso dilatar mas el inscribir á un jóven tan ejemplar en el número de los ministros de la Iglesia, por lo cual le hizo conferir por Monseñor Mirabella, arzobispo de Nazaret, la primera tonsura, el dia 23 de Setiembre de 1724, y luego con la dispensa necesaria los cuatro órdenes menores el 23 de Diciembre del mismo año.

Al recibir Alfonso estos órdenes, creyó que para corresponder dignamente á los divinos favores, no solo estaba obligado á ejercer con exactitud las funciones anexas, sino aun mucho mas á adelantar con ahinco en el camino de la perfeccion que habia emprendido. Intervenía con los otros clérigos en todos los ejercicios de piedad establecidos en la casa de los señores de la Mision de Nápoles; y era tan exacto en esto, que jamas se le vió faltar hasta que fué sacerdote, sino en caso de enfermedad grave. Y como solo á fin de sacrificar su propia voluntad á la de su padre no habia entrado en la congregacion de los pa-

dres Felipenses como lo deseaba, reconociendo que á ellos debía, segun el mismo solia decir, la primera leche de las virtudes cristianas, conservó siempre una especial veneracion hácia aquellos padres, y una particular devocion por su iglesia. De aquí es que lo mas que le era posible se entretenia con ellos en conversaciones devotas, particularmente con el padre Paganó su director, y yendo todos los dias á dicha iglesia, permanecia allí mucho tiempo en un ángulo de ella, enteramente recogido en sí mismo y absorto en Dios: asistia á los divinos misterios, y con indecible fervor se acercaba á los sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía. Por la tarde, despues de haber visitado, consolado y servido á los enfermos del hospital, volvía á la misma iglesia del Oratorio, donde asistia á las funciones sagradas y oía el sermón. Despues de esto se iba á su acostumbrada visita de Jesus sacramentado, espuesto en el jubileo de las cuarenta horas, donde permanecia mucho tiempo, pues no se retiraba hasta que se cubria á nuestro Amo.

Sucedió que en una de estas visitas fué visto Alfonso por aquellos mismos eclesiásticos, que como se dijo arriba, lo habian admirado en la misma ocasion y postura en traje de secular, sin haber podido hablarle nunca. Al pronto quedaron sorprendidos, y creian equivocarse por la variacion del traje; pero habiéndolo observado con cuidado, conocieron por fin que era el mismo, aunque vestido de otro modo. Creció entonces en ellos el deseo de conocerlo y de abocarse con él, para lo cual lo esperaron una noche, hasta que concluida la visita salió de la iglesia: entonces saliéndole al encuentro, con un gracioso saludo, le manifestaron el deseo que tenian de saber su nombre, así como el motivo de la variacion de su traje, para poder estrechar con él una espiritual amistad. Alfonso no se mostró nada moroso en complacerlos, y desde entonces se unieron todos en tan estrecha y devota amistad, que ademas de ir juntos á la visita ordinaria de Jesus sacramentado, y aun á alguna iglesia dedicada especialmente á la Santísima Virgen, cada uno de ellos y mas que cualquiera otro, Alfonso, tanto por la calle como en cualquiera otra parte mas oportuna, tenian conversaciones de cosas espirituales con que aumentarse el fervor unos á otros en el servicio de Dios.

Por este tiempo ingresó Alfonso en la noble congregacion llamada *de los Blancos*, que tiene por instituto prestar los mas piadosos oficios de caridad á los que por sus delitos son condenados al último suplicio. Nunca dejó de asistir á ella en los dias establecidos, y cuando ocurría alguna ejecucion de justicia, se mostraba muy afanado y celoso por dar á aque-

los infelices todos los socorros posibles. Así fué como Alfonso ocupado únicamente en los estudios, en obras piadosas y en adquirir virtudes, pasó toda su clerieatura y se dispuso para recibir dignamente los sagrados órdenes.

CAPITULO II.

Promocion de San Alfonso á los órdenes sagrados.

En efecto, habiendo llegado el clérigo Alfonso á ser el ejemplo de los eclesiásticos mas provechosos, fué promovido al sagrado orden del subdiaconado en la iglesia de Santa Restituta, el 22 de Setiembre de 1725, por Monseñor D. Domingo Livitti, obispo de Satriano. Luego que se vió ligado con mas fuertes lazos á Dios y á la Iglesia, pensó en hacerse un ministro mucho mas solícito y laborioso en el cultivo del campo del comun Padre de familias y en procurar recoger de él una mies abundante. A fin, pues, de instruir desde temprano en los cánticos sagrados y en distribuir el pan de la divina palabra á los pueblos, se agregó en el próximo mes de Octubre en calidad de novicio, á la respetable congregacion llamada de *Propaganda Fide*, establecida en la iglesia me-

tropolitana de Nápoles, y dedicada á las misiones apostólicas, donde fué recibido con sumo agrado, pues que ya se veian claramente los preludios de su gran celo por el bien de las almas. Una vez en esta congregacion Alfonso, no solo observaba exactamente todas sus reglas y asistia á todos los ejercicios de piedad prescritos en ella, sino que de cuando en cuando predicaba algun sermoncito y enseñaba el catecismo. Siempre que aquellos hombres apostólicos salian de la ciudad para ir á derramar la semilla de la divina palabra por varios lugares de aquel reino, iba él tambien con ellos, y aunque no era todavia mas que novicio, ni tenia el carácter de sacerdote, se ocupaba en enseñar á los niños la doctrina cristiana. Por otra parte, su vida ejemplar lo hacia distinguir de entre todos los demas, de manera que al retirarse despues de concluidas las misiones, el pueblo lo buscaba y corria solo tras él, tirándole de la sotana y rogándole que no lo abandonase. Tan grande era desde entonces la reputacion de bondad que se habia adquirido y la inclinacion que el pueblo le tenia. Con ocasion de estas misiones sucedió, que hallándose Alfonso entre los que las hacian en Caserta, vino el obispo de esta ciudad Monseñor Schinosi, á la catedral, y preguntó quien de aquellos operarios evangelicos era D. Alfonso de Liguori, porque él habia co-

nocido en casa de un caballero á un jóven secular del mismo nombre. Y como justamente hizo la pregunta al mismo Alfonso, éste, todo confuso y embarazado, cubriéndose el rostro con las manos y hasta con el manto de una imagen de María Santísima, á cuyo lado estaba, respondió con toda humildad y modestia que era él mismo, y añadió: *Esta Mamá mia me llamó.* El día 6 de Abril del año siguiente se confirió á Alfonso el sagrado orden del diaconado, por el mismo Monseñor D. Domingo Inuiti. Bien informado el cardinal Pignattelli de la buena vida y talentos de Alfonso, no solo le dió con mucho gusto la facultad de predicar en público, aunque todavía no era mas que diácono, sino que lo exhortó y animó al desempeño de este ministerio apostólico. El, obediente á la voz de su pastor, y ardiendo ya en celo por el bien de las almas y por la conversion de los pecadores, predicó su primer sermón en la iglesia parroquial de San Juan en la *Puerta*, donde se hallaba el circular de las cuarenta horas, y justamente lo hizo en honor y alabanza de Jesus sacramentado. No bien se oyó predicar al nuevo Levita, cuando descubriendo en él todas las dotes necesarias para este ministerio, y lo que aun es mas, una patética elocuencia propia para penetrar y mover los ánimos, fué tan solicitado para que predicase ya en una iglesia, ya en otra, particu-

larmente donde se hallaba espuesto á la veneracion pública el Santísimo Sacramento, que desde entonces no lo dejaron descansar. Acudian á oirlo personas de todas edades y condiciones, y bendecia el Señor de tal modo sus palabras, que era grandísimo el fruto que sacaba de ellas.

Fueron tantas sus fatigas, que muy pronto cayó enfermo y su mal se agravó hasta el extremo de que temiéndose por su vida, se le administró el sagrado Viático á las siete de la noche, el que recibió con todo aquel fervor y devocion que casi desde la cuna habia nutrido siempre hacia su Señor sacramentado. Pero no contento con esto, manifestó muy pronto los vivos deseos que tenia de que le pusiesen junto á la cama la milagrosa imagen de bulto de María Santísima de la Merced, en cuyo altar habia dejado su espada, en prenda de su despedida del mundo, y los directores de aquella iglesia no dejaron de satisfacerle tan piadoso deseo, á pesar de que ya se hallaba muy adelantada la noche. Luego que Alfonso vió á su gran Madre, sintió que el corazon se le fundia; y despues de haber desahogado con ella todos sus mas tiernos y devotos afectos, se vieron desaparecer repentinamente los síntomas mortales del mal, y por un singular beneficio de la Santísima Virgen, recobró su primera salud en muy corto tiempo. Este es-

pecial favor no sirvió á Alfonso, sino de un nuevo y mas fuerte estímulo para dedicarse con mayor empeño al servicio del Señor.

Algunos meses despues, aunque no se habia cumplido el tiempo de los intersticios, el mismo cardenal Pignattelli, en atencion al gran bien que Alfonso, sin embargo de no ser mas que diácono, hacia con sus predicaciones, quiso hacerlo ordenar de sacerdote, como en efecto se verificó el 21 de Diciembre del mismo año de 1726, teniendo entonces treinta años y cerca de tres meses de edad. Intimamente penetrado de la sublimidad del grado á que acababa de ser elevado y con el placer de verse aun mas ligado con este nuevo vínculo á su Señor, como deseaba, al dar las mas espresivas gracias á aquel Dios que por su infinita bondad se habia dignado elegirlo para ministro suyo, no dejó de consagrarse de nuevo todo entero á él y á su gloria. Por esto puede cada uno comprender muy bien, con qué disposiciones, con qué sentimientos de humildad, de amor, de gratitud, de deseo y de otros afectos devotos, acompañados de la mas viva fé, se acercaria al sagrado altar para ofrecer la primera vez á Dios la víctima del Cordero inmaculado. Si su fervor y su recogimiento eran muy grandes para rezar las horas canónicas, así como para todas sus prácticas piadosas, y particularmente al visitar á

su Señor en la hostia sacrosanta, ¡oh y cuánto mayor no fueron cuando vió venir á sus manos al mismo Jesus para renovar por su medio el sacrificio de la cruz! Y este primer fervor de Alfonso nunca fué pasajero ni momentáneo, de modo que despues llegase á faltar y disminuirse, no, porque si bien toda su vida no era mas que una perfecta y mas que bastante disposicion para celebrar los divinos misterios, nunca lo hacia sin anticipar la mas fervorosa preparacion y sin añadir un muy largo hacimiento de gracias, como mejor lo diremos en otra parte.

CAPITULO III.

Tareas apostólicas de San Alfonso por el bien de las almas.

Ordenado ya de sacerdote, el mismo cardenal Pignattelli atendiendo á la estimacion que cada vez crecia mas en él, del mérito de Alfonso, le encomendó inmediatamente la no muy fácil empresa de dar los ejercicios espirituales á todo el respetable y docto clero de la ciudad de Nápoles, sin embargo de que entre ellos habia otros muchos hombres apostólicos de gran mérito. Muy bien habria querido Alfonso sustraerse de este encargo, tanto por su humildad,

pecial favor no sirvió á Alfonso, sino de un nuevo y mas fuerte estímulo para dedicarse con mayor empeño al servicio del Señor.

Algunos meses despues, aunque no se habia cumplido el tiempo de los intersticios, el mismo cardenal Pignattelli, en atencion al gran bien que Alfonso, sin embargo de no ser mas que diácono, hacia con sus predicaciones, quiso hacerlo ordenar de sacerdote, como en efecto se verificó el 21 de Diciembre del mismo año de 1726, teniendo entonces treinta años y cerca de tres meses de edad. Intimamente penetrado de la sublimidad del grado á que acababa de ser elevado y con el placer de verse aun mas ligado con este nuevo vínculo á su Señor, como deseaba, al dar las mas espresivas gracias á aquel Dios que por su infinita bondad se habia dignado elegirlo para ministro suyo, no dejó de consagrarse de nuevo todo entero á él y á su gloria. Por esto puede cada uno comprender muy bien, con qué disposiciones, con qué sentimientos de humildad, de amor, de gratitud, de deseo y de otros afectos devotos, acompañados de la mas viva fé, se acercaria al sagrado altar para ofrecer la primera vez á Dios la víctima del Cordero inmaculado. Si su fervor y su recogimiento eran muy grandes para rezar las horas canónicas, así como para todas sus prácticas piadosas, y particularmente al visitar á

su Señor en la hostia sacrosanta, ¡oh y cuánto mayor no fueron cuando vió venir á sus manos al mismo Jesus para renovar por su medio el sacrificio de la cruz! Y este primer fervor de Alfonso nunca fué pasajero ni momentáneo, de modo que despues llegase á faltar y disminuirse, no, porque si bien toda su vida no era mas que una perfecta y mas que bastante disposicion para celebrar los divinos misterios, nunca lo hacia sin anticipar la mas fervorosa preparacion y sin añadir un muy largo hacimiento de gracias, como mejor lo diremos en otra parte.

CAPITULO III.

Tareas apostólicas de San Alfonso por el bien de las almas.

Ordenado ya de sacerdote, el mismo cardenal Pignattelli atendiendo á la estimacion que cada vez crecia mas en él, del mérito de Alfonso, le encomendó inmediatamente la no muy fácil empresa de dar los ejercicios espirituales á todo el respetable y docto clero de la ciudad de Nápoles, sin embargo de que entre ellos habia otros muchos hombres apostólicos de gran mérito. Muy bien habria querido Alfonso sustraerse de este encargo, tanto por su humildad,

como por el bajo concepto que tenia de sí mismo; pero obligado por la obediencia, tuvo que aceptarlo. Verificada su tarea en la iglesia de Santa Restituta, tuvo tan buen éxito, que así el cardenal arzobispo que asistió muchas veces, como todo el numeroso clero de aquella ciudad, quedaron tan admirados y tan encantados de su desempeño, que encomiaron al nuevo sacerdote como digno preconizador del evangelio.

De allí en adelante tuvo Alfonso un campo mas vasto para apagar, á lo menos en parte, aquella sed ardentísima que ya tenia de convertir y ganar almas para Dios. Así es que no pasaba día sin que predicase en alguna iglesia, particularmente donde se hallaba manifiesto Jesus sacramentado, y siempre con una extraordinaria concurrencia de toda clase de personas. Bastaba solo oir el nombre de Alfonso para que todos acudiesen á porfia, llevados no ya de mera curiosidad y del placer de oirlo predicar, sino del deseo de aprovecharse de sus instrucciones. Y en verdad que Alfonso, ademas de un gran fondo de doctrina, de una gran facilidad en el decir, de tan suma claridad para espresarse, que se hacia entender hasta de las personas mas idiotas, y ademas tambien de una elocuencia no esquisita y de palabras, sino natural, llena de sentimientos y adaptada al objeto, tenia un decente y superior gesto y una voz tierna y penetrante; así

es que deleitaba al mismo tiempo que se insinuaba casi insensiblemente en el ánimo de su auditorio, que es el máximum de todos los requisitos que se requieren en un orador sagrado. A todo esto se agrega, que él no predicaba la humana sabiduría del mundo, sino la pura doctrina del evangelio, á Jesus, y eso crucificado; y lo hacia con tal celo y fervor, que sus palabras eran como unos dardos agudos que penetraban y despedazaban hasta los mas duros corazones. No obstante esto, podia decirse muy bien, que Alfonso predicaba mucho mas con el ejemplo que con las palabras, como justamente debe hacer todo ministro del evangelio que quiera sacar algun fruto de sus afanes. La notoriedad de su buena vida, su exterior penitente y mucha pobreza en el vestido, todo esto era mas que suficiente para conciliarle el mas alto aprecio y veneracion, y para conmover los ánimos, escitando en ellos un verdadero ódio al vicio y un amor estable á la virtud.

Por tanto, no debemos maravillarnos de que bendiciendo el Señor las fatigas de Alfonso, y cooperando con su divina gracia, sacase tan copioso fruto de ellas, y que se viesen todos los dias tantos hombres y mujeres, endurecidos y envejecidos en los vicios mas abominables, movidos por su predicacion, salir de aquel fétido lodo en que por tanto tiempo yacian

sumergidos, convertirse á verdadera penitencia y emprender una vida enteramente cristiana. Entre éstos, que muy bien puede decirse fueron innumerables, hubo dos célebres salteadores y hombres de mala vida, que con la voz y las instrucciones de Alfonso, no solo se convirtieron, sino que desde entonces llevaron una vida tan penitente que murieron en olor de santidad. El mismo padre de Alfonso, pasando un día por la iglesia del Espíritu Santo, donde estaba dando los ejercicios espirituales, viendo que se agolpaba mucha gente para entrar, entró él tambien y se encontró con que su hijo era el que predicaba, y viendo que lo hacía con un espíritu tan fervoroso y con tanto celo, quedó tan consolado y compungido, que al salir de la iglesia no pudo menos que decir: *mi hijo me ha hecho conocer á Dios*. Vuelto á su casa, abrazó á Alfonso; se excusó con él y le pidió perdon por haberse opuesto con tanto empeño á que fuese eclesiástico: concibió despues de esto una gran estimacion por su virtud, y de cuando en cuando solia repetir con cierto énfasis de placer, que su hijo le habia hecho conocer á Dios.

Pero á las tareas de la predicacion habia añadido Alfonso las otras no menos gravosas de la confesion; así es que un año despues de su presbiterado, el mismo cardenal Pignattelli, su arzobispo, lo obligó bajo

precepto de obediencia á servirse de la facultad que se le concedió de confesar hombres y mujeres: tan grande era el aprecio que aquel digno purpurado hacía de la capacidad, prudencia y bondad de Alfonso. Este, en efecto, si se habia portado tan bien y con tanto provecho de las almas en el primer empleo, no lo hizo con menos habilidad en el segundo. La amabilidad con que acogia igualmente á las personas de toda especie y condicion, la paciencia con que las escuchaba, la dulzura con que las amonestaba y les hacía conocer el infeliz estado de su alma, la manera tierna y persuasiva con que les representaba la ingratisima correspondencia que habian usado con un Dios tan bueno, que los habia sufrido hasta entonces esperando su arrepentimiento, y sobre todo, aquel ardor de su espíritu que con sus abrasadas palabras sabia insinuar tan bien en sus ánimos, hacian que excitados á un verdadero dolor y á una sincera detestacion de sus culpas, se reconcillasen de corazon con Dios, y perseverasen constantes en el cristiano tenor de vida nuevamente emprendido. Con esto era grandísimo el número de los que acudían á él para confesarse, y no era raro que tuviese que emplear casi el día entero y algunas veces una buena parte de la noche en escucharlos.

Por otra parte, el deseo en que ardía Alfonso de

ganar almas á Dios y encaminarlas mas y mas por la senda de la virtud, no estaba todavía satisfecho, y así para instruir mejor á sus penitentes y confirmarlos en sus santos propósitos, pensó reunirlos por las noches en el verano en algun sitio lejano y solitario de la ciudad. Primero eligió para esto la plaza que está ante la iglesia de Santa Teresa de los padres carmelitas descalzos, despues la de arriba del Santo Corde-ro, y finalmente, la plaza que se halla delante de la Estrella de los padres, esto es, de San Francisco de Paula, por mas cómoda y menos frecuentada. Aquí, pues, se veía por las noches reunida una multitud de gente de la mas baja y vil condicion, y por lo mismo tanto mas acepta y agradable á Alfonso, para ser instruida por él en la doctrina cristiana. Habiendo llegado esto á noticia de algunos sacerdotes piadosos, particularmente á la de aquellos que hacia mucho tiempo que habian contraído amistad espiritual con Alfonso en la visita del jubileo de las cuarenta horas, así como á la de algunas personas laicas que llevaban una vida espiritual, quisieron pertenecer á estas reuniones, tanto mas, cuanto que ya sabian y conocian perfectamente el mérito de Alfonso. Aumentada así esta devota sociedad, se alternaban sus miembros para pronunciar en el lugar destinado discursos sobre Dios y sobre materias espirituales; y cuando le toca-

ba hablar á Alfonso, lo hacia con tal fervor, que cada uno se sentia escitar mas y mas al odio del pecado y encenderse al mismo tiempo en el amor de Dios y en el deseo de adquirir las virtudes cristianas.

Despues de algun tiempo, sumamente envidioso el demonio del bien que se hacia con esto, instigó á algunas personas á que denunciasen al gobierno esta mística reunion, como compuesta de gente sospechosa y mal intencionada, y se dió orden para que todos los concurrentes fuesen presos y conducidos á la cárcel: mas por una disposicion celestial, la noche en que se ejecutó la orden no concurrió ningun eclesiástico, sino algunas personas laicas; y éstas, luego que fueron vistas por el gefe en ocupaciones devotas, y que manifestaron el verdadero objeto de su reunion, fueron reconocidas inocentes y despedidas á sus casas, añadiéndoles que llevasen en paciencia el agravio que se les habia hecho. Sin embargo, la reunion quedó enteramente disuelta, y los eclesiásticos que pertenecian á ella, dispusieron reunirse solos en casa de alguno de ellos, y al efecto escogieron la del sacerdote D. Domingo Letizia. Tenian sus reuniones con frecuencia, á las que no faltaba Alfonso, y formaban una especie de comunidad religiosa: dieron á una pieza de la casa la forma de capilla con un altarcito, y congregados en ella á manera de un coro de perso-

nas claustrales, rezaban con mucha devoción y fervor las horas canónicas, el rosario, las letanías de la Santísima Virgen, y otras pécres devotas, haciendo igualmente en común la oración mental y sin faltar jamas á la visita de costumbre al Santísimo Sacramento. Y para que no hubiese accion en que no se meditase y se tuviese la mente empleada en santos pensamientos, solian poner sobre la mesa, que tambien era común, una imagencita del Niño Jesus, como si fuese su superior, con un plato vacío delante, donde cada uno ponía un poco de su comida, aunque de suyo bastante frugal y escasa, como parte de dicho Niño, y despues se distribuía á los pobres, que realmente son los que representan la persona de Jesucristo. Ademas de esto, procuraban mortificar su cuerpo con las disciplinas que se hacian en común, y tambien cada uno en particular, segun su fervor: pero Alfonso, así como superaba á todos en las otras prácticas devotas, tambien los aventajaba en la maceracion de su cuerpo, porque ademas de las disciplinas de sangre, lo destrozaba con ásperos cilicios, con cadenas de fierro, con juboneillos de crin de caballo, y con otras cosas que le sugeria el deseo de padecer en que ardía, y todo con tal arte y secreto, que nunca se habria descubierto nada, si sus compañeros qué siempre tenían los ojos fijos en él, observando y es-

piando todas sus acciones y procedimientos, no lo hubieran penetrado casualmente. Por otra parte, no era esta una cosa nueva para Alfonso, porque luego que vistió el traje eclesiástico, no solo emprendió este estado con espíritu fervoroso, sino que se dedicó muy particularmente á crucificarse á sí mismo y á negarse toda clase de alivio, aunque fuera leve, de manera que desde entonces fueron para él comunes y familiares las vigiliass nocturnas pasadas en oracion, los ayunos, los cilicios, las disciplinas y otros medios de que se valia para afligir su cuerpo. Así es que descubriendo su madre en la ropa blanca el cruel suplicio en que ponía su cuerpo con las disciplinas de sangre, rogaba á sus compañeros lo indujesen á moderarse algun tanto en esto. Si era siempre parco en sus alimentos, el sábado no tomaba mas que pan y agua en honor de la Santísima Virgen de quien era sumamente devoto, como se dirá en su lugar, y su vestido era tan modesto y despreciable, que parecia uno de los eclesiásticos mas pobres de Nápoles.

Mientras que Alfonso con estos piadosos eclesiásticos, que entre otros muchos eran el ornamento y decoro del clero napolitano, se ejercitaban en estos actos de piedad y de virtud, y adelantaban en el camino de la perfeccion cristiana, tentó de nuevo el infierno trastornarlos y hacerlos abandonar tan santo

ejercicio, suscitándoles en contra algunos vecinos, que con el pretexto de que el cántico de los Salmos y lo demas que hacian les molestaba mucho, comenzaron á alborotar y á pretender que se fuésen de allí. Entonces Alfonso para evitar toda clase de quejas y disputas, resolvió comprar á sus espensas una casa, situada fuera de la puerta de S. Genaro, como lo hizo, y allí prosiguieron tranquilamente su vida eremítica, penitente y devota.

Si por otra parte, se disolvió la devota reunion de la plaza de la Estrella, no por esto perdió de vista Alfonso la instruccion de aquella gente baja, sino que exhortó y animó á algunos de sus mas fervorosos é instruidos penitentes para que reuniendo en alguna parte á esta clase de gente, la amaestrasen en las máximas de la religion. Así sucedió en efecto; y habiéndose aumentado bastante estas reuniones, con gran provecho de la plebe mas ínfima é idiota, se dió á esta práctica un sistema mas regular, y con el consentimiento del mismo cardenal Pignattelli, si antes se reunian en las casas particulares, comenzaron á juntarse en los oratorios públicos y en las capillas, por lo que se llamó la institucion de las Capillas; cuya obra se ha reconocido por todos que es muy provechosa y originada principalmente de los cuidados y desvelos de Alfonso.

Por aquel tiempo habia llegado á Nápoles el sacerdote D. Mateo Ripa, hombre verdaderamente apostólico, de vuelta de la China, donde se habia ejercitado por muchos años en las misiones, y habia traído consigo cuatro jóvenes chinos para educarlos y adiestrarlos en la predicacion y despues mandarlos á su país en auxilio de aquellas misiones, haciendo venir otros de cuando en cuando con el mismo objeto. Desde el año de 1724 se hallaba en Nápoles, pero no ejecutó su intento, ni abrió un colegio de alumnos para aquella nacion, hasta el de 1729, despues de obtenida la aprobacion del Sumo Pontífice Benedicto XIII, así como el permiso del emperador Carlos VI, que reinaba en Nápoles. Regocijándose mucho Alfonso con un establecimiento tan grande y tan ventajoso para las almas, pensó inmediatamente retirarse á dicho colegio de simple huésped, tanto por alejarse de la casa paterna y vivir con mayor recogimiento, como para atender con mas libertad al bien de las almas, é instruirse mas y mas en el sagrado ministerio de la predicacion, bajo un tan esperto y docto maestro como justamente era el célebre sacerdote D. Mateo Ripa: así es que en el mismo año entró como huésped, teniendo entonces treinta y tres años de edad. Pero como tambien eran admitidos en clase de alumnos los jóvenes italianos que animados de ce-

lo quisiesen llevar la luz del evangelio á tan remotas naciones, no se pasó mucho tiempo sin que le ocurriese á Alfonso hacerse alumno, dispuesto á ir á China á convertir á aquellos infelices y hasta á sacrificar su vida. Mas habiéndolo consultado con el padre Pagano su director, y desaprobando éste su resolución, diciéndole que continuase en Nápoles sus fatigas apostólicas, dió de mano á todas aquellas ideas, y permaneció como huésped.

El superior del colegio que lo era el mismo D. Mateo Ripa, que ya estaba muy bien informado del mérito de Alfonso, y que en las visitas que ambos hacían al hospital de los incurables habia contraído con él una estrecha amistad, no solo lo acogió con muchísimo gusto, sino que muy pronto lo encargó de predicar en la iglesia anexa llamada de los *Chinos*: con esto, al estrenarse esta iglesia, dió en ella los ejercicios espirituales y habló con tanta fuerza y celo en su primer sermón, tanto contra las falsas y fugaces vanidades del mundo, como de los verdaderos é inmarcesibles bienes de la vida eterna, que trece doncellas, entre las cuales algunas habian tratado ya esposales, renunciaron á todo, eligieron por esposo á Jesu Cristo, y una por fin murió en olor de santidad. De allí en adelante fueron repetidos los sermones de Alfonso, y con esto llegó á ser aquella iglesia muy

frecuentada, tanto mas, cuanto que habiéndolo encargado el mismo superior, no solo de todo lo que hubiese que predicar, sino aun de las confesiones, no era poca la gente que acudia á buscar á sus piés el perdón de sus culpas. Por otra parte, olvidado de sí mismo y no curándose de ninguna incomodidad, lo hacia todo, escuchaba á todos, y no rara vez sucedia que en algunos dias, sobre todo en los festivos, continuase confesando durante la primera y segunda mesa, y tambien tal vez, que difícilmente tomase algun bocado despues de concluida la recreacion comun. Despues, por la noche, al volver al colegio, terminada la visita ordinaria de Jesus sacramentado, se veia venir acompañado de una turba de penitentes; de modo que permanecia confesando por muchas horas hasta bien avanzada la noche.

No por esto dejó Alfonso de continuar predicando en las otras iglesias de Nápoles: antes por el contrario, casi no habia dia que no predicase ya en una ó ya en otra iglesia, y siempre con indecible concurso de gentes y con grandísimo fruto de las almas; por que se podia decir que eran casi infinitas las conversiones á Dios que se verificaban todos los dias que predicaba. Ni tampoco se habia separado de sus primeros colegas de las misiones apostólicas, sino que iba siempre con ellos en los tiempos señalados para

las misiones á varios lugares del reino. En estas ocasiones le encargaban generalmente el gran sermón de por la noche, porque todos veían que con su mucho celo y la manera particular y don que tenía para predicar, sabía mover hasta los corazones mas endurecidos en el vicio y mas renuentes á la virtud; por lo que se podía decir muy bien, que era muy poderoso en obras y en palabras. Así es que Alfonso era como el alma de estas misiones y sostenía el mas grave peso de ellas, tanto por el mayor trabajo de la predicación, como por la mayor asiduidad en escuchar las confesiones de los muchos que acudían á él; pero siempre obediente á cualquiera orden de sus superiores y celosísimo por el bien de las almas, no perdonaba fatiga ni se cuidaba del descanso, sino que se hacía todo para todos, á fin de ganarlos para Jesucristo. De este modo, jamás partía de estos lugares cultivados y fertilizados con sus fatigas y sudores, sin llevar consigo una multitud de despojos hechos al infierno, y de presas recobradas del demonio.

Mientras que Alfonso se mostraba tan infatigable por la santificación de los otros, no perdía de vista la suya propia. Mortificaba mucho su cuerpo, no solo con tantas fatigas apostólicas, sino también con la calidad y escasez del alimento, y con otros muchos instrumentos de penitencia con que lo destrozaba con-

tinuamente. Además, robaba muchas horas de la noche al descanso indispensable, para emplearlas en la oración y en la contemplación de las cosas celestiales, para estrecharse siempre mas y mas con su Dios, y recibir de él las fuerzas y las luces necesarias para cumplir bien con los deberes de su ministerio: con lo que fácilmente puede comprenderse, cómo toda su conducta correspondía plenamente á lo que los sagrados cánones prescriben con respecto á los deberes de los eclesiásticos. Si, él no fué siempre exacto sino escrupulosísimo observador de ellos, y tanto, que así en sus palabras como en su porte y en cualquiera otra de sus acciones, no se oyó ni se vió jamás cosa alguna que pudiese parecer, no diré contraria, pero ni aun no conforme en todo con las constituciones apostólicas, de modo que era reputado y llamado por todos, como en efecto lo era, modelo perfectísimo de un excelente eclesiástico.

CAPITULO IV.

Prodigio acaecido en Foggia á San Alfonso, con gran provecho de las almas.

Un horrible terremoto acaecido en el mes de Marzo del año de 1731, habia causado grandes estragos en la Puglia y en los lugares de los alrededores, poniendo á todas aquellas provincias en una gran consternacion y temor. Los obispos, para hacer predicar la penitencia y calmar la ira divina, no dejaron de llamar algunos operarios evangélicos, y entre ellos á los de las misiones de propaganda de Nápoles. Estos llevaron consigo á Alfonso y predicaron en muchos lugares, particularmente en Bari, Lecce y Nardó. Por supuesto que Alfonso fué el que llevó casi todo el peso de la mision, como ordinariamente sucedia; y el Señor bendijo de tal modo sus fatigas y sudores, que sacó un abundante fruto con las conversiones que hizo de toda clase de personas.

Si la ciudad de Foggia, capital de la Puglia, no quedó toda sepultada bajo sus ruinas por el referido terremoto, quedó ciertamente muy maltratada y devastada. En ella se venera en la iglesia colegiata, hoy basílica, una antigua pero prodigiosa tabla en que es-

taba pintada la Santísima Virgen, y no viéndose ya la imágen por las injurias del tiempo, se le puso encima una plancha de plata, y donde correspondia la cabeza se hizo una abertura ovalada con cristal y ademas cubierta por debajo de la plancha con muchos velos, por lo que se le dá el nombre de *Iconis veteris* y de la *Virgen de los siete Velos*.

Habiéndose arruinado la iglesia colegiata, se trasportó esta sagrada tabla de María Santísima á la de los padres capuchinos; y aquí el pueblo, atemorizado con los repetidos sacudimientos de terremoto que todavía se sentian, estaba implorando el poderoso patrocinio de María Santísima por las críticas y lastimosas circunstancias en que se hallaba. Un dia en que se habia reunido un gentío inmenso, se vió repentinamente aparecer en el óvalo de dicha tabla con grande admiracion y sorpresa de todos, el sagrado rostro de la Virgen, como el de una doncella, y esto no una sino muchas veces aun en los dias siguientes, mirando y consolando así á los afligidos foggianos.

Inmediatamente se esparció la noticia de este suceso por todas partes, y llegando á oídos de los misioneros de Propaganda, éstos, y particularmente Alfonso, resolvieron ir á visitar á la Santísima Virgen y admirar el prodigio. Concluida, pues, la última mision de Nardó, fueron todos á Foggia. Alfonso fué

recibido de todos con particulares señales de estimacion, tanto por el concepto que se tenía de él como por la reciente memoria de su tío Monseñor D. Santiago Cavalieri; y como la ciudad se hallaba todavía consternada y llena de temor, fué solicitado por Monseñor el obispo y por otras muchas personas de respeto para que hiciese una novena en honor de María Santísima. Al principio se escusó fuertemente por varias razones; pero por último, tuvo que aceptar el encargo y predicar durante la novena en la iglesia de San Juan Bautista, donde se había trasportado entonces la sagrada tabla, de la iglesia de los Padres capuchinos. La concurrencia del pueblo fué tal, que habiendo mas gente fuera de la iglesia que dentro, fué necesario poner el púlpito en la puerta y colocar enfrente de él la sagrada tabla; pero el fruto que se sacó de esto no fué menor que la concurrencia, porque sin embargo de que eran muchos los confesores, no bastaban para escuchar á los penitentes, y toda la ciudad se vió tan cambiada, que el obispo y todas las personas celosas no se cansaban de dar gracias á Dios porque les había mandado á Alfonso.

Entre tanto, éste se encendió en una devoción tan grande hacia aquella sagrada tabla de María Santísima, que no podía separarse de ella: así es que una tarde al anochecer, despues que salió el pueblo de la

iglesia y vuelta la sagrada tabla al altar, subió á él para contemplarla de cerca. No fué tan pronto en acercarse, como en quedar absorto y fuera de sí, y permaneció en éxtasis casi una hora: entonces la Virgen, para manifestarle cuánto agradecía su devoción, lo llenó de júbilo mostrándole de un modo particular su sacratísimo rostro. Desaparecida la vision, bajó del altar y entonó el *Ave Maris Stella*, con todos los que habían quedado en la iglesia, que eran cerca de treinta, entre sacerdotes y otras personas de rango. A la mañana siguiente hizo llamar un pintor, le indicó muy minuciosamente todas las facciones que había visto y le hizo hacer un retrato, que todavía se conserva en la casa de los Cioranos.

No terminó aquí el prodigio, porque uno de los días de la citada novena, estando Alfonso predicando sobre el patrocinio de la Virgen, que era su asunto favorito, y animando al pueblo á amar y recurrir con fé á María Santísima, se quedó estático y se vió aparecer en el óvalo de la sagrada tabla el rostro de la Virgen, y que saliendo de él un rayo de luz, semejante á los del sol, terminaba en la cara del venerable misionero. Atónito el pueblo con tan impensado prodigio, comenzó á gritar: *milagro, milagro*, y á encomendarse con gran fervor y lágrimas á la Virgen; mas con tal estremo, que muchas mujeres de mala

vida, en vista de esto, concibieron un dolor de sus pecados tan intenso, que con gran fervor comenzaron á disciplinarse pidiendo á gritos misericordia, y despues se retiraron al conservatorio de las convertidas de dicha ciudad. Por otra parte, en el testimonio jurídico que mandó Alfonso á Roma el año de 1777 para la coronacion de la susodicha imagen, que á solicitud del obispo y de todos los de la ciudad de Foggia, debia hacerse por el respetable cabildo de la Basílica Vaticana, y que se verificó el mes de Octubre de 1788, sin decir nada que pudiese redundar en elogio suyo, testifica, que predicando un dia al pueblo, y aun en otros, vió el rostro de la Virgen, como el de una doncella de trece ó catorce años, que saliendo de la mencionada abertura ovalada y cubierta de un lienzo blanco, se movia á derecha é izquierda, y no como pintada, sino como esculpida y de carne; y que al mismo tiempo fué vista por todo el pueblo que se hallaba presente, encomendándose con el mayor fervor á María Santísima.

CAPITULO V.

Bien espiritual que hizo San Alfonso en los alrededores de Amalfi y de Scala.

Debilitado y poco menos que consumido con tan continuas y graves fatigas, volvió á Nápoles, donde apenas llegó, cuando cayó gravemente enfermo. Pasada la gravedad del mal, pero convaleciente aún, determinó ir, por consejo de algunos de sus amigos, hácia el rumbo de Amalfi, con algunos de sus compañeros de las misiones, pero mas bien para procurar la instruccion y cultivo de las almas de aquellos alrededores, que para respirar un aire mas saludable y recobrar la salud perdida con algun poco de reposo. En efecto, no estuvo ocioso, sino que pasó toda su convalecencia catequizando, predicando, confesando y procurando de todos los medios posibles, el provecho de aquellas almas. Estendida la fama de todo esto, el vicario general de la inmediata diócesis de Scala lo invitó y le suplicó tuviese á bien ir á una ermita situada en un alto monte cerca de la misma ciudad de Scala, por lo que le llamaban Santa María de los Montes, para que restableciese mucho mejor su salud por la salubridad de aquel aire, y santificase

ademas aquellos contornos con su presencia, ejercitando los mismos oficios caritativos.

Alfonso aceptó la invitacion y fué á vivir con sus compañeros á una casucha inmediata á la ermita, bastante incómoda y aun medio arruinada. Aquí, mientras llevaban una vida tan incómoda, penitente y contemplativa, que con mucha razon podian llamarse unos verdaderos ermitaños de los mas austeros, atendian tambien á una vida tan activa y laboriosa para pulir y amaestrar en la fé y en la doctrina cristiana á la pobre gente dispersa por aquellas rocas y precipicios y por las casillas circunvecinas, que muy pronto se vió en aquellas poblaciones un grande aprovechamiento espiritual. Alfonso que los precedia á todos con el ejemplo, y que mas que cualquiera otro pensaba en el modo de poder ser útil á las almas, sintiendo mucho no poder darles tambien fácilmente la sagrada comunión, obtuvo la facultad de conservar el Santísimo Sacramento en aquella iglesita de campo, y como no tenian sagrario con llave, se hallaban obligados á velarlo alternativamente él y todos sus colegas. En esta ocasion fué cuando por disposicion divina acabó de conocer Alfonso la necesidad que tienen los pobres campesinos abandonados y como errantes por los campos cultivando la tierra y guardando los ganados, de ser instruidos en las cosas de

la religion y sustentados con la palabra divina, y todo esto le causó una gran pena.

Estando próxima la festividad *del Corpus*, Monseñor Santoro, obispo de Scala, le suplicó que pronunciase un discurso en su iglesia catedral el Domingo infraoctava de ella, como en efecto lo hizo: con este motivo, las religiosas del Conservatorio llamado del Santísimo Salvador, y despues del Santísimo Redentor, lo invitaron á que les predicase un sermon. Complacidas por Alfonso, quedaron estas religiosas tan conmovidas al oirlo predicar, que rogaron y obtuvieron de su obispo Monseñor Santoro la gracia de que les diese los ejercicios espirituales y las confesase el mismo Alfonso. Pero como necesitaba volverse pronto á Nápoles por algunos negocios relativos á la gloria de Dios, fué indispensable diferirlo para otra vez.

CAPITULO VI.

Diligencias que practicó y obstáculos que superó San Alfonso para fundar la congregacion del Santísimo Redentor.

Habiendo vuelto Alfonso en el inmediato mes de Setiembre á la ciudad de Scala, predicó en la iglesia

catedral en la novena del Santo Cristo, como lo había prometido á Monseñor Santoro. La concurrencia fué grande, y aun mayor la compuncion del pueblo de aquella ciudad y del de los lugares circunvecinos. Al mismo tiempo dió los ejercicios espirituales y confesó á las religiosas del Conservatorio, citado en el capítulo anterior. Entre ellas habia una llamada Sor María Celeste Costarozza, que hacia una vida santa y era favorecida de Dios con muchos dones sobrenaturales, la cual reformó en Nocera un conservatorio de doncellas que se habia relajado un poco, y llamada á la ciudad de Foggia fundó un conservatorio de doncellas nobles, bajo el título del Santísimo Salvador, donde despues murió en olor de santidad. Estando ésta un dia en el confesonario, hablando de cosas espirituales con Alfonso, le dijo terminantemente: *D. Alfonso, el Señor no os quiere en Nápoles, sino que os llama á fundar una nueva congregacion de misioneros dedicados á prestar los auxilios espirituales á las almas mas abandonadas.* A un discurso tan inesperado quedó atónito y confuso, y reprendió á aquella religiosa como á fantástica y visionaria, la que por su parte le sostuvo constantemente que aquella era la voluntad de Dios, de manera que ocasionándose entre los dos una especie de debate espiritual, se percibió algun murmullo por algunas personas que estaban en la iglesia,

entre las que se hallaba el sacerdote D. Juan Mazzini, uno de sus colegas.

Vuelto Alfonso á su hospicio, se fué inmediatamente á su aposento, donde á poco se le oyó deshacerse en lágrimas. Era entonces justamente la hora de ir á la mesa, y no viéndolo llegar se resolvió por fin el citado Mazzini á entrar á verlo, y hallándolo muy afligido, le preguntó el motivo de su cuidado, que si acaso fuese á consecuencia de la discusion que habia tenido con aquella religiosa, si no era asunto de confesion, podia manifestarle todo francamente, para ver si se hallaba algun remedio. Entonces le dijo Alfonso lo que le habia dicho Sor María Celeste, añadiendo: *¿Pero qué hago? Esto no es posible, véase por el lado que se viere. Ya sabeis mis ocupaciones en Nápoles, el encargo de las misiones y demas atenciones por el bien del prójimo.* Otras muchas cosas le dijo aún sobre esto, mostrándole la imposibilidad de la empresa, y manifestándole por otra parte, el temor que tenia de oponerse á la voluntad divina si no ejecutaba la insinuacion de aquella sierva de Dios; y que, en una palabra, entre estas dudas é incertidumbres, sentia que le faltaba el espíritu y desfallecia. Habiendo oido todo esto el padre Mazzini, procuró consolarlo con muchas razones, y entre otras cosas le dijo: *No te desanimes, Alfonso mio: quién sa-*

be lo que Dios querrá de tí: es necesario pensar en esto. A lo que Alfonso replicó luego luego: *¿Y los compañeros dónde están?—Aquí estoy yo en su nombre,* le respondió aquel, y después: *pero vamos ahora á tomar algo y dejemos á Dios el cuidado de esto.* Al instante se serenó y fué á tomar algun alimento.

Pero volviendo á pensar Alfonso en lo que le habia dicho la religiosa, le parecia que pudiera ser efecto de una imaginacion exaltada, porque considerando detenidamente la empresa por todas partes, no sólo la hallaba bastante difícil, sino casi imposible. Viéndolo todavía agitado el padre Mazzini, que era hombre dotado de consejo y de prudencia, le dijo, que no era de despreciarse lo que habia oído á la religiosa, pues que no se podía saber lo que Dios queria de él, y que él creia que seria bueno comunicarlo todo á Monseñor Falcoia, obispo de *Castello-á-mare* de Stabia, que se hallaba entonces en Scala, así como al obispo de esta misma ciudad, Monseñor Santoro, personas bastante notables, no solo por la bondad de su vida, sino ademas por su doctrina, prudencia y discernimiento de espíritu, y oir su parecer. En efecto, así lo hizo, y estos dos obispos, despues de haber oído y ponderado con madurez el negocio, le respondieron francamente y le aseguraron, que las luces de aquella buena religiosa venian ciertamente de Dios,

y que Dios queria efectivamente que fundase la nueva congregacion indicada; y Monseñor Santoro hasta le ofreció auxiliarlo en cuanto pudiese para la fundacion que debiera hacerse en la misma ciudad de Scala.

Despues de todo esto, se volvió Alfonso á Nápoles, pero todavía vacilante sin saber qué partido tomar. En estas dudas y agitaciones de espíritu, resolvió, como prudente que era, recurrir á todos aquellos medios que son los únicos valederos y seguros para descubrir el divino querer, y no correr ningun peligro de errar. Redobló, pues, las mas fervorosas súplicas, aumentó desmedidamente sus penitencias, pidiendo incesantemente al Padre de las luces y al Dador de todo bien, que se dignase hacerle conocer cuál era ciertamente su divino beneplácito, y qué era lo que queria de él. Se encomendó tambien á muchas almas buenas, pidiéndoles al efecto sus oraciones. Luego, persuadido de que nadie debe apoyarse en su propio dictámen, y de que el prudente obra siempre por consejo ageno, porque el que se quiere conducir por sí mismo quiere ser conducido por un insensato, no contento con la opinion de aquellos con quienes ya se habia aconsejado, quiso oir el parecer de las personas de mas saber y de mas experimentada virtud que hubiese entonces en Nápoles. El primero á quien recurrió fué al padre Pagano su director, y aunque

éste estuvo por la empresa, quiso que hablase también de ella con el padre Manulio, de la Compañía de Jesús, y con el Sr. Cutica, superior de los señores de la Misión, personas de gran crédito, que conviniendo en opinión con el padre Pagano, y por consiguiente con la de los dos obispos citados, esto es, Monseñor Falcoia y Monseñor Santoro, concluyeron con que era voluntad de Dios que se ocupase de fundar la nueva congregación.

Oída la opinión de todas estas personas tan dignas de consideración, depuso Alfonso toda inquietud y toda agitación de ánimo, se calmó y se dispuso á poner manos á la obra, no por ningún respeto humano, y mucho menos por la mas leve sombra de vana gloria de adquirir el título de fundador, sino únicamente por hacer lo que Dios pedia tan claramente de él. Entre tanto, divulgada por Nápoles la voz de su determinación, no faltaron desde luego quienes comenzaran á desaprobárla grandemente, unos porque sentían perder un operario evangélico de tanta valía, y otros porque temían que un hombre que ya había renunciado á todo y vivía tan pobremente, no pudiese llevar á cabo una empresa tan llena de dificultades. Había otros que no vacilaban en darlo por iluso, vano y fanático, con otros títulos semejantes, á fin de apartarlo de su designio. Entre los opositores y con-

tradictores de Alfonso, además de su padre y otros parientes que se valían de todos los medios y hacían todos los esfuerzos imaginables para embarazarlo, se hallaban el canónigo D. Julio Torni, que había sido su maestro, y su tío el canónigo D. Pedro Márcos Gizzio, rector entonces del Seminario napolitano, sus colegas de las misiones apostólicas y el mismo arzobispo de Nápoles el cardenal Pignattelli; y tanto mas empeñosos, cuanto que de ninguna manera podían inclinarse á creer que haciendo tanto bien en Nápoles, quisiese Dios otra cosa de él. Pero Alfonso lo soportaba todo con heroica paciencia; y esperando que el Señor calmaría al fin tan furiosa tormenta, no cesaba de rogarle, ni de tener siempre fija la mente en la ejecución de su divina voluntad.

Por último, el mencionado canónigo Gizzio su tío, después de haber probado todos los caminos para apartar al sobrino de su designio, le dijo un día, que á lo menos se aconsejase con el padre Ludovico Fiorilli, dominicano, gran siervo de Dios: y habiéndole respondido Alfonso que él no obraba por sí mismo, sino que dependía todo del padre Pagano, no sabiendo aquel qué replicar, calló. Por otra parte, Alfonso refirió esto al padre Pagano, el cual aprobó que fuese á hablar del negocio con el padre Fiorilli, pero antes de que Alfonso fuese á verlo, se encontraron casual-

mente los dos en casa de su mismo tío. El padre Fiorilli que no conocia á Alfonso, luego que lo vió le dijo: *¿Quién sois?* é inmediatamente añadió: *Dios no está satisfecho de vos: otras cosas mayores pretende de vos, y os quiere todo suyo.* Al oír esto Alfonso, le comunicó en particular todo el negocio, y él le respondió: *no es tiempo ahora de hablar: id á verme al convento, y habiendo ido Alfonso pocos dias despues: ¿Cómo, le dijo, tan presto?* San Luis Beltrán solicitó seis meses de término para responder á Santa Teresa en un caso semejante; con que dadme mas tiempo. Pasados algunos dias mas, volvió Alfonso y obtuvo esta respuesta: *Andad, que la obra es obra de Dios; pero echaos todo en manos de Dios, como una piedra que cae del monte dentro de un valle. Tendreis persecuciones, pero confiad en Dios, y abandonaos todo en sus manos, que él os ayudará. No me nomeis ni vengais ya á verme.*

Informado el padre Pagano de todo esto por Alfonso, se confirmó mucho mas en su primera opinion y lo animó con mayor ahínco á poner en planta la susodicha fundacion; pero las contradicciones y las inectivas contra Alfonso continuaban, y los que desaprobaban y criticaban su designio, persistian mucho mas en su oposicion, porque creían que el padre Fiorilli no lo aprobaba. Para disipar, pues, esta falsa

idea, pensó Alfonso escribir al citado religioso, rogándole que le contestase por escrito, como en efecto lo hizo, de la manera que sigue. *¿Cree vd. que yo he dejado y olvidado el asunto que es de tanta gloria para el Señor? ahora, mas que nunca, estoy decidido por él. Esté vd. alegre y confie en Dios, porque él le dará toda su asistencia en esta causa que le es tan cara. Yo no tengo individuos; pero si se me proporcionase alguno, lo serviré. Quisiera ser sacerdote nuevamente para tener la fortuna de ir á llevarle los tios. No retroceda vd. por los pocos individuos, porque el Señor se los enviará despues, y los pocos buenos harán por muchos. Lo bendigo en nombre de Jesus y de Maria, y repitiéndome su humilde servidor, lo abrazó tiernamente en la caridad del Señor.* Este billete del padre Fiorilli, mostrado por Alfonso en otro diálogo que tuvo con los dos canónigos Gizzio y Torni, y cuando éstos menos lo pensaban, los hizo enmudecer y cambiar en breve de lenguaje: tan grande era la estima y veneracion en que todos tenían al citado religioso. Y tanto, que el último de los dos repetidos canónigos quiso guardar el mismo billete original, tanto para su justificación, como por honor de la congregacion de las misiones apostólicas: de modo, que Alfonso se quedó con la simple copia que habia escrito de su puño, y que hallada entre sus papeles

después de su muerte, se conserva hasta hoy. No se mostraron tan dóciles los otros compañeros de las citadas misiones, los que creyendo que sería para su vergüenza y vituperio el paso que él quería dar, ya casi estaban en la determinación de quitarle la capellanía que como á hermano le habían asignado, y de separarlo y borrarlo enteramente de sus registros; pero el arzobispo de Nápoles, informado ya plenamente del parecer de tantas personas respetables, tanto por su doctrina como por su santidad, y en fin, hasta de la opinión del padre Fiorilli, las cuales aprobaban el designio de Alfonso, de contrario que era, se le convirtió en favorable y hasta en protector; y entre otras cosas, previno al canónigo Torni, que sin su conocimiento no se atentase en manera alguna en la congregación contra la persona de Alfonso.

Con esto cambió de aspecto el negocio, y de la censura y los ultrajes, se pasó á los elogios y á las aprobaciones, no pudiéndose ya negar con tantas señales tan claras, que aquella obra, realmente Dios la quería. Entre tanto, convencido Alfonso cada vez mas de la voluntad divina, aunque por todos lados se reputase inepto para llevar á cabo una obra tan grande, sin embargo, confiado solo en aquel Dios que á menudo elige las cosas mas viles y despreciables para confundir á los poderosos y á los fuertes y hace salir

aun de las piedras los hijos de Abraham, se disponia á partir de Nápoles para ir á poner manos á la obra en otra parte á la proyectada empresa. Pero no sabia que aun le faltaba superar el mayor de los obstáculos y ganar la victoria; pues viendo su padre que habian sido en vano todos los medios que habia empleado hasta entonces para apartar á su hijo del designio en que se hallaba, y que por último el caso era ya desesperado; quiso, sin embargo, hacer el último esfuerzo, sorprendiéndolo un dia en su mismo aposento. Allí, recurriendo á todos los mas tiernos afectos de su paternal corazón, ¿qué de cosas no dijo é hizo para lograr conmovirlo y retenerlo en Nápoles? Lo abrazó de nuevo amorosamente, y teniéndolo por mas de tres horas apretado á su pecho, le repetia con débil voz interrumpida con dolorosos gemidos: *Hijo, ¿por qué me quieres dejar? ¿Falso mio, por qué me dejas?* A tan terrible é impensado asalto, ya puede uno imaginarse qué contraste de pensamientos se agolparia á la mente y qué tumulto de afectos se despertaria en el corazón de Alfonso. Por un lado la naturaleza usando de sus derechos, y haciendo todos sus esfuerzos lo estimulaba á satisfacer los deseos que parecían igualmente justos y racionales de un tan amante padre: por otro la voz de Dios, que ya se le habia manifestado de una manera tan clara, lo llamaba á

otra parte á dar cumplimiento á sus designios. Este conflicto fué tan crudo para Alfonso, que revelada en él la pasión del amor hacía un padre que tanto lo amaba, fué atacado de fuertes convulsiones y de un grandísimo tremor por todo el cuerpo; de manera, que despues confesaba él mismo que esta era la tentacion mas fuerte que habia sufrido en toda su vida, en la que Dios con su divina gracia lo mantuvo constante y firme, porque *solo Dios podia fortalecerlo en aquel duro combate*. Despues de tan señalada victoria, para evitar todo evento contrario, sin despedirse mas que de los amigos favorables al negocio, y particularmente del cardenal arzobispo, cuya pastoral bendicion recibia, habiendo ya renunciado riquezas, comodidades y honores, abandonó patria, amigos, parientes y hasta á su mismo padre, y á principios de Noviembre de 1732, montado en un jumentillo, tomó, con algunos compañeros el camino de Scala.

CAPITULO VII.

Fundacion y propagacion de la Congregacion del Santísimo Redentor, establecida por San Alfonso entre las espinas de las tribulaciones.

Llegado Alfonso á Scala donde ya lo esperaba Monseñor Santoro, fué á la ciudad á habitar con sus compañeros en una pobre casucha que tenia un jardincito y una pequeña gruta. Despues, y con la correspondiente licencia, fué convertida en oratorio una de sus estancias, donde la mañana del 9 de Noviembre del mismo año de 1732, habiendo entrado en su trigésimo sétimo año de edad, y despues de haberse cantado la misa votiva del Espíritu Santo y el himno Ambrosiano en accion de gracias al Señor, por las recibidas en aquel negocio, echó los primeros fundamentos de la nueva congregacion, llamada del Santísimo Salvador, y cuyo objeto debia ser prestar todos los auxilios espirituales, particularmente á las almas dispersas y abandonadas por los campos ó residentes en las aldeas y pequeñas poblaciones. Sus primeros compañeros fueron doce, diez sacerdotes y dos abogados seculares, y ademas un hermano lego sirviente llamado Vito Curzio, rico gentilhombre de Acquaviva de Bari, el que por una vision celestial que tuvo en Nápoles,

otra parte á dar cumplimiento á sus designios. Este conflicto fué tan crudo para Alfonso, que revelada en él la pasión del amor hacía un padre que tanto lo amaba, fué atacado de fuertes convulsiones y de un grandísimo tremor por todo el cuerpo; de manera, que despues confesaba él mismo que esta era la tentacion mas fuerte que habia sufrido en toda su vida, en la que Dios con su divina gracia lo mantuvo constante y firme, porque *solo Dios podia fortalecerlo en aquel duro combate*. Despues de tan señalada victoria, para evitar todo evento contrario, sin despedirse mas que de los amigos favorables al negocio, y particularmente del cardenal arzobispo, cuya pastoral bendicion recibia, habiendo ya renunciado riquezas, comodidades y honores, abandonó patria, amigos, parientes y hasta á su mismo padre, y á principios de Noviembre de 1732, montado en un jumentillo, tomó, con algunos compañeros el camino de Scala.

CAPITULO VII.

Fundacion y propagacion de la Congregacion del Santísimo Redentor, establecida por San Alfonso entre las espinas de las tribulaciones.

Llegado Alfonso á Scala donde ya lo esperaba Monseñor Santoro, fué á la ciudad á habitar con sus compañeros en una pobre casucha que tenia un jardincito y una pequeña gruta. Despues, y con la correspondiente licencia, fué convertida en oratorio una de sus estancias, donde la mañana del 9 de Noviembre del mismo año de 1732, habiendo entrado en su trigésimo sétimo año de edad, y despues de haberse cantado la misa votiva del Espíritu Santo y el himno Ambrosiano en accion de gracias al Señor, por las recibidas en aquel negocio, echó los primeros fundamentos de la nueva congregacion, llamada del Santísimo Salvador, y cuyo objeto debia ser prestar todos los auxilios espirituales, particularmente á las almas dispersas y abandonadas por los campos ó residentes en las aldeas y pequeñas poblaciones. Sus primeros compañeros fueron doce, diez sacerdotes y dos abogados seculares, y ademas un hermano lego sirviente llamado Vito Curzio, rico gentilhombre de Acquaviva de Bari, el que por una vision celestial que tuvo en Nápoles,

lo renunció todo y eligió este empleo entre los padres de la nueva congregación.

Se puede decir muy bien que la vida que llevaban estos padres en aquella su primera casa de la ciudad de Scala, se parecía á la de aquellos penitentes anacoretas de que tambien hace mencion San Juan Climaco en su Escala mística. Además de que tenían una estrechísima habitación y de que carecían de las comodidades mas comunes y necesarias para la vida, no tenían por cama mas que un miserable saco de paja tirado en el suelo, donde por la noche descansaban unas cuantas horas, ni por alimento las mas veces que un solo potaje capaz de las náuseas por lo insípido y mal condimentado, y una ó otra fruta. Después, el pan, sobre ser de mala calidad y negro, no tenía levadura, por ignorancia y falta de experiencia del hermano lego, que no estaba acostumbrado al oficio, y con esto era tan duro, que para poder comerlo de algun modo, era preciso desquebrajarlo en un mortero, y era tal la devoción de los habitantes de Scala, que para conseguir un pedazo de él, hacían las mas esquisitas diligencias. A una comida tan despreciable y tan escasa, propia mas bien para excitar el hambre que para satisfacerla, se añadía que unos la tomaban de rodillas con el plato en las manos, y otros tendidos á la larga en el suelo, sin dejar de

amargarla de intento, mezclándole alguna cosa con ese fin. Había muchos que antes de tomar una tan pobre y tan mortificante refección, arrastraban la lengua por toda la estancia, y otros hacían con ella multitud de cruces en el suelo.

No satisfechos todavía con esto, para macerar mas y mas su cuerpo, se disciplinaban todos, lo menos tres veces á la semana, pues que gustaban de llevar en sí mismos la mortificación de Jesucristo, y mucho mas de establecer con ella el nuevo instituto. El espíritu de oración seguía con paso igual al de la mortificación y penitencia: no solo rezaban las horas canónicas en comun con suma pausa y recogimiento interior, sino que tambien se reunían tres veces al día, por la mañana, después de vísperas, y por la noche para tener todos media hora de oración, y después cada uno empleaba otra media hora leyendo vidas de algunos santos. Estaba destinado un cuarto de hora para la visita de Jesús sacramentado y de María Santísima, pero se veían permanecer uno mas de noche que de día postrados ante el Santísimo Sacramento, que con las licencias oportunas conservaban en su oratorio. La misa de cada uno de ellos, ciertamente que no era muy breve, ni tan poco era corto el tiempo que empleaban en dar gracias después de ella, porque era muy alto el concepto que tenían de tan au-

gusto sacrificio. Por último, allí no habia ni descanso, ni alivio; y una sola hora que se tenia despues de la mesa, se pasaba toda en conversaciones espirituales, ó refiriendo las acciones de los santos: de manera, que en aquella primera casa, ó mas bien en aquel primer retiro, todo respiraba pobreza, mortificación, recogimiento y oracion.

Si tal era la conducta de los demas, considérese cuál seria la de Alfonso. Nunca tomaba el poco alimento que apenas bastaba para conservarlo vivo, sino de rodillas y con una piedra pesada suspendida al cuello y siempre lo rociaba con ajeno, ó con zábila, ó con cualesquiera otras sustancias amarguísimas. Andaba cargado y ceñidas todas las partes de su cuerpo con cilicios y cadenillas de fierro llenas de puntas agudas, de manera que su ropa blanca y sus camisas estaban siempre llenas de sangre y podredumbre. Acostumbraba hacer disciplina de sangre diariamente y aun varias veces al dia con disciplinas armadas de estrellitas de fierro, que daba horror solo verlas; y cuando concluia daba una pasada de lechada á las paredes para limpiarles la mucha sangre con que quedaban manchadas, á fin de ocultar tan horrible tormento, y con bastante frecuencia solia hacerla en la enuevecilla contigua, donde era tradicion que se le habia aparecido muchas veces la Santísima Virgen.

Si Alfonso sobrepujaba tanto á todos sus compañeros en la maceracion del cuerpo, no los aventajaba menos en el recogimiento, en el silencio y en el espíritu de oracion, porque el tiempo que le quedaba libre despues de los ejercicios comunes, lo empleaba ó en permanecer ante Jesus sacramentado, ó en la contemplacion de las cosas celestiales; así es que teniendo la mente siempre vuelta y fija en Dios, podia decirse muy bien que vivia en oracion continua.

Por otra parte, este empeño en santificarse á sí mismo, no disminuia en él el de la santificacion ajena; particularmente la de la pobre y rústica gente, abandonada y dispersa por los campos y pueblecillos, que era el fin con que se habia instituido aquella su congregacion. No solo permaneciendo en la ciudad de Scala era el mas asíduo de todos en instruir y acoger á todos los que iban á deponer el grave peso de sus pecados con una dolorosa confesion, sino que de cuando en cuando salia con sus compañeros por aquellos lugares circunvecinos, donde con el ejemplo, con la voz y con sus apostólicas fatigas recogia tan copioso fruto, mediante la conversion de los mas obstinados pecadores, que muy pronto se vieron cambiar de aspecto los citados lugares. Entre tanto, Monseñor Santoro no cesaba de bendecir y dar gracias al Señor, y al mismo tiempo de encomiar á Alfonso,

como el principal instrumento de que Dios se servía para el bien espiritual de tantas almas.

Pero mientras que Alfonso llevaba con sus compañeros una vida tan ejemplar, y mientras que la mayor emulacion reinaba entre ellos para ganar almas para Cristo, y cuando parecia que no tenian mas que un corazon y una sola alma á imitacion de los primeros cristianos; no pudiendo el enemigo comun sufrir jamas un tan gran bien, se puso en movimiento y fué á sembrar entre ellos la zizaña. La fama y la estimacion á que habia llegado Alfonso, y lo mucho que aprovechaban las almas con el nuevo instituto, habia atraído á muchos que se le incorporaron; y viendo él que el número de sus colegas se habia aumentado considerablemente, resolvió formar algunas reglas para dar un cierto orden y estabilidad á la nueva congregacion: mas al quererlo poner en planta, cuando creyó que todos se manifestarian unánimes, vió aparecer entre ellos una especie de discordia y contrariedad de opiniones. Unos querian que ademas de dedicarse los individuos de la congregacion á las misiones, debian abrirse escuelas públicas para enseñar á los niños los primeros elementos de las letras: otros se oponian á una pobreza tan estricta como se habia observado hasta entonces, y habia otros que dando en el extremo opuesto, querian que cada uno vendiese

los bienes que le correspondian de su familia y que depositase todo el importe en manos del superior, como hacian los primeros fieles. Muy sensible en estrecho fué para Alfonso esta disension y variedad de pareceres, y aunque previó cuál seria su éxito, sin embargo, no juzgó oportuno condescender y variar de opinion; por lo que les mostró muy bien cuánto importaba observar una verdadera pobreza y una perfecta comunidad de vida; y que respecto á ocuparse de escuelas públicas, esto no serviria mas que para distraer su atencion de las misiones, que no solo eran el principal, sino el único objeto de la nueva congregacion: tanto mas, cuanto que no faltaban muchísimos otros que habian tomado á su cargo educar á los niños y amaestrarlos en las letras y en las ciencias. Pero todas estas y otras razones alegadas por Alfonso, no fueron bastantes para remover los ánimos y conciliar las opiniones; por lo cual muy pronto se vió abandonado de todos, á escepcion de D. César Sportelli, todavía secular, y del hermano lego Vito Curzio, que quisieron permanecer con él: estos sujetos eran personas de tan gran probidad y virtud, que á su muerte eran tenidos por santos, cuya opinion parece confirmada respecto del primero, por la circunstancia de conservarse su cuerpo intacto hasta hoy, sin embargo de las leyes ordinarias de la natu-

raleza, y de las injurias del tiempo que todo lo devoraba y lo destruye: en cuanto al otro, el mismo Alfonso escribió un compendio de su vida que sellec al fin de las Meditaciones del padre Genaro Sarnelli.

A un golpe tan grande, y ciertamente tan sensible para Alfonso, como fué ver desvanecer repentinamente todos sus designios y destruida la obra que le habia costado tan grandes penas y trabajos, se agregó otro no menos duro y aflictivo. Llegada á Nápoles la noticia de que todos sus compañeros se le habian separado, y que con esto habia quedado disuelta su congregacion, los que le habian sido contrarios y aun otros creyeron que podrian con mas razon desaprobando la empresa comenzaron á hablar contra él, á tratarlo de presuntuoso é inepto y á presentarlo como el ludibrio y la fábula del pueblo. El mismo cardenal arzobispo no dejó de sufrir estas murmuraciones y vituperios como quien lo habia favorecido y protegido. Este, por otra parte, no solo no dió oídos á estas malignas inculpaciones, sino que antes por el contrario, llamó á Alfonso y lo animó á proseguir valerosamente la obra comenzada, porque Dios no dejaria de ayudarlo y proveerlo de buenos compañeros: pero no habia necesidad de esto, porque Alfonso, bendiciendo la mano del Señor, que así lo trataba, y humillándose y conformándose en todo con la voluntad

divina, ya habia hecho voto de proseguir, aun cuando fuese solo, la obra de las misiones por los pueblos y las cabañas á beneficio de las almas abandonadas. Al mismo tiempo no dejaba de hacer al Señor las mas humildes y fervorosas oraciones, á fin de que por sola su gloria y por el bien de las almas, se dignase darle los auxilios que fuesen necesarios para el remedio de aquella necesidad.

No pasó mucho tiempo sin que Dios escuchase los votos de Alfonso, lo consoló é hizo ver con mas claridad que la obra comenzada no se habia emprendido por capricho ni por algun fin humano, sino por voluntad y por disposición divina. El sacerdote D. Juan Mazzini, que habia sido su compañero en las misiones, y aun su confidente como se ha indicado ya, habiendo, por último, despues de muchas súplicas y lágrimas obtenido de su director y de sus padres la licencia de ir á unirse con Alfonso, fué presuroso, y lo halló justamente en la ciudad de Scala con las únicas dos personas mencionadas. Si bien fué éste el primero, no fué el único que Alfonso vió venir á sí despues del abandono de todos sus primeros colegas; porque Dios suscitó muy pronto otros muchos sacerdotes fieles que obrasen segun su corazon y su alma, y que compadeciendo el infeliz estado de esa multitud de habitantes de los campos, privados de los so-

corros espirituales necesarios, fuesen á reunirse uno á uno con Alfonso para dedicarse juntos á la salvacion de las almas. Despues, habiéndose aumentado mucho el número de ellos, y aumentándose todos los dias mas y mas, á instancias de estos nuevos compañeros, fundó otra casa de misiones en la quinta llamada de los Esclavos, situada en la diócesis de Calazzo, y el año de 1736 erigió otra en la diócesis de Salerno, con el título de la Santísima Trinidad.

Reducidas las cosas á tan buen estado, le pareció oportuno á Alfonso y aun necesario dar una cierta forma al nuevo instituto, y establecer las reglas que debian observarse y los votos que habian de hacerse por cada uno de sus individuos: mas antes de ejecutarlo, quiso usar de toda la prudencia de los santos, y á este fin despues de haber pedido á Dios las luces necesarias con largas y fervorosas oraciones, con rigurosos ayunos y ásperas penitencias, recurrió al consejo de muchas personas graves, doctas, prudentes y muy versadas en las materias espirituales, como eran entre ellas estas cuatro, ya citadas muchas veces: Monseñor Falcoia, el canónigo D. Julio Torni, el padre D. Tomás Pagano, su director y el padre Ludovico Fiorilli, dominico. Luego, con esta asistencia y con los auxilios y luces divinas, compuso las reglas y las constituciones de su instituto con el título de

Congregacion del Santísimo Salvador, adaptadas en todo al objeto que se habia propuesto y llenas de celestial prudencia. Despues de esto hizo un tierno y fervoroso discurso á todos sus compañeros, esponiéndoles, que habiéndose propuesto imitar á Jesucristo, que se ofreció en perfecto holocausto al Eterno Padre por la salud de las almas, era necesario que tambien ellos se sacrificasen á él para salvar las almas redimidas con su sangre, prometiendo la observancia de las reglas establecidas. Se hicieron muchas oraciones y el retiro de los santos ejercicios, y por último, el 21 de Julio de 1742, en la capilla de una pobre casucha que les dió el Sr. Baron D. Angel Sarnelli, unida á su palacio en el citado territorio de Ciorani, despues de cantadas las primeras vísperas de Santa Maria Magdalena, penitente, y protectora de la nueva congregacion, profesaron todos las citadas reglas, en que ademas de los tres votos simples de pobreza, castidad y obediencia, hay otros dos, el de no aceptar jamas dignidad, oficio ó beneficio fuera de la congregacion, á menos que sean obligados á ello con formal precepto de obediencia por el Sumo Pontífice, ó por el superior general, y el de perseverar en dicha congregacion hasta la muerte, y no pedir la dispensa de él, sino al Sumo Pontífice ó al mismo superior general. Hecho esto, aun faltaba elegir uno de entre ellos que

tuviere un poder supremo y presidiese á toda la congregacion en general; pero en esto no hubo ni disparidad, ni duda, porque todos, escepto únicamente el humilde Alfonso, lo eligieron inmediatamente con unánime consentimiento por superior general, y se le dió á perpetuidad el título de rector mayor.

Una vez llegadas las cosas á este estado, todos los que antes habian desaprobado y vituperado la empresa de Alfonso, no solo callaron, sino que viéndola tan bendita y próspera por la mano de Dios, variaron de parecer y se convirtieron en sus defensores y protectores. Los mismos individuos de la congregacion de las misiones apostólicas que le habian sido tan contrarios, comenzaron á honrarse y á gloriarse de tener un hermano fundador de un nuevo instituto; y los superiores de ella lo invitaron frecuentemente para que fuese á Nápoles á dar los ejercicios espirituales, y para otras cosas de mayor importancia: hasta su padre que tanto habia trabajado para disuadirlo de la vocacion al estado eclesiástico, y despues para impedir que saliese de Nápoles, al ver que la nueva congregacion adquiria cada vez mayor consistencia y vigor, no solo se gozaba de ello, sino que quiso ir á visitar á Alfonso á la casa de Ciorani, donde estaba entonces; y altamente conmovido de la santa conducta de su hijo y demas compañeros, pidió con repetidas

instancias y con muchas lágrimas, que lo admitiesen en calidad de lego; pero no lo pudo conseguir, porque Alfonso jamas quiso permitirlo.

Divulgándose siempre mas y mas por todo el reino de Nápoles y hasta por los Estados confinantes, la fama de la rara virtud y santidad de Alfonso, y de todo lo que él y sus compañeros hacian por la gloria de Dios y por la salud de las almas, muchos obispos y muchas ciudades y paises, deseando tener parte en un bien tan grande, solicitaron tener alguna casa de dicha congregacion. Por esto, el 13 de Octubre de 1742, fundó la casa de San Miguel Arcángel, de los Paganos; despues el año de 1745, á instancias del venerable siervo de Dios Monseñor Lucci, del ínclito orden de los Menores Conventuales, obispo de Bovino, y con quien por conformidad de espíritu se hallaba en estrecha amistad, fundó otra en Iliceto, que está en la diócesis de Bovino, con el título de Santa María de la Consolacion, y el año de 1747 la de Santa María Madre de Dios, en Caposela, en la diócesis de Conza.

Al ver Alfonso establecida y dilatada su congregacion en tan corto tiempo, no contento con la aprobacion de los obispos en cuyas diócesis habia fundado sus casas, á fin de consolidarla aun mas, procuró obtener la del Supremo Pastor y cabeza visible de toda

la Iglesia católica. Con este objeto mandó á Roma al padre D. Andrés Villani, hombre de experimentada virtud y prudencia, para que presentase sus reglas y constituciones al Sumo Pontífice reinante Benedicto XIV: éste hizo hacer antes un maduro exámen por su sagrada congregacion de obispos y regulares, y habiéndolo hecho despues por sí mismo, hizo los mayores encomios del celo y santidad del fundador, y aprobó el instituto y las reglas, reconociendo en ellas el espíritu del Señor, como se ve en sus letras pontificias en forma de Breve, con fecha 25 de Febrero de 1749. Ademas de esto, el mismo Sumo Pontífice confirmó á Alfonso por rector mayor perpetuo de la mencionada congregacion, y concedió tanto á él como á todos sus alumnos muchas gracias y privilegios: solo quiso que se le cambiase el título, para distinguirla de la de los canónigos regulares del Santísimo Salvador, y que por esto se denominase en lo sucesivo: Congregacion del Santísimo Redentor.

Alfonso residia en la casa de Ciorani cuando recibió la noticia de la aprobacion por la Sede apostólica, tanto del instituto como de sus reglas, por carta que le dirigió el mismo padre Villani, y al recibirla se trasportó en santa alegría por el mayor bien que de ello resultaba á las almas, dió gracias al Señor, y quiso que todos los demas hiciesen lo mismo. Muer-

to que fué el citado Sumo Pontífice Benedicto XIV, mandó que entre la octava de la conmemoracion de los difuntos se le celebrase un funeral, en señal de gratitud, en todas las casas de la congregacion, como á su especial protector, y cuya disposicion se halla en práctica hasta hoy. Despues en algunos años, estendió las casas de su congregacion hasta el Estado Pontificio, pues que el año de 1756 fundó una en S. Angel en Cupolo en la diócesis de Benevento, despues otra en la misma diócesis, y otras dos en la de Veroli, esto es, una en un lugar llamado los Scifellos cerca de la misma ciudad, y la otra en Frosinone; y como el año de 1760 habia de mandar algunos de sus compañeros á hacer las misiones á Sicilia, estableció otra en la ciudad de Girgento.

Pero no se crea que él emprendiese la fundacion de tantas casas, algunas de las cuales debian ser no muy pequeñas para poder recibir á todos los que querian retirarse en ellas para hacer los ejercicios espirituales, y particularmente los que debian ser promovidos á los sagrados órdenes, contando primero con alguna asignacion anticipada, ó renta, ú otro cualquier auxilio humano, no: enteramente desprovisto como se hallaba de bienes de fortuna, y careciendo de toda clase de recursos, la comenzaba, fiado únicamente en la bondad y providencia de aquel Dios, de

quien no dudaba recibir los socorros necesarios para las obras de su gloria y provecho de las almas. Y de facto, así sucedió siempre: basta decir, que queriendo ampliar la casa de Ciorani para mayor comodidad de los ejercitantes que se preparaban á los órdenes sagrados, no tenia mas que un sequin que le habia dado una persona de la corte del Baron de este lugar, y sin embargo dispuso que el padre D. Saverio Rossi emprendiese la obra, diciéndole que no desconfiase en lo mas mínimo del socorro divino, como efectivamente se verificó, pues se vió completamente concluida cuando todos esperaban lo contrario. Con esto solia decir á menudo que Dios hacia un milagro continuo con él y con sus compañeros, proveyéndolos dia á dia de lo puramente necesario á la vida, lo que algunas veces parecia que les iba á faltar: tal era la pobreza y estrechez en que se hallaba.

Si de la manera que se ha dicho superó Alfonso todos los obstáculos de la miseria y de la falta de dinero para el establecimiento y propagacion de su instituto, no menos supo vencer aquellos mucho mayores que dimanaban de las contradicciones y oposiciones de los hombres. No habiendo podido el demonio lograr su primer intento que era impedir enteramente la fundacion de una congregacion que iba á declararle guerra abierta y continua, y á reconquistar las

muchas almas que por falta de auxilios espirituales eran su presa, no se dió por vencido, sino que al contrario, reunió todos sus esfuerzos para contener siquiera sus ulteriores progresos. Al efecto, suscitó algunas malévolas y mal entendidas personas, que con litigios, falsos informes, calumnias y otros medios injustos se esmeraron en cooperar á su criminal desig-
nio: entre ellas hubo algunas de Ilceto, que despues de haber ejercitado hasta aquel tiempo con injustas contestaciones la heroica virtud y paciencia del mencionado venerable siervo de Dios Monseñor Lucci, su obispo, se volvieron contra el nuevo instituto de Alfonso para procurar, si fuese posible, su destruccion. No se conmovió ni lo mas mínimo en tan grave tempestad, sino que poniendo toda su confianza en Dios, protector de la inocencia, imploró su ayuda con sacrificios, con oraciones y con otras prácticas devotas. Despues escribió una carta circular á todas las casas de su congregacion, recomendando con mucho calor, que cada uno de sus individuos procurase unirse mas y mas con Dios, mediante la observancia regular, y prescribiendo que á las prácticas ordinarias de mortificacion, se añadiese el ayuno el sábado en honor de María Santísima, bajo cuyo patrocinio habia puesto la congregacion, que los lunes se hiciese una disciplina particular, y que todos los dias se recitase en

comun el Salmo XC. *Qui habitat.* Al mismo tiempo les recomendó que imitasen el ejemplo del Divino Redentor, que clavado en la cruz no pidió venganza para sus enemigos y perseguidores, sino que rogó á su Eterno Padre que perdonase á los mismos que lo habian crucificado. A los mas pusilánimes, que á los golpes de una tempestad semejante temian algun naufragio, les dijo terminantemente, que si hubiesen echado el ancla de su esperanza en Dios, en vez de ruina habrian previsto mayor aumento y gloria del instituto.

Lo que ordenó á los otros con la voz, no dejó de ejecutarlo por sí mismo, porque al defender la causa de su congregacion y el buen nombre de ella, tan necesario á quien se emplea en procurar el bien espiritual de los prójimos, jamas hizo mérito alguno de las mentiras, ni de la petulancia y mala índole de sus adversarios, sino que con cristiana y no comun moderacion puso el mayor estudio en no producir mas que las razones propias para demostrar su inocencia. De este modo, reconocida ésta por los jueces, obtuvo una completa y gloriosa victoria, sin embargo de todos los trámites y rodeos usados, y de los recursos puestos en práctica por sus contrarios: usando en tan feliz acontecimiento de la misma igualdad de espíritu y moderacion de ánimo que acostumbraba en los

sinistros, no hizo mas que dar con todos sus compañeros las mas encarecidas gracias al Altísimo; y después mirando con ojo benigno á sus adversarios como á sus mas caros amigos, no sólo procuró ayudarlos y beneficiarlos, sino que además hizo que fuesen socorridos tambien por otros. Esta conducta tan edificante observada por Alfonso y sus colegas en tan funesto encuentro, escitó la admiracion de todos y les concilió el amor y la estimacion, no solo del pueblo bajo, sino de las personas nobles y de los ministros reales; de manera que los golpes dirigidos á abatir la congregacion, no sirvieron mas que para afirmarla y consolidarla, y para hacer difundir mucho mas el buen olor de Cristo que esparcian Alfonso y todos sus compañeros.

CAPITULO VIII.

Conducta de San Alfonso para su propia santificación.

Si Alfonso habia procurado siempre andar por el camino de la perfeccion, mucho mas se esmeró en recorrerlo cuando se vió obligado por los votos y las reglas de su instituto. La pobreza que habia sido una de sus virtudes mas favoritas, desde el momento en

comun el Salmo XC. *Qui habitat.* Al mismo tiempo les recomendó que imitasen el ejemplo del Divino Redentor, que clavado en la cruz no pidió venganza para sus enemigos y perseguidores, sino que rogó á su Eterno Padre que perdonase á los mismos que lo habian crucificado. A los mas pusilánimes, que á los golpes de una tempestad semejante temian algun naufragio, les dijo terminantemente, que si hubiesen echado el ancla de su esperanza en Dios, en vez de ruina habrian previsto mayor aumento y gloria del instituto.

Lo que ordenó á los otros con la voz, no dejó de ejecutarlo por sí mismo, porque al defender la causa de su congregacion y el buen nombre de ella, tan necesario á quien se emplea en procurar el bien espiritual de los prójimos, jamas hizo mérito alguno de las mentiras, ni de la petulancia y mala índole de sus adversarios, sino que con cristiana y no comun moderacion puso el mayor estudio en no producir mas que las razones propias para demostrar su inocencia. De este modo, reconocida ésta por los jueces, obtuvo una completa y gloriosa victoria, sin embargo de todos los trámites y rodeos usados, y de los recursos puestos en práctica por sus contrarios: usando en tan feliz acontecimiento de la misma igualdad de espíritu y moderacion de ánimo que acostumbraba en los

sinistros, no hizo mas que dar con todos sus compañeros las mas encarecidas gracias al Altísimo; y después mirando con ojo benigno á sus adversarios como á sus mas caros amigos, no sólo procuró ayudarlos y beneficiarlos, sino que además hizo que fuesen socorridos tambien por otros. Esta conducta tan edificante observada por Alfonso y sus colegas en tan funesto encuentro, escitó la admiracion de todos y les concilió el amor y la estimacion, no solo del pueblo bajo, sino de las personas nobles y de los ministros reales; de manera que los golpes dirigidos á abatir la congregacion, no sirvieron mas que para afirmarla y consolidarla, y para hacer difundir mucho mas el buen olor de Cristo que esparcian Alfonso y todos sus compañeros.

CAPITULO VIII.

Conducta de San Alfonso para su propia santificación.

Si Alfonso habia procurado siempre andar por el camino de la perfeccion, mucho mas se esmeró en recorrerlo cuando se vió obligado por los votos y las reglas de su instituto. La pobreza que habia sido una de sus virtudes mas favoritas, desde el momento en

que se inscribió en la milicia eclesiástica, ¡oh y cuánto mas cara se le hizo ahora! Ya no quiso ser solo pobre de espíritu, teniendo desprendidos todos sus afectos de los bienes y comodidades terrenas, como debe serlo todo verdadero secuaz del evangelio, sino que quiso serlo también de hecho, para hacerse aun mas semejante al Hijo de Dios, que viviendo siempre pobre en este mundo, murió por fin desnudo en una cruz. Si se veía su habitacion era siempre la mas pequeña é incómoda, la peor de todas, escogida expresamente por él: en la casa de Ciorani donde al principio de la fundacion no habia aposentos suficientes, sobre todo, en tiempo de los ejercicios espirituales, él, aunque superior, quiso permanecer en un estrechísimo cuartito, forrado de tablas, que habia debajo de una escalera de madera por donde se subia al corredor de arriba. Si despues se observaban los muebles, no se veían allí mas que dos ó tres sillas viejas de paja, llenas por lo comun de libros, una camita con tablas toscas y bancos de madera con solo un saco de paja, una mesita tambien muy chica, con papeles encima, una lámpara de barro, muy ordinaria, y un Crucifijo de madera pintado, con algunas estampas de María Santísima y de otros santos, pegadas á la pared. Pero aun era mayor la pobreza que respiraba en todo su trage: llevaba siempre una sotana no

solo vieja y muy usada, sino rota, con muchos remiendos y por lo regular desechada por algun otro, un toscó capote descolorido y lleno de hilos, zapatos siempre llenos de piezas con botones de cuero, y un sombrero enteramente conforme al resto del vestido.

Habiendo dado un dia una sotana llena de rasgones y de piezas y muy sucia al hermano lego para que se la compusiese algun tanto, no habiendo podido éste ejecutarlo porque se le hacia pedazos, la puso en manos de un sastre, que viendo que tampoco él podia lograrlo, acabó de destrozarla y le llevó otra, vieja, sí, pero mejor: luego que la vió Alfonso, dijo al hermano: *¿Y la que os di, dónde está?* Y habiéndole respondido que el sastre habia acabado de romperla, replicó él: *os entiendo*. Ni se necesitaba menos para hacerlo mudar de sotana, ó de chaqueta interior; porque cuando por pura necesidad se le hacia una con algo nuevo, si al principio la tomaba con el pretexto de que solo las mangas eran nuevas, luego que recapitaba volvía á ponerse la vieja, diciendo, que todavía podia servir por otro poco de tiempo y que lo abrigaba mas.

Vestido como estaba tan destrozado y pobre que daba compasion solo verlo, andaba no solo por las ciudades del reino y por Nápoles, sino que aun iba á visitar personas de respeto, príncipes, obispos y car-

denales. Habiendo sido llamado una vez en Nápoles, como primogénito de la familia de Liguori, para la agregacion de un nuevo caballero á su silla de Puerta nueva, fué con trage tan roto y tan lleno de remiendos, que viéndolo el portero tan mal puesto, no lo reconoció por lo que era, y no quiso dejarlo entrar; pero reconocido por un caballero, fué recibido con honor, y tan destrozado como estaba se sentó en medio de aquella noble concurrencia para dar tambien su voto al novel caballero. Habiendo tenido ocasion de verlo Monseñor D. Trojano Caruciolo, obispo de Nola, quedó sorprendido al encontrarlo tan andrajoso, y habiendo ido un dia á visitarlo el padre D. Andrés Villani, no pudo menos que decirle: *Vos en cierto modo podeis pasar; pero el padre D. Alfonso lleva un rollo de hilo encima y piezas sobre piezas.* Así tambien cuando Monseñor Rossi, arzobispo de Salerno, vió á Alfonso en Vietri al ir éste á las misiones de Amalfi, se sorprendió al verlo vestido tan pobremente, y le dijo: *¡Oh padre D. Alfonso mio, dichoso vos que la habeis azertado, y no que yo temo perderme!*

De este mismo amor á la pobreza tan radicado en el corazon de Alfonso, dimanaba el cuidado con que guardaba todos los sobrescritos de las cartas que recibia, á fin de servirse de ello para sus composiciones ó para otros usos cualesquiera. Despues, cuando pu-

blicaba sus obras, de las que habria podido sacar mucho dinero, por el grande espendio que tenian por todas partes, no hacia imprimir mas que el número de ejemplares suficiente para pagar la impresion, dejando toda la utilidad á los impresores, porque al publicar aquellas no se proponia su propio interés, sino la gloria de Dios y el bien de las almas. Por otra parte, el dinero que le correspondia por el colegio doctoral de Nápoles, ó por la agregacion de algun nuevo caballero á su silla de Puerta nueva, ó por la asignacion que le habia dejado su padre al morir, ó por cualquiera otra cosa, lo empleaba todo en beneficio de la congregacion, y con tal desprendimiento, que lo dejaba administrar por el rector de la casa, ó por el ministro, ó por cualquiera otra persona que estuviese destinada á ello, segun las reglas de la misma congregacion, sin querer saber ni aun la cantidad que se versaba, aunque era el rector mayor, y aunque el simple voto de pobreza no haga á las personas incapaces de la propiedad de sus bienes. ¿Pero qué mas? Nunca hacia uso de alguna cosa necesaria, sin haber pedido antes licencia al rector ó ministro de la casa, y ademas aquellas mismas cosas que se le concedian para su uso, no las empleaba sino conforme se le habian acordado: de aquí es que fuera de la mesa no tomaba ni siquiera un trago de agua sin pedir an-

tes permiso al superior, y en su defecto á cualquiera otro sacerdote ó á un hermano lego, á pesar de hallarse con el carácter de rector mayor.

Si Alfonso se mostraba tan rígido observador de la pobreza evangélica, que reputaba y establecía como la base fundamental en que debia apoyarse y erigirse todo el edificio de su congregacion; no lo era menos en todas las otras reglas y observancias, aun las mas pequeñas. Baste decir que siempre era el primero en concurrir al coro y á todos los otros actos comunes, y que á la primera señal que se daba de silencio quitaba las manos del piano, si acaso lo estaba tocando á la hora de la recreacion, y no solo cortaba toda conversacion, sino que aun dejaba las palabras interrumpidas, de manera que muy justamente era considerado como un modelo perfecto de la observancia regular.

Añádase á todo esto la vida mortificada y penitente que llevaba por todas partes, la que una vez emprendida á su ingreso en la milicia eclesiástica, no solo la continuó, sino que la aumentó desmedidamente cuando se vió fundador y superior de la nueva congregacion. Su alimento era siempre bastante ordinario y escaso, contentándose por lo regular con solo la sopa y el pan, y cuando mas, con una picesita de fruta, con tal que no fuese de las primeras que nun-

ca comia, ni fuese en alguno de los tres dias de la semana, miércoles, viérnes y sábado, en los que no la comia de ninguna clase. Ademas, este alimento lo tomaba muy á menudo hallándose en refectorio público ó de rodillas ó tendido en el suelo y rodeado de una multitud de gatos, y todavía lo sazónaba con yerbas amarguísimas con el pretesto de que le aprovechaban para el estómago, en términos que si dejaba algo, ni aun los gatos lo querian. Los sábados, y en las vigiliass de la Virgen, no se alimentaba mas que con pan y agua, que tambien era su bebida ordinaria, á no ser cuando bebia un dedito de vino al fin de la mesa: era tan poco lo que dormia, que jamas pasaba de cinco horas entre noche y dia, y eso sobre dos tablas con un saco lleno de paja, que por lo duro parecia una roca, y con una piedra atada y pendiente de sus piés. Sufria con heroica paciencia los rigores de las estaciones, pues en los mas escesivos calores se abstenia de beber una poca de agua para apagar su sed; no se lavaba la cara con agua fresca, sino que como en cualquiera otro tiempo, se estregaba la frente y los ojos con una toalla mojada, y no acercándose jamas al fuego en el mas crudo invierno, se entiesaba tanto con el frio, que no podia ni mover las manos para escribir, por lo que, para no interrumpir su ocupacion, hacia calentar un fierro

cón que calentarse algo las manos. Desde la edad de treinta y seis años hasta su muerte no dejó que ningún barbero le pusiese las manos en la cabeza ni en la barba, sino que él mismo se cortaba el cabello y las barbas con las tijeras, y con las mismas hacia que el hermano lego le hiciese la corona clerical, y solo tres ocasiones en todo este tiempo se hizo hacer la barba con navaja, una vez que estando de mision en Sarno se lo mandó espresamente el obispo de all Monseñor de Novellis, otra cuando fué á consagrarse obispo á Roma, y la tercera cuando ya obispo tuvo que asistir á la mesa del monarca reinante de las dos Sicilias Fernando IV.

Ya en otra parte hemos hablado de los ásperos tormentos que usaba continuamente Alfonso con su cuerpo empleando para ello cilicios, cadenillas de fierro, banditas de cerdas de camello y otros horribos instrumentos que inventaba para crucificar su carne, y particularmente con las disciplinas que frecuentemente hacia hasta de sangre: así es que solo añadiremos que continuó este mismo método en sus penitencias aun con mayor aspereza, y que ademas de las disciplinas comunes prescritas por las reglas de su congregacion, hacia disciplina de sangre casi todos los dias y con mas ahínco los sábados, de modo que las paredes y los libros quedaban llenos de sangre; ade-

mas, para conservar ocultos estos rigores, los hacia ó por la mañana antes que se levantasen sus compañeros, ó bien por la noche despues de hecha la señal del reposo, sin omitir sus diligencias de costumbre para hacer desaparecer por cuantos modos podia, las manchas sanguíneas que quedaban aquí y allí por el aposento.

No era raro que se diese golpes tan repetidos y tan fuertes que lo dejasen casi imposibilitado de andar. Habiendo subido una vez al techo de la casa de San Miguel de los Paganos se disciplinó con tal ímpetu y ardor, que lo fueron á encontrar empapado en sangre y sin poder casi moverse, por haberse lastimado un nervio del muslo, en términos que lo obligó á estar sentado por un mes aun al tiempo de la oracion en el coro, y que lo dejó algo cojo para todo el resto de su vida. El motivo de tan cruel maltrato fué una visita que le hizo el cardenal Orsini, el que le dijo que habia ido allí espresamente para verlo. Sintiendo quizá Alfonso ó bien temiendo que se pudiese despertar en él algun movimiento de vanagloria, una de las pasiones mas difíciles de conocerse y de vencerse, y por esto tan temida de los santos, quiso reprimir de este modo cualquier especie de asalto con que lo quisiese acometer, y domarla y tenerla siempre mas y mas sujeta.

Pero tanto cuanto severo y rígido era Alfonso con su cuerpo, tratándolo como un vil jumento, á fin de que no se rebelase contra el espíritu, otro tanto y aun mas liberal y pródigo era con su alma, usando de toda clase de medios para alimentarla y nutrirla mas y mas, particularmente con la oracion, que no solo es el canal eficaz para obtener las gracias y los favores celestiales, sino tambien el alimento con que el alma se nutre y vive, del mismo modo que el alimento material da la vida y nutre al cuerpo. Ahora, si se considera atentamente todo el tenor de vida de nuestro santo en su congregacion, se verá claramente que si no ejercitaba las otras virtudes, ni podian serlo en todo tiempo, ni en toda accion ó lugar; por el contrario, el espíritu de la oracion podia decirse, muy bien que no sufría vicisitud alguna y que por consiguiente su oracion era continua y jamás interrumpida. En efecto, no contento con la meditacion que muy de mañana tenia con sus colegas, empleaba de mas en este ejercicio otras muchas horas, no solo del dia, sino aun de la noche, robadas al descanso necesario. El asunto mas ordinario y el que elegia de preferencia para estas meditaciones, eran los crueles malos tratos y padecimientos que sufrió el Divino Redentor por los pecados y por la salud de los hombres, y la dolorosa é infame muerte que con tanta mansedumbre

sufrió en el árbol santo de la cruz. Y al meditar todas estas penas y angustias de nuestro Salvador, quedaba tan penetrado de los mas vivos sentimientos y afectos de compasion hácia su amor crucificado, que no pudiendo resistir se deshacia en copiosas lágrimas.

Cuando Alfonso oraba, se le veía tan inmóvil que parecia una verdadera estátua y prorumpia de cuando en cuando sin advertirlo, en dulces y afectuosas aspiraciones hácia su Dios. Hallándose en oracion, se le vió muchas veces temblar de los piés á la cabeza, otras encenderse su rostro como una lumbre, y á menudo elevarse á muchos palmos del suelo y permanecer así por algun tiempo elevado en el aire en suave y estática contemplacion: tan grande era la vehemencia del amor divino en que llegaba á encenderse.

Si por acaso se veía obligado á interrumpir ó dejar sus meditaciones para ocuparse de otras cosas necesarias y dirigirlas al servicio del prójimo, no por esto se podia decir que cesaba su oracion, porque no solo andaba siempre en la presencia de Dios y dirigia á su gloria todas sus acciones, sino que hacia frecuentes aspiraciones, oraciones, jaculatorias y elevaciones de mente y de corazon al Sumo Bien; práctica tan fácil de ejecutarse por cualquiera por ocupado que sea, como utilísima para conservar la vigilancia cristiana y para nutrir y mantener el espíritu de ora-

cion y de union con Dios. Jamas emprendia cosa alguna, por mínima que fuese, sin recurrir antes á la oracion para pedir á Dios la ayuda y los auxilios necesarios para emprenderla y obtener un éxito feliz, siempre que así fuese de su agrado y para su gloria; y como conocia muy bien la necesidad y la eficacia de la oracion para alcanzar de Dios todos los auxilios espirituales de que necesita cada uno para operar su eterna salud, no dejaba de proponerla é inculcarla, tanto á sus discípulos como á todos los que iban á consultarle y á tratar de los negocios de su conciencia; y era tal su empeño en inducirlos á practicarla, que para conseguirlo aun respecto de todos sus próximos, dió á luz una obra titulada: *Tratado de la necesidad de la oracion*; y otra, *Del gran medio de la oracion*: obras tan cortas como útiles, y dignas de ser leídas por los muchos que con falsos pretextos se eximen de un formal precepto del evangelio, cual es ciertamente el de orar, y orar constantemente.

De aquí se puede colegir con qué recogimiento y fervor rezaría Alfonso las horas canónicas y celebraría los sacrosantos misterios. Rezaba el oficio divino con tanta atencion, devocion y distincion, que profundizándose en los sentimientos de los Salmos, se detenía de cuando en cuando en algunos de sus versículos en que se sentía mas conmovido y alzaba los

ojos al cielo; y ademas por eso compuso la *Traduccion de los Salmos y de los Cánticos*. En cuanto al sacrificio del altar, que es la accion mas sublime y santa de nuestra religion, ademas de una muy larga y fervorosa preparacion y de una igual accion de gracias al tratar mano á mano con su Señor á quien habia recibido dentro de sí, lo celebraba con tal compostura, devocion y fervor, que servia de edificacion á los asistentes y los movia á copiosas lágrimas de ternura: de manera que muy bien se podia decir de él lo que se halla escrito de San Pedro de Alcántara, esto es, que producía mas fruto la misa que celebraba con tanta devocion, que todos los sermones de los predicadores de la provincia en que vivía. Y como uno de sus mas vivos deseos era que todos los sacerdotes cumpliesen como conviene, la obligacion del rezo cotidiano de las horas canónicas, y mucho mas que se acercasen al sagrado altar á ofrecer á Dios la víctima inmaculada del Cordero divino, con aquellas disposiciones, devocion y compostura que para estos actos necesariamente se requieren, compuso los dos opúsculos: *El Oficio*, y *la Misa mal tratada*, añadiéndoles la explicacion de las ceremonias que se han de practicar y los actos de preparacion y de hacimiento de gracias, manifestando ser reos de no muy leve culpa los que descuidan de poner la diligencia, atencion

y reposo necesarios en unas acciones de tanta consideracion.

Con este tenor de vida practicado por Alfonso en su congregacion, no solo no hay duda en que corria á grandes pasos, sino que se veia ya muy próximo al mas alto grado de la perfeccion cristiana. No obstante esto, para asegurarse mas en la carrera emprendida y conducir su designio á un término mas espedito y feliz, hizo en este tiempo el voto de no estar jamas ocioso; voto, como fácilmente se concibe, bastante árduo y difícil de observarse plenamente: porque si otros muchos votos obligan á algunos actos determinados y solo en ciertos tiempos, éste, por el contrario, obliga en cada acto y en todos momentos. Por lo demas, si Alfonso lo hizo, lo supo bien y aun con toda diligencia y escurpulosidad observar hasta la muerte. El nunca habia sido uno de tantos que andan buscando esquisitamente el peor modo de pasar el tiempo para huir del fastidio, y á los que con mucha razon y muy á menudo se les puede decir: *¿Para qué estais aquí todo el dia ociosos?* Siempre habia aborrecido la ociosidad como el enemigo mas capital y peligroso de una vida verdaderamente cristiana, y con esto habia procurado que todos sus dias fuesen dias llenos y colmados de buenas obras para gloria de Dios y provecho de su alma y de las de sus

prójimos; pero una vez hecho el voto y contraida una obligacion mas estrecha con su Dios, se le vió aun mas solícito y atento á no dejar pasar ni el mas leve instante sin estar santamente ocupado. Todo el tiempo que podia quedarle libre despues de la oración y de los otros actos comunes, ó de atender al bien espiritual de las almas, lo empleaba ó en sus particulares oraciones y prácticas devotas, ó bien en estudiar materias eclesiásticas y componer obras de comun provecho, sin tomar jamas la corta distraccion y descanso de salir de casa con alguno de sus compañeros á pasear por la ciudad ó por el campo en los dias establecidos por las reglas. Nunca queria oir hablar de cosas ni aun indiferentes, y amante como era del profundo silencio, jamas lo interrumpia sino para hablar de cosas de Dios y de edificacion para los demas. Si recibia alguna visita de puro cumplimiento, se des- embarazaba presto de ella, diciendo con su buen modo y jovialidad que no podia perder tiempo. Cuando tocaba el piano, como solia hacerlo en el tiempo de la recreacion comun para desahogo particularmente de sus novicios, cantaba al mismo tiempo alguna cancioncilla espiritual, por lo comun, de las que habia compnesto en honor de Jesus ó de María, con lo que encendia en el ánimo de todos un vivo deseo de crecer en el amor de ambos, haciendo de este modo que

todos saliesen aun mas recogidos de la recreacion que de la misma oracion mental. Estos y otros semejantes eran sus ardidess espirituales, para poder siempre y de todas las acciones sacar provecho para sí y para los demas.

CAPITULO IX.

Gobierno de San Alfonso como rector mayor de su congregacion.

No hay duda en que el que manda debe preceder á los demas con el ejemplo, pues que faltando esto, la sola voz jamas podrá tener la fuerza y estímulos suficientes para obtener de los súbditos la necesaria obediencia y conducirlos á una plena observancia de las leyes. Obligado Alfonso, y mas bien forzado por sus compañeros á aceptar la carga de rector mayor, esto es, de superior general de toda la nueva congregacion, no tenia ciertamente necesidad de procurar la perfeccion en su conducta: ya entonces era un perfecto ejemplar de todas las virtudes y principalmente de la observancia de las reglas; de manera que nadie pudo jamas notar en él el mas mínimo defecto en ese particular, ni aun en los mas duros lances en que muy á menudo se halló. Sin embargo, temiendo no

dar todavía á sus compañeros todo aquel buen ejemplo y toda aquella edificacion que debia, era mas que nunca solícito en ser el primero á todos los actos comunes y en precederlos á todos en la exacta práctica de las mas pequeñas reglas de su instituto. Ademas, obedecia ciegamente no solo á todos sus directores, sino hasta á los hermanos legos, y huia al mismo tiempo con toda diligencia toda especie de preeminencias y honores, buscando y queriendo tener siempre el último lugar y ser reputado inferior á todos para estar mas inmediato á Jesucristo, que escogió para sí el último lugar y quiso ser considerado el último de los hombres. De aquí es que si por acaso ocurría como muchas veces sucedió, que los que servian la mesa no tuviesen cuidado de llevarle lo preciso, no solo no lo solicitaba, sino que se levantaba muy contento al verse tan olvidado y falto aun de lo necesario á la vida. Por otra parte, una vez fuera de la mesa, no dejaba de advertir con dulzura á los criados su descuido, para que tuviesen mas cuidado, no ya por él, sino respecto de los demas, para que no los dejasen carecer del alimento necesario, pues como superior le tocaba amonestarlos por su falta de cuidado ó impedir todo motivo de justa queja: de manera que no solo rehusaba que le hiciesen ningun servicio, barriendo él mismo su aposento, haciéndose la cama y

todos saliesen aun mas recogidos de la recreacion que de la misma oracion mental. Estos y otros semejantes eran sus ardidess espirituales, para poder siempre y de todas las acciones sacar provecho para sí y para los demas.

CAPITULO IX.

Gobierno de San Alfonso como rector mayor de su congregacion.

No hay duda en que el que manda debe preceder á los demas con el ejemplo, pues que faltando esto, la sola voz jamas podrá tener la fuerza y estímulos suficientes para obtener de los súbditos la necesaria obediencia y conducirlos á una plena observancia de las leyes. Obligado Alfonso, y mas bien forzado por sus compañeros á aceptar la carga de rector mayor, esto es, de superior general de toda la nueva congregacion, no tenia ciertamente necesidad de procurar la perfeccion en su conducta: ya entonces era un perfecto ejemplar de todas las virtudes y principalmente de la observancia de las reglas; de manera que nadie pudo jamas notar en él el mas mínimo defecto en ese particular, ni aun en los mas duros lances en que muy á menudo se halló. Sin embargo, temiendo no

dar todavía á sus compañeros todo aquel buen ejemplo y toda aquella edificacion que debia, era mas que nunca solícito en ser el primero á todos los actos comunes y en precederlos á todos en la exacta práctica de las mas pequeñas reglas de su instituto. Ademas, obedecia ciegamente no solo á todos sus directores, sino hasta á los hermanos legos, y huia al mismo tiempo con toda diligencia toda especie de preeminencias y honores, buscando y queriendo tener siempre el último lugar y ser reputado inferior á todos para estar mas inmediato á Jesucristo, que escogió para sí el último lugar y quiso ser considerado el último de los hombres. De aquí es que si por acaso ocurría como muchas veces sucedió, que los que servian la mesa no tuviesen cuidado de llevarle lo preciso, no solo no lo solicitaba, sino que se levantaba muy contento al verse tan olvidado y falto aun de lo necesario á la vida. Por otra parte, una vez fuera de la mesa, no dejaba de advertir con dulzura á los criados su descuido, para que tuviesen mas cuidado, no ya por él, sino respecto de los demas, para que no los dejasen carecer del alimento necesario, pues como superior le tocaba amonestarlos por su falta de cuidado ó impedir todo motivo de justa queja: de manera que no solo rehusaba que le hiciesen ningun servicio, bariendo él mismo su aposento, haciéndose la cama y

todo cuanto necesitaba, sino que ayudaba á los hermanos legos en limpiar la casa, en fregar la batería de cocina y la vajilla, en hacer las camas y en toda clase de oficio por bajo que fuese: cosas todas, que fácilmente se concibe la gran virtud que requiere su práctica, la fuerza que tenían y la impresion que hacían en el ánimo de los súbditos. Conociendo esto Alfonso muy bien, quiso que hasta el rector sirviese la mesa un día de la semana, y que el ministro un día sirviese la mesa y otro día lavase las escudillas; porque la humildad, segun él, debía ser en todos sus alumnos la virtud predominante y singular.

Y como la pobreza evangélica no solo había sido una de las virtudes que mas había amado, sino que aun la había puesto por base fundamental de su congregacion, no es posible decir cuánta era su vigilancia y su cuidado, para que se observase rigurosamente tanto en comun, como por cada uno de sus individuos. Con este fin prohibió que en la fábrica de las casas de la congregacion se usase de ninguna clase de magnificencia ni de ornato, sino que al contrario, fuesen enteramente sencillas y que por todas partes respirasen modestia y pobreza. Prescribió, además, que el ancho de los corredores nunca pasase de diez ó doce palmos, que las estancias fuesen estrechas con las paredes desnudas, y que dejasen en bruto las

puertas y las ventanas, donde al fin condescendió en que se pusiesen cuatro vidrios en lugar de los papeles aceitados que había antes, para obtener la luz necesaria al estudio.

A fin de que la misma pobreza y vida perfectamente comun que debía observar cada uno de los individuos de la congregacion, no pudiese llegar á ser alterada en lo mas mínimo por la indulgencia y conivencia de los rectores locales, ó aun del rector mayor, asentó como uno de los principales puntos, que cada rector local, al tomar posesion de su empleo, debía jurar *sub grave*, en presencia de la misma comunidad, que no podría permitir á ninguno de sus individuos tener dinero consigo y poder disponer de él á su arbitrio, ni tampoco tener en su estancia licores, chocolate, tabaco y otras cosas semejantes, sino que todo se había de conservar en comun y ministrarlo á su vez á cada uno segun lo exigiese la necesidad. Los mismos rectores locales no estaban exceptuados de esta observancia, porque ni tampoco ellos podían conservar ninguna de las cosas dichas en su aposento, sino incorporar y unir con la comunidad todo lo que les diesen á ellos ó á cualquiera de los otros; y no bastándole todo esto para que la vida comun en que tenía tanto empeño, y que conocía ser tan ventajosa para el ministerio evangélico, se con-

servase por siempre en todo su vigor, quiso ademas que dicho juramento fuese hecho tambien por cada rector mayor al entrar en su encargo en presencia del capítulo general, como en efecto él mismo lo hizo ante todos los padres capitulares el mes de Octubre de 1755. Siendo rector mayor no dejaba de amonestar, corregir y aun castigar en caso necesario al que faltaba en este punto, y hasta á los rectores locales, si por acaso permitian algun abuso en esto, siendo tal su celo en el particular, que estableció en las reglas que se despidiese de la congregacion al que se manifestase incorregible en esto, y que cualquier superior, aun el mismo rector mayor, si alguna vez por debilidad ó negligencia hubiese dejado introducir alguna novedad contra la pobreza, pudiese ser depuesto del empleo y privado de voz activa y pasiva.

No era menor el empeño y la vigilancia de Alfonso en que observasen exactamente los otros votos y todas las reglas y prácticas devotas de su instituto: ademas del ejemplo, siempre inculcaba con la voz la mas escrupulosa observancia; así es que, entre otras cosas, solia decir con frecuencia á sus compañeros: *el que no estima á la congregacion ni la regla, tampoco estima á Dios. ¿Qué cosa es la congregacion? ¿qué cosa es la regla? Es Jesucristo.* Y queria decir con esto, que no teniendo la regla otro objeto que el de

conducir al que la observaba á la perfeccion evangelica, conducia al mismo tiempo á una mayor y mas perfecta conformidad con el gran modelo de toda perfeccion que es Jesucristo; por lo que añadia: *El fin de nuestra congregacion es el de hacernos semejantes á Jesucristo, pero humillado y despreciado.*

Tambien acostumbraba decir á sus discípulos, que debian ser *ermitaños en casa y apóstoles fuera de ella*, es decir: amar el retiro y la habitacion y no disiparse en el dia andando por aquí y por allí; que debian ser avaros del tiempo empleándolo todo, ó en la oracion, ó en el estudio que es tan necesario á los que se dedican al ministerio evangelico; que no habian de solicitar su propia estimacion, porque la mayor estimacion de un hermano de la congregacion debia ser la obediencia y ser despreciado y tenido en poco, pues justamente esto es lo que han deseado los santos, ser despreciados y vilipendiados, como lo fué Jesucristo: y finalmente, que su distincion debia ser la modestia y un santo y ejemplar porte en todo, para predicar mas con el ejemplo que con las palabras.

Y como no podia estar presente en todas partes, ni observarlo todo por sí mismo, queria ser informado minuciosamente tanto por los rectores locales, como por otras personas que escogia secretamente de la conducta, no solo de cada individuo, sino aun mu-

cho mas de la de los mismos rectores, como aquellos de quienes depende el buen orden de toda la comunidad. Despues, si conocia ó sabia alguna falta que se hubiese cometido, por pequeña que fuese, ó cualquier abuso que se quisiese introducir contra las reglas, procuraba poner inmediatamente el remedio oportuno, sabiendo muy bien que de los pequeños defectos se pasa regularmente á los mayores y mas graves; por lo que de palabra ó con cartas llenas de caridad y de fervor exhortaba, amonestaba y conjuraba á los delincuentes á corregirse y volver á su deber; y si con la dulzura y las exhortaciones no podia lograr su objeto, no dejaba de mostrar el celo necesario y un justo rigor, aunque siempre mezclado con el amor mas bien de padre que de superior.

Todo esto se verificaba en todo tiempo, pero muy particularmente en las visitas de todas las casas de su congregacion, que hacia anualmente en persona, ó si se hallaba impedido por enfermedad ó por cualquiera otro motivo justo, por medio de sus visitadores. En estas ocasiones Alfonso lo queria ver y oír todo, lo examinaba todo, de todo se informaba plenamente, y despues daba las disposiciones que juzgaba necesarias para la observancia de las reglas: amonestaba y corregia al que encontraba menos exacto ó descuidado en su observancia, lo que por otra parte

hacia siempre en secreto, si la falta no habia sido pública: porque como decia á los superiores, *las correcciones en público sirven para los otros, y poco aprovechan al delincuente, á quien es mejor corregir antes en secreto y despues en público*, si entonces no se enmienda. Por último, nada emitia para insinuar mas y mas en el ánimo de todos la perseverancia en la santa vocacion, y el mas vivo deseo de llenar las obligaciones del estado que habian escogido.

Concluida la visita, escribia una muy larga carta circular que dirigia á todas las casas de su congregacion, en la que abriendo todo su corazon y mostrando el amor que tenia á todos, los exhortaba mas y mas á la observancia de los votos y de las reglas del instituto, como la única que requeria y deseaba ardentemente para gloria de Dios y bien de las almas. En algunas de estas cartas, para manifestar mejor el empeño que tenia por el bien de la congregacion, por su buen orden y por los adelantos y tranquilidad de cada uno, se espresa así: *En cuanto á mí, digo, y vuelvo á decir, que si alguno quiere escribirme, lo haga con entera libertad, cuando quiera, y que cada uno deponga la aprension de que me fastidie y me impida atender á la impresion de alguna obra: yo estoy obligado, como superior, á oír y á leer las cartas del último de los hermanos de la congregacion; pero no tengo*

obligacion de imprimir. En la impresion de qualquiera obrita, no puedo emplear mas tiempo que el que me quede libre y que no deba gastar en oír y en responder las cartas; si con todo esto, alguno quisiere dejar de hablarme ó de escribirme para su bien ó para el de la congregacion, le hago cargo de ello á su conciencia, y le pediré cuenta el dia del juicio. Protesto que si ahora mismo estuviere para morir, no tengo el mas leve escrúpulo sobre este punto: cuando viene alguno á hablarme, ó me escribe de cosas relativas á sí mismo ó á la congregacion, lo dejo todo.... Sabed que el que mas usa conmigo de esta confianza es el que mas me encadena; y estad ciertos que todo lo dejo cuando se trata de consolar á un hermano mio, á un hijo: mas me importa ayudar á uno de mis hijos que hacer cualquier otro bien: mas quiere Dios este bien de mí, hallándome con este cargo, que cualquiera otra cosa.

¡Cuánto amor y confianza no debia escitar en el corazon de los súbditos este modo de espresarse, y al mismo tiempo cuánto respeto y obediencia no debia inspirarles hácia su superior! Ademas de esto, estableció, para mejor escitarlos á la observancia de las reglas y á la práctica de las virtudes, que todos los sábados, como él lo hacia, el rector de la casa ó cualquier otro, pronunciase un discurso familiar sobre la exacta observancia de las citadas reglas y sobre la

virtud prescrita en aquel mes, (porque en cada mes se habia de ejercitar una virtud particular), declarando muy especialmente la práctica de ella; y que concluida la exhortacion, se acusase cada uno de sus faltas.

Mas no se limitaban á esto los desvelos de Alfonso para con sus compañeros: jamas dejaba de consolarlos si los veia afligidos, de animarlos si los notaba pusilánimes, de confirmarlos en su vocacion si los hallaba agitados y vacilantes, ni aun de socorrerlos en sus necesidades temporales. Cuando las casas de la congregacion se hallaban en grandes escaseces, los animaba á todos á confiar en el divino auxilio, diciendo: *Portaos bien con Dios, que Dios no os dejará carecer de lo necesario: si tenemos pan, todo lo tenemos.* Quería ademas que solo se hiciesen los gastos necesarios, pero sin lujo, aunque útiles: así es que en las cartas y en las conversaciones familiares solia repetir que Jesucristo solo habia prometido en su evangelio que no dejaria carecer á sus siervos de lo puramente necesario.

Si alguno de la congregacion caia enfermo, no omitia cuidados, ni atencion, ni fatigas, ni gastos para proporcionarle los socorros necesarios; pues que, como él decia, no convenia reparar en gastos cuando se trataba de ayudar á los hermanos oprimidos por las

enfermedades: así es que no solo los visitaba muchas veces al día y examinaba la calidad del mal, sino que con el mayor empeño procuraba ver por sus mismos ojos si el alimento que se les daba estaba bien preparado, condimentado y adaptado al estado del enfermo. Como él se creía enteramente inútil, y al contrario, juzgaba á todos los otros necesarios, solía ofrecer á Dios hasta su vida para obtener la de cualquiera de sus operarios que se hallase enfermo: y si éste, para acabar de restablecerse, tenía necesidad de respirar un aire mas sano en otra parte, lo mandaba aun á sus espensas; pero si el mal se agravaba, lo confortaba, lo animaba á sufrir con paciencia las incomodidades de la enfermedad y á esperar en la divina misericordia; le hacia administrar á tiempo, ó le administraba él mismo los últimos sacramentos, y lo visitaba hasta en sus últimas agonías. Jamas sucedió que despidiese á nadie de la congregacion por falta de salud: antes bien, una vez que sus compañeros eran de opinion que debía enviarse á su casa á un ético, á causa de la estrechez del local, se opuso fuertemente, diciendo: que los enfermos por medio de sus oraciones, en lugar de ser gravosos eran útiles á la congregacion, y que con sus enfermedades servian de ocasion y estímulo á los suyos para ejercitar continuamente las obras de misericordia. Lo mismo

recomendaba ardientemente á todos los rectores locales, esto es, que prestasen los mas caritativos socorros á sus compañeros enfermos; y hablando de los jóvenes clérigos, decia: *nosotros somos el padre y la congregacion la madre de ellos. Desde que dejaron al padre y á la madre para ofrecerse á Dios, es justo que se use con ellos de toda caridad: ellos son la esperanza de la congregacion, porque llenarán nuestras vacantes.*

La conducta que Alfonso observaba con los que pedían la dispensa del voto y juramento de perseverancia que hacen los que son admitidos en la congregacion, era no concederla jamas sin haberse encomendado antes muy ardientemente á Dios y sin haber reconocido que los motivos eran justos y racionales. Entre tanto, nunca dejaba de llamar en particular al que la solicitaba, y despues de haberlo exhortado á rógar al Señor, le hacia ver con toda dulzura y caridad que aquella era una tentacion diabólica, y le advertia que considerase atentamente el paso que queria dar, de manera que muchas veces sucedia que con la eficacia de sus exhortaciones lograba conservar á alguno firme y constante en su vocacion; y si alguna vez se veia obligado á despedir alguno de la congregacion por la inobservancia de las reglas, ó porque se mostraba incorregible, nunca lo hacia sin

la opinion de sus consultores, y sin haber pedido antes á Dios las luces necesarias para no errar.

Alfonso tenia siempre el mayor empeño en procurar que en cada casa hubiese un número de operarios evangélicos capaz de satisfacer á las continuas demandas de los obispos para esparcir la semilla de la palabra divina. Cuando alguna vez sucedia que faltaban para predicar, para enseñar el catecismo, para las novenas ó para otros cualesquiera de los ejercicios que se hacian en las iglesias de la congregacion, animaba ó hacia animar al pueblo á que rogase á Dios se dignase mandar mas operarios; y si veia que alguno, llamado por Dios, estaba combatido por sus parientes para que no entrase en la congregacion, sostenia su vocacion á todo trance hasta ante el soberano: si habia algunos que prometian buenas esperanzas y no tenian los fondos necesarios, procuraba que se los facilitasen las personas devotas, y si no tenian lo necesario para los gastos de ingreso al noviciado, él se los daba todo. Aun hubo algunos que estuvieron á punto de salir de la congregacion por socorrer á sus padres pobres; pero Alfonso, sin embargo de hallarse en grande estrechez, les dejaba la limosna de las misas, contentándose con tener los operarios necesarios al bien de las almas, y remitiéndose en todo lo demas á la Divina Providencia.

Tambien hacia lo mismo cuando se le presentaban muchos novicios, como sucedia con bastante frecuencia. En observando que tenian talento, buena índole y que prometian mucho, los admitia sin vacilar, sin embargo de que por la gran pobreza de las casas de la congregacion, con dificultad se podia vivir; y á los que procuraban disuadirlo alegando que no habia con qué alimentarlos, les respondia sencillamente: *¿Cuándo nos ha dejado Dios carecer del pan necesario? Si Dios los llama, Dios les dará con qué vivir. Amemos la gloria de Dios y Dios pensará en nosotros.* Era tanto lo que se desvivía por sus jóvenes novicios y tan grande el afecto que les tenia, que cuando se hallaba el noviciado en la misma casa en que él residia, iba todas las noches á pasar con ellos el tiempo de la recreacion y habria querido estar siempre inmediato á él; pero sintiendo mucho no haber podido lograrlo, jamas dejaba de inculcar al maestro de novicios que fuese todo corazon y todo amor para con ellos: y á fin de que comenzasen á adestrarse en el ministerio apostólico, mandó que entre semana aprendiesen de memoria un capítulo de la sagrada Escritura y particularmente de las epístolas de San Pablo, y despues, que recitasen un capítulo dos veces á la semana en presencia de su maestro.

Así es que tenia el mas eficaz empeño en amaes-

trar y en hacer idóneos á sus jóvenes clérigos para ejercer á su tiempo el ministerio apostólico: para esto les daba los mas eficaces y sabios consejos, y sobre todo, que fuesen desprendidos de todas las cosas aun de las espirituales, y no buscasen mas que la gloria de Dios y el bien de las almas, y que se dedicasen al estudio como absolutamente necesario á su vocacion; pero que lo hiciesen solo por agradar á Dios, *ya que de otro modo, añadía él, el estudio no servirá mas que para ser atormentados en el purgatorio, y aun quizá á alguno, lo que Dios no quiera, para serlo en el infierno: así, si se os presenta alguna ocasion de ser tenidos por ignorantes, abrazadla porque no os perjudica.* A los principios de la congregacion él mismo los formaba é instruía en las bellas letras y en la lengua latina, porque como él decia, *si falta este fundamento falta todo.* Despues los ejercitaba en las materias dogmáticas y morales, les hacia los borradores de la doctrina, de los sermones y de otros ejercicios de misiones, ó bien estendidos por ellos, se los revisaba y corregia, y haciéndoselos recitar despues en el refectorio, les corregia los defectos que hallaba, ya con respecto al tono de la voz, y ya con respecto á las pausas y al gesto. Esto mismo mandó que se hiciese de cuando en cuando en cada casa de la congregacion, y que cada semana se hiciesen las confesiones

prácticas y los casos morales y dogmáticos. Además, queria que los sermones escritos y corregidos así, se predicasen palabra por palabra en las misiones, á lo menos á los principios, y no dejaba que ninguno se desviase de lo escrito hasta que hubiese adquirido un estilo claro y enteramente apostólico. Por otra parte, siempre desaprobaba la temeridad de los que se atreven á subir al púlpito sin escribir antes, ó á lo menos sin haber considerado y reflexionado muy bien el sermón. *Estos son, decia él, atrevimientos de saltimbanquis: Dios no está obligado á hacer milagros; antes por lo comun confunde la temeridad del predicador con ningun provecho del pueblo, porque será un predicar mendigado y sin orden. Estas improvisaciones envilecen la palabra de Dios y hacen que el pueblo se disguste y se fastidie de ella.*

Aun mucho mas reprobaba ciertos períodos redundantes y tan complicados y largos que es difícil comprenderlos: ciertas similitudes demasiado estudiadas y raras: ciertas descripciones de puro embellecimiento: ciertas palabrotas rancias y oscuras, y cierta hinchazon en el decir con esmerada pompa y vana erudicion. Si el demonio, decia él, no puede impedir la predicacion del evangelio, se sirve de estos predicadores para hacer que no aproveche: estos, en realidad, son enemigos de Jesucristo y traidores de la pa-

labra divina. Quería, al contrario, que se usasen razones y no palabras; pero razones claras y terminantes; que se huyese de las palabras bajas y poco convenientes al decoro del sagrado ministerio, pero que se escogiesen las mas inteligibles y comunes, y que se adoptase un estilo claro, sencillo y popular, á fin de que el pueblo bajo de que se compone la mayor parte del auditorio, pudiese comprender la palabra de Dios y aprovecharse de ella. *Si el pueblo bajo no me comprende, son sus palabras, ¿para qué es reunirlo en la iglesia? La voluntad no se mueve y se inutilizan todas nuestras fatigas. De cualquiera otra cosa, decia tambien, tendré que dar cuenta á Dios, pero no del modo de predicar. Siempre he predicado de manera que me pueda comprender hasta la mas rústica viejecilla.* Y quería que estas advertencias y reglas para predicar se practicasen rigurosamente por sus colegas: nunca dejaba de amonestar y aun de castigar al que se separaba de ellas.

En efecto, habiendo entrado un sábado en el coro de la iglesia de San Miguel de los Paganos, á tiempo que un jóven de la congregacion, hablando de la Santísima Virgen, decia, que aun antes de su nacimiento obtuvo honores de las Sibilas y de los Argonautas, y esto en estilo elevado: *¡Cómo! ¿así se predica aquí?* exclamó inmediatamente, volviéndose á los que esta-

ban allí, y se mostró tan agitado y conmovido, que no se tranquilizó hasta que mandó que el predicador interrumpiese el sermón y bajase inmediatamente del púlpito. No contento con esto, lo reprendió echándole en cara la impropiedad del sermón, le impuso silencio por tres dias y aun lo privó de la misa. Quería que sus discípulos predicasen á Jesucristo crucificado, y no se predicasen á sí mismos; por esto decia: *entiendo bendecir á todos los que predicán y predicarán como yo, no á los otros.*

Mas no por esto se crea que Alfonso no exigiese en los suyos el arte de la oratoria para predicar. No, porque decia, y con mucha razon: *cuanto menos sabe uno de retórica, tanto menos sabe adaptarse al estilo simple y apostólico. Los padres griegos y latinos se adaptaban á todos, porque eran maestros en este arte, y en la ocasion sabian manejarlo. Si falta el arte, no resulta mas que un predicar insípido y desordenado; y en lugar de persuadir y mover al pueblo, éste se fastidia y no hace caso del predicador.* Por esto quería que cada uno se dedicase espresamente al estudio de la elocuencia y que poseyese todo el arte; y no contento con haber impreso una retórica particular para uso de sus jóvenes estudiantes, publicó dos cartas sobre la elocuencia popular, que regaló á las congregaciones de Nápoles, á muchos monasterios y superio-

res de las órdenes, y á muchísimos predicadores y obispos.

No menor era el empeño de Alfonso para que sus jóvenes estudiasen á fondo la teología y especialmente la moral, á fin de que fuesen aptos para administrar el sacramento de la penitencia. *Si no sabeis de moral*, les decia, *os perdeis vosotros mismos y mandais al infierno á vuestros penitentes: este estudio no acaba sino con la vida*. Así es que hasta á los viejos les inculcaba que lo continuaran y que jamas lo descuidasen.

Exigia en los de su congregacion ciencia suficiente y las justas máximas que debe tener todo confesor para ejercer bien y con fruto su ministerio. No queria ni laxitud ni una indiscreta rigidez, porque una y otra, decia él, son igualmente ocasion de ruina para las almas. Despues, si sabia que alguno fuese mas indulgente de lo que convenia, perdia inmediatamente el sueño y no hallaba sosiego; y lo mismo le sucedia si por acaso reconocia en otro un espíritu demasiado rígido y no conforme con las máximas del evangelio. A todos les inculcaba que usasen mucha precaucion y retentiva con los habituados y reincidentes. *Con estos tened cuidado*, les decia, *para alzar la mano: hasta su llanto, si se ven llorar, es engañoso: lloran, no por odio al pecado, sino para arrancar la*

absolucion y volver á comenzar de nuevo. Por otra parte, queria que no los asustasen, ni los despidiesen con mal modo, sino que los abrazasen, los compadeciesen, les hiciesen conocer el estado infeliz en que se hallaban, y los animasen á la confianza en Dios, enseñándoles que hasta el mal hábito puede vencerse mediante la divina gracia y el patrocinio de María Santísima. *Si no se tratan así*, repetia, *y si su atencion no se dirige á considerar su estado, verán de muy mal ojo que se les difiere la absolucion y no se resolverán á mudar de vida*. Con esto, cuando se trataba de examinar á los suyos para concederles la facultad de confesar, se mostraba en este punto no solo escrupulosísimo, sino rígido, y no comisionaba á otro sino que lo hacia siempre por sí mismo. En estos exámenes empleaba muchas veces diez y doce dias con solo un individuo, y lo examinaba tratado por tratado, y queria una cuenta exacta hasta de las cosas mas obvias; y si despues de esto, en conciencia no lo reputaba apto para juzgar rectamente, le diferia la facultad para otra época.

Con estas y otras muchas reglas é instrucciones procuraba Alfonso conducir á sus compañeros á la perfeccion evangélica, y encender en sus corazones un espíritu de caridad, junto con una recíproca estimacion y respeto entre ellos mismos, y ademas aque-

lla sed de socorrer á los prójimos, en particular á los ignorantes y privados de auxilios espirituales, en que tanto ardía él, y de la que solía decir y repetir siempre habia nacido la congregacion, y que por esto debia nutrirse y crecer con ella. Al mismo tiempo procuraba que se ejercitasen en las obras de misericordia corporales con los necesitados. Al intento estableció que se ejerciese la hospitalidad en la congregacion, recibiendo en cada una de las casas á los peregrinos, dándoles todos los auxilios necesarios y caritativos: y si por acaso llegaba á descubrir que el rector de cualquiera de las casas recibia con mezquindad á los peregrinos, ponía allí un censor que vigilase en esto, y los hiciese tratar con mas liberalidad y decencia. Mandó tambien que en cada casa aunque pobre y sin rentas, se diese limosna todos los dias á los pobres que llegasen á pedirla, diciendo, que con la misma liberalidad con que ellos hubiesen alimentado á los pobres, se verian provistos ellos mismos por el Señor. Y en verdad que casi no pasaba dia en que no viesén confirmado lo que les decia y enseñaba su fundador, porque sin embargo de las diarias y abundantes limosnas que se acostumbraba repartir en la puerta, jamas faltaba el sustento necesario á los padres de la congregacion.

Por otra parte, no es extraño que Alfonso prescri-

biese esto á los de su instituto, porque él no solo daba toda clase de auxilios espirituales á todos los que podia, sino que ademas socorria con limosnas secretas algunas familias, particularmente á las de fina educacion y vergonzantes que habian empobrecido y se hallaban reducidas á la miseria, y á las mundanas que convertidas por él y vueltas al buen sendero, se temia mucho que volviesen á su primer tenor de vida si se hallaban en la necesidad y en la pobreza: mas Alfonso no se portaba así con su prójimo por una cierta compasion natural, ni por algun miramiento humano, sino animado solamente por aquel espíritu de verdadera caridad con que debe ser movido todo verdadero cristiano. El mismo Dios se complació en testificar que así era efectivamente, obrando un prodigio justamente en la persona de una de aquellas mujeres que él habia sacado de la fetidez del vicio y reducido á llevar una vida cristiana. Es el caso, que habiendo ido un dia una de éstas á quien él daba una cierta cantidad mensualmente, á preguntar por Alfonso al portero de la casa de San Miguel de los Paganos donde él residia, le respondió que se habia ido á Nápoles. Afligidísima la mujer con esta noticia, entró en la iglesia para pedir á Dios que la ayudase en aquella circunstancia tan crítica en que se hallaba, y he aquí que á los primeros pasos que dió en di-

cha iglesia, vió que Alfonso la llamaba desde su confesionario, y acercándose recibió de su propia mano la limosna de costumbre: al instante se volvió á reñir al portero y á darle un mentís redondo, por haberle dicho que Alfonso estaba en Nápoles, cuando ella misma acababa de hablarle en la iglesia y habia recibido de él el subsidio ordinario. Atónito aquel con esta relacion, confirmó á la mujer en la verdad de la ausencia de Alfonso y de su permanencia en Nápoles, con lo que ambos conocieron haber querido mostrar el Señor con tan insigne prodigio cuán aceptable le era la caridad de su siervo.

Seria una tarea muy larga enumerar aquí todas las prácticas con que Alfonso procuró siempre conducir á sus compañeros á aquella perfeccion evangélica á que constantemente dirigia sus miras y que creia necesaria para llenar el objeto primario de su misma congregacion, esto es, el de dar toda especie de auxilios espirituales, particularmente á los pobres y abandonados en los campos. Diremos con toda verdad, que durante el tiempo de su gobierno, siempre se vió crecer el espíritu y el fervor en todos los individuos de la congregacion, y ademas una completa observancia de todas las reglas prescritas en ella. Tenia tal arte para unir la autoridad con la dulzura y la prudencia, que todos le prestaban una ciega obediencia,

no por alguna especie de temor, sino puramente por amor, considerándolo mas bien como padre que como superior: así es que no solo los de la casa en que residia; sino todos los de las otras lo deseaban y querian tener por rector mayor perpetuo de toda su congregacion, como en efecto sucedió.

CAPITULO X.

Ardor y afanes de San Alfonso para el cumplimiento del objeto primario de su instituto.

Si desde el principio de su estado eclesiástico se habia dedicado Alfonso enteramente á instruir, predicar y convertir almas á Dios como ya se ha dicho, ¿con cuánto mas ardor no lo hizo, y cuánto mas infatigable y solícito no se mostró, cuando se vió escogido por Dios para evangelizar, catequizar y procurar el bien espiritual, particularmente de los pobres y de la gente abandonada por los campos, con la fundacion de un nuevo instituto? No queremos, ni aun cuando lo quisiéramos, podriamos sin quedarnos escusivamente cortos, hacer aquí una relacion minuciosa de los lugares á donde fué, y de todas las circunstancias

cha iglesia, vió que Alfonso la llamaba desde su confesionario, y acercándose recibió de su propia mano la limosna de costumbre: al instante se volvió á reñir al portero y á darle un mentís redondo, por haberle dicho que Alfonso estaba en Nápoles, cuando ella misma acababa de hablarle en la iglesia y habia recibido de él el subsidio ordinario. Atónito aquel con esta relacion, confirmó á la mujer en la verdad de la ausencia de Alfonso y de su permanencia en Nápoles, con lo que ambos conocieron haber querido mostrar el Señor con tan insigne prodigio cuán aceptable le era la caridad de su siervo.

Seria una tarea muy larga enumerar aquí todas las prácticas con que Alfonso procuró siempre conducir á sus compañeros á aquella perfeccion evangélica á que constantemente dirigia sus miras y que creia necesaria para llenar el objeto primario de su misma congregacion, esto es, el de dar toda especie de auxilios espirituales, particularmente á los pobres y abandonados en los campos. Diremos con toda verdad, que durante el tiempo de su gobierno, siempre se vió crecer el espíritu y el fervor en todos los individuos de la congregacion, y ademas una completa observancia de todas las reglas prescritas en ella. Tenia tal arte para unir la autoridad con la dulzura y la prudencia, que todos le prestaban una ciega obediencia,

no por alguna especie de temor, sino puramente por amor, considerándolo mas bien como padre que como superior: así es que no solo los de la casa en que residia; sino todos los de las otras lo deseaban y querian tener por rector mayor perpetuo de toda su congregacion, como en efecto sucedió.

CAPITULO X.

Ardor y afanes de San Alfonso para el cumplimiento del objeto primario de su instituto.

Si desde el principio de su estado eclesiástico se habia dedicado Alfonso enteramente á instruir, predicar y convertir almas á Dios como ya se ha dicho, ¿con cuánto mas ardor no lo hizo, y cuánto mas infatigable y solícito no se mostró, cuando se vió escogido por Dios para evangelizar, catequizar y procurar el bien espiritual, particularmente de los pobres y de la gente abandonada por los campos, con la fundacion de un nuevo instituto? No queremos, ni aun cuando lo quisiéramos, podriamos sin quedarnos escusivamente cortos, hacer aquí una relacion minuciosa de los lugares á donde fué, y de todas las circunstancias

particulares que acompañaron su predicacion en el discurso de mas de treinta años. Bastará decir que no solo fué muchas veces á Nápoles, sino que casi no hubo provincia, ciudad ni lugar grande ó pequeño en todo aquel reino, á donde no fuese, predicando por todas partes la palabra divina, y recogiendo siempre frutos copiosísimos de sus incansables é inmensas fatigas apostólicas. Y á decir verdad, casi nunca estaba en reposo, en atencion á las continuas solicitudes de los obispos y de otros muchos personajes ilustres que le rogaban y lo deseaban á su lado para que esparciese en torno suyo la semilla de la divina palabra, que en boca de Alfonso no quedaba ni sofocada por las espinas, ni comida por los pájaros, ni escasa de jugo, sino que caida como en buen terreno, fructificaba y aun producía abundantes y permanentes frutos.

Al emprender Alfonso el camino de cualquier lugar para las misiones, si estaba inmediato, iba á pie: si estaba lejos iba á caballo y regularmente en un vil jumentillo aparejado, porque era de opinion que debia irse pobremente á las misiones y cuando mas á caballo, diciendo: que el que es llamado al apostolado, no debe separarse de la conducta de los apóstoles, y que impresionaba mas aquella muda predicacion, que cien sermones bien estudiados. Por el camino,

ó tenia conversaciones espirituales con sus compañeros, ó iba meditando y cantando canciones devotas. Luego que descubria el lugar á donde se dirigia para la mision, rezaba devotamente la letanía de la Santísima Virgen y otras preces, á fin de implorar las bendiciones celestiales para aquel pueblo. Luego que llegaba al lugar de su destino, iba directamente á la iglesia principal, donde despues de una breve oracion ante el Santísimo Sacramento, subia él mismo las mas veces al púlpito, y dando principio á la mision invitaba y animaba al pueblo á concurrir á los sermones para no abusar de la divina misericordia que todavia lo esperaba y le daba tiempo para poder hacer penitencia.

En los dias siguientes, para sacar mucho fruto de la mision habia sermon por la mañana y por la noche y se enseñaba el catecismo á los adultos: se rezaba el santo rosario y se enseñaba tambien el catecismo á los niños al tiempo del sermon, pero en otra iglesia para evitar que distrajesen á los otros. En los tres primeros dias al comenzar la noche, salian por las calles algunos padres con el Crucifijo en mano, y en los sitios mas concurridos se ponian á recordar en alta voz los novísimos, invitando al mismo tiempo al pueblo á asistir á los sermones. Alfonso que era el que predicaba el gran sermon de la noche, solia azotarse

con una cuerda gruesa por solo tres veces á lo mas, en el discurso de la mision, para llorar los pecados del pueblo y moverlo á penitencia, esto es, en el sermón del pecado, en el del infierno y en el del escándalo, en los que ademas hacia hacer lo mismo públicamente en la iglesia á todos sus compañeros, encargándoles que se disciplinasen de corazon, y no por mera ceremonia. Despues del gran sermón de la noche, retiradas las mujeres de la iglesia, solo quedaban los hombres, y apagadas las luces uno de los padres reasumia en pocas palabras el sermón que se acababa de oír y llamaba su atencion á los pasajes mas propios para moverlos á compuncion y disponerlos á todos para la disciplina. Concluidos los sermones de terror, habia por tres ó cuatro dias un ejercicio llamado por Alfonso *Vida devota*, que consistía en manifestar al pueblo la necesidad y utilidad de la oracion, y en meditar en la pasion de Jesucristo, á fin de instruirlo y familiarizarlo con este ejercicio. Eran tan afectuosos y tan tiernos los sentimientos de Alfonso en esta meditacion práctica de la pasion del Redentor, que se veian en la iglesia rios de lágrimas, y si otras veces se lloraba por dolor, en esta se lloraba por amor.

Para que las comuniones generales fuesen mas cómodas, mas devotas y mas fructuosas, las dividia

Alfonso en varios dias, segun el estado ó condicion de las personas: en cada uno de ellos, Alfonso ó cualquiera otro de los padres les dictaban sentimientos de compuncion y de amor á Jesus sacramentado. El primer dia era el de los jóvenes de ambos sexos, de cerca de catorce años de edad: despues el de las doncellas y viudas, á las que en los tres dias siguientes se les hacia un discurso sobre el inestimable precio de la castidad: á esta comunión seguia la de las casadas y para éstas tambien habia aparte por tres dias un discurso instructivo sobre las obligaciones de su estado: finalmente, en un dia de fiesta era la última comunión para los hombres, y todas estas comuniones eran el consuelo no solo de las familias, sino aun de las poblaciones enteras: el último dia, despues del sermón de la santa perseverancia, se daba á todos la bendicion; mas antes de partir y justamente el último dia á la *Vida devota*, á fin de que el pueblo tuviese siempre presente la pasion y muerte del Salvador, solia erigir el Calvario (como él decia), que consistia en cinco cruces, á poca distancia de la poblacion. Esta funcion era bastante tierna, porque saliendo Alfonso de la iglesia con sus compañeros llevando una pesada cruz cada uno, iban á colocarlas al lugar destinado espresando al mismo tiempo sentimientos devotos sobre los diversos misterios. En estas ocasio-

nes Alfonso, que en efecto tenia presente á Jesucristo en el Calvario, se cargaba con la cruz mas pesada; de manera que en el territorio de Caposela se le vió tan oprimido con su peso, que se le hizo una llaga en el hombro izquierdo.

No paraban en esto los desvelos y las artes de Alfonso para que fuesen verdaderamente provechosas sus misiones. Considerando al clero secular y regular como la principal porcion de todo país, le daba en particular los santos ejercicios para verlo reentrar en sus propios deberes. Uno ó dos sacerdotes convertidos ó mas iluminados, bastaban, segun Alfonso, para santificar una poblacion. No era menos solícito con las religiosas claustrales, y dando tambien á éstas los santos ejercicios, les inculcaba, sobre todo, amor al coro y odio á las rejas, manifestándoles las malas consecuencias que pueden tener y que en efecto tienen los carteos y las relaciones con las personas del siglo: igualmente las animaba á conservar aquella paz de corazon que lleva consigo el desprendimiento de las criaturas, tan necesario á las personas que están enteramente consagradas á Dios. Tambien daba los ejercicios en particular á los hombres distinguidos del país, para volverlos al buen sendero y hacerlos objeto de edificacion respecto de los otros. *Todo el bien de un país, decia él, depende regularmente de*

la morigeracion de los caballeros, porque el pueblo ve é imita. Si los lugares eran populosos, acostumbraba dar tambien los ejercicios á los artesanos y á las personas de baja condiccion, instruyéndolos en sus deberes particulares y animándolos á la frecuencia de los santos sacramentos. ¿Pero qué mas? no perdía de vista ni aun á los encarcelados, á los que si eran muchos, les daba tambien los ejercicios espirituales, y si pocos, los hacia instruir por espacio de algunos dias á fin de disponerlos para hacer su confesion. Todos estos diversos ejercicios y obras de piedad las emprendia Alfonso á un mismo tiempo, y por esto decia con razon un caballero: las misiones del padre D. Alfonso no son asedios sino asaltos; y esta era la opinion general.

Decia Alfonso: *el predicador siembra y el confesor recoge*; y fundado en esto, queria que cada uno de sus compañeros estuviese por la mañana en el confesonario siete horas, comprendido el tiempo de la misa, y que no pudiese retirarse sin su licencia ó la del que presidia. Tambien exigia de ellos no solo toda la modestia y compostura posibles, y un cierto recogimiento y retiro para edificacion de los demas, sino un espíritu de mortificacion y de amor á los padecimientos, sobre todo, en la calidad y economía del alimento. Por eso habia establecido que la comida solo

consistiese en una sopa, puchero, y eso de la carne mas ordinaria del país, con queso y fruta: habia prohibido absolutamente el uso de pollos, aves silvestres y demas carnes delicadas, así como todo lo de pastas, bocados esquisitos y toda clase de dulces, aun cuando todas estas cosas se las regalasen. Tenia por máxima fundamental no gravar al público con sus misiones, persuadido de que si se gasta un solo peso para los misioneros, al sumar las cuentas, cubriéndose quizá un gasto con otro, resultan centenares; por lo que el pueblo en vez de desear las misiones, las desecha cuando se le ofrecen; por lo que aunque la congregacion se hallase en suma pobreza, nada queria del público, sino que se contentaba con solo la limosna de las misas; y aun cuando eso no bastase para su manutencion y la de sus compañeros, recurria únicamente á la caridad del obispo, ó de alguna persona rica y devota. En cuanto á las cosas que habia prohibido, no solo que se comprasen, sino aun que se recibiesen de regalo en el tiempo de las misiones, decia: *no hay duda en que los seculares insisten y ruegan, y si se resiste se sienten; pero así como se edifican viendo que se persiste, admiran si se cede y condesciende. Este es un gran sermón en las misiones, porque los seculares ponen mas cuidado en lo que se hace que en lo que se dice, y sobre todo, atienden al trato que se*

dan los misioneros. En esto se mostró siempre tan firme y constante, que nunca dejó de reprender á los superiores si por acaso faltaban á este precepto aun levemente.

En efecto, habiendo sabido que el que presidia la mision del territorio de San Jorge no habia tenido dificultad en repartir entre los misioneros una torta, aunque de comunidad, que le envió una monja parienta suya, lo reprendió severamente y aun lo penitenció. Hasta en las cosas ordinarias y triviales dadas quizá de limosna se mostraba muy circunspecto y retenido. En la mision de Ravello mandó al ecónomo que no distribuyese á cada misionero mas que cinco ligos otoñales, aunque se habian dado con mucha abundancia. En la de Amalfi, habiendo recibido por una sola vez del monasterio de religiosas de aquella ciudad, á causa de la pobreza de la congregacion, un plato de tallarines, no lo hizo poner en la mesa, sino hasta el cabo de seis dias que ya estaban acedos, para dar á todos ocasion de mortificarse. Cierta ocasion, el queso que se daba en la mision de Salerno era ceroso y acedo; con esto, uno de los padres, de avanzada edad y de mucho mérito, se tomó la libertad de decir al hermano lego que le asase su porcion; mas despues ya no lo quiso, porque habiéndolo notado Alfonso, lo corrigió al instante y se lo imputó á delito,

no queriendo que hubiese ninguna clase de distinciones.

Si queria que así se portasen los otros, mucho mejor lo practicaba él mismo. Su método de vida en las misiones era: levantándose por la mañana, hacia con sus compañeros la media hora de oración mental de costumbre, despues, yendo á la iglesia, celebraba el santo sacrificio de la misa con gran fervor de espíritu, y dadas las debidas gracias á su Señor sacramentado, se ponía á confesar y permanecía siete horas continuas, y tal vez ocho ó nueve, segun la necesidad: despues de esto mandaba hacer la seña con la campana para la comida, la que él hacia parcamente, no tomando mas que una poca de sopa de yerbas y una pequeña porcion de carne cocida, ó en lugar de ésta un huevo, ó bien un poco de pescado salado ó carne tambien salada, segun el dia que era, y siempre sazonado todo con las acostumbradas drogas amarguísimas, y con la lectura espiritual que se hacia alternativamente por algun misionero. Concluida la mesa y aun antes de terminarse, promovia conversaciones de casos morales, y despues se volvía á poner á confesar hombres dentro de casa; por último, despues de permanecer mucho tiempo ante el Santísimo Sacramento y la beatísima Virgen, predicaba el gran sermon de la noche: vuelto á casa, proseguia confe-

sando hombres y permanecía en esto hasta la hora de la escasísima cena, si es que cenaba, despues de la cual se hacia en comun el exámen de conciencia y se rezaban algunas oraciones. Sobre todo, dos cosas se admiraban mas en Alfonso: cómo tenia tiempo, despues de tantas ocupaciones, para rezar las horas canónicas y no atrasarse ni aun en alguna de tantas otras prácticas devotas que tenia, y mucho mas aún, cómo podia soportar tantas fatigas con tan corto aliento, tanto mas á los principios, que no teniendo suficientes colaboradores, predicaba dos ó tres sermones cada dia.

Pero el celo de Alfonso no conocia límites, ni hallaba dura ó difícil cosa alguna, con tal que pudiese servir de alguna manera para promover la gloria de Dios y la salvacion de las almas. *Si Jesucristo, decia él, habria muerto en la cruz por una sola alma, tambien nosotros debemos sacrificarnos para ganarle una á Dios: si yo pudiese hacer las misiones por todo el mundo, tambien las haria.* Por lo que, olvidado enteramente de sí mismo, no omitia fatigas, sudores, trabajos, ni cualquiera otra clase de incomodidades, y despreciaba aun su vida misma por el bien espiritual de sus prójimos. El superior de la congregacion de las misiones de propaganda de Nápoles lo invitó como hermano para la mision en la iglesia del Espíritu

Santo, segun la órden del cardenal Spineli, arzobispo entonces de aquella ciudad. Alfonso, aunque gravemente enfermo de catarro, hacia veinte dias en su casa de Ciorani, aceptó inmediatamente la invitacion, y todavía convaleciente fué á Nápoles, donde predicó el sermón grande, y con tanto aplauso y fruto, que decian: *id á la mision á la iglesia del Espíritu Santo*, porque allí predica un santo.

En otra ocasion estaba Alfonso de mision en el territorio de Agerola, y era tal el concurso de la gente que habia acudido de los pueblos inmediatos, que un dia estuvo confesando desde por la mañana hasta muy cerca del sermón de la noche. El dueño de la casa en que vivia, compadecido por una parte de la abstinencia de Alfonso, y viendo por otra la indiscrecion del pueblo, lo regañó, diciendo, que los misioneros estaban todavía en ayunas: al oír esto Alfonso, lleno de celo le dijo: *¡Eh, señor D. Fernando, señor D. Fernando! nosotros no hemos venido aquí para comer, sino para salvar y ganar almas á Jesucristo*. Habiendo ido una vez de mision á Pueblo nuevo, cedió las tres piezas superiores á sus compañeros, y aunque él era el superior, fué á habitar en un cuartito del piso bajo, deshabitado hacia mucho tiempo, cuyas paredes estaban llenas de parietaria y donde entraba el agua por todas partes. Fué á visitarlo el duque de

este lugar y le rogó con instancia que fuese á vivir á su palacio; pero Alfonso no quiso ir absolutamente, diciendo, que allí se hallaba muy cómodo. Se sentia lleno de confianza en Dios cuando pensaba que Dios mismo lo habia sacado de los peligros del siglo y lo habia llamado á la congregacion para cooperar con Jesucristo á la salvacion de las almas por medio de las santas misiones, y asegurar tambien su eterna salud, segun el dicho de San Agustin: si has salvado una alma, has procurado tambien la predestinacion de la tuya. *Animam salvasti, animam tuam prædestinasti*.

Habiendo hablado ya bastante sobre la manera y el estilo de Alfonso para predicar y sobre los dones que poseia para este sacro ministerio, no nos detendremos ahora en repetirlo: solo añadiremos, que todos tenian por cierto que él habia recibido un don particular de Dios para dominar los corazones y una cierta uncion de espíritu con que se insinuaba en ellos, conmoviéndolos y compungiéndolos en tales términos, que muchas veces le costaba trabajo contener los sollozos y las lágrimas de sus auditores para continuar y terminar su sermón: de aquí es que solo al oír que él predicaba en alguna parte, hasta de los pueblos de los alrededores acudian en tropel para escucharlo y aprovecharse de su doctrina; y esto no solo.

se verificaba respecto del pueblo bajo y de las gentes idiotas, sino que hasta las personas mas ilustradas lo dejaban todo para aprovecharse de su predicacion, sabiendo muy bien que no las habia de lisonjear ni las habia de alimentar con una vana elocuencia, sino que serian iluminadas y compungidas por él con las verdades evangélicas, esponiéndolas con suma claridad y al mismo tiempo en su verdadera luz y fuerza. Un docto padre maestro de los menores conventuales decia, hablando de él: *La palabra de Dios adquiere una nueva fuerza en boca del padre D. Alfonso: sus palabras no son palabras, sino dardos que atraviesan el corazon.* Tambien un digno personaje, respondiendo á uno de esos sabidillos del dia, que critica-
ba el modo de predicar de Alfonso, calificándolo de muy bajo y vulgar, lo hizo callar, diciéndole: los otros predicadores predicán de la cabeza á la boca; pero el padre D. Alfonso de Ligorio predica del corazon á la boca: como en efecto así lo decian todos á una voz, y un docto caballero que habia oido predicar á Alfonso en Nápoles, vuelto á su provincia, solia decir que era otro San Pablo.

Pero no es esto todo: aun habia mas en Alfonso, porque no solo penetraba y conmovia los corazones con la voz, sino lo que es aun mas admirable, bastaba para esto su ejemplo y aun solo su aspecto. Pre-

dicaba una vez en la vasta iglesia metropolitana de San Mateo, en Salerno, donde por la gran estension del local, no podia ser oido de todos; sin embargo, con solo verlo en el púlpito se compungia la gente y se convertia, llegando al extremo de quedarse en la iglesia despues del sermon llorando sus pecados. La compuncion de aquel pueblo fué tal y tan grande, y tantas y tan sinceras sus conversiones, que la casa en que habitaba Alfonso se veia constantemente llena de ministros, abogados y otras personas que iban á confesarse, y muchísimos continuaron por muchos años yendo á la casa de San Miguel de los Paganos á tomar los santos ejercicios. Lo mismo sucedió cuando predicó Alfonso en la iglesia metropolitana de Benevento, donde aunque tanto por su avanzada edad, como por la amplitud del local, no todos podian oir su voz, sino solo percibir la espresion de su semblante desde lejos, con todo, se veian rios de lágrimas y ruidosas conversiones. Una de éstas se verificó en un hombre bastante malvado y endurecido en el mal, el cual habiendo ido á confesarse con uno de los padres de la congregacion, y preguntado por éste cuál habia sido el asunto del sermon que lo habia compungido, le respondió: Anoche no pude entrar en la iglesia por la mucha gente que habia, pero me he arrepentido solo con ver al padre D. Alfonso, tan humilde

y despreciado. Otro hecho semejante sucedió en la ciudad de Melfi, donde habiendo ido á confesarse con un sacerdote de la congregacion un viagero que tenia consigo una mala compañía, le dijo el confesor: *¿Podré absolveros si no dejais la compañía y no rompéis el compromiso?* A estas palabras respondió luego el penitente: *Ahora mismo la he dejado y me voy. ¿Y cómo podré volver á pecar habiendo visto aquel siervo de Dios* (esto es, Alfonso) *que llora y se maltrata por mis pecados?* Y al mismo tiempo le enseñó un pequeño envoltorio que habia hecho para partir.

Si Alfonso tenia un don particular de Dios para mover los ánimos y convertirlos al bien con su predicacion, no lo tenia menos al escuchar las confesiones: ademas de los dones mencionados en otra parte, no hacia ninguna distincion en las personas, sino que acogia y los abrazaba á todos con la misma dulzura, con la misma caridad, y mucho mas si eran miserables y envejecidos en el pecado. *Estos son justamente,* decia él, *aquella única oveja descarriada que fué á buscar Jesucristo, dejando las otras noventa y nueve, para cargarla sobre sus hombros y volverla al redil.* El amor que tenia á esta clase de gentes era tal, que solia decir á sus compañeros: Si la vista de algun gran pez os espanta como al joven Tobías, viéndolo escamoso y encrestado, enviádmelo á mí, que de la

huel de sus pecados haré un sacrificio á Jesucristo. Cuando alguno de éstos llegaba á sus piés, se veia á Alfonso todo enternecido compadecer su estado, y con el corazon en los labios amonestarle, instruirlo y hacerle conocer su gran mal para compungirlo y reducirlo á penitencia. No tenia que trabajar mucho y despulmonarse para hacer que venciesen toda vergüenza y vomitasen cualquier delito, por enorme que fuese, como regularmente sucede á los otros confesores, sin poder conseguir bien á menudo su intento, sino que sabia inspirarles tales y tan eficaces mociones, que confesaban ingenuamente sus culpas y se veian tambien repentinamente contritos y mudados. Un caballero napolitano fué á hacer su confesion general con Alfonso, y concluida, le dijo lleno de serenidad que ya no le ocurría mas: entonces Alfonso, echándole una mirada amorosa, no hizo mas que decirle: *Hijo mio, ¿querias hacer mas de lo que has hecho? ¿querias ofender á Jesucristo mas de lo que lo has ofendido?* Pero le dijo estas breves palabras, de un modo tan tierno, que lo compungieron y lo hicieron prorumpir en un copiosísimo llanto, quedando convertido tan deveras, que concibió un grande horror al pecado, y despues continuó siempre una vida cristiana. Era un don singularísimo de Alfonso que con pocas palabras y breves sentimientos movia y compun-

gia de tal manera, que nadie se levantaba de sus piés sino contrito, humillado y firmemente resuelto á perseverar en los santos propósitos. En Nápoles se veían muchos viejos de gran perfección, que desde jóvenes habian sido ganados á Dios por Alfonso.

De lo dicho hasta aquí puede comprenderse fácilmente cuál y cuánto era el bien espiritual que por donde quiera resultaba á las almas con las fatigas apostólicas de Alfonso. Si era grande cuando en los primeros años de su sacerdocio comenzó á ejercitarse en este ministerio, fué mayor con mucho, después de que fundada su congregacion se dedicó enteramente á él, y tanto mas, quanto que el mismo Dios lo acompañaba con el don de profecía, del discernimiento de corazones y con el de los prodigios. Por todas partes se veían apaciguadas las discordias y pacificadas las familias, extirpadas las blasfemias, abolidas las usuras, quitados los escándalos, abandonados los juegos y destruidos todos los desórdenes. Arrancando así el mal, establecia al mismo tiempo el bien, procurando introducir el uso de visitar al Santísimo Sacramento todas las tardes, rezar el santo rosario, frecuentar los sacramentos, tener mayor devocion á la Santísima Virgen, meditar en comun todos los dias en la iglesia sobre los novísimos, ó sobre la pasion de Jesucristo, ó cualquiera otra santa máxima, así como otras

prácticas devotas dirigidas á mantener y aumentar el fervor engendrado en las misiones y los propósitos hechos.

Y con el fin de que todo esto quedase fundado de una manera estable y no fuese como el humo de paja que pronto se desvanece y acaba, no solo no iba á las misiones sin el personal proporcionado á la poblacion del lugar, conduciendo algunas veces quince, veinte y aun mas misioneros, sino que ademas prolongaba las misiones á quince, veinte y hasta treinta dias, para que los pueblos, mejor instruidos en las máximas del evangelio, pudiesen mas fácilmente abandonar el vicio y abrazar la virtud. Mas no bastándole esto todavía, se valia de establecer en cada lugar varias juntas ó congregaciones piadosas, segun los varios órdenes y estados de las personas, como una para el clero, otra para los caballeros, otra para las jóvenes, y muchas veces otra para los artesanos y personas de baja condicion, porque conocia las grandes ventajas que resultaban de ellas estando bien ordenadas y establecidas. *Sé bien, decia Alfonso, que los novadores modernos murmuran contra estas fructuosas misiones que nosotros llamamos congregaciones; mas deberian confesar á su despecho, que es santo y provechoso todo quanto en ellas se practica.* En esta virtud tomaba todas las medidas necesarias á fin de que los pueblos á

quienes habia predicado, mantuviesen las buenas costumbres y conservasen la santa perseverancia.

Alfonso no perdía de vista el bien de las almas, aun cuando no se hallaba en mision, porque no solo confesaba y predicaba continuamente, sino que con sus conversaciones familiares siempre llenas de dulzura y de maneras insinuantes confortaba é ilustraba á todos los que acudían á él en sus dudas ó en sus congojas de espíritu; confirmaba á los vacilantes en la virtud ó en la vida cristiana, y encendía en todos el santo amor de Dios. Aun hay mas: él movía los corazones con solo su culto. Dando Alfonso en cierta ocasion los ejercicios espirituales á las religiosas de Santa Clara en la ciudad de Nocera de los Paganos, sucedió que estando un dia antes del sermón, cantando arrodillado una cancioncita espiritual, se conmovió tanto al oírlo un soldado español que estaba en el fondo de la iglesia, que quitándose de repente el cinturón de cuero de que pendía su espada, comenzó á azotarse con él con tal denuedo, que causó espanto á las mismas religiosas, y continuó después por siempre una vida enteramente cristiana.

Finalmente, el poco tiempo que podía quedarle libre después de tantas y tan variadas ocupaciones, lo empleaba en procurar el bien espiritual del prójimo, componiendo obras destinadas á instruir, convencer

y mover á la piedad á toda clase de personas. No nos detendremos en hacer aquí un minucioso catálogo de ellas, tanto porque ya hemos mencionado algunas, y citaremos después otras, como porque están tan conocidas y divulgadas, con tan repetidas ediciones, y aun muchas traducidas en diversas lenguas, que no necesitan ser ahora indicadas. Tampoco emprendemos hacer un elogio particular de ellas, siendo tan notorio cual es la estimación y el aplauso con que han sido recibidas, así como el bien que han producido no solo en Italia sino aun mas allá de los montes. Monseñor Gutthlar, obispo de Tiene, dijo un día á Alfonso, que era tanto lo que se apreciaban en Alemania algunas de sus obras traducidas al alemán, que hasta los libreros protestantes hacían un gran tráfico con ellas por el gran espendio que tenían. Mas no podemos menos de decir que si en todas sus obras se nota una doctrina no común, una grande erudición, una solícitud incansable y un celo ardiente por la verdad de la fé, y por la instrucción y bien ajenos, en las ascéticas y espirituales se descubre además una cierta unción y tal efusión de corazón, que los devotos afectos y sentimientos del autor, se comunican fácilmente al que las lee y lo dejan penetrado y conmovido. De aquí es que si Alfonso no podía ejercitar su ministerio apostólico en persona y con la

voz por todo el mundo como deseaba, y como lo habría hecho si le hubiera sido posible, puede decirse muy bien, que lo ejerció desde su aposento y por medio de sus obras, con las que procuró cooperar al bien espiritual de todos.

CAPITULO XI.

Mision de San Alfonso en Amalfi y en algunos otros lugares.

Hemos dicho que no queremos mencionar todos los lugares en que Alfonso ejerció su ministerio apostólico, ni hacer una minuciosa relacion de las circunstancias que lo acompañaron por todas partes. Sin embargo, creemos no poder escusarnos de hacer aquí una especial mencion de algunos de dichos lugares, respecto á que en ella la predicacion de Alfonso fué acompañada de efectos mas singulares y de cosas verdaderamente admirables y prodigiosas.

El año de 1756 fué de mision á la ciudad de Amalfi, perteneciente al principado de *Citra*, donde hacia mucho tiempo que tres familias diversas ardian en un gran fuego de discordia y enemistad.

Muchos personajes de los mas notables se habian

interpuesto ya, y habian empleado toda clase de medios y de ardides, para apaciguarlo y extinguirlo, pero siempre en vano; antes parecia que iba creciendo cada vez mas con mucho daño de las familias y con grave escándalo de toda la ciudad. Llegado allí Alfonso, comenzó con su acostumbrado fervor á declamar contra la vanidad del siglo, contra los vicios y contra los escándalos públicos, y el primer fruto que obtuvo fué justamente que aquellas tres familias deponiendo toda envidia y rencor, y olvidando completamente lo pasado, se reconciliaron tan de veras, que despues permanecieron siempre unidas con los vínculos de la mas sincera y constante amistad.

Habia tambien en la misma ciudad, en los barrios de S. Simon y de Vagliendola algunas malas mujeres, que endurecidas en el mal servian de lazo y de escollo á muchas almas. El celo de Alfonso las tomó á su cargo, y con sus patéticos y fuertes racionios escitó en sus corazones un tan vivo dolor y arrepentimiento de sus culpas, que horrorizadas de sí mismas y de sus pasadas maldades, abrazaron por medio de Alfonso un tenor de vida tan austero y penitente, que causaron admiracion á todos, y perseveraron en él hasta la muerte. Este hecho no solo produjo una edificacion pública á toda la ciudad, sino que con razon hizo decir á un párroco de ella: *Aun*

voz por todo el mundo como deseaba, y como lo habría hecho si le hubiera sido posible, puede decirse muy bien, que lo ejerció desde su aposento y por medio de sus obras, con las que procuró cooperar al bien espiritual de todos.

CAPITULO XI.

Mision de San Alfonso en Amalfi y en algunos otros lugares.

Hemos dicho que no queremos mencionar todos los lugares en que Alfonso ejerció su ministerio apostólico, ni hacer una minuciosa relacion de las circunstancias que lo acompañaron por todas partes. Sin embargo, creemos no poder escusarnos de hacer aquí una especial mencion de algunos de dichos lugares, respecto á que en ella la predicacion de Alfonso fué acompañada de efectos mas singulares y de cosas verdaderamente admirables y prodigiosas.

El año de 1756 fué de mision á la ciudad de Amalfi, perteneciente al principado de *Citra*, donde hacia mucho tiempo que tres familias diversas ardian en un gran fuego de discordia y enemistad.

Muchos personajes de los mas notables se habian

interpuesto ya, y habian empleado toda clase de medios y de ardides, para apaciguarlo y extinguirlo, pero siempre en vano; antes parecia que iba creciendo cada vez mas con mucho daño de las familias y con grave escándalo de toda la ciudad. Llegado allí Alfonso, comenzó con su acostumbrado fervor á declamar contra la vanidad del siglo, contra los vicios y contra los escándalos públicos, y el primer fruto que obtuvo fué justamente que aquellas tres familias deponiendo toda envidia y rencor, y olvidando completamente lo pasado, se reconciliaron tan de veras, que despues permanecieron siempre unidas con los vínculos de la mas sincera y constante amistad.

Habia tambien en la misma ciudad, en los barrios de S. Simon y de Vagliendola algunas malas mujeres, que endurecidas en el mal servian de lazo y de escollo á muchas almas. El celo de Alfonso las tomó á su cargo, y con sus patéticos y fuertes racionios escitó en sus corazones un tan vivo dolor y arrepentimiento de sus culpas, que horrorizadas de sí mismas y de sus pasadas maldades, abrazaron por medio de Alfonso un tenor de vida tan austero y penitente, que causaron admiracion á todos, y perseveraron en él hasta la muerte. Este hecho no solo produjo una edificacion pública á toda la ciudad, sino que con razon hizo decir á un párroco de ella: *Aun*

cuando el padre D. Alfonso no hubiera hecho mas que esto, siempre seria el mayor milagro. Ademas, este hecho no aprovechó poco para inspirar tal amor á la vergüenza y al pudor á todas las mujeres de Amalfi, que las que antes tenian la costumbre de andar con la cabeza descubierta, en lo sucesivo comenzaron á cubrirla con un lienzo, dándolo Alfonso de caridad á todas las que por su pobreza no podian comprarlo, y llegando á ser en ellas un uso comun y constante el andar con la cabeza cubierta.

A unos principios tan felices de esta mision, quiso Dios mismo concurrir con algunos prodigios para aumentar mas y mas el valor de la voz de Alfonso, y hacer plenamente fructuoso su apostólico ministerio. Un dia fué una persona á la casa que habitaba Alfonso con su compañero para confesarse con él, en el momento mismo en que debia predicar el sermón grande en la iglesia. Concluida su confesion se fué directamente á la iglesia inmediata y se encontró con que Alfonso estaba predicando allí. A tan inesperado enueñtro quedó estraordinariamente admirado, y tanto mas, quanto que acababa de dejarlo confesando á otras personas y no lo habia visto salir por la puerta por donde él habia salido y por donde necesariamente deberia salir el mismo Alfonso. Habiendo, pues, reflexionado el hecho, comenzó á publicar por

toda la ciudad: *El padre D. Alfonso confiesa en su casa y al mismo tiempo predica en la iglesia.* Tampoco faltaron otros que dijeron lo mismo; porque habiéndose confesado despues que él en la misma casa, tambien lo habian encontrado repentinamente predicando en la iglesia.

A este prodigio siguió otro. Un jóven clérigo, movido de la fama universal de la santidad de Alfonso, le cortó á escondidas un extremo de la falda del manto, mientras estaba confesando hombres antes del alba en la capilla de la Inmaculada Concepcion de la Virgen, en la iglesia metropolitana de Amalfi. Muy contento el jóven con esta adquisicion por considerarla una reliquia, la enseñó inmediatamente á un tio suyo sacerdote, y á su hermano que era canónigo de dicha iglesia; pero los dos en vez de aprobar el hecho, lo reprendieron severamente y lo estimularon á hacer de modo que se restituyese á Alfonso por otra persona el citado pedazo, porque como era bastante grande, no podia menos de causar un notable desfiguro en el manto de que era parte. Al oir esto se entristeció mucho, y despues de haber manifestado á otros lo acaecido y la afliccion en que se hallaba, se puso muy pensativo, ya de dia claro, á observar cuál seria el desfiguro que causaba lo que habia cortado, al salir Alfonso de la capilla. Salió Alfonso en efecto,

y sumamente admirado el joven clérigo al ver el manto intacto, y no creyendo casi á sus mismos ojos, llamó con disimulo á los amigos que estaban en el secreto, así como á su tío y al canónigo su hermano, para que observasen si la cosa era como le parecía, y todos atestiguaron lo mismo, es decir, que no faltaba nada al manto de Alfonso.

Por la misma época llevó una señora de Amalfi á Alfonso un hijito que tenia de cerca de tres años, atacado de epilepsia. Al verlo Alfonso le hizo la señal de la cruz en la frente, y aseguró á la madre que no solo curaria perfectamente de aquel mal, sino que llegaria á ser sacerdote y encaminaria almas á Dios. Su dicho se verificó exactamente: el niño no volvió á ser atacado del mal despues de la bendicion de Alfonso, y llegado á la edad adulta, fué párroco y aun llegó á ser primicerio de la iglesia de San Pancracio en Conca, diócesis de Amalfi.

Divulgados estos prodigios por toda la ciudad, no solo escitaron una grande admiracion, sino que sirvieron ademas para conciliar mayor estimacion y respeto hácia Alfonso y para hacerlos á todos cada vez mas dóciles á sus instrucciones: así es que no hubo ni órden, ni condicion, ni edad de personas que penetradas de las palabras de Alfonso, no detestasen de corazon sus pasadas faltas, y con una verdadera y

estable conversion no solicitasen con suspiros, lágrimas y penitencias, borrar las ofensas hechas al Señor. Aun los mozaletes mas libertinos y licenciosos y las doncellas mas vanas, habiendo concebido un verdadero aborrecimiento á sus locuras, se vieron venir en tropel á los piés de Alfonso, trayéndole panderos, guitarras y toda clase de instrumentos, con cuyo sonido, acompañado de cantos profanos, habian depravado su corazon. Hecha una gran hoguera con todos ellos en el átrio de la iglesia de San Andrés, fueron quemados, ofreciéndolos Alfonso al Señor como un holocausto de otros tantos corazones sinceramente arrepentidos.

Estando la mision para concluirse y cuando ya la ciudad de Amalfi presentaba la imágen de la penitente Nínive, acaeció otro prodigio aun mas estrepitoso. Predicaba Alfonso sobre el Patrocinio de la Virgen, y al escitar al pueblo á una verdadera devocion hácia la Madre de Dios, encendiéndose mas y mas su celo, exclamó: ¡Ah, sois demasiado frios al invocar á la Virgen! Quiero invocarla por vosotros. Dicho esto, se puso en acto de orar con los ojos alzados al cielo, y al momento, todo el pueblo que tenia los ojos fijos en él, lo vió elevado á la altura de cerca de dos palmos, con el rostro muy encendido y vuelto hácia una estatua de la Virgen, colocada á cierta distancia á la

derecha del púlpito. Al mismo tiempo el rostro de dicha estatua de María Santísima se dejó ver muy brillante, y que despidiendo rayos de luz, heria con ellos é iluminaba el rostro del estático Alfonso. Este prodigioso espectáculo duró por espacio de cinco ó seis minutos; y entre tanto, si Alfonso no profirió palabra, aquel vasto templo resonó con las voces del pueblo espectador de tan improviso y admirable acontecimiento, y entre las confusas palabras de *miseri-cordia* y de *milagro*, todos se deshacían en un copioso llanto; pero vuelto Alfonso del éxtasis, y cual otro Moisés bajado del monte, dió al pueblo con estraordinario y majestuoso tono de voz la consoladora nueva, diciendo: *Alegraos, que la Virgen os ha concedido la gracia.*

Mas no fueron estos los únicos prodigios acaecidos en esta mision. Bendiciendo Alfonso el último dia á su pueblo querido, al exhortarlo á la santa perseverancia, añadió: *Tened cuidado, porque mañana luego que hayamos partido, bajará de la mina de fierro un demonio que os dará ocasion de olvidar los propósitos hechos y caerá sobre vosotros el castigo del terremoto.* En efecto, el dia siguiente cuando Alfonso y sus compañeros se habian ido, he aquí que de improviso cayó de la mina de fierro inmediata á la ciudad el demonio, esto es, una partida de búfalos con-

ducida de allá arriba para divertir al pueblo con el espectáculo de la caza. No bien llegó á la plaza cuando toda la ciudad se bamboleo con una fuertísima sacudida de terremoto: entonces el pueblo, lleno de espanto, corrió en tropel á la iglesia metropolitana con Monseñor Cioffi, arzobispo de Amalfi, el que subiendo al púlpito predicó fervorosamente á su pueblo la penitencia y la santa perseverancia, en los propósitos hechos. Todavía no acababa de hablar, cuando volvió á temblar la tierra con más fuerza, de manera que cayeron del altar mayor los candeleros, las flores y ornamentos. El arzobispo dispuso entonces predicar en la plaza, y vuelto al pueblo, dijo: *El padre D. Alfonso nos habia anunciado este gran castigo de Dios: si algunos no se hubiesen convertido en la mision, roguemos al Señor mueva el corazon de estos obstinados pecadores.*

El ver cumplido con tanta exactitud el mismo dia de la partida de Alfonso el castigo que tan clara y públicamente habia predicho, causó una emocion tan grande en aquel pueblo, que todos volvieron á detestar con lágrimas sus culpas y á echarse á los piés de los confesores: así es que el fruto de esta mision fué tan estable y permanente, que al cabo de seis meses queria el pueblo apedrear á un jóven que tomó un laud para tocar; y habiendo ido de mision á los cinco

años algunos padres operarios píos, viendo la reforma y las buenas costumbres del pueblo, dijeron públicamente: *Hemos estado en muchos lugares del reino y no hemos encontrado todavía una ciudad morigerada como esta: y atribuyendo todo el mérito á solo Alfonso, estimaron inútil su venida.*

Mas no solo en la mision de Amalfi iluminó la Santísima Virgen con visibles rayos de luz la cara de Alfonso: este prodigio, ademas del citado arriba acaecido en la ciudad de Foggia cuando todavía era simple sacerdote, se volvió á verificar en la misma ciudad, cuando despues de fundada la congregacion fué á predicar en la mision del año de 1745, así como cuando estaba en la mision del territorio de Jorge, en la diócesis de Salerno. Por otra parte, si todas las misiones de Alfonso produjeron tan grandes ventajas y tan abundantes bienes á las almas, con mucha mas razon ciertamente éstas, que fueron acompañadas de tan ruidosos portentos.

CAPITULO XII.

Renuncia y aceptacion del obispado por San Alfonso.

Con tantas fatigas apostólicas y por el celo que siempre habia manifestado por la salvacion de las almas, se habia adquirido Alfonso con toda razon una fama no comun de doctrina y santidad. Movidó el cardenal Spinelli por estos dotes, así como por los prodigios acaecidos en algunas misiones de Alfonso, pensó en hacerlo promover al obispado. Luego que Alfonso tuvo algun indicio de esto, suspendió la mision en que se hallaba entonces en la diócesis de Nápoles, y en vez de ir como debia á dicha ciudad, fué á esconderse á la remota casa de Ciorani; pero de allí á poco Carlos III, rey entonces de las dos Sicilias y de las Españas, fijó los ojos en Alfonso para proponerle arzobispo de Palermo, diciendo, que si el Papa hacia buenos obispos, tambien él queria hacerlos mejores. Alfonso, que comprendia muy bien cuál era el peso y las obligaciones anexas á esta dignidad, luego que supo la idea del rey, quedó atardido, y puso en obra toda clase de medios para esquivarla. Escribió con la mayor eficacia á Monseñor Rosa, obispo de Pozzuolo, y entonces capellan mayor de la corte, y

al marqués Brancone, primer ministro, esponiéndoles el voto que tenia hecho de no aceptar dignidad eclesiástica fuera de su congregacion, y añadiendo otras muchas razones sugeridas por su heroica humildad. Al mismo tiempo redobló sus oraciones y penitencias, y aun escribió á todas las casas de su congregacion para que se hiciesen rogativas especiales. Tambien escribió al padre Cafora su director, diciéndole: *Padre mio, es tiempo de oracion y de rogar á Dios, porque me veo con una gran persecucion encima. El rey ha dispuesto elegirme arzobispo de Palermo; pero antes iré á ocultarme en un bosque que aceptar esta dignidad.* A pesar de esto, el rey insistió cerca de un mes en la determinacion de hacerlo arzobispo de Palermo, y aun entonces no cedió sino porque el mismo marqués Brancone le hizo ver que las misiones iban á sufrir un grave perjuicio si faltaba Alfonso al frente de ellas. De este modo logró su intento y librarse de tan gran peso: dar ademas un indicio mas claro de su santidad, manifestar aun mayor mérito y dar una razon mucho mas poderosa para ser reputado digno de él.

A poco tiempo de esto vacó el obispado de Santa Agueda de los Godos en el Principado *ultra*; y el Sumo Pontífice Clemente XIII, en virtud de la alta estimacion que hacia de él, lo eligió espontáneamente

obispo de aquella iglesia en 1762. A la primera noticia que tuvo Alfonso por Monseñor el Nuncio de Nápoles, quedó asombrado y confuso; pero despues, concibiendo la esperanza de poder escusarse de algun modo como lo habia hecho la primera vez, se calmó un poco y cobró nuevo ánimo. Con esto, escribió una carta respetuosa al Pontífice, esponiéndole su inhabilidad para esta carga, su avanzada edad, los quebrantos de su salud, y muy particularmente el voto que tenia hecho de no aceptar ningun beneficio ni dignidad eclesiástica fuera de su congregacion: en cuya virtud le rogaba eligiese otro sugeto digno y merecedor, escluyendo su persona, indigna por todos lados, de ascender á tan eminente dignidad. Tambien escribió al cardenal Spinelli y á otros amigos suyos, suplicándoles lo ayudasen en su solicitud. Sin embargo, su esperanza no carecia de temor, y todo el tiempo que estuvo esperando la respuesta del Papa lo pasó lleno de agitacion y muy turbado. Su estado era tal, que decia, que si no se aceptaba su renuncia, consideraria al que le diese la noticia como un verdugo que le hubiese de quitar la vida en un cadalso.

Recibió el Papa la carta de Alfonso, y al leerla se sintió tan enternecido y conmovido, que la noche del 14 de Marzo dijo á su Pro-auditor el cardenal Negroni, que queria consolar á aquel pobre viejo y exi-

mirlo del grave peso del obispado. ¿Pero qué? habiéndolo llamado á la mañana siguiente, le dijo en términos precisos, que escribiese al padre D. Alfonso de Liguori que de todas maneras lo queria obispo, y que con su pontificia autoridad lo dispensaba del voto que tenia hecho de no aceptar ninguna dignidad. Y como el citado Pro-auditor le dijese: *¿Pero no me dijo anoche V. Santidad que lo queria consolar?—Es cierto*, respondió el Papa; *pero en la misma noche me lo ha inspirado así el Espíritu Santo*. Y oyéndolo el cardenal Spinelli, dijo: *Dios lo quiere, la voz del Papa es la voz de Dios*. Así es que, con arreglo á esta orden, escribió el repetido Pro-auditor una carta á Alfonso en la que, entre otras cosas, le decía: que el Papa insistia en imponerle aquel peso; que aceptase la carga sin mas escusa, y que Su Santidad lo dispensaba del voto que tenia hecho de no aceptar oficios ni beneficios fuera de su congregacion.

Recibida esta carta por el rector local, y leida por él en presencia de algunos otros padres, conforme á la licencia que con anticipacion habia dado Alfonso, entraron aquellos en su habitacion para mostrársela. Luego que entraron le dijeron que rezase una Ave María á la Virgen, á cuyas palabras, previendo Alfonso la causa, respondió inmediatamente: *¿Pues qué, ya volvió el criado del Nuncio?* Mas ellos le repitieron

que dijese una *Ave María*: entonces Alfonso la rezó de rodillas, pero en todo su exterior manifestaba claramente que ya preveia lo que le iba á suceder. En seguida le leyeron la respuesta del Papa, y al oirla inclinó la cabeza, como si el mismo Dios le hubiese hablado, y prorumpió en estas palabras: *Obmutui quoniam tu fecisti: Gloria Patri*; y al mismo tiempo se le vieron los ojos rasados de lágrimas, y vuelto á sus compañeros, dijo llorando: *Dios me echa de la congregacion por mis pecados: no os olvideis de mí. ¡Ah! que habiamos de separarnos despues de habernos amado por treinta años!* y poniéndose la carta en la cabeza, repitió muchas veces lleno de resignacion en la voluntad divina: *Obispo me quiere Dios, y obispo quiero ser*. No faltó quien le dijese que se podia responder al Papa y procurar que aceptase la renuncia; pero él interrumpiendo, dijo: En esto no cabe interpretacion. *El Papa se ha declarado en términos de obediencia y es menester obedecer*. Diciendo esto, fué sorprendido por unas terribles convulsiones que lo tuvieron por mas de cinco horas sin poder hablar, y luego le atacó una fuerte calentura por el temor del cuidado de las almas que debia pesar sobre sus hombros, y del que á su tiempo habia de dar á Dios una estrechísima cuenta. La calentura le duró nueve días y le creció en términos que se desesperaba de su cu-

racion. Informado el Papa del estado en que se hallaba, se afligió mucho, pero no por esto varió de modo de pensar. *Si muere, dijo, le damos nuestra apostólica bendición; pero si vive, lo queremos en Roma.* Por último, Alfonso se restableció de tan grave enfermedad, y á fin de obedecer el mandato del Pontífice, se dispuso á partir para Roma.

Entre tanto, sufriendo de muy mala voluntad sus compañeros y alumnos verse privados de su padre y no vivir ya bajo su sabio y suave gobierno, reuniéndose en capítulo general, lo confirmaron, aunque obispo, superior general perpetuo de su congregacion, con facultad de poderla gobernar por medio de un vicario general. Y á fin de que esta resolucion fuese aun mas estable, pidieron su aprobacion á la sagrada congregacion de obispos y regulares, de la cual la obtuvieron el 25 de Mayo del mismo año de 1762.

PARTE TERCERA.

DEL ESTADO DE OBISPO.

CAPITULO I.

Viaje de San Alfonso á Roma y á Loreto.

Despues de haber aceptado Alfonso el obispado, por solo obedecer al Sumo Pontífice como hemos dicho, se dispuso inmediatamente á partir para Roma, como en efecto partió, llevando consigo al padre D. Andrés Villani, hombre de virtud experimentada. Quería ir á Roma con los mismos hábitos tan usados y remendados con que acostumbraba andar siempre y con los que causaba lástima á todo el que lo veía. Pero su director y otros padres lo indujeron, por obediencia, á que por lo menos se hiciese una chaqueta nueva y un manteo para presentarse al Papa y consagrarse obispo. Al pasar por Velletri, fué acogido con las mayores muestras de respeto y estimacion por el cardenal Spinelli, que ademas se empeñó

racion. Informado el Papa del estado en que se hallaba, se afligió mucho, pero no por esto varió de modo de pensar. *Si muere, dijo, le damos nuestra apostólica bendición; pero si vive, lo queremos en Roma.* Por último, Alfonso se restableció de tan grave enfermedad, y á fin de obedecer el mandato del Pontífice, se dispuso á partir para Roma.

Entre tanto, sufriendo de muy mala voluntad sus compañeros y alumnos verse privados de su padre y no vivir ya bajo su sabio y suave gobierno, reuniéndose en capítulo general, lo confirmaron, aunque obispo, superior general perpetuo de su congregacion, con facultad de poderla gobernar por medio de un vicario general. Y á fin de que esta resolucion fuese aun mas estable, pidieron su aprobacion á la sagrada congregacion de obispos y regulares, de la cual la obtuvieron el 25 de Mayo del mismo año de 1762.

PARTE TERCERA.

DEL ESTADO DE OBISPO.

CAPITULO I.

Viaje de San Alfonso á Roma y á Loreto.

Despues de haber aceptado Alfonso el obispado, por solo obedecer al Sumo Pontífice como hemos dicho, se dispuso inmediatamente á partir para Roma, como en efecto partió, llevando consigo al padre D. Andrés Villani, hombre de virtud experimentada. Quería ir á Roma con los mismos hábitos tan usados y remendados con que acostumbraba andar siempre y con los que causaba lástima á todo el que lo veía. Pero su director y otros padres lo indujeron, por obediencia, á que por lo menos se hiciese una chaqueta nueva y un manteo para presentarse al Papa y consagrarse obispo. Al pasar por Velletri, fué acogido con las mayores muestras de respeto y estimacion por el cardenal Spinelli, que ademas se empeñó

en detenerlo consigo un día entero. A su llegada á Roma, que fué el 11 de Abril, rehusó la habitacion que le hizo ofrecer el señor príncipe de Piombino, que se hallaba ausente; solo aceptó el coche por ser necesario, y fué á habitar á la casa de los padres operarios píos que está unida á la iglesia de Nuestra Señora, llamada de los Montes. Sabiendo que el Pontífice se hallaba en Castel Gandolfo, pensó ir á visitar la Santa Casa de Loreto. Su compañero se mostraba poco dispuesto á emprender este viaje en atencion á que ya comenzaba á hacerse sentir el calor; pero él lo animó, diciéndole, que no podia haber incomodidad, por grande que fuese, que se pudiera comparar con el placer y regocijo de visitar á su propia Madre.

En este viaje así como en el de Nápoles á Roma, se ocupó Alfonso continuamente en orar y meditar, y todas las noches rezaba con sus compañeros el santo rosario y se empleaba en otros actos propios de las virtudes cristianas. En las posadas guardaba un riguroso silencio, y rehusando segun su costumbre ordinaria toda clase de distincion, no tenia á menos comer aun con los mismos cocheros. A todos daba ejemplo de mucha templanza y mortificacion, dejando los alimentos delicados, tomando de los mas ordinarios y despreciables, que todavía hacia mas desagradables la mucha sal que les echaba. En los quince

días que permaneció en Loreto, procuró estar oculto, no saliendo mas que por la mañana para ir á celebrar el incruento sacrificio en la santa capilla, donde permanecia muy despacio en fervorosas acciones de gracias á su Señor, y á la tarde para emplear una hora entera en la adoracion de Jesus Sacramentado y de la Santísima Virgen. Sin embargo, á pesar de todas sus precauciones para permanecer incógnito y no darse á conocer, fué reconocido por un padre penitenciario de la Compañía de Jesus, y ya no pudo evitar ser distinguido y tratado con las demostraciones de suma estimacion y veneracion que merecia.

Por lo demas, causaba grande admiracion y ternura á sus compañeros y á todo el que lo observaba el fervor con que veneraba todo lo de aquel Santuario, consagrado con la presencia de un Dios hecho hombre; porque solo al besar las cosas de la sacra familia se le veia todo el rostro encendido. Movidó un día por un extraordinario fervor, despidió al padre D. Andrés Villani, y quedándose solo, permaneció mucho tiempo escitado por aquel incendio, contemplando la infinita dignacion y bondad del Verbo Eterno, que no se desdeñó de habitar en aquella casa por solo el amor en que ardía por los hombres.

Luego que tuvo la noticia de que el Pontífice estaria pronto de vuelta en Roma, se apresuró á volver

allá: llegado allí, no tardó en asistir á la audiencia del Papa. El Pontífice lo recibió con las mayores demostraciones de estimacion, y prevenido ya por la fama de santidad de Alfonso, lo hizo sentar y retuvo por tres buenas horas hablando con él y pidiéndole su opinion sobre negocios de suma importancia para la Iglesia. Habiendo oido despues el mismo Pontífice las objeciones hechas al libro impreso antes por Alfonso, sobre la utilidad de la frecuente comunión hecha con las debidas disposiciones, encendido en celo le dijo: que aun él mismo habia conocido por experiencia que dicha práctica era muy provechosa al bien de las almas, y le indicó que confutase al que habia sostenido lo contrario. Luego que Alfonso volvió á su casa, se puso á componer una erudita respuesta á su contradictor, é impresa la presentó al mismo Pontífice. Si éste tenia en grande estima á Alfonso, aun la concibió mayor al verlo y al oír sus discursos tan llenos de doctrina y al mismo tiempo de tan profunda humildad. Por esto quiso que Alfonso fuese muchas veces á su audiencia, y hablando de él con Monseñor D. Pascual Mastrilli, arzobispo de Nazaret, le dijo: *Cuando muera Monseñor de Liguori tenemos otro santo en la Iglesia de Dios.*

Sin embargo de que durante la residencia de Alfonso en Roma vivió siempre retirado entre los ope-

raros píos y con un mezquino equipaje, no habiendo querido tomar ningun otro criado ademas del que llevó consigo, era tan grande la reputacion de santidad en que todos lo tenian, que fué honrado con visitas de cumplimiento y con demostraciones de estimacion por generales de religiones, prelados, príncipes y cardenales. Por otra parte, en medio de estos honores, conservó constantemente su tenor de vida recogida, contemplativa, penitente y austera; porque despues de haber cumplido con las visitas y con los necesarios é indispensables actos de urbanidad, empleaba una gran parte del día en fervorosas oraciones yendo á todos los santuarios de esta ciudad. Pasaba casi toda la noche ó en la contemplacion de los divinos misterios, ó haciendo disciplina de sangre para mortificar su cuerpo, al que no daba sino un breve reposo, y eso sobre el suelo desnudo: ademas, su alimento era poquísimo, y por la noche no tomaba mas que una taza de agua de salvia.

Aun aquí hizo ver su caridad en socorrer á los miserables, dando siempre una abundante limosna á todos los que recurrian á él, de modo que habiéndolo notado los pobres, encontraba al salir de casa una inmensa turba de ellos que lo esperaba para recibir todos algun caritativo auxilio, como en efecto lo recibian. Viendo su criado tanta concurrencia de pobres

se indisponia algo, pero Alfonso le decia placentero: *Dejadlos venir, no es nada.* Habiendo visto un dia por acaso, entre ellos, un pobre que no vestia mas que media camisa, se hizo abrir el baul y tomó él mismo la mejor ropa blanca que tenia, y se la dió con una suma de dinero, diciéndole: *Ve, encomiéndame á Nuestra Señora.*

Un prodigio acaecido aquí mismo mostró y confirmó su santidad. Hallándose un dia de viérnes muy atormentado por la fatiga que padecia con mucha frecuencia, creyó necesario el padre Pansuti, superior de los operarios píos con quienes vivia Alfonso, hacerle preparar el almuerzo de carne, sin decirle antes nada: con esto, servida la sopa, tomó tres ó cuatro cucharadas, y viendo que le ponian delante un pollo cocido, se volvió al criado y le dijo: *Hoy es viérnes, ¿y queréis hacerme comer carne?* El padre Pansuti y el padre Villani que estaban con él en la mesa, comenzaron á animarlo á que lo comiese por la grave indisposición de salud en que se hallaba; pero Alfonso comenzó á hacer con las manos aquellos ademanes propios de una persona que se niega absolutamente á hacer lo que se le pide, y con todo disimulo bendijo el pollo. Solo su criado que estaba detras lo advirtió, y al mismo tiempo vió al pollo convertido en un pez cocido y cubierto casi todo de sal. No sabiendo

los que estaban en la mesa cómo habia sucedido aquello, preguntaron al criado qué se habia hecho el pollo, suponiendo que él lo habria vuelto á la cocina para cambiarlo por el pez; mas el criado les refirió entonces la metamórfosis verificada despues de la bendicion de Alfonso.

CAPITULO II.

Consagracion y llegada de San Alfonso á su diócesis.

Habiendo sido preconizado Alfonso obispo de Santa Agueda de los Godos por el Sumo Pontífice en el consistorio secreto del 14 de Junio de 1762, á la edad de 66 años fué consagrado el 20 del mismo mes, en la iglesia de Santa María llamada *sobre Minerva*, por el Eminentísimo cardenal de Rossi con los dos arzobispos asistentes, Monseñor Gorgoni de Emessa y Monseñor Giordani de Nicomedia, y Viceregente de Roma. Luego que recibió la imposicion de las manos, se despidió del Sumo Pontífice y de otras personas notables, no queriendo retardar ni un momento ir á unirse con su iglesia. Tanto empeño por marchar á su diócesis, hizo crecer en todos la estimacion en que lo tenian, y hubo un personaje de alta categoría que

cuando fué á despedirse Alfonso de él le dijo: *Monseñor, habeis dado un ejemplo que ha edificado á toda Roma, con no haber dejado el traje de vuestra congregacion.*

Fué, pues, á Nápoles donde á su paso recibió visitas de toda clase de personas, y fué considerado por todos como un santo obispo. De allí fué á la casa de San Miguel de los Paganos para arreglar muchos negocios de la congregacion y para disponer lo necesario á la partida para su diócesis. Al mismo tiempo se despidió de sus alumnos, no dejando de animarlos mas y mas á la perfeccion evangelica y de confirmarlos en la observancia de las reglas, haciéndoles entender ademas que volveria á su lado. Estos, por su parte le suplicaron que continuase con el gobierno de la congregacion por medio de un vicario general, apoyando sus ruegos en la facultad que para ello habia recibido del Sumo Pontífice; y él, cediendo á su solicitud, escogió para este encargo al padre D. Andrés Villani, con universal aceptacion de todos ellos, y despues ratificaron su confirmacion en un capítulo general.

Despues volvió á Nápoles y muy pronto estuvo dispuesto á partir. Muchos personajes ilustres y respetables, y aun muchos de sus colegas, procuraron detenerlo y distraerlo de un viaje tan presuroso á

Santa Agueda, pues como por una parte la ciudad está entre dos rios y por esto no es muy sana para todos, y por otra la estacion del estío estaba ya muy avanzada, esponia su salud á un evidente peligro. Mas á pesar de todas estas observaciones, y del peligro á que se esponia, quiso partir de todos modos, y dar así desde el principio una prueba inequívoca de que él cual buen pastor, estaba pronto á dar su vida por sus ovejas. En efecto, el 11 de Julio partió, acompañado de su hermano D. Hércules y del padre D. Francisco Margotta y celebró la misa en la iglesia Colegiata de Casoria. A su llegada á Maddaloni, halló en el convento de los padres conventuales muchos canónigos y otras personas notables, venidas espresamente á encontrarlo para obsequiarlo y acompañarlo á su diócesis. Por otra parte, era tan grande la opinion y el concepto que todos tenian de su santidad, que efectnaba su viaje en medio de los aplausos de todas aquellas poblaciones, cuyos habitantes todos acudian á verlo y saludarlo con disparos de cámaras y con el festejoso sonido de las campanas.

Llegado al primer lugar de su diócesis en el valle de Maddaloni donde lo esperaba un numerosísimo gentío, despues de haber dado á todos la santa bendicion que fué el primer acto de su dignidad episcopal y la primera muestra de amor á su grey; quiso ir á

apearse á la iglesia de la Santísima Virgen bajo el título de la Anunciacion, que hay allí. Despues de haber hecho oracion ante el Santísimo Sacramento y de la beatísima Virgen, se levantó y dijo algunas fervorosas palabras á todos los que estaban reunidos en aquel templo, prometiéndoles la santa mision, y continuó su viaje para su residencia, entre los aplausos y las lágrimas de su grey. Ya no quiso perder el tiempo en el camino; mas cuando llegó á Bagnoli, lugar en que el obispo ejerce la jurisdiccion baronal, hizo parar un poco el coche, y despues de hacer un tierno y largo discurso á todas aquellas gentes que habian concurrido al camino real para verlo pasar y conocer á su nuevo pastor, continuó su viaje, y llegó, por último, á Santa Agueda, dos horas antes de ponerse el sol, encontrando fuera de la primera puerta de la ciudad todo el cabildo de la iglesia catedral que habia salido á recibirlo. Despues, pasando por las calles regadas de hojas y flores, en medio de un gran concurso de gentes de todas edades, sexos y condiciones, que habian acudido hasta de los pueblos inmediatos, al estruendo de las frecuentes descargas de las cámaras y del constante sonido de las campanas, fué como en triunfo á apearse á su palacio episcopal, donde fué recibido por muchos sacerdotes, religiosos y nobles personajes que lo estaban esperando.

Todas estas grandes y particulares demostraciones de júbilo y de veneracion, procedian no solo de la fama de la santidad de Alfonso que lo habia precedido, sino que habiéndose hecho fervorosas rogativas al Señor en todas las iglesias de la diócesis para que se dignase enviarles un virtuoso y digno pastor, al venir Alfonso juzgaron todos que habian sido oidos sus ruegos. El nuevo obispo se vió presto revestido de su traje episcopal; mas como no habia pensado en proveerse del sombrero verde que le correspondia para hacer su primera entrada en la iglesia catedral, tuvo el maestro de ceremonias que hacer descolgar el que estaba suspendido en el sepulcro de Monseñor D. Daniel Danza, su antecesor inmediato, y averirlo á su cabeza. Ya vestido bajó procesionalmente á la iglesia con todo el cabildo, seguido de un honroso séquito de toda clase de personas; y habiendo adorado un rato al Santísimo Sacramento, subió al dosel, y revestido de capa con la mitra puesta y el báculo en la mano, entonó el himno Ambrosiano, cantado el cual, predicó un sermón no menos propio para mover que lleno de ternura y de afecto, y por último, dió la bendiccion con la indulgencia de costumbre.

Despues anunció al pueblo la mision y la comenzó él mismo la noche del dia siguiente, y la continuó por espacio de ocho dias. Entre tanto, daba por la

mañana los ejercicios espirituales al clero secular y regular, y los dió tambien despues á los particulares. Fué tanto el bien que reportó Alfonso de estas sus primeras solicitudes pastorales, que cambió el aspecto de la ciudad de Santa Agueda desde los principios de su llegada. No fueron pocas las familias que depouiendo sus antiguas enemistades se reconciliaron: se hicieron muchas restituciones, y muchas personas de ambos sexos envejecidas en el vicio, se reformaron. Un artesano escandaloso, compungido con las palabras de Alfonso, se disciplinó de tal manera, que de allí á pocos dias murió: y un caballero de los primeros de la ciudad, que con grande escándalo de todos se hallaba hacia mucho tiempo envuelto en la inmundicia de los mas vergonzosos placeres, se convirtió tambien de corazon y fué tan perseverante, que despues de algunos meses murió con claras señales de un verdadero penitente.

CAPITULO III.

Vida ejemplar de San Alfonso siendo obispo.

Tales fueron los principios del ministerio pastoral de Alfonso, y á ellos correspondió perfectamente todo

lo demas. El no solo sabia muy bien todas las dotes que el Príncipe de los apóstoles y San Pablo, dicen que deben hallarse en el que llega á ser exaltado á la dignidad episcopal, sino que, desde que solo era rector mayor de su congregacion, las habia escogido y recopilado en un librito intitulado: *Reflexiones útiles á los obispos para la práctica del buen gobierno de sus iglesias*, y que mandó de regalo á casi todos los obispos del reino de Nápoles: así es que ya no tuvo mas que poner en práctica lo que habia insinuado á los demas, y lo practicó de tal modo, que jamas se le notó ninguna falta voluntaria en las cosas relativas á la solicitud pastoral. Y como una de las principales dotes que se requieren en un buen pastor debe ser, segun enseña el citado Príncipe de los apóstoles, que sea un perfecto modelo de su grey por medio de una virtud que nazca del fondo del corazon, y la que San Pablo al mencionarlas detalladamente á sus predilectos discípulos Tito y Timoteo, pone en primer lugar y como la base fundamental de las demas, es, que un obispo ha de ser irrepreensible, es decir, sin sombra de defecto ni de error: colocado Alfonso como una lámpara encendida sobre el candelero, á fin de resplandecer por todos lados con la claridad de sus virtudes, se apresuró inmediatamente á portarse de tal manera, que el tenor de su vida y toda su conducta,

mañana los ejercicios espirituales al clero secular y regular, y los dió tambien despues á los particulares. Fué tanto el bien que reportó Alfonso de estas sus primeras solicitudes pastorales, que cambió el aspecto de la ciudad de Santa Agueda desde los principios de su llegada. No fueron pocas las familias que depouiendo sus antiguas enemistades se reconciliaron: se hicieron muchas restituciones, y muchas personas de ambos sexos envejecidas en el vicio, se reformaron. Un artesano escandaloso, compungido con las palabras de Alfonso, se disciplinó de tal manera, que de allí á pocos dias murió: y un caballero de los primeros de la ciudad, que con grande escándalo de todos se hallaba hacia mucho tiempo envuelto en la inmundicia de los mas vergonzosos placeres, se convirtió tambien de corazon y fué tan perseverante, que despues de algunos meses murió con claras señales de un verdadero penitente.

CAPITULO III.

Vida ejemplar de San Alfonso siendo obispo.

Tales fueron los principios del ministerio pastoral de Alfonso, y á ellos correspondió perfectamente todo

lo demas. El no solo sabia muy bien todas las dotes que el Príncipe de los apóstoles y San Pablo, dicen que deben hallarse en el que llega á ser exaltado á la dignidad episcopal, sino que, desde que solo era rector mayor de su congregacion, las habia escogido y recopilado en un librito intitulado: *Reflexiones útiles á los obispos para la práctica del buen gobierno de sus iglesias*, y que mandó de regalo á casi todos los obispos del reino de Nápoles: así es que ya no tuvo mas que poner en práctica lo que habia insinuado á los demas, y lo practicó de tal modo, que jamas se le notó ninguna falta voluntaria en las cosas relativas á la solicitud pastoral. Y como una de las principales dotes que se requieren en un buen pastor debe ser, segun enseña el citado Príncipe de los apóstoles, que sea un perfecto modelo de su grey por medio de una virtud que nazca del fondo del corazon, y la que San Pablo al mencionarlas detalladamente á sus predilectos discípulos Tito y Timoteo, pone en primer lugar y como la base fundamental de las demas, es, que un obispo ha de ser irrepreensible, es decir, sin sombra de defecto ni de error: colocado Alfonso como una lámpara encendida sobre el candelero, á fin de resplandecer por todos lados con la claridad de sus virtudes, se apresuró inmediatamente á portarse de tal manera, que el tenor de su vida y toda su conducta,

aunque ejemplar é irrepreensible hasta entonces, lo fuese aun mas, para que siguiéndolo su grey, pudiese regirse por ella para regular sus acciones, reformar sus defectos é imitarlo, tanto como él imitaba á Jesucristo.

Si Alfonso por su nueva dignidad se hallaba retirado corporalmente de su congregacion, su espíritu y su corazon residian siempre en ella. Aun en medio de sus mas graves y multiplicadas atenciones pastorales, jamas la perdió de vista, sino que siempre quiso ser informado minuciosamente de todo por su vicario general, para poder con la voz, con las cartas, ó de cualquiera otra manera conservar en ella el buen orden, procurar los adelantos y promover cada vez mas en sus alumnos la completa observancia de los votos y de las reglas establecidas. En cuanto á él mismo, quiso conservar el propio tenor de vida y mostrarse rígido observador de las promesas hechas y de las prácticas devotas que ya habia abrazado, en cuanto se lo podia permitir el nuevo estado en que se hallaba: por lo que conservando el mismo espíritu de pobreza de que habia hecho voto en su congregacion, continuó, aunque obispo, vistiendo siempre, tanto en casa como fuera de ella, del mismo modo que cualquiera de los padres de dicha congregacion: así es que usaba la misma sotana de sarga de lana,

el capote y las calcetas de lana negra, pantuflas ó zapatos con el botoncillo de fierro y un sombrero ordinario, y todo muy usado, descolorido y remendado, llevando ademas colgado el rosario de la cintura; de manera, que prescindiendo de la cruz que lo hacia reconocer por obispo, en lo demas no se distinguia en nada de cualquiera otro padre de la congregacion; antes bien, como se hacia la barba solo con las tijeras, parecia un verdadero ermitaño.

En todo el tiempo que vivió desde que se consagró hasta su muerte, no se hizo mas que un solo par de zapatos nuevos, que usó constantemente haciéndolos remontar siempre que lo necesitaban, y hoy se conservan todavia en la casa de S. Miguel de los Paganos. Su ropa interior, no era de mejor calidad y no tenia mas que un pañuelo blanco ordinario y otro de color. El baston que usaba era de madera comun con puño de lo mismo y un cordon de seda lleno de nudos, hasta que un sacerdote del territorio de Aisola mientras que Alfonso se hallaba allí de visita, no pudiendo ver un cordon de esta traza, compró una cintita nueva y se la puso al baston á pesar de la resistencia de Alfonso.

Nunca queria chaquetas nuevas, diciendo siempre que todavia estaban buenas las viejas, y para obligarlo á tomarlas se necesitaba ó precepto de obediencia.

de su director, ó que sus familiares le hiciesen creer que solo las mangas eran nuevas. Viendo estos que tenia los zapatos en muy mal estado y casi inservibles lo persuadieron que se hiciese unos nuevos diciéndole que no costaban mas que quince ó diez y seis granos. Pero no fué así cuando notando que Alfonso tenia los calzones llenos de remiendos y hechos pedazos le mandaron hacer otros nuevos, porque no les fué posible hacérselos poner, aunque su secretario probó todos los medios imaginables para lograrlo. En efecto, los calzones de Alfonso estaban en un estado tan deplorable, que viendo su lego que casi no habia quedado ni una hilacha del bombasí oscuro de que fueron en su principio, y solo se veia un forro ordinario, tuvo vergüenza de darlos á remendar á algun sastre de la ciudad y los llevó á una señora anciana para que los compusiese: así es que su secretario respondió con toda verdad, cuando solicitando que diese algunas piezas de ropa de Alfonso, y particularmente alguno de sus calzones, respondió: *Puedo muy bien daros papeles ó escritos; pero no lo que me pedís, pues el obispo no tiene mas calzones que los de bombasí que lleva puestos.* En cierta ocasion que debiendo ir á Nápoles no tenia un capote para el verano, se hizo comprar una capa negra, al precio de quince carlinos, sobre poco mas ó menos, para usarla

tanto en Nápoles como en cualesquiera otras circunstancias en tiempo de calor.

Sus vestiduras prelativas, que solo usaba en las funciones eclesiásticas, eran todas de lana hasta las medias, aunque moradas; cuando las usaba se ponía en los zapatos unas hebillitas de fierro mohosas, y preguntado una vez por qué lo hacia, dijo, que porque eran extranjeras, pues que las habia comprado en Roma, cuando fué á consagrarse obispo. No tenia de seda mas que la faja con que se ceñía la sotana morada, y una vez que le fueron á vender un solideo negro, luego que vió que tenia el forro de seda, lo devolvió al vendedor. Su cruz pectoral era falsa, con un simple cordon de seda verde, y para las solemnidades tenia otra de plata sobredorada con piedras falsas, y con el cordon de seda y oro que le regaló en Nápoles una hermana suya, monja del monasterio de San Gerónimo. Tambien tenia una cruzcita de oro, que le regaló D. Francisco Cavaleri, pariente suyo, y que usó por pocos dias en Nápoles, así como un precioso anillo con que lo obsequió Monseñor Gianini obispo de Lettere; pero pronto veremos lo que hizo con estas cosas de algun valor, así como con el coche que con dos mulas le regaló su hermano D. Hércules.

En las funciones episcopales se servia del báculo

pastoral, del candelero, de la jarra y la bandeja de plata y de la joya pectoral, que se conservaban en la caja sagrada y pertenecían al cabildo de la iglesia catedral. Para la celebracion de la misa diaria, se había hecho hacer una jarra y una bandeja de barro; y aunque los canónigos le habían ofrecido cortesmente la jarra y la bandeja de plata para su uso diario, jamas los quiso usar, antes queria servirse de sus útiles de barro hasta en las funciones solemnes, mas no lo consiguió por la oposicion de los canónigos y del maestro de ceremonias. En los últimos años de su obispado omitió en su misa diaria hasta el uso de su jarra y bandeja de barro, sirviéndose de las vinageras y el platillo, como cualquier otro simple sacerdote.

Los canónigos de la iglesia catedral de Santa Agueda dispusieron que se quedase el palacio episcopal con los mismos muebles que lo tenía su antecesor; pero á su llegada no quiso comprar mas que algunas pocas cosas absolutamente necesarias, y no queriendo los canónigos ver el palacio desnudo y abandonado, lo dejaron adornado como estaba, á pesar de que Alfonso había mandado que se vendiese todo. Pero lo que no quisieron hacer entonces, tuvieron que hacerlo despues, porque cuando por su grave enfermedad tuvo que salir Alfonso de Santa Agueda para Arienzo, mandó al cabildo de su iglesia catedral que ven-

diese toda la plata y muebles de su antecesor, y con el dinero que esto produjo, se reparó y adornó con estucos el átrio de la misma iglesia.

Entre tanto, dejando las mejores piezas del mismo palacio episcopal á su vicario general, escogió habitar en dos piezas de las mas incómodas, una un poco mas grande para el estío y otra chica para el invierno, en cuya parte superior hizo poner un lienzo ordinario atado á las dos paredes opuestas para evitar algun tanto el aire, porque ni aun en lo mas crudo del invierno se acercaba jamas al fuego. En estas piezas no había mas que unas cuantas sillas de paja, algunas imágenes de santos, una mesita con un tintero de hueso y un armarito con libros, un pequeño altar para decir misa cuando por enfermedad no pudiese ir á la capilla episcopal, y un cuadro con la imagen de la Santísima Virgen del buen Consejo. Además, había allí una pobre cama compuesta de bancos de madera, un jergon de paja y un cobertor muy ordinario y usado; y como á su llegada á Santa Agueda se halló con una buena cama con colchon, mandó inmediatamente al hermano lego que había enviado para preparar lo necesario, que al momento se procurase la paja, y no habiéndola encontrado por entonces, ni aun por aquella primera noche quiso dormir en ella, sino que se acostó en las mesas ó á raíz del suelo. Tampoco es-

taba mejor amueblado el palacio episcopal de Arienzo á donde fué á vivir por algunos años despues de su enfermedad; pues allí tambien no habia mas que unas cuantas sillas de paja, algunas estampas de santos, y otras muy pocas cosas puramente necesarias; de manera, que en llegando algun huésped, tenia que pedir prestado, cama, lencería y vajilla de plata, así como otras muchas cosas, y frecuentemente hasta dinero. tan grande era la escasez y pobreza en que vivia.

Su mesa tambien era frugal y muy parca, no se servian mas que tres platos, queso y fruta, aunque siempre lo acompañaban su vicario general, su secretario, y á veces alguna otra persona que debia recibir por pura hospitalidad. Nunca queria que se pasiesen pollos, peces delicados, ni cosas esquisitas y de mucho costo, sino alimentos despreciables y comunes. Por lo que habiéndole llevado á vender una vez un pescador un pedazo de esturion, rehusó comprarlo diciéndole: *En mi casa no se come esturion sino juiles.*

Habiendo ido á visitarlo en otra ocasion un personaje de alto rango, llamó al cocinero y le mandó que preparase algunos platos, pero frugales y ordinarios. Esto pareció poco decente no solo al mismo cocinero, sino tambien al secretario, por lo que éste hizo hacer algunas otras cosas ademas de las que habia prevenido Alfonso, quien por hallarse entonces en cama,

no echó de ver lo que se comia en la mesa; pero cuando se fué el personaje y supo lo que habia pasado, llamó al secretario y haciéndolo sentar junto á su cama, lo reprendió suavemente, inculpándolo de que lo que se habia comido de mas en la mesa lo habia robado á sus pobrecitos, y concluyó diciéndole: *La mesa de los obispos no es la mesa de los reyes.*

Por otra parte, Alfonso nunca comia de todo lo que se servia en la mesa, sino que se contentaba con un potaje de yerbas guisado con lo gordo de la carne de puerco, ó con manteca y al principio con un poco de carne cocida; pero habiendo dejado despues la carne enteramente, no comia mas que algun pecesillo y alguna fruta, y solo dos veces á la semana tomaba un pequenísimos pedazo de queso: en los primeros años cenaba un poco, mas despues dejó de cenar enteramente. El cocinero que tenia, no era nada diestro en su oficio, y lo poco que hacia era ó mal cocido ó demasiado salado, ó crudo, ó quemado. Su vicario general y los demas familiares, se quejaban continuamente de esto; pero él, contento con todo, no decia palabra, ni mostraba el mas leve disgusto ó resentimiento por ello, y nunca se le pudo persuadir á que lo despidiese de su servicio; antes para mas mortificar su propio paladar, mezclaba, segun su costumbre, todo lo que comia, con agenjo ó con otras yerbas

amarguísimas, de que siempre procuraba que hiciese una gran provision su lego Francisco Antonio Romito; de manera, que lo que quedaba, no se podia distribuir ni á los pobres en atencion á que lo rehusaban, porque no se podia comer por el demasiado amargo que tenian. Ademas de que su comida y cena comenzaban con la bendicion y concluian con la accion de gracias, eran siempre acompañadas con la leccion espiritual, particularmente de vidas de santos obispos, que hacia el hermano lego, aun cuando hubiese en la mesa personas de respeto. Despues de una y otra se entretenia con el vicario general, ó con otras personas de su séquito, hablando de los negocios de la diócesis y de las providencias que deberian tomarse para el buen orden de ella.

Toda la familia que Alfonso tenia era tan corta y escasa como ninguna otra, pues consistia en el vicario general, en un sacerdote que al mismo tiempo le servia de secretario, capellan y ecónomo, en el mencionado hermano lego de su congregacion, y en un solo criado que era el mismo que desempeñaba la cocina. Por la mañana y por la noche hacia con estos dos últimos media hora de oracion mental, y ademas todas las noches reunia á todos en la capilla, hasta los huéspedes ó cualesquiera otras personas que hubiese, para rezar el Santo Rosario y demas actos de

las virtudes cristianas, y hacer el exámen de conciencia. Al hermano lego y al criado les exigia la frecuencia de los santos sacramentos: corregia sus defectos mas bien con amor de padre ó de hermano que con el imperio de un amo, y cuando les mandaba algo usaba de estas espresiones: *Haced esto en amor de Dios; llevadlo en amor de Dios*, ú otras semejantes. A cada uno pagaba con exactitud su salario y no los dejaba carecer de lo que necesitaban, mucho mas si caian enfermos: por esto la familia del obispo parecia una pequeña comunidad religiosa, pues se componia de personas todas de excelentes y ejemplares costumbres, como justamente queria Alfonso que fuesen, y como realmente deben ser, sobre todo, los familiares de un obispo.

De lo dicho hasta aquí se ve claramente á qué grado llegaba la pobreza de Alfonso, á pesar de ser obispo, privándose hasta de las cosas que podia usar, segun los cánones de la Iglesia; pero siempre estaba temiendo defraudar á los pobres, si no se sujetaba á lo puramente necesario, y por otra parte dar algun motivo de escándalo, si hubiese dejado traslucir la mas pequeña sombra de lujo y de fausto. No hacia caso del dinero, ni aun lo veia, sino que lo dejaba en poder de su ecónomo, para que lo distribuyese de la manera que él le indicaba, pidiéndole de cuando en

cuando alguna cantidad para darla por sí mismo en secreto á alguna persona ó familia pobre vergonzante.

Ya hemos visto como cuando estaba en su congregacion reservaba todos los sobrescritos para escribir las obras que queria hacer imprimir, para escribir á algunos de sus amigos de mayor confianza, ó para otros usos semejantes; pues lo mismo hizo justamente ya de obispo, disponiendo que su secretario guardase con el propio objeto todos los sobrescritos, los medios pliegos de papel blanco y los pedacitos que quedaban sin escribir en las cartas que le dirigian. Si alguna vez veia que el referido secretario se descuidaba algo en esto, lo corregia con afabilidad, y si alguno le decia que aquello era una cosa vergonzosa para un obispo, respondia inmediatamente: *¿vergüenza? ¿vergüenza? la santa pobreza es el distintivo de un obispo.* Llevado de este mismo espíritu de pobreza, no quiso aceptar en manera alguna el regalo que le hacia un religioso, de una imagencita bastante bella de un *Ecce Homo*, porque tenia un marco de plata, á pesar de que le habia manifestado mucha devocion.

Si el espíritu de suma pobreza no se disminuyó nada en Alfonso, tampoco se acortó el de la cruda maceracion de su cuerpo; porque ademas de amargar de intento su escaso alimento, y ademas del breve descanso que tomaba en una durísima y pobre cama,

continuó llevando en su cuerpo los mismos hórridos instrumentos de penitencia, y disciplinándose cruelmente aun mas veces al dia. El procuraba muy bien ocultarlo todo; pero sus familiares lo echaban de ver, ó por su ropa blanca manchada de sangre, ó por las gotas con que aparecian salpicadas las paredes de su cuarto, y mucho mas por el estruendo que oian de sus disciplinas, á pesar de que hacia cerrar antes todas las puertas de las piezas contiguas. Su secretario lo oyó azotarse tan cruelmente una noche entre otras de un viérnes de Marzo, que dificilmente se contuvo de forzar la puerta del aposento para entrar á quitarle la disciplina de la mano, temiendo verlo morir bajo sus golpes; y un religioso dominico que era uno de sus examinadores sinodales, suplicándole una noche que se quedase en el palacio episcopal, porque se habia acabado el exámen bastante tarde, respondió, que aun cuando fuese media noche, se habria vuelto al convento, porque horrorizaba solo oír el cruel castigo que Alfonso daba por la noche á su cuerpo.

A todo esto se añadia una oracion casi continua, á la que si por despachar los negocios de su diócesis no podia atender como deseaba, de dia, se entregaba seguramente por la noche, pasando una gran parte de ella meditando las cosas celestiales, ó rezando sus devotas y acostumbradas oraciones. Cuando iba á

orar á la iglesia, ademas de que no queria ninguna distincion, aunque débil y enfermo, estaba allí con tanta compostura, recogimiento, silencio y fervor, que parecia una verdadera estatua, y solo verlo escitaba en todos una gran devocion y ternura. Aunque obispo, llevaba una vida continuamente ocupada, porque todo el tiempo que le quedaba libre de sus atenciones pastorales y de todos sus ejercicios de piedad, se ocupaba en leer, ó en escribir, ó dictar y componer obras para el bien de las almas. De esta aplicacion jamas interrumpida le provino aquel dolor de cabeza continuo que padecia, y con el que sin embargo continuó trabajando. Fué una vez á visitarlo el canónigo primicerio de su iglesia catedral, y hallándolo un poco enfermo, le dijo, que siquiera disminuyese algo su aplicacion al trabajo; pero Alfonso le respondió, que si hubiera tenido que esperar á estar bueno y sano, sobre todo, del dolor de cabeza, para ocuparse, nunca se habria ocupado, y añadió: *Yo siempre he trabajado con el dolor de cabeza.*

Se hallaba Alfonso en Airola haciendo su visita pastoral, cuando su hermano D. Hércules con su esposa Doña Mariana y dos niños suyos fueron á visitarlo. Los recibió á todos con demostraciones de afecto, los hizo alojar en las piezas mas retiradas de las que él ocupaba en aquel palacio ducal, y en los tres

ó cuatro dias que permanecieron allí, no los recibió sino una hora antes de la comida, y otra hora antes de la cena, pasando este tiempo con ellos en conversaciones espirituales y dándoles prudentes consejos. Cuando tenia que salir en coche, se hacia leer algun libro de Historia sagrada ó de materias espirituales, por su secretario ó por la persona que fuese con él: á tal extremo llegaba el cuidado que ponía Alfonso en huir de todos modos de la ociosidad, y en cumplir exactamente el voto que habia hecho. Con este método de vida irreprochable, acompañado del esplendor de todas las demas virtudes, se hizo Alfonso un resplandeciente ejemplo de perfeccion á su grey; y aun temiendo no ser lo que debia, ó bien de cometer algun yerro sin advertirlo, dió el encargo de censor á un respetable sacerdote, tanto sobre toda la familia, como sobre él mismo, mandándole espresamente que le advirtiese y reprendiese hasta sus mas pequeñas faltas.

CAPITULO IV.

Exactitud de San Alfonso en el cumplimiento de los deberes del ministerio pastoral.

Así como con una vida tan irreprochable se había hecho Alfonso un perfecto modelo de todas las virtudes para toda su grey, también se hizo un celoso pastor en el exacto cumplimiento de todos los deberes anexos á su sacro ministerio y en procurar por todos los medios imaginables el bien espiritual y la salud de las almas que se le habían confiado. No hay duda en que una de las principales obligaciones del sagrado pastor es el de permanecer con sus ovejas para poderlas socorrer en todas sus necesidades, y precaverlas cuidadosamente del lobo hambriento que intentase entrar sin ser sentido en el redil para maltratarlas y devorarlas. Fué tan rígido observador de este deber pastoral, que no solo quiso ir inmediatamente después de su consagración á reunirse con su rebaño sin curarse de la incomodidad de la estación y del peligro de su salud, sino lo que es aun mas admirable, en los trece años que fué obispo de Santa Agueda, nunca usó de los meses de desahogo concedidos á los obispos por el sagrado Concilio de Trento, y solo tres

veces se separó por motivos muy urgentes y por poco tiempo. La primera vez fué cuando el año de 1763 asistió al capítulo general de su congregación, tanto porque era el rector mayor de ella, como para arreglar y disponer muchas cosas necesarias al buen orden y provecho de la misma. La segunda fué cuando por espreso mandato de los médicos y de sus directores fué á la casa de San Miguel de los Paganos á procurar restablecerse de una grave enfermedad que había padecido, respirando un aire mas saludable. Por último, la tercera fué cuando el año de 1767 tuvo que ir á Nápoles á concluir una causa muy interesante y justa de su congregación, y solo permaneció cerca de un mes. Durante este tiempo, tampoco estuvo ocioso, porque á solicitud del cardenal Sersale, arzobispo de esta ciudad, dió los ejercicios espirituales á todo el clero en la iglesia de Santa Restituta, con muchísimo concurso y con gran provecho de las almas. Además, predicó en otras muchas partes y monasterios de religiosas, en uno de los cuales, con su prudencia, unida á sus suaves maneras, logró tranquilizar y apagar muchos sinsabores y disturbios que hacia mucho tiempo tenían inquieta aquella comunidad; de manera, que todos lo miraron como un verdadero ángel de paz.

Haciendo Alfonso la sagrada visita, cayó grave-

mente enfermo en Arienzo: un poco restablecido después de algunos días, pensaba en volver á Santa Agueda, cuando su vicario general y otras personas le dijeron que era imposible, respecto á que la parte del palacio episcopal que miraba al jardín estaba amenazando ruina. Esta noticia lo afligió no poco, porque le impedía volver pronto á su residencia, y dió sus disposiciones á fin de que se gastase lo necesario á la breve conclusion de la obra: pero cuando ya estaba para partir, tanto los médicos como otros muchos le hicieron entender que recaería si volvía á aquel aire húmedo, y por consiguiente favorable al asma y al mal de pecho que padecía, y aun se lo hicieron cargo de conciencia, diciéndole que esponía á un peligro cierto su salud. A estas razones suspendió Alfonso su vuelta; pero no se tranquilizó y quiso saber el parecer y consejo de otras personas sabias, particularmente de Monseñor Puoti, arzobispo de Amalfi, y hasta que éste le aseguró que sin gravar en lo mas leve su conciencia podía permanecer en Arienzo, una vez que era un lugar de su diócesis, no dejó todo escrúpulo ni abandonó la idea de volverse á Santa Agueda.

No basta que el pastor permanezca con sus ovejas; es necesario aún que las nutra con la palabra de Dios: ni tampoco son bastantes los sermones públicos, se

necesitan también las instrucciones y las exhortaciones privadas, una vez que la voz del pastor es el pan ordinario de los fieles y su principal alimento. Ella es la que, mediante la divina gracia, hace nacer la fé en las almas, la que la hace crecer, la mantiene y fortifica, y este es el medio de que Dios se sirve por el ministerio de los pastores para salvar á todos los que creen en él. Ahora bien, si Alfonso llevado de su ardiente caridad antes de ser obispo, ya habia empleado toda su vida en predicar, instruir y catequizar á toda clase de gentes, con mucho mayor anhelo lo hizo al verse obligado á ello por su sagrado ministerio. Ya hemos dicho como en los primeros dias de su obispado santificó la ciudad de Santa Agueda con su predicacion y sus instrucciones, y lo mismo continuó en todo el discurso de él, porque predicaba en su iglesia catedral todos los domingos y en otras festividades del año. Todos los sábados hacía las últimas horas del día hablaba en la misma iglesia de las glorias de María, y continuó el mismo método en Arienzo cuando fijó allí su residencia: ademas de esto, predicaba cuando se ofrecia alguna novena, ó misiones, en las que desempeñaba el gran sermón de la noche: predicaba en las conferencias de casos morales en el Seminario y en las congregaciones que habia establecido, de manera que se podía decir muy bien que jamas

cesaba ni se cansaba de distribuir el pan de la divina palabra á toda su grey. Tambien cuando se lo permitian sus ocupaciones, no dejaba de bajar á la catedral para enseñar por sí mismo á las personas idiotas, y particularmente á los niños y niñas, no solo los misterios de la fé y los primeros elementos de la doctrina cristiana, sino los deberes de un cristiano, animándolos aun con pequeños premios que les distribuia, haciéndolos ir algunas veces á su aposento para instruirlos aun en otros dias ademas de los festivos. Aunque hacia oir su voz con tanta frecuencia, sin embargo, el pueblo siempre se agolpaba á oirlo, lo escuchaba con mucha devocion, ponía en práctica sus avisos y repetía sin cesar los bellos sentimientos que le habia aprendido.

Si Alfonso se portaba así en público, en sus conversaciones privadas no procuraba menos el bien espiritual de su rebaño: aunque obispo, jamas recibía á nadie que fuese á verlo por puro cumplimento ó por obsequiarlo, ó bien los despedía muy presto, diciendo que no tenia tiempo que perder; pero al contrario, siempre estaba pronto en su palacio, aunque jamas en la iglesia, para acoger con amor y escuchar con paciencia á las personas de toda clase, sexo y condicion, no solo prelados, caballeros, señoras y religiosos, sino hasta los plebeyos y los pobres, que acudían

en gran número á esponerle sus necesidades, sus trabajos y sus angustias, y á pedirle sus sabios consejos y los remedios oportunos, despidiéndolos á todos ilustrados, consolados y edificados de su caridad y del celo en que ardía por las almas. Si alguna vez percibía ó sabía que alguna de sus ovejas se apartaba del recto sendero, la llamaba, le hacía conocer su error y con suaves maneras y paternales exhortaciones procuraba volverla al redil, como se dirá mas claramente en otra parte.

Pero como el pastor no puede estar siempre presente en todas partes, ni ver de cerca todas sus ovejas, es necesario que de cuando en cuando vaya á verlas, reconocerlas y prestarles todos los socorros que necesiten. Por esto jamas dejaba Alfonso de visitar cada año la mitad de su diócesis, de manera que en dos años la visitaba toda enteramente, sin que le detuviese ninguna molestia que tuviese que sufrir por su edad, por el mal estado de su salud, por el rigor de la estacion, por el mal estado de los caminos, ó por la situacion de los lugares. Antes de comenzar la sagrada visita acostumbraba hacer con el pueblo una novena á la Santísima Virgen, implorando su patrocinio para que fuese útil y provechosa á su grey: disponía que su canciller hiciese un índice de los decretos de las visitas hechas por los cuatro obispos sus

antecesores, y disminuía los derechos que se acostumbraba pagar al obispo cuando hacia la visita. Como al principio de su obispado tenía coche, viajaba en él hasta donde podía llegar, y allí montaba en un asno ó en alguna mula de carga; pero cuando ya no lo tuvo, no quiso volverlo á usar aunque se lo ofrecieron muchas veces, y continuó viajando en alguna de las citadas bestias: estos viajes los hacia en medio del estío, para evitar el frío que tanto perjudicaba al asma que padecía; pero al mismo tiempo no hacia caso alguno de las intemperies y mutaciones de aire, ni jamás usaba sombrilla para resguardarse algún tanto de los ardientes rayos del sol, y por el camino iba rezando con todos sus familiares algunas devotas oraciones, ó bien meditando en las cosas celestiales.

Llegado que era al lugar de su destino con el vicario general, el secretario, el canciller, el hermano lego y el criado, que componían toda su comitiva, les cedía, particularmente al vicario, lo mejor de la habitación y tomaba para sí lo más incómodo, y haciendo quitar la cama que le habían preparado, mandaba que le llenasen de paja un gran saco que llevaba siempre consigo. Quería que la mesa en estas ocasiones fuese aun para sus familiares lo mismo que la que usaba en Santa Agueda, es decir, parca y frugal, y de las carnes más despreciables y comunes del país.

El por su parte, no disminuía en lo más mínimo la estrecha abstinencia y mortificación que hemos mencionado arriba. Hallándose de visita en el territorio de Durazzano, habitando en el convento de los padres dominicos, éstos, por consideración tanto á él como á sus familiares, procuraron disponer una mesa algo distinta de la que él acostumbraba: disgustándole esto mucho, dijo inmediatamente al padre prior, que disminuyese todo aquel aparato y no dispusiese ningunos platos sobresalientes. Aunque llevaba consigo una comitiva tan corta y era tan frugal en la mesa, todavía tenía que gastar de su bolsillo en el viaje y los alimentos, porque los cortos derechos que exigía no eran suficientes ni aun para las abundantes limosnas que distribuía por todas partes.

Tampoco quería aceptar ningún regalo de sus diocesanos, y mucho menos en tiempo de la visita, aunque fuesen cortos y de solo comestibles. El príncipe de la Riccia, por la gran estimación que profesaba á Alfonso, había dado orden para que cuando fuese á la visita á Airola, no solo lo recibiesen en su palacio sino que se le diese la mesa y cuanto pudiese necesitar, sin escasez alguna; pero él no quiso aceptar más que la habitación en el palacio, y rehusó hasta el carbón para la cocina, comprando de su cuenta todo cuanto necesitaba. Al mismo tiempo un sacerdote

muy afecto á Alfonso, le mandó algunos lacticinios de regalo y se negó absolutamente á recibirlos. El sacerdote se quejó de esto con Alfonso, y éste, con mucha amabilidad le respondió que jamas recibia regalos, y que esto ademas estaba prohibido espresamente á los obispos cuando se hallan en la sagrada visita. A esta respuesta mostrándose aquel un poco picado, le dijo: Pero Monseñor mio, aquello no era un regalo sino una cosa que no valia nada; y Alfonso le replicó luego luego: Leed los Cánones y vereis lo que dicen. Cuando durante la visita permanecia en el convento de alguna comunidad religiosa, siempre dejaba al partir algun regalo de cera ó libros para recompensar la incomodidad que habia causado.

En estas visitas predicaba por muchos dias al pueblo, por lo regular en forma de mision, y por la noche visitaba á Jesus Sacramentado, y nunca dejaba de instruir en la doctrina cristiana á los niños y personas ignorantes. Ademas, se estaba por las mañanas en la iglesia en el confesonario para oir las confesiones de todos los que se llegasen á hacerlas, y sobre todo, procuraba informarse exactamente de la conducta de los párrocos, de la de los sacerdotes, de los clérigos y de la de todos los demas, para lo cual tenia personas próbias que hiciesen estas indagaciones, á fin de tomar las providencias necesarias y oportu-

nas. Si descubria enemistades, procuraba extinguirlas; si abusos, corregirlos; si escándalos, cortarlos; si vicios, extirparlos; y era muy difícil que con sus suaves maneras, con sus paternales amonestaciones y con sus palabras persuasivas, no lograra sus deseos y tuviera necesidad de recurrir al rigor que por otra parte nunca usaba, sino mezclado con la dulzura.

En cuanto á los sagrados templos, examinaba cuidadosamente su fábrica para ver si necesitaban alguna reparacion, despues observaba los altares, los vasos y demas muebles sagrados para reconocer si aun estaban decentes y si se conservaban con el debido aseo, y tambien revisaba las partidas de las misas para saber si se habian cumplido todas las obligaciones: en fin, nada omitia de todo lo concerniente al servicio divino, para remover los obstáculos, y hacer que todo anduviese conforme al orden y disciplina de la iglesia. En estas visitas no se limitaba á solo las iglesias parroquiales, sino que despreciando toda clase de incomodidades, queria ver con sus propios ojos las capillas diseminadas por los campos y situadas quizá en lugares escabrosos; de manera que no hubo lugar por pequeño, remoto, ó extraviado que se hallase á donde él no fuese.

Al tiempo de la sagrada visita conferia el Sacramento de la Confirmacion á los niños, procurando

instruirlos antes, ó haciendo que viniesen instruidos para poder recibir este Sacramento de la manera que conviene. Para esto avisaba oportunamente á los párrocos por medio de un edicto; exigia un testimonio auténtico de la idoneidad del que habia de ser confirmado, y antes de esto les hacia un fervoroso discurso escitándolos á actos de fé, esperanza y caridad y á dolor de los pecados. Quería que todos estuviesen presentes á la primera imposición de manos, y si habia alguno que no llegase á tiempo lo confirmaba despues en su capilla particular. Si llegaba á saber que algun niño cualquiera que no estuviese confirmado se hallaba enfermo, acudia inmediatamente á conferirle este Sacramento, sin que lo detuviese la lejanía del lugar, el mal estado de las calles ó caminos, ni la intemperie del aire, como sucedió no pocas veces. No era menos solícito con respecto al Sacramento del Bautismo, pues quería que las matronas fuesen examinadas por sus curas párrocos, para ver si en caso de necesidad sabian administrarlo á los niños, ó si por su ignorancia pudiera quedar alguno privado de él, y hacia que se le informase de su capacidad en esta parte.

Ademas, tenia Alfonso un cuidado especial con todos los enfermos de su diócesis, visitándolos personalmente y dándoles toda clase de auxilios espiritua-

les y aun corporales cuando eran pobres. Durante su residencia en Arienzo, mandó al sacristan mayor de aquella iglesia colegiata, que le avisase de los enfermos que habian recibido el Viático por la mañana, para ir á visitarlos, como en efecto iba, cuando se lo permitia la grave indisposicion de su salud. Lo mismo acostumbraba en todos los lugares en que se hallaba de visita, así como en Santa Agueda mientras permaneció allí.

Siempre que se trató de los derechos y privilegios de la Iglesia, y mucho mas de la inmunidad eclesiástica, no se mostró menos vigilante y solícito en conservarlos y defenderlos. En cierta ocasion se le avisó que unos esbirros habian estraido de la iglesia un reo por medio de la fuerza: inmediatamente mandó una persona de sus familiares, que en su nombre, no dijese, sino mandase al juez secular que al instante soltase al reo, pues de lo contrario lo escomulgaria. Entre tanto se quedó dictando la fórmula de la excomunión, y no cesaba de repetir: *Se trata de inmunidad eclesiástica; conviene defenderla aunque sea con peligro de perder la mitra;* y no se tranquilizó hasta que se le presentó el delincuente libre de la cárcel.

Alfonso habria querido hacer por sí mismo todo lo perteneciente á su ministerio pastoral; pero como esto no era posible, y temiendo ser engañado, quería que

se le informase minuciosamente de todo. Por esto, aun cuando al vicario general era á quien pertenecia despachar los negocios de la curia episcopal, no podia hacerlo sin consultar antes con él; y cuando se trataba de algun negocio de consideracion, nada se decretaba sin que antes el mencionado vicario le hubiera espuesto muy detalladamente todo el estado de la causa, y no hubiesen examinado ambos con el mayor cuidado los méritos y las razones del asunto que se versaba; de manera que jamas se vieron apelaciones de su curia episcopal á la del metropolitano de Benevento; ademas de que por una parte vigilaba los ministros de su curia para que administrasen la justicia sin consideracion á ningun respeto humano, procuraba tambien por otra que no exigiesen mas de lo que debian y que no demorasen las causas, para evitar mayores y mas gravosos gastos á los litigantes. Habiendo sabido una vez que algunos de sus diocesanos se quejaban del vicario general porque no habia despachado ciertos negocios interesantes, mandó á su secretario le manifestase de su parte que si en lo sucesivo se portaba con la misma negligencia, lo despediria inmediatamente de su servicio.

Pero como nadie puede por sí solo cosa alguna, ni el que planta, ni el que riega, sino que todo viene de Dios que es el único que da el incremento, el buen

pastor debe gemir constantemente y llorar entre el vestíbulo y el altar y con fervorosas oraciones implorar del Dispensador de los bienes las celestiales bendiciones y todos los auxilios necesarios á la salud de su grey. Luego que despertaba Alfonso se ofrecia á Dios como víctima por sus pecados y por los de todo su rebaño: despues, ademas de las oraciones públicas y de las continuas maceraciones de su carne, hechas tambien para aplacar la ira divina justamente irritada contra los pecadores, jamas cesaba de pedir en secreto á su Dios y con la mas viva instancia, se dignase bendecir todos sus cuidados y fatigas pastorales, mover los corazones mas duros de las ovejas que le estaban encomendadas, confirmarlas á todas en la fé y encenderlas en una verdadera y perfecta caridad, para que pudiese decir un dia: *De aquellos que vos, oh Dios mio, quisisteis confiar á mi cuidado, no ha perecido ninguno.*

Mucho mas solícito se mostró en ofrecer el santo sacrificio del altar por las necesidades espirituales y temporales de su citada grey. Fué tan escrupuloso en esto, que atacado del reumatismo general, de que se hablará á su tiempo, que le impidió celebrar la santa misa por muchos meses, le ocurrió duda sobre si habria faltado á la obligacion que tiene el pastor de decir la misa en los dias festivos por el pueblo,

según los sagrados cánones y las constituciones del Sumo Pontífice Benedicto XIV: con esto hizo escribir á varios teólogos de nota en Nápoles, y éstos le aseguraron que siendo aquella una obra personal y no habiendo podido ejecutarla por sí, podía tener tranquila su conciencia en este punto. Pero Alfonso no se tranquilizó por eso y para desterrar todo escrúpulo, dió cierta cantidad de dinero á un padre de su congregación para que hiciese aplicar por el pueblo las misas que él no había celebrado por su enfermedad, y continuó haciendo lo mismo siempre que no podía celebrar.

Ya hemos hablado de la compostura, recogimiento y fervor, así como de la exactitud con que observaba todas las sagradas ceremonias con que Alfonso ofrecía el divino sacrificio, por lo que muchos procuraban oír su misa para concebir mayor veneración hacia los divinos misterios, y sentirse escitar á tiernos afectos de devoción y gratitud hacia un Dios sacrificado por nosotros. Lo mismo sucedía puntualmente cuando hacía todas las sagradas funciones pertenecientes á su carácter y ministerio: para hacer que tuviesen el éxito conveniente, lo disponía todo con anticipación, concertando el canto Gregoriano con el maestro de capilla de Santa Agueda, y después lo ejecutaba con tal majestad y decoro, que en las funciones, particular-

mente en las de la Semana Santa, que jamás dejaba de hacer, aunque viejo y lleno de achaques, así como al cantar el Prefacio en las misas solemnes, además del recogimiento que excitaba en todos, movía no solo al pueblo, sino aun á los canónigos á devoción y lágrimas de ternura. Tampoco dejaba de exhortar é inculcar á todos los eclesiásticos que asistiesen á estas sagradas funciones con la debida compostura y con la exacta observancia de todos los ritos, en atención á que aprovechaban no poco para nutrir el espíritu de piedad y de religión.

Agréguese á todo esto, que Alfonso jamás emprendía ningún negocio aunque fuese de poca importancia, en particular si era relativo al gobierno de su diócesis, sin encomendarse antes de todo corazón á Dios, implorando las luces necesarias para el acierto. Por esto, si algún clérigo ó cualquiera otra persona lo solicitaba para que lo promoviese á los sagrados órdenes ó para cualquiera otro negocio, acostumbraba responder: *Me voy á encomendar á Dios, y si Dios me lo inspira, lo haré con muchísimo gusto.* Al mismo tiempo ponía de su parte todos los medios humanos necesarios para no errar. Recomendaba eficazmente á sus vicarios foráneos que vigilasen sobre la conducta del pueblo y particularmente sobre la del clero, y que al punto le diesen aviso de cualquier desorden, por

pequeño que fuese, para poner un pronto remedio. Si por acaso sabía de alguno de que no le hubiesen avisado sus vicarios, los llamaba y reprendía por su indolencia y descuido. Era tan grande su precaución y su circunspección para obrar, que desconfiando de sus luces, tomaba consejo de las personas mas doctas é instruidas de su diócesis, ó por medio de cartas, de otros personajes respetables y aun de algunos obispos, particularmente de Monseñor Borgia, obispo de Aversa, y de Monseñor Albertini, obispo de Caserta.

CAPITULO V.

Desvelos de San Alfonso por el buen ejemplo, doctrina y bondad de su clero.

Tambien es necesario para el bien y para la buena dirección de la grey cristiana, que el pastor se haga para todos ejemplo de perfección, y que no omita fatiga ni vigilancia para dar el debido lleno á todos los deberes de su pastoral ministerio. Pero á decir verdad, nada, ó muy poco obtendrá cuando las personas dedicadas al servicio de los altares no cooperen á las rectas intenciones y á los afanes de su pastor: porque

como el resto de la grey tiene aquellas personas siempre á la vista, y constantemente está observando y espiando sus pasos, de ellos justamente mas que de otros es de los que aprende y deduce las reglas de su conducta. Convencido de esto Alfonso, desde los primeros momentos de su ministerio pastoral dirigió todos sus cuidados á procurar que el clero se hiciese un modelo de buenas obras en todo, en la doctrina, en la integridad de las costumbres, y en la gravedad de la conducta, para con mayor facilidad poder despues corregir y reformar las costumbres del pueblo.

Teniendo presente lo que prescribe el Sagrado Concilio de Trento con respecto al buen ejemplo de los eclesiásticos, tanto en el vestir como en el conversar, mandó que todos anduviesen siempre con el traje negro y aun talar en ciertos tiempos, que jamas se dejasen crecer el cabello, y que los clérigos anduviesen siempre con el pelo muy corto. Acostumbraba el clero, especialmente el de Santa Agueda, llevar oro en los vestidos y manguillos con encajes, y como este uso estaba bastante inveterado, á todos parecia imposible quitarlo; pero Alfonso con su acostumbrada prudencia, y solo por medio de patéticas amonestaciones lo consiguió felizmente sin ningun estrépito ni rigor. Les prohibió igualmente los juegos, la caza, y otras cosas ya vedadas por los sagrados cáno-

pequeño que fuese, para poner un pronto remedio. Si por acaso sabía de alguno de que no le hubiesen avisado sus vicarios, los llamaba y reprendía por su indolencia y descuido. Era tan grande su precaución y su circunspección para obrar, que desconfiando de sus luces, tomaba consejo de las personas mas doctas ó instruidas de su diócesis, ó por medio de cartas, de otros personajes respetables y aun de algunos obispos, particularmente de Monseñor Borgia, obispo de Aversa, y de Monseñor Albertini, obispo de Caserta.

CAPITULO V.

Desvelos de San Alfonso por el buen ejemplo, doctrina y bondad de su clero.

Tambien es necesario para el bien y para la buena dirección de la grey cristiana, que el pastor se haga para todos ejemplo de perfección, y que no omita fatiga ni vigilancia para dar el debido lleno á todos los deberes de su pastoral ministerio. Pero á decir verdad, nada, ó muy poco obtendrá cuando las personas dedicadas al servicio de los altares no cooperen á las rectas intenciones y á los afanes de su pastor: porque

como el resto de la grey tiene aquellas personas siempre á la vista, y constantemente está observando y espiando sus pasos, de ellos justamente mas que de otros es de los que aprende y deduce las reglas de su conducta. Convencido de esto Alfonso, desde los primeros momentos de su ministerio pastoral dirigió todos sus cuidados á procurar que el clero se hiciese un modelo de buenas obras en todo, en la doctrina, en la integridad de las costumbres, y en la gravedad de la conducta, para con mayor facilidad poder despues corregir y reformar las costumbres del pueblo.

Teniendo presente lo que prescribe el Sagrado Concilio de Trento con respecto al buen ejemplo de los eclesiásticos, tanto en el vestir como en el conversar, mandó que todos anduviesen siempre con el traje negro y aun talar en ciertos tiempos, que jamas se dejasen crecer el cabello, y que los clérigos anduviesen siempre con el pelo muy corto. Acostumbraba el clero, especialmente el de Santa Agueda, llevar oro en los vestidos y manguillos con encajes, y como este uso estaba bastante inveterado, á todos parecia imposible quitarlo; pero Alfonso con su acostumbrada prudencia, y solo por medio de patéticas amonestaciones lo consiguió felizmente sin ningun estrépito ni rigor. Les prohibió igualmente los juegos, la caza, y otras cosas ya vedadas por los sagrados cáno-

nes, y sobre todo, la familiaridad de cualquiera especie y libre conversacion con las personas seculares, máxime con las de diverso sexo, ni quiso que las personas religiosas, ó los eclesiásticos seculares fuesen padrinos en los Sacramentos del Bautismo y de la Confirmacion.

Para mas y mas reformar su clero y restablecer completamente la disciplina eclesiástica, renovó con sábios, razonados y preceptivos edictos, todas las leyes que sobre esto emanaban de los Concilios generales, de sínodos diocesanos ó de sus predecesores, añadiendo otras suyas segun la oportunidad y las necesidades. Ademas de esto, en los ejercicios espirituales que de cuando en cuando daba al clero, ó en las instrucciones y discursos que les hacia con frecuencia, ó de cualquiera otro modo, ponía el mayor cuidado en recomendar á los eclesiásticos, mas que todo, el buen ejemplo y la práctica de todas las virtudes tan necesaria á su alto carácter. Y como no se hacen reos de falta leve, ni dan pequeño escándalo al pueblo los sacerdotes que celebran los divinos misterios sin la debida atencion y observancia de los ritos prescritos por la Iglesia, los examinaba por sí mismo, ó los hacia examinar por su vicario general, para ver si sabian todas las rúbricas de la misa y si las observaban exactamente. Cuando veía ó sabia en alguno cualquiera

ignorancia ó un verdadero desprecio de ellas, inmediatamente lo suspendía de celebrar, y no volvía á permitirle hasta que lo veía bastante instruido ó enmendado. Había comisionado algunos excelentes sacerdotes para que girando secretamente por las iglesias de la diócesis, observasen cómo se celebraban las misas, con qué preparacion y con qué acciones de gracias, y si se empleaba en ello el tiempo necesario, á fin de remediar inmediatamente cualquiera falta que se notase en esto.

Como la escelencia de la vida debe ir acompañada de la doctrina en quien se alista en la milicia eclesiástica, para poder cumplir dignamente los deberes anexos á su ministerio, también á esto dirigió Alfonso sus desvelos para proveer á la diócesis de buenos sacerdotes y confesores y mucho mas de excelentes párrocos. Para conocer la instruccion de éstos, al principio de su obispado dispuso que examinasen en su presencia á los sacerdotes que se presentaban á exámen para obtener la facultad de confesar; y habiendo hallado algunos curas incapaces de sus deberes, los obligó con suaves maneras á renunciar el curato, para de este modo eximirlos de toda vergüenza. En lo sucesivo, cuando se trataba de algun beneficio que obligase á la cura de las almas, jamás lo confería sin concurso, ni admitía á él á nadie sin haber to-

mado antes las informaciones oportunas sobre sus costumbres y demas dotes indispensables. Hecho el concurso, escogia siempre el mas digno, segun la opinion de sus examinadores, á los que siempre insinuaba, que al juzgar de la doctrina y habilidad de los concurrentes, se desprendiesen de toda consideracion y respeto humanos, añadiendo, que sobre este punto dejaba todo el peso de la responsabilidad á sus conciencias. Cuando en el juicio del concurso habia paridad de votos, en cuyo caso le pertenecia hacer la eleccion, nunca la hacia sin tomar antes consejo de personas sabias, sin pedir sus luces al Señor por medio de la oracion, ni sin haber examinado el mérito de los concurrentes á los piés del Crucifijo. Era tan exacto y tan escrupuloso en esta materia, que no quiso esceptuar del concurso al rector de su Seminario, hombre bastante docto y provecto, que se oponia á la dignidad de decano de su iglesia catedral y á la que estaba anexa la carga de penitenciario; y como los examinadores por haber sido sus discípulos, rehusando ser jueces de su propio maestro, rogaron á Alfonso que dispensase del concurso á una persona tan notable, no condescendió en lo mas mínimo á su súplica, sino que eligió otros examinadores para este caso.

No era menor su escrupulosidad para conceder á algun nuevo sacerdote la facultad de confesar: primero

lo examinaba con respecto á la doctrina y á las costumbres; lo que siempre hacia con rigor, sí, pero al mismo tiempo con mucha caridad, y despues lo instruia por muchos dias en la práctica de las confesiones. Si por acaso en el exámen descubria alguno poco ó nada capaz de sostener dignamente esta carga, sin miramiento ni consideracion alguna, fuera quien fuese, le decia en buenos términos que fuera á ponerse apto y despues volviese. Tampoco era bastante un solo exámen, porque espirado un cierto espacio de tiempo, en que les concedia la facultad de confesar, debia sujetarse cada uno á nuevo exámen para obtener la confirmacion. Ademas, nunca dejaba de vigilar sobre la conducta de los confesores, y habiendo sabido una vez, que un sacerdote á quien habia concedido la facultad de confesar, no caminaba rectamente, se la quitó al instante. No esceptuaba de este exámen ni á los sacerdotes forasteros, ni aun á los religiosos doctos, que iban á residir á los conventos propios de su diócesis, y jamas daba á nadie, fuera quien fuese, la facultad de oír las confesiones sacramentales, si antes no era examinado. ¡Tal era su celo y su cuidado en este punto!

En cuanto á los canonicatos ó beneficios simples, si la colacion tocaba á Alfonso, no la conferia sino á los que despues de un largo y escrupuloso exámen ha-

bía juzgado mas merecedores por su piedad, por su doctrina y por los servicios prestados á la Iglesia; si aquella tocaba al Papa, no recomendaba sino al que reputaba mas digno. En este particular no daba oído en manera alguna á las recomendaciones que se le hacian, aunque fuese por personas de consideracion; antes esto era mas bien lo mismo que querer perder toda esperanza de ser promovido. *No quiero empeños, decia, no quiero empeños. En las vacantes de los beneficios examinaré bien los méritos y la habilidad de los sujetos, y despues haré lo que me dicten Dios y mi conciencia.* Esto era justamente lo que hacia. En efecto, el Príncipe de la Riccia, el Duque y la Duquesa de Maddaloni, patronos de la ciudad de Santa Agueda, se empeñaron muchas veces con Alfonso para que confiriese algun beneficio á personas que le recomendaban; mas él juzgándolas incapaces, nunca condescendió con sus solicitudes, aunque les tenia muchas obligaciones; y habiendo ido á Arienzo á visitarle Monseñor Pignattelli Arzobispo de Bari, le recomendó una persona para un beneficio eclesiástico, y no dió paso á conferírsele porque la juzgaba sin la doctrina suficiente.

Como al conferir las dignidades y los canonicatos de su iglesia catedral preferia siempre las personas mas dignas, y particularmente á los curas párrocos

de cualquiera de los lugares de la diócesis, como que habian dado ya pruebas de su doctrina y de su piedad, y habian trabajado por el bien de las almas, los naturales de Santa Agueda, viendo de mal ojo que eran propuestos á los nonatos de la ciudad, hicieron un ocurso al soberano. Remitido que fué á Alfonso, manifestó éste que no habia ninguna ley de fundacion por la que los naturales de Santa Agueda debiesen ser preferidos á los demas de la diócesis, y que él se creia obligado en conciencia á conferir los susodichos beneficios á los mas dignos y que mas habian trabajado para la Iglesia, ya fuesen naturales de Santa Agueda, ó bien solo diocesanos. Esta respuesta, como enteramente racional y justa, causó una grande edificacion al mismo soberano y á toda la real corte y no se volvió hablar mas de este negocio.

Sucedió una vez que habiendo vacado una canonía en la iglesia Colegiata de Arienzo, cuya colacion pertenecia al Papa, habiendo tenido Alfonso muchas y fuertes recomendaciones por el gran número de concurrentes, tomó el partido de no poner su carta de recomendacion por ninguna, sino dejar á cada cual en libertad de obrar y ayudarse como pudiese; pero se presentó un señor doctor que de todos modos queria la carta de recomendacion para un hermano suyo que era capellan. Alfonso le manifestó los motivos

porque en conciencia no podia dársela, mucho mas cuando la habia negado á otros mas merecedores que él, y que si hubiera creído conveniente dar alguna, lo habria hecho mas bien en favor de otro de sus hermanos, que estaba estudiando en Nápoles, como mas digno.

Ni aun así cedió el caballero, antes se hacia mas y mas importuno, hasta que Alfonso lo despidió diciéndole: *Yo no tengo tiempo que perder, voy á encomendarme á Dios, porque los beneficios se deben conferir á los que mas han trabajado y pueden trabajar por el bien de la Iglesia, sin tener ningun miramiento á que sean nobles ó plebeyos.* Con esto, no habiendo carta alguna de recomendacion del obispo, la Dataría Apostólica confirió la canongía al que justamente tenia mayores méritos.

Ya hemos dicho como nunca aceptaba ningun regalo cuando se hallaba en visita, y debemos advertir que tampoco las recibia con ocasion de la colacion de algun beneficio. Habiendo obtenido despues del concurso, el rector del Seminario de que ya hicimos mencion, la segunda dignidad de la iglesia Catedral de Santa Agueda, le mandó un regalo de chocolate; pero Alfonso le hizo dar las gracias y se lo devolvió. Lo mismo hacia en las tomas de hábito y profesiones de las monjas, siendo su máxima constante no acep-

tar regalo de sus diocesanos, fuera cual fuese su cantidad y calidad, y el motivo de su envío.

No solo á esto se reducian los desvelos de Alfonso por su clero, sino que á fin de hacerlo mas y mas apto para el buen desempeño de los ministerios eclesiásticos, restableció la congregacion de casos morales, tanto en Santa Agueda como en toda su diócesis, para que se fuese una vez por semana, con la pena de suspension, á todos los individuos del clero, que sin justos y legítimos motivos dejasen de asistir. Estos casos los hacia imprimir cada año al fin del calendario diocesano, y cuando se habian de discutir en el lugar en que él residia, asistia á la congregacion y daba su parecer con la decision del caso, y cuando estaba enfermo disponia que estas conferencias y discusiones se tuviesen en la misma pieza en que estaba su cama. En estas ocasiones jamas dejaba de exhortar vivamente á los sacerdotes á llevar una vida irrepreensible y atender al estudio de la teología moral, para que edificasen á los demas con su ejemplo y pudiesen administrar bien, y con fruto, el sacramento de la penitencia. Cuando se hallaba en la visita daba sus instrucciones al clero del lugar, por tres dias consecutivos, inculcándole sobre todo, que observase una conducta de vida ejemplar é irrepreensible. Además de esto, compuso el llamado *Dominical*, es decir, los

discursos compendiados para los Domingos, propios para los párrocos al hacer al pueblo la esposición y esplicación del evangelio, así como el otro libro titulado: Selva de materias predicables é instructivas para dar los ejercicios á los sacerdotes, y aun para lecciones privadas para el provecho propio, con una plena instrucción práctica al fin de los ejercicios de las misiones.

Por otra parte, uno de los mayores cuidados de Alfonso en lo concerniente á su clero, fué el de reducir y poner en buen orden y estado su Seminario, pues sabia y conocia muy bien que este es el almacigo en que se deben cultivar y nutrir las nuevas plantas, á fin de poder hacer despues un buen trasplante en el campo místico de la Iglesia. Así, pues, compuso para él algunas nuevas reglas llenas de piedad, de prudencia y de escelentes preceptos: estableció las buenas costumbres, la frecuencia de los Santos Sacramentos, la meditacion diaria, así como la visita todas las tardes á Jesus Sacramentado y á la Santísima Virgen con el rezo del Santo Rosario. Despues puso un celoso rector, maestros instruidos y de buenas costumbres, y un prefecto general que no habia antes, para que vigilase sobre todos los aposentos. Reformó ademas los estudios de las ciencias, y desterró de allí todo autor de no sana doctrina: no quiso que los estudiantes esternos asistiesen á las clases de su Semina-

rio, temeroso de que llevasen recados de fuera, y corrompiesen las buenas costumbres de los jóvenes alumnos, que nunca admitia sin estar antes bien informado de su naciimiento y costumbres.

Aunque con estas sábias providencias podia estar seguro Alfonso de la buena educacion de sus alumnos, sin embargo, todos los Miércoles y Sábados iba al Seminario, y con sermones devotos procuraba encender en aquellos tiernos corazones los mas vivos sentimientos de piedad cristiana y de deseos de consagrarse enteramente á Dios. Asistia frecuentemente á los exámenes que se hacian de sus adelantos en los estudios, visitaba sus aulas y se informaba del comportamiento de cada uno, animándolos á distinguirse cada vez mas en la piedad y en el estudio, distribuyendo devotos regalitos á los mas dignos, sin dejar de mandar otros de cosas de comer, de cuando en cuando, para todos. Deseando que aborreciesen las canciones profanas y se aficionasen á las sagradas, él mismo les daba el tono de las que habia compuesto, para que las cantasen en las horas de recreo. Con el objeto de que los jóvenes de este Seminario se adiestrasen en la carrera apostólica de las misiones, estableció en él una academia de materias predicables, donde en ciertos dias se hacian actos prácticos, á los que ademas de Alfonso, asistian muchos canónigos, curas y sacerdotes. De

este modo los jóvenes se iban instruyendo en la predicacion, y al mismo tiempo encendiéndose en el deseo de procurar el bien espiritual de las almas, que era siempre el objeto principal de Alfonso.

Desde el principio habia abolido las vacaciones de otoño, substituyendo en su lugar algunas honestas recreaciones que se habian de tener en el mismo Seminario, temiendo, con razon, que volviendo los jóvenes á sus casas y hallándose allí como libres de todo freno y disciplina, se disipasen demasiado y se perdiese todo el fruto adquirido en un año; pero como la fábrica del Seminario, así á su juicio como al de otras personas inteligentes, necesitaba ser reparada y ampliada, se vió obligado á permitir á los alumnos que volviesen á sus casas por unos cuantos dias en el mes de Octubre. Mas al partir le dió á cada uno una carta para su cura párroco, en que les recomendaba muy eficazmente que tuviesen para con ellos toda clase de cuidados y vigilancia. Cuando se volvió á abrir el Seminario mandó que no se recibiese á los que no volviesen á su primer llamamiento, ni á los que no presentasen al rector un testimonio jurado de su cura párroco, de que mientras habian estado en su casa, habian servido á la iglesia á que habian sido destinados, frecuentando los Sacramentos, oido misa todas las mañanas, hecho media hora de oracion mental en

la iglesia, visitado al Santísimo Sacramento y aun acompañándolo cuando se llevaba á los enfermos: haber andado siempre con el traje talar, y no haber ido nunca á cazar ni aun á su propia vendimia, por la escesaiva libertad que se acostumbra en esta época. Con estas sábias providencias dió mas amplitud y comodidad al local de su Seminario, y dió lugar á que muchos jóvenes no solo de su diócesis, sino aun forasteros, concurriesen á él, viendo que habia llegado á ser una escuela de piedad y de doctrina, de donde salian buenos ministros de Dios y de la Iglesia.

En este estado de cosas, ya no promovia á nadie á los sagrados órdenes, si antes no habia dado pruebas de su vocacion y de las dotes necesarias en su Seminario. Sin embargo, viendo que habia muchos clérigos que daban excelentes esperanzas para el ministerio eclesiástico, pero que por su pobreza no podian mantenerse en el Seminario, rebajó á muchos el estipendio anual con que debian ser admitidos. Para los enteramente pobres instituyó en varios lugares de su diócesis la congregacion de los clérigos con algunas reglas, bajo la direccion de un sábio sacerdote y á la que debian asistir todos los Miércoles. Mas para ser admitidos despues á las órdenes, debian presentar ademas de la fé de su propio párroco *de vita, et moribus*, la del prefecto de dicha congregacion, en que consta-

se que siempre habian asistido y observado exactamente todas las reglas, sobre todo, el ejercicio de la oración mental, y el de adiestrarse en la predicación.

De este modo se esmeraba Alfonso en cultivar estos nuevos vástagos para que á su tiempo produjesen abundantes frutos en la viña que se le había confiado. No contento aun con todo esto, no los admitía al examen de los sagrados órdenes sin haber tomado antes informaciones secretas sobre las cualidades é índole de los jóvenes: despues los examinaba por sí mismo con mucho rigor, usando al mismo tiempo de su acostumbrada dulzura, y aun haciéndolos sentar en su presencia. Con el objeto de que se hiciesen perfectamente aptos para administrar el Sacramento de la Penitencia, habia repartido toda la Teología moral de manera que á cada orden sagrado le estaban asignados sus tratados propios, sobre los cuales debian ser examinados los jóvenes; y cuando se trataba del sacerdocio debian estar dispuestos á responder sobre toda la Teología moral, á cuyo fin tenia las preguntas impresas. Cuando en el examen no habian dado pruebas suficientes de su saber, diferia la ordenación sin miramiento alguno, hasta que se habian hecho mas aptos por el estudio. Por último, antes de conferirles los órdenes, les hacia á todos un fervoroso discurso para instruirlos en el oficio del orden que

debían tomar y para disponerlos á recibirlo dignamente. Así como nada valían con él las recomendaciones para los beneficios eclesiásticos, tampoco valían nada para la promoción á los sagrados órdenes. Habiendo ido un personaje distinguido á suplicarle que ordenase un clérigo que él juzgaba no merecerlo, despues de haberlo escuchado con la mayor paciencia por casi una hora, solo le respondió estas palabras: *¿Teneis otra cosa que decir? Yo no os digo mas, sino que habeis hablado con un muerto; y así como un muerto no os puede responder, tampoco yo puedo responderos.*

No habia cosa que mas lo affligiese, que saber que algun individuo de su clero se apartase del camino recto, conociendo bien el gran mal que puede producir y produce el mal ejemplo de un eclesiástico: así es que procuraba su enmienda de todos modos, con las amonestaciones, con las correcciones, con los ejercicios espirituales y con las mortificaciones personales; y cuando nada de esto aprovechaba, hacia tambien uso del rigor de las penas. Con todos estos afanes y con estos medios, llegó á formar de su clero un perfecto modelo de la disciplina eclesiástica.

CAPITULO VI.

Afanes de San Alfonso por la disciplina regular en los claustros de las sagradas vírgenes.

Volviendo Alfonso sus miradas y todos sus cuidados hacia aquella porcion escogida de la grey en que se ven florecer las candidas y olorosas azucenas de una inmaculada pureza, y germinar maduros frutos de todas las virtudes, no omitió diligencia ni fatiga alguna para que en los monasterios de las sagradas vírgenes, y aun en los conservatorios de las doncellas de su diócesis, floreciese cada vez mas la observancia regular, y en ellos se respirase por todas partes el buen olor de Cristo. Así es que no confiaba la direccion espiritual de ellas, sino á los mas doctos y ejemplares sacerdotes de su diócesis. No creía bastante que éstos les administrasen el sacramento de la penitencia solamente, sino que queria tambien que muy á menudo con sermones y pláticas las instruyesen en sus deberes, y las encendiesen en el amor de Dios y en el ejercicio de las virtudes cristianas. Además, iba él mismo con frecuencia á los monasterios y á los conservatorios á darles los ejercicios espirituales ó algunas instrucciones, para de este modo conducir aquellas sagradas vírgenes al mas alto

grado de perfeccion. Tambien las escuchaba á todas en secreto, exploraba sus necesidades, alentaba á las pusilánimes, consolaba á las angustiadas y afligidas, estimulaba á las morosas, y con saludables consejos y devotos sentimientos procuraba encenderlas á todas en el mas vivo amor hacia su Esposo celestial, en una ardiente caridad entre sí, y animarlas al pleno cumplimiento de los votos y de las reglas que habian profesado.

Y como debe tenerse lejos de los claustros de las sagradas vírgenes todo lo que tenga algun sabor del mundo, y aun el menor viso terrenal que distraiga sus mentes de las cosas del cielo, ó que pueda empañar en lo mas mínimo su virginal candor, prohibió que se usase en los monasterios el canto figurado, como cosa que no sirve mas que para estimular la curiosidad de los seculares, que solo concurren á ellos para escuchar y elogiar ó la armonía de las voces, ó los bien entendidos conciertos musicales, y dispuso que se sustituyese con el canto eclesiástico Gregoriano. Tambien prohibió que en dichos claustros entrasen niños ó niñas, y cualquiera otra persona que pudiese violar de algun modo la clausura, así como tampoco quiso permitir nunca que ninguna persona sospechosa, ó bien escluida por los sagrados cánones, frecuentase los locutorios de las religiosas.

Quiso leer las reglas de las religiosas del monasterio llamado *Regina cali* que habia en Airola, y despues de haberlas considerado detenidamente, pareciéndole que merecian algunas reformas, se las hizo, las mandó imprimir y dispuso que se observasen por dichas religiosas, las que percibiendo que estaban fundadas en una singular prudencia y en un exacto discernimiento, no solo las aceptaron de buena voluntad, sino que desde entonces en adelante pusieron el mayor cuidado en observarlas con toda exactitud.

Habia en la ciudad de Santa Agueda un antiguo y casi destruido conservatorio con una iglesia no concluida en la nueva fábrica que se habia emprendido, dedicada á la Virgen con el título de Santa María de los Constantinopolitanos. Sucedió, pues, que le ocurrió la idea á nuestro santo, de hacer reparar aquel edificio y convertirlo en un monasterio de monjas claustrales, á fin de que aquel lugar que se habia convertido en asilo de vagabundos y en un abominable abrigadero de gente mala, se convirtiese en un claustro de sagradas vírgenes, que con sus cantos sacros y sus divinas alabanzas, compensasen en cierto modo las muchas ofensas que allí se habian hecho á Dios. Puso mano á la empresa, y habiendo superado todos los obstáculos que se presentaron, que no fueron pocos, llegó por fin á terminarla. Despues, obtenidas

las licencias necesarias, tanto del Sumo Pontífice Clemente XIII, como de S. M. el rey de Nápoles, hizo asignar á dicho monasterio una contribucion por varias capillas, unas eclesiásticas y otras laicas; y habiendo obtenido tambien del mismo Sumo Pontífice la facultad de llevar allí algunas religiosas de fuera con la clausura, hizo venir de la ciudad de Scala por fundadoras tres religiosas coristas con una tornera. Estas llegaron á Santa Agatha el 29 de Junio de 1766, acompañadas de muchas señoras, en medio de un inmenso gentío, y fueron recibidas con el repique de todas las campanas y el disparo de las cámaras; y despues de haber estado en la iglesia Catedral, fueron conducidas por Alfonso en solemne procesion al citado monasterio. Tres dias despues hizo cerrar la clausura, y el monasterio fué llamado de las monjas del Santísimo Redentor, lo mismo que el de Scala, de donde habian venido las fundadoras, y despues compuso para unas y otras, *Recuerdos dirigidos á las religiosas del Santísimo Redentor de Santa Agatha y de Scala.*

Por otra parte, antes de que ellas viniesen habia provisto Alfonso aquel monasterio de camas y de la ropa blanca necesaria, así como de todos los útiles de cocina y de muchos comestibles. Les mandó tambien sus comidas por mañana y tarde por espacio de ocho

días consecutivos, y queria continuar haciéndolo por un mes; pero las mismas religiosas le suplicaron que tuviese la bondad de suspender este obsequio: ademas, cada año les ministraba el aceite necesario y muchas medidas de grano, ayudándolas tambien en otras necesidades, porque Alfonso habia declarado que queria mantener mientras viviese, las cuatro religiosas que habia hecho venir de Scala. Y muy pronto vió el fruto de todos sus afanes, porque á muy poco tiempo acudieron al monasterio muchas doncellas, no solo diocesanas, sino aun forasteras y de Nápoles, unas para tomar el hábito religioso y consagrarse enteramente á Dios, y otras para recibir una educacion cristiana, de modo que la fundacion de dicho monasterio no fué de corto provecho para aquella ciudad.

Podemos decir con toda verdad que el celo de Alfonso para con las sagradas vírgenes no se limitó á las de su diócesis, sino que se estendia tambien á todas las demas por medio de la obra que compuso, intitulada: *La verdadera esposa de Jesucristo, ó la monja santa*: porque en ella instruye y amaestra á las religiosas en todos los deberes anexos á su estado: les muestra la estrecha obligacion que tienen de cumplirlos con toda exactitud y fidelidad, y les facilita tambien el camino para poder llegar á la perfeccion, que es el único y verdadero objeto del estado religioso.

CAPITULO VII.

Celo de San Alfonso para reformar las costumbres de su grey y remover los escándalos.

Pero si tanto trabajó Alfonso por la exacta disciplina del clero y de las sagradas vírgenes, ¡oh y cuánto no se ocupó y se afaná todavía por el bien y provecho espiritual del resto de su grey! Comprendia él muy bien que antes de edificar y de plantar, es necesario descombrar y destruir los obstáculos, esto es, extirpar el vicio y desterrar el mal, para poder despues establecer el bien y radicar la virtud; por lo que sus primeros pensamientos y sus primeros afanes con respecto al pueblo, fueron corregir las costumbres y desterrar los vicios, á fin de poder luego conducir mas fácilmente al bien y aun procurar la perfeccion, segun la vocacion y el estado de cada uno. Con este objeto, sin omitir fatiga y sin atender á ninguna indisposicion de salud ó á cualquiera otra cosa, se ocupaba continuamente, como ya se ha dicho, en predicar en forma de misiones, y en dar instrucciones, y en hacer catequismos, exhortaciones y novenas, ya en una, ya en otra iglesia, y aun algunas veces en las plazas públicas. Hallándose en la visita de algunos distritos en que habia muchos pueblecillos ó aldeas

próximas, en los días festivos, particularmente después de haber predicado por la mañana en uno de ellos, iba por la tarde á predicar á otro: de esta manera, desatándose unas veces contra el vicio y representando toda su deformidad, y otras mostrando la infinita misericordia de un Dios que da tiempo al pecador para volver en sí y espera su arrepentimiento, y otras explicando é insinuando los deberes de la vida cristiana, procuraba la conversion de los pecadores, la reanimacion de los débiles y de los tímidos, y un mas exacto cumplimiento de las obligaciones propias de cada estado.

Y no contento con todo esto, tambien hacia venir todos los años misioneros, esto es, sacerdotes de su congregacion ó de la de Nápoles, ó á los padres operarios píos, á los religiosos del orden de predicadores, ú otros celosos ministros evangélicos, para que recorriesen su diócesis en varias direcciones, predicando la palabra divina y convirtiendo almas á Dios. Quería ademas que los predicadores cuaresmales de su diócesis predicasen de modo que todos los comprendiesen, para sacar fruto de sus fatigas, por lo que muchas veces iba él mismo á escucharlos y los obligaba á dar en en la semana de Pasion los ejercicios espirituales á todo el pueblo en forma de mision, de lo cual se saca mucho provecho. Por esto solia decir por este

tiempo á su secretario: *Me alegro de que en esta semana de Pasion se haga mision en toda mi diócesis.* El celo de Alfonso nunca satisfecho y cada vez mas industrioso, pasó aun mas adelante, porque tanto en Airola como en Durazzan, estableció una congregacion de sacerdotes que debian reunirse una vez á la semana en un lugar destinado al efecto, y allí después de haber hecho oracion mental, debian ocuparse de adquirir la debida instruccion en confesar por medio de confesiones prácticas, así como en predicar, haciendo ejercicios propios de las misiones. Y á fin de que se amaestrasen aun mas para estar en estado de ir á su tiempo á las misiones, los mandaba en compañía de otros misioneros, particularmente con los de su congregacion cuando iban á predicar á su diócesis. Instruidos de este modo, los mandaba después, de cuando en cuando, á los sitios mas distantes y remotos de ella, donde habia ranchos y pequeñas aldeas de gente pobre, idiota y dispersa; y bendiciendo el Señor esta obra, no era poco el fruto que se recogia. No dejaba al mismo tiempo de instruir y amonestar su grey con cartas pastorales, edictos, notificaciones, avisos y otras cosas semejantes, segun lo exigia la necesidad y él lo juzgaba oportuno. Quería tambien que sus vicarios foráneos y los párrocos vigilasen cuidadosamente acerca de las buenas costumbres, y que

de palabra ó por escrito le informasen plenamente de cualquier desórden que ocurriese. Frecuentemente llamaba á estos mismos y á algunos religiosos y otras personas de saber, para consultar con ellos y dictar las medidas mas eficaces y adaptadas al bien y provecho de su grey; y si llegaba á saber que entre sus diocesanos habia sinsabores, litigios, ódios ó enemistades, no omitia diligencia alguna para componer, tranquilizar y reconciliar sus ánimos y mantener por todas partes la paz y la caridad fraterna. Habiendo sabido, una vez que se hallaba en Arienzo, que habia sido herido mortalmente un jóven bien nacido de aquel país, corrió inmediatamente á visitarlo, y con sus dulces é insinuantes palabras lo indujo, así como á la madre, á perdonar al ofensor: le mandó diariamente los alimentos durante el tiempo que sobrevivió, y despues de su muerte asignó á la madre una pensioncita por cuenta de su mesa episcopal. Murió tambien en la misma ciudad otro diocesano suyo, á resultas de una herida que le infirió un soldado, y Alfonso acudió á interponerse con el hermano y la madre del difunto para obtener el perdon y la remision en favor del matador, como en efecto la obtuvo.

En una ocasion dos caballeros jovencillos, por ese vano puntillo de honor tan perjudicial al alma como al cuerpo, se desafiaron, y habiéndolo sabido Alfonso

los hizo llamar al instante y les demostró que habian cometido un pecado mortal con solo el hecho del desafío y su aceptacion, aunque no se hubiese verificado el duelo, amonestándolos para que no volviesen á intentarlo. Luego tomó el mayor empeño en promover todos los obstáculos y medidas mas eficaces para impedir en lo sucesivo semejantes desórdenes y aun recurrió á la autoridad civil: ademas de que habiendo sabido que los duelos no eran tan raros en Nápoles, hizo una súplica al rey mismo para que se dignase refrenarlos, y al estar dictándola esclamaba de cuando en cuando: *Pobres almas, pobres almas que van en derechura al infierno.* Despues de esto compuso una disertacion sobre la impiedad de los duelos, en la que recopiló todas las leyes no solo eclesiásticas, sino civiles del reino de Nápoles, que los prohiben, y la mandó al rey y aun á muchos ministros, á fin de que dictasen los remedios mas oportunos, como en efecto sucedió, pues se promulgó una ley bastante severa contra ellos. Ni tampoco fué nunca menor el empeño de Alfonso para reprimir y corregir el atrevimiento de los que no tienen ningun embarazo en abrir su boca profana contra el cielo y de proferir con su sacrílega lengua infames blasfemias. Habiéndosele referido que uno de estos incorregibles habia vomitado una blasfemia abominable, mandó inmediatamente suplicar en

su nombre al gobernador de Arienzo, que hiciese poner en la cárcel al que habia osado cometer un delito tan execrable y digno del mayor castigo, para reparar el escándalo y sirviese de público ejemplar á los demas.

Si el celo de Alfonso fué siempre tan fervoroso y tan incansable para alejar y quitar de su grey cualquiera vicio, nunca lo fué tanto respecto de otros, como lo fué en hacer una continua y vigorosa guerra al de la deshonestidad, y en procurar remover los escándalos públicos: porque este vicio, como él decía, lleva la mayor parte de los hombres al infierno. Y en verdad que él corre parejas con el de la sed inmoderada é ilícita del oro, que forman los dos caminos mas espaciosos y mas frecuentados por donde las almas corren afanosas para precipitarse en el antro infernal. Sin embargo, no es posible referir todo cuanto practicó con las obras y de palabra para extirpar completamente de su grey este vicio brutal. Luego que sabia que alguno de los soldados que estaban de guarnición en Arienzo, tenia malas relaciones con una mujer, hablaba al comandante para hacerlo mudar de residencia, y lo mismo hacia con los dependientes del tribunal, escribiendo al comisario y mandando llamar con frecuencia al jefe de ellos para recomendarle que tuviese la mayor vigilancia con ellos. Vió con des-

agrado que en Arienzo solian dejar detenidas á las mujeres delincuentes en las habitaciones de los alguaciles por falta de una cárcel separada, y para cortar este escándalo rogó al duque de aquel lugar que destinase otra cárcel para esas mujeres, el que tanto por lo racional de la petición, cuanto por la opinion que tenia de la santidad de Alfonso, no vaciló un momento en hacer lo que le pedía.

Pero sobre todo, se esforzó en reducir al buen sendero y conservar firmes en el nuevo tenor de vida que habian emprendido á aquellas mujeres mundanas, que son ciertamente la piedra de escándalo y el anzuelo engañoso en que tantas almas quedan presas y suspendidas del precipicio. Luego que sabia que habia alguna la mandaba llamar, así como á su cura párroco, y en presencia de éste y de algunos de sus familiares, nunca á solas y siempre con las puertas abiertas, la reprendia con la mayor dulzura y caridad: le hacia conocer el infeliz estado de su alma y se valia de todos los medios posibles para convertirla: despues, si era pobre, le asignaba una cantidad diaria, porque sabia muy bien cuán mala consejera é incitadora al mal es la indigencia. Si alguna daba indicios de un sincero arrepentimiento, la mandaba á alguno de los conservatorios de Nápoles, manteniéndola á sus espensas, ó bien si contraia matrimonio, le dis-

pensaba los derechos de su curia, le daba muchos subsidios caritativos, y aun parte del dote; y cuando no podia hacer todo esto por sí solo, hacia contribuir aquellos fondos de su diócesis, que por su fundacion estaban obligados á dar limosnas. En una palabra, nada omitia para sacar á esas mujeres de la inmundicia fetidez en que yacian, y para procurarles una colocacion estable y segura: y no fueron pocas las que aprovechándose de los cuidados de Alfonso, llevaron por el resto de sus dias una vida no solo cristiana, sino de bastante edificacion.

Estaba Alfonso en Nocera de los Paganos, adonde habia ido para restablecer algun tanto su salud con la variacion del temperamento, despues de una grave enfermedad que habia sufrido, cuando supo que una de dichas mujeres que habia espulsado de su diócesis porque era incorregible, aprovechándose de la ausencia del obispo, habia vuelto á ella. Fué tanto lo que lo indispuso esta noticia, que al visitarlo Monseñor Volpe, obispo de dicha ciudad, se lo echó de ver y le preguntó la causa. Alfonso le respondió que estaba desazonado porque *era obispo*: y ni las razones del mismo, ni las de los padres de su congregacion, ni las de otras personas que espusieron á su consideracion el peligro que corria su salud con ello, pudieron disuadirlo de volver á su diócesis, aunque no hacia

mas que dos dias que habia venido de allá: así es que el mismo dia que llegó á Arienzo hizo llamar á la citada mujer, y tanto le dijo con dulzura y con energía, rogando, llorando y amenazando, que bendiciendo el Señor sus palabras y su celo, tuvo el consuelo de verla echarse á sus piés conmovida y compungida, prometiéndole con muchas lágrimas que enmendaria su vida para siempre. En efecto, habiéndola enviado al conservatorio de las convertidas de Nápoles, llevó allí una vida ejemplar y de verdadera penitente.

Quando veia que eran inútiles todos los medios mas eficaces de que se valia para la conversion de esta clase de mujeres, imploraba, segun los sagrados cánones, la ayuda del brazo secular, bien para hacerlas espulsar de toda su diócesis, ó bien para hacerlas prender y encerrar en la cárcel de correccion que habia procurado y donde les daba el alimento diario; y no solo obraba así con las mujeres de esta clase, sino que hacia lo mismo con cualquiera otra persona escandalosa, particularmente en cuanto á la lujuria, aun quando fuese noble, militar, eclesiástica ó religiosa. Para él no habia consideraciones ni respetos humanos de nacimiento, de preponderancia, de riqueza ni de rango, sino que despues de haber advertido y corregido al delincuente, y de haberse valido de todos los medios eficaces para reducirlo á Dios, echaba mano

de otros mas fuertes y alcanzaba un feliz resultado. Así lo hizo, entre otros, con un eclesiástico escandaloso, que despues de varias amonestaciones paternales, y de otras tentativas hechas en vano, lo hizo poner en la cárcel, á pesar del gran poderío que gozaba por la parentela que tenia.

La solicitud de Alfonso se dirigió tambien á impedir toda clase de familiaridad sospechosa entre uno y otro sexo, y los enamoramientos de la incauta juventud; y para evitar hasta cierto punto los engaños que suelen hacer los jóvenes con las promesas de matrimonio, mandó que no se recibiesen tales promesas, sino cuando ya estaba para contraerse el matrimonio. Además, declaró, caso reservado á él, absolver á los padres y madres que hubiesen conservado en su casa á los jóvenes que hubieran contraído esponsales con sus hijas. Con estas leyes hizo ciertamente que se recibiese este sacramento con la reverencia y con la pureza que conviene y con las que regularmente no se recibe.

Su solicitud no solo se dirigia á remover de su grey los escándalos públicos, sino tambien todo cuanto pudiese retraerla del bien y servirle de tropiezo: así que, temiendo que el fervor de que se llenó el pueblo á su llegada á Santa Agueda, se resfriase con una comedia que algunas personas acomodadas de aquella ciu-

dad habian dispuesto representar en el próximo carnaval, se valió de toda clase de medios para impedir su ejecucion, como en efecto lo consiguió. Habiendo sabido en otra ocasion que se hallaban en Arienzo algunos cómicos que habian ido allí con el objeto de representar algunas comedias, los mandó llamar inmediatamente y les mandó que saliesen de su diócesis sin osar representar ninguna; y como se resistian á obedecer, les hizo entender Alfonso que si no partian de grado, él sabia el modo de hacerlos partir por fuerza. Atemorizados con esta respuesta, tanto mas, cuanto que ya sabian la santidad de Alfonso y la gran estima en que lo tenian todos, no hicieron mas que replicarle que aquella era su profesion y que no tenian otra con que ganar su sustento. Pues bien, añadió entonces Alfonso, *si quereis limosna, os la daré; pero salid de mi diócesis*. Dicho esto, les hizo dar una suma de dinero, la que recibida por los cómicos, se fueron.

Nada diremos de los desvelos de Alfonso para hacer que los dogmas de nuestra santa fé se mantuviesen puros é intactos en su grey, y no se contaminasen con doctrinas falsas y reprobadas. Si, como se dirá en otra parte, trabajó tanto en defensa de la verdad de la fé, y en combatir los errores que los novadores intentaban esparcir contra ella, mucho mas se

esmeró ciertamente en mantener lejos del campo que se habia confiado á su cuidado toda semilla que no fuese buena y que pudiese corromper ó esterilizar la de la doctrina evangélica.

CAPITULO VIII.

Precauciones de San Alfonso para instruir y para afirmar en el bien á su grey.

Como el mal y la conducta desordenada de las gentes, particularmente entre los rústicos y campesinos, depende en gran parte, por no decir en todo, de la ignorancia de los primeros elementos de la doctrina cristiana, que no aprendiéndose en la niñez, muy difícilmente se aprenden despues en la edad adulta, procuró Alfonso remediar este desórden y cortar su raiz, enseñando ya en la iglesia, y ya en su palacio, la doctrina cristiana á los niños, desde el principio de su ministerio pastoral, como ya hemos dicho, y aun el modo práctico de confesarse bien y comulgar, dándoles algunas instrucciones adaptadas á su capacidad, infiltrando al mismo tiempo en sus tiernos corazones el santo temor de Dios y la devocion á María Santí-

sima. El ejemplo del pastor, que imitando al Redentor, y haciéndose niño con los niños, tenia toda la paciencia y toda la caridad posibles para desbastarlos y empaparlos en las cosas que es necesario saber y practicar, no podia dejar de hacer una grande impresion en todo el clero, é inducirlo á seguir sus huellas. Sin embargo, urgiendo mucho mas á Alfonso la instruccion cristiana de los niños, mandó que en todas las parroquias de su diócesis se les enseñase la doctrina cristiana no solo en los dias domingos, sino aun en todas las festividades del año: y que desde la mitad de la cuaresma se comenzasen á instruir diariamente aquellos que debian acercarse á recibir el Sacramento de la Penitencia ó el de la Eucaristía en la próxima Pascua. Al mismo tiempo quitó á los confesores, y se reservó á sí mismo la facultad de absolver á los padres, tutores, amos ó patrones que hubiesen descuidado de mandar á sus hijos, pupilos ó criados á aprender la doctrina cristiana.

Con respecto á la instruccion de los adultos, estableció por ley desde los primeros momentos de su obispado, que quince dias antes del precepto pascual, examinasen los párrocos á los hombres y á las mugeres para averiguar si sabian, como conviene, los misterios de la fé, y todo lo necesario para acercarse dignamente al tribunal de la penitencia y á la santa co-

esmeró ciertamente en mantener lejos del campo que se habia confiado á su cuidado toda semilla que no fuese buena y que pudiese corromper ó esterilizar la de la doctrina evangélica.

CAPITULO VIII.

Precauciones de San Alfonso para instruir y para afirmar en el bien á su grey.

Como el mal y la conducta desordenada de las gentes, particularmente entre los rústicos y campesinos, depende en gran parte, por no decir en todo, de la ignorancia de los primeros elementos de la doctrina cristiana, que no aprendiéndose en la niñez, muy difícilmente se aprenden despues en la edad adulta, procuró Alfonso remediar este desórden y cortar su raiz, enseñando ya en la iglesia, y ya en su palacio, la doctrina cristiana á los niños, desde el principio de su ministerio pastoral, como ya hemos dicho, y aun el modo práctico de confesarse bien y comulgar, dándoles algunas instrucciones adaptadas á su capacidad, infiltrando al mismo tiempo en sus tiernos corazones el santo temor de Dios y la devocion á María Santí-

sima. El ejemplo del pastor, que imitando al Redentor, y haciéndose niño con los niños, tenia toda la paciencia y toda la caridad posibles para desbastarlos y empaparlos en las cosas que es necesario saber y practicar, no podia dejar de hacer una grande impresion en todo el clero, é inducirlo á seguir sus huellas. Sin embargo, urgiendo mucho mas á Alfonso la instruccion cristiana de los niños, mandó que en todas las parroquias de su diócesis se les enseñase la doctrina cristiana no solo en los dias domingos, sino aun en todas las festividades del año: y que desde la mitad de la cuaresma se comenzasen á instruir diariamente aquellos que debian acercarse á recibir el Sacramento de la Penitencia ó el de la Eucaristía en la próxima Pascua. Al mismo tiempo quitó á los confesores, y se reservó á sí mismo la facultad de absolver á los padres, tutores, amos ó patrones que hubiesen descuidado de mandar á sus hijos, pupilos ó criados á aprender la doctrina cristiana.

Con respecto á la instruccion de los adultos, estableció por ley desde los primeros momentos de su obispado, que quince dias antes del precepto pascual, examinasen los párrocos á los hombres y á las mugeres para averiguar si sabian, como conviene, los misterios de la fé, y todo lo necesario para acercarse dignamente al tribunal de la penitencia y á la santa co-

munión, y que instruyesen á los que resultasen ignorantes antes de admitirlos á dichos sacramentos. Despues mandó á los confesores, so pena de suspension *ipso facto*, que no escuchasen las confesiones de los que no les mostrasen una esquelita dada por el párroco en que atestiguase que habian sido examinados y habia resultado suficientemente instruidos. Para evitar tambien todo fraude en el cumplimiento del precepto pascual, mandó á los párrocos que despues de hacer en la cuaresma el censo de sus almas, diesen á cada persona una cedulita suscrita por el mismo cura, con el nombre de quien la recibia, la cual debian devolver al acercarse á la santa comunión durante el tiempo de cumplir con el mencionado precepto. Ademas, prohibió á los mismos curas que administrasen el matrimonio, cuando al examinar á los esposos resultase que no sabian la doctrina cristiana y las obligaciones que no son tan pocas ni tan cortas, anexas al estado que iban á tomar.

Ademas de todas estas disposiciones en favor de la instruccion del pueblo, compuso tambien Alfonso un corto compendio de las cosas principales y que es mas necesario saber, con los actos de las virtudes cristianas; y quiso que en todas las iglesias de su diócesis, aun en las del campo, se recitasen por un sacerdote, unto con el pueblo, todos los dias festivos, despues

de la primera ó segunda misa, segun en la que hubiere mayor concurrencia. De este modo evitaba á las personas adultas el rubor de tener que juntarse con los niños para aprender la doctrina cristiana, y hacia tambien que todos poco á poco y casi insensiblemente llegasen á aprender de memoria las cosas que deben saberse y los actos de las virtudes que deben repetirse con frecuencia por todo cristiano.

Ciertamente que esto era mucho; pero era muy poco para el celo de que se hallaba animado Alfonso por su grey. Luego que llegó á Santa Agueda, observó que para todas las aldeas pertenecientes á dicha ciudad no habia mas que una parroquia, con el título de Santo Tomás de Aquino, con solo el cura, y que por esto, tan gran número de gente dispersas por aquellos campos, no podian, sobre todo, en ciertos tiempos, ir á la parroquia para ser instruidas y recibir los santos sacramentos, ni solo un párroco bastaba para hacerlo todo, y acudir aquí y allí por aquellas aldeas, distantes muchas millas de la parroquia: así es que pensó aumentar el número de parroquias, y uniendo algunos beneficios simples conforme al sagrado Concilio de Trento, formar una congrua conveniente á los nuevos párrocos. Para llevarlo á cabo, tuvo mucho que padecer, grandes obstáculos que vencer y aun litigios que sostener; pero con su prudencia y con su

cele consiguió superarlo todo y ejecutar sus designios. Con esto, estableció una nueva parroquia en la aldea de Lajano, otra en la iglesia de San Pedro en Romañano, y por último, la tercera en la iglesia de la Santísima Virgen, con el título de la Anunciacion, que tiene una estension de tres á cuatro millas, en atencion á los numerosos caseríos dispersos por aquellos campos.

En la aldea de Santa María en Vico á las inmediaciones de Arienzo, observó otro mal grave cuando fué á hacer la primera visita. Encontró casi cayéndose la iglesia parroquial, y ademas tan angosta, que no podia contener á todo el pueblo que acudia, que ascendia á cerca de cuatro mil personas, por lo cual se habian descuidado los catequismos, ni los padres operarios píos iban ya á hacer misiones allí como antes solian hacerlo. Con esto Alfonso, para remediar la necesidad y el grave perjuicio de las almas, en muchas juntas que tuvo con los superiores de aquella municipalidad y con los curas párrocos, espuso con tanta energía y con tanto celo la necesidad de construir una nueva iglesia mas amplia para comodidad de toda aquella poblacion, que los curas se resolvieron á dejar sus diezmos y la municipalidad á contribuir con doscientos ducados anuales por espacio de diez años, para llevar á cabo dicha fábrica; y aunque

todo esto era muy poca cosa para la empresa, sin embargo, Alfonso hizo venir de Nápoles dos de los mejores arquitectos, y puso manos á la obra el 19 de Marzo de 1763, en cuya fecha se celebra la festividad del glorioso patriarca San José, á quien tenia una especial devocion, poniendo la primera piedra de los cimientos del nuevo templo, con gran solemnidad; y para llevarlo á cabo lo mas pronto, no solo ministró los alimentos á los arquitectos, sino que tambien contribuyó con una gran suma de su peculio, con lo cual, contra lo que todos esperaban, se concluyó el templo que quedó magnífico y de vastas dimensiones, y fué dedicado por el mismo Alfonso á San Nicolás Magno; con esto se restableció la enseñanza de la doctrina y las misiones que llevaban tanto tiempo de interrupcion, y el pueblo tuvo la comodidad de frecuentar las instrucciones cristianas y otras prácticas devotas.

En el feudo del duque de Madaloni habia una capilla de campo llamada de San Pedro en el foro, porque está cerca de la Taberna, llamada así, y pensó Alfonso convertirla en parroquia para comodidad de los vecinos de aquellos contornos. Al efecto, suplicó al duque diese su consentimiento, y no solo se prestó á ello de buena voluntad, sino que aun hizo fabricar una habitacion para el cura; pero como el cura de S.

Félix mártir no quiso consentir en la ereccion de esta nueva parroquia, por pertenecer aquel lugar á la suya, no se llevó á cabo este designio. Por otra parte, movido Alfonso á compasion hácia aquellas gentes, ocupadas en el cultivo de los campos y tan lejos de su parroquia, asignó de su peculio cierta cantidad de dinero, ministró el compendio de la doctrina cristiana y las pláticas compendiadas para las dominicas á un sacerdote de Arienzo, que en los dias de fiesta iba á decir misa en dicha capilla, para que en esos dias instruyese á los pobres que acudian y les administrase el sacramento de la penitencia, y continuó dándole esta asignacion hasta que hizo dimision del obispado.

Tambien queria establecer una nueva parroquia en el pueblecillo de los Crisci, perteneciente á la parroquia de Arienzo, por no tener aquellas gentes suficientes auxilios espirituales, por la dificultad del acceso á su parroquia, particularmente en los tiempos lluviosos. Para esto consiguió que le cediesen el terreno los canónigos de la colegiata de Arienzo, á quienes pertenecia, y echó los cimientos por su cuenta; pero no pudiendo proseguir la fábrica solo á sus expensas, ni estando aquellas gentes en estado de contribuir para ella por su pobreza, desistió de la empresa, y procuró remediar el desórden de otro modo,

haciendo que muchos sacerdotes probos y celosos de las mismas aldeas de Arienzo fuesen á instruir y á confesar aquellos pobres, y mandando tambien todos los domingos algun otro sacerdote celoso. Por otra parte, despues de vencer muchas dificultades, logró hacer reparar y aun embellecer la iglesia parroquial de Santa Inés, perteneciente á la colegiata de Arienzo, y concluida la obra, hizo venir inmediatamente una mision de los padres de su congregacion; y como no se habia consagrado la iglesia catedral de Santa Agueda, hizo venir á Monseñor Puoti, arzobispo de Amalfi, con este fin.

Ademas de lo dicho, para mantener Alfonso y afirmar mas y mas en el bien á su grey, hizo poner en uso muchas prácticas devotas: introdujo repentinamente en la iglesia catedral de Santa Agueda la costumbre laudable de que en la primera misa meditase el sacerdote con el pueblo sobre la pasion del Redentor, ó sobre otros puntos, y procuró que este uso se introdujese tambien en las demas iglesias de su diócesis. Despues estableció por ley, que en cada parroquia, como ya lo habia mandado antes para todas las iglesias de su congregacion, se hiciese la adoracion del Santísimo Sacramento, con la esposicion del sagrado copon y rezando las oraciones que él habia compuesto. Tambien procuró aumentar la devocion

hacia la Santísima Virgen, celebrando él mismo sus glorias y sus alabanzas todos los sábados en los lugares en que residía.

Por último, conociendo Alfonso cuánto aprovechan para conservar la piedad cristiana las reuniones piadosas, porque son un medio muy á propósito y eficaz para frecuentar los sacramentos, escuchar la palabra divina y ejercitar actos de virtud, volvió á poner en vigor muchas de ellas que habian decaído, y estableció otras nuevas. Entre estas estableció dos en la ciudad de Santa Agueda, una para las niñas y las jóvenes en la iglesia de Monte Virgen, y otra para los caballeros en la iglesia del Carmen, y todos los domingos iba á predicar, por la mañana en esta última y por la tarde en la primera, y cuando ya no pudo ir, dió este encargo á algunos sacerdotes fervorosos. Estableció otra semejante en Arienzo para los caballeros, y aquí sucedió una vez que dándoles los ejercicios espirituales en la iglesia de los padres carmelitas, hablándoles una noche del patrocinio de la Virgen, se quedó repentinamente como estático y con el rostro tan encendido y tan resplandeciente, que con grande asombro de los que allí estaban se vió toda la iglesia extraordinariamente iluminada, y dijo luego: *He aquí á la Virgen que ha venido á dispensarnos sus favores: roguémosle que todo lo alcanzaremos.*

Con estos y otros medios y precauciones semejantes usados por Alfonso para extirpar el vicio y para radicar la virtud en su grey, ¿qué extraño es que en poco tiempo se viese mudar de aspecto á toda su diócesis? Los escándalos desterrados, la ignorancia de la doctrina cristiana destruida, las costumbres reformadas, la frecuencia de los santos sacramentos, la concurrencia y mayor devoción en los templos santos, los cánticos espirituales con que resonaban los campos: todas estas cosas edificaban á los que las veían ó las escuchaban, y al mismo tiempo manifestaban con toda claridad la vigilancia y la bondad del sagrado pastor.

CAPITULO IX.

Caridad de San Alfonso con respecto á las necesidades temporales de su grey.

Si Alfonso se mostró siempre tan solícito en procurar de todos modos los bienes espirituales de su grey, no lo fué menos en procurar ayudarla en todas las necesidades temporales. Sabía muy bien que no puede lisonjearse de que ama á Dios de veras, el que

hacia la Santísima Virgen, celebrando él mismo sus glorias y sus alabanzas todos los sábados en los lugares en que residía.

Por último, conociendo Alfonso cuánto aprovechan para conservar la piedad cristiana las reuniones piadosas, porque son un medio muy á propósito y eficaz para frecuentar los sacramentos, escuchar la palabra divina y ejercitar actos de virtud, volvió á poner en vigor muchas de ellas que habian decaído, y estableció otras nuevas. Entre estas estableció dos en la ciudad de Santa Agueda, una para las niñas y las jóvenes en la iglesia de Monte Virgen, y otra para los caballeros en la iglesia del Carmen, y todos los domingos iba á predicar, por la mañana en esta última y por la tarde en la primera, y cuando ya no pudo ir, dió este encargo á algunos sacerdotes fervorosos. Estableció otra semejante en Arienzo para los caballeros, y aquí sucedió una vez que dándoles los ejercicios espirituales en la iglesia de los padres carmelitas, hablándoles una noche del patrocinio de la Virgen, se quedó repentinamente como estático y con el rostro tan encendido y tan resplandeciente, que con grande asombro de los que allí estaban se vió toda la iglesia extraordinariamente iluminada, y dijo luego: *He aquí á la Virgen que ha venido á dispensarnos sus favores: roguémosle que todo lo alcanzaremos.*

Con estos y otros medios y precauciones semejantes usados por Alfonso para extirpar el vicio y para radicar la virtud en su grey, ¿qué extraño es que en poco tiempo se viese mudar de aspecto á toda su diócesis? Los escándalos desterrados, la ignorancia de la doctrina cristiana destruida, las costumbres reformadas, la frecuencia de los santos sacramentos, la concurrencia y mayor devoción en los templos santos, los cánticos espirituales con que resonaban los campos: todas estas cosas edificaban á los que las veían ó las escuchaban, y al mismo tiempo manifestaban con toda claridad la vigilancia y la bondad del sagrado pastor.

CAPITULO IX.

Caridad de San Alfonso con respecto á las necesidades temporales de su grey.

Si Alfonso se mostró siempre tan solícito en procurar de todos modos los bienes espirituales de su grey, no lo fué menos en procurar ayudarla en todas las necesidades temporales. Sabía muy bien que no puede lisonjearse de que ama á Dios de veras, el que

no tiene misericordia con su prójimo, cuando este se halla en la necesidad y en la miseria: ni ignoraba que los bienes eclesiásticos son el patrimonio de los pobres. De aquí es que, en una carta escrita por él se leía, que desde los principios de su obispado se había propuesto administrar las rentas de modo que sacando de ellas su miserable manutención, se emplease todo el resto en la iglesia y en los pobres que eran sus dueños. Pues bien, lo que se había propuesto hacer, lo ejecutó con la mayor escrupulosidad y exactitud.

Ya hemos visto la economía que usaba, ó mejor dicho, la estrecha pobreza en que vivía, privándose aun de las cosas necesarias, y que podía usar conforme al rigor de los sagrados cánones, á fin de tener mas de que disponer para obras pías ó para socorrer necesidades. Habiendo ido á visitarlo á Airola su hermano D. Hércules con su esposa D^a Mariana, como á los dos años de obispo (como ya se dijo), tanto por afecto, como con la esperanza de que estando ya en posesion de las rentas del obispado, pudiese dejarles la asignacion anual que tenía por la casa y que le había dejado su padre, no pudieron conseguirlo, á causa, como él decia, de que las rentas del obispado eran de los pobres, y la asignacion citada le servia para su manutención.

Y en efecto, era tan diligente y tan circunspecto en esto de evitar cualquiera gasto no enteramente necesario, por pequeño que fuese, que á los jóvenes estudiantes de su congregacion que habían ido á visitarlo en las vacaciones de otoño, les hizo entender á los pocos dias, que se fuesen porque las rentas del obispado no eran suyas; y despues de muchas súplicas, apenas les dió unas pocas de monedas para el viaje. Lo mismo hizo cuando su hermano D. Hércules fué á visitarlo á Arienzo para presentarle dos de sus hijos: al ver Alfonso á sus sobrinos, les puso la mano en la cabeza, y despues de pocas palabras los despidió, diciéndoles, que no tenía tiempo que perder, y al mismo tiempo dijo á su hermano, que solo podría detenerse allí tres dias, porque no lo podía alimentar por mas tiempo en atencion á que las rentas del obispado eran de los pobres. Ademas, hallándose la casa de su congregacion que había en Illiceto en tal penuria que debería cerrarse, el rector de ella acudió á Alfonso suplicándole que diese algun socorro á aquellos sus alumnos, así como lo daba á los pobres. Al oír él esto, lleno de celo le respondió al instante, que debía emplear las rentas de su obispado en auxiliar no á su congregacion, sino á los pobres de la diócesis, y le dijo que en lo sucesivo se abstuviese de volverle á hacer esta clase de pedidos.

Con estas economías y con estas previsiones procuraba Alfonso tener con qué socorrer á sus diocesanos en sus necesidades: con esto queria que las puertas de su palacio estuviesen abiertas á todas horas para los necesitados y para los mendigos que acudian á él, y les daba á todos, segun su necesidad, dinero, ó alimentos, ó camas, ó vestidos, ó cualquiera otra cosa, sin permitir jamas que nadie saliese descontento y afligido. No habia noche en que no fuesen algunas personas pobres y vergonzantes á esponerle sus miserias y recibir algun auxilio: ni era raro que sucediese que llegando los pobres justamente á la hora de su escasa comida, se quitase el alimento de la boca para dárselo; y si por acaso alguno le decia que cuidase mas de su propio sustento, solia responder, que no tenia corazon para negar el alimento á sus hijos cuando le pedian pan. Cuando salia á la calle, se veia rodeado de una multitud de pobres, á todos los que, ó con sus propias manos, ó de otro modo les daba alguna limosna: ademas de esto, habia dado orden á su mayordomo de que todos los sábados distribuyese en la puerta del palacio pan y dinero á todos los mendigos que acudian allí.

Pero como hay muchos que retenidos por la calidad de su nacimiento, por cierta vergüenza natural, ó por cualquiera otro motivo, no se atreven á men-

digar públicamente, ni aun á pedir en secreto algun auxilio por caridad, viviendo entre mil angustias y miserias en sus casas; dispuso Alfonso que los curas de sus parroquias le diesen una noticia exacta de todas estas personas, para ayudarlas con algunas limosnas mensuales, ó de cualquiera otra manera. Con esto era muy grande el número de las personas que á causa de estas noticias recibian de él en secreto, ó por medio de los mismos curas ó de algunas otras personas de probidad, abundantes socorros, en dinero, en ropa blanca ó en algunas otras cosas necesarias. No habia sacerdotes incapaces ya de celebrar, ó positivamente pobres, ni artesanos y gentes del campo, que por su edad ó por alguna falta de salud habitual no pudiesen ya procurarse el sustento con su trabajo, ni viudas desconsoladas con niños tiernos sin tener quien les diese lo necesario para vivir, ni huérfanos desolados y faltos de todo auxilio, ni tantas otras clases de necesitados, de cualquiera condicion que fuesen, que no experimentasen los efectos de la caridad de Alfonso. Pero sobre todo, tenia el mayor cuidado con las doncellas, que por su pobreza podian estar espuestas á mil peligros; así es que las alimentaba y les daba cuanto pudiesen necesitar, y si contraian matrimonio, no solo les dispensaba todos los derechos de su curia, sino que les proporcionaba di-

nero para el dote, camas ó cualesquiera otros objetos de que necesitasen: además, si se necesitaba alguna dispensa para que se verificase el matrimonio de algunas personas pobres, removiendo de este modo todo peligro y escándalo, él procuraba obtenerla y al mismo tiempo pagaba todo ó parte de los gastos que esto ocasionaba.

Quería, como ya se ha dicho, que se le informase de los enfermos que hubiere, y los iba á visitar, no solo para proporcionarles toda clase de auxilios espirituales, sino que si eran pobres, para llevarles algunas confituras y dinero con que pudiesen pagar sus medicinas, ó para que los empleasen en cubrir cualquiera otras necesidades; y si por sus enfermedades ó por algunos otros motivos no podía ir en persona, buscaba el medio de enviarles dichos socorros. Habiendo sabido que su médico se había roto un brazo al caer de su carruaje, fué á visitarlo inmediatamente, y al despedirse le puso con el mayor disimulo doce ducados debajo de la almohada para que pudiese enviar por un cirujano de fuera que lo curase bien.

Tampoco olvidaba á los encarcelados con respecto á sus necesidades temporales, así como no los había olvidado en las espirituales; porque además de la limosna que dos veces á la semana les hacía distribuir á cada uno de ellos, que por lo regular no eran po-

cos, y de las que les daba cuando pasaba por las cárceles, les mandaba algunas subvenciones estraordinarias, para que tuviesen suficiente alimento, para que pudiesen socorrer á sus familias, ó para que pudiesen procurar su escarcelacion. Tampoco dejaba de interponerse á menudo con los acreedores, y aun de contribuir con alguna suma para que saliesen de la cárcel los que estaban allí por deudas. Una ocasion, uno de sus familiares hizo poner en la cárcel á un criado que habia robado una poca de miel y un cuchillo de cocina en el mismo palacio episcopal: luego que lo supo Alfonso reprendió al familiar porque lo habia hecho sin su conocimiento, y queria que fuese al momento á hacerlo poner en libertad; pero habiéndole dicho, tanto su vicario como algunas otras personas, que seria bueno mortificarlo con un par de dias de cárcel, lo cual aun serviria de ejemplar para los demas, dejó de insistir en ello; pero escribió inmediatamente al gobernador para que no se le formase causa alguna á aquel pobrecillo, y le remitiese el cuchillo robado, dando orden al mismo tiempo de que por aquellos dos dias se le enviase de comer por la mañana y por la noche; y no contento con esto, hizo un regalo á los soldados, pagó al portero así como todo lo que se ofreció, y cuando salió de la cárcel el delincuente le dió una gran limosna.

De este modo derramaba Alfonso las rentas de su obispado en el seno de los diocesanos pobres, y todos se maravillaban de cómo podían bastar para remediar las necesidades de tantas familias. Hecha la cuenta de los gastos anuales, solo la suma de las limosnas fijas sobrepujaba con mucho á la de la mantencion del obispo y de sus familiares: pero aun habia mas, porque si socorria á los necesitados tendiéndoles una mano caritativa, tambien los ayudaba perdonándoles á menudo lo que á él pertenecia. Tambien perdonó grandes sumas de dinero á muchos que llegaron á quedar imposibilitados de pagárselas, como sucedió entre otros á un administrador de su mesa episcopal, y aun varias veces á un arrendatario de algunos terrenos de la misma mesa. Tampoco exigia á los sacerdotes pobres el derecho del *pastor bonus*, ni los derechos de su curia á los clérigos pobres, á quienes mas bien daba el dinero necesario para hacer los ejercicios espirituales. Ademas, habia establecido que por las bulas de las sagradas órdenes no se llevase mas que un *carlino* para el canceller, y nada mas; y que en los castigos jamas se impusiesen penas pecuniaras, ni derechos que escediesen de la tasa Inoceniana. Un canónigo designado por él, como abogado, debia defender *gratis* á los eclesiásticos y á los seculares que se hallaban en la miseria, y él les perdonaba

de buena voluntad todos los derechos de su curia á todos los pobres que se lo pedian; de modo que dicha curia no producía en algunos meses del año ni aun el importe de la paga del vicario general. Un dia que el canceller se quejó algo con Alfonso porque perdonaba tan ampliamente los derechos de la curia, le respondió éste: *Yo quiero perdonar lo que me pertenece; cobrad lo que á vos toca*: de modo que hasta el mismo canceller perdonaba lo que le pertenecia por seguir el ejemplo del obispo.

Con esto, no debe uno maravillarse de que despues de unas limosnas tan abundantes, y de perdonar tantas cantidades de dinero, se encontrase á menudo desprovisto de todo y en la necesidad de tener que pedir prestada alguna corta cantidad para vivir. En cierta ocasion fué á verlo una persona necesitada, á cuya consorte habia asignado Alfonso una limosna mensual, suplicándole tuviese á bien darle algun otro socorro caritativo para pagar siete *ducados* por cuya deuda se le amenazaba con la cárcel. Movidó al instante á compasion hácia aquel pobre, y no teniendo por entonces nada que darle, quedó responsable con el acreedor, obligándose á pagarle seis *carlinos* cada mes hasta la estincion de la deuda, como en efecto lo hizo, sin dejar entre tanto de dar á la consorte del deudor la asignacion que le tenia hecha. Cuando re-

nunció el obispado faltaban todavía doce *carlinos* para cubrir la deuda, y los dió en junto antes de salir de su diócesis. Solo este hecho es mas que suficiente para demostrar la afectuosa caridad de Alfonso para con sus diocesanos, y al mismo tiempo la estrechez y la pobreza en que vivía á causa de la misma caridad.

Y aun lo dicho hasta aquí es nada en comparacion con lo que hizo el año de 1764, en que una gran carestía general afligió á toda la Italia. Como si presagiase el porvenir, habia hecho desde antes contra su costumbre y con admiracion de todos, una gran provision de habas y de frijol que luego que se hizo sentir la necesidad distribuyó á los pobres. Despues repartió todo el grano que tenia, y escribió cartas á todos sus amigos, particularmente á su hermano D. Hércules para que le procurasen la mayor cantidad de grano que pudiesen. Entre tanto, para tener dinero con que socorrer á los pobres, no encontrando quien quisiese prestárselo por ser ya de edad avanzada y enfermizo, dió orden para que sin que llegase á noticia de su hermano D. Hércules, se vendiese el coche y las dos mulas que éste le habia regalado, así como la cruz pectoral de oro y el anillo con que lo habia obsequiado Monseñor Giannini, y se hizo comprar una cruz sencilla y un anillo bastante ordinario de metal dorado. Al mismo tiempo restringió tanto

su mesa, que apenas le bastaba para vivir, contentándose con una sopa, un poco de pan, y cuando mas una pieza de fruta, disponiendo que sus familiares tuviesen tambien una mesa mas frugal que de ordinario, exhortándolos á hacerlo así para que su pequeña abstinencia sirviese de alimento y reparo á los pobres. Mandó tambien que se vendiesen los seis cubiertos de plata que le habian quedado, diciendo que eran buenos los de laton. Sus familiares no quisieron venderlos, y sin embargo le hicieron creer que se habian vendido, y él quiso ver los nuevos cubiertos del metal venido de Nápoles. Despues cuando cesó la carestía y tuvieron que sacarlos á luz, le dijeron que habian estado empeñados hasta entonces. Y no sabiendo ya qué vender, queria barrer hasta con el roquete y el reloj, de lo cual fué disuadido por uno de sus familiares diciéndole, que particularmente el reloj le era muy necesario para saber las horas y arreglarse por él. En fin, parece que no solo habria vendido cuanto hubiera encontrado, sino aun á sí mismo para socorrer á sus diocesanos, como lo habia hecho San Paulino para socorrer á sus Nolaneses.

En virtud de sus esfuerzos obtuvo muchos sacos de trigo, de su hermano D. Hércules, y otros muchos de frijol que le mandó un sacerdote diocesano suyo, así como treinta ducados que recibió del padre Pas-

cual de Matthaëis de la Compañía de Jesus, el que habiendo oído en Nápoles las graves angustias en que se encontraba Alfonso, se habia compadecido de él. Este hizo distribuirlo todo inmediatamente á los pobres; pero no por esto dejaban ellos de molestarlo continuamente en su palacio, ni de rodearlo siempre que salia. Entre tanto, no dejaba de abocarse y de tener largas juntas y conferencias con el magistrado y con los canónigos para encontrar modo y manera de ayudar á tantos pobrecillos, inculcando fuertemente al mismo tiempo, tanto en los sermones como en las conversaciones familiares, á los ricos y á las personas acomodadas, así como á los eclesiásticos y á las comunidades religiosas, que tendiesen una mano caritativa á los pobres en aquellas tan críticas circunstancias: y habiendo sabido que el superior de un convento bastante rico, daba escasas limosnas, lo hizo llamar y le reprendió severamente su conducta, para que en lo sucesivo se mostrase mas liberal con los pobres de Jesucristo.

Pero todo esto no era bastante para saciar y contentar á una infinidad de gente que desfallecia de hambre. En efecto, una noche, á una hora muy avanzada, al retirarse á descansar los familiares de Alfonso, vieron en la antecámara del palacio episcopal, que siempre estaba abierto para los pobres, un jóven

desmayado sobre una banca, y tan transido por la abstinencia padecida, que no daba ni aun señales de vida. Inmediatamente avisaron al obispo, que acudiendo al punto, lo hizo confortar, primero con algun licor, y despues le hizo introducir en la boca algunos trocitos de chocolate, con lo que tuvo el gusto de verlo volver en sí poco á poco y recobrar el uso de sus sentidos. Despues lo conservó á su lado por muchos dias para que se repusiese y recobrase enteramente las fuerzas, y al despedirlo, despues de logrado esto, le mandó que volviese á verlo á menudo, como lo hizo en efecto mientras duró la penuria.

Sucedió tambien que habiéndose reunido un dia en su palacio un número extraordinario de pobres que imploraban compasion y socorro, les dijo con las lágrimas en los ojos: *Hijos míos, ya no tengo que daros: todo lo he vendido, coche, animales y cuanto tenia: ya no tengo ni de qué echar mano, ni encuentro quien me preste dinero.* A estas palabras todos se pusieron á llorar, y llorando él tambien se retiró á su aposento, dejando que otros distribuyesen la limosna á toda aquella multitud de pobres.

Entre tanto Alfonso, habiendo ya vendido cuanto tenia, queria hacer vender tambien las piezas de plata que servian en las misas solemnes, esto es, el bocal y la bandeja, diciendo que podian servir otras va-

cijas de barro, con el consentimiento del cabildo de la catedral y con el permiso del Papa; pero habiéndole dicho que el cabildo nunca le daría su consentimiento porque tales piezas no habían sido hechas por él sino por sus antecesores, y habían quedado en la caja sagrada, se tranquilizó inmediatamente y desistió de ello. Esto no obstante, solicitó que por lo menos se empeñasen así estas piezas como las de la catedral; pero ni aun esto pudo alcanzar: así es que muchas veces se le veía pasearse solo por los aposentos, muy triste y agitado, pensando en el modo de aliviar á sus hambrientas ovejas. Esta aflicción creció cuando los de los Bagnolos comenzaron á molestarlo constantemente para que los socorriese no solo como á sus diocesanos, sino mas como sus vasallos, y hasta algunos de ellos llegaron á amenazarlo, aun cuando les daba todo cuanto podia.

Pero mucho mayores fueron con mucho su dolor y sus temores al ver un dia que toda la plebe de Santa Agueda se atumultó por haberle faltado el pan, y que armada como pudo, se dirigió á casa del síndico cuya puerta destrozó con hachas á pesar de hallarse bien cerrada y guardada; mas afortunadamente para él, en aquel momento se hallaba en el palacio del obispo: lo que sabido por aquella plebe tumultuaria, se dirigió al instante hácia dicho palacio, entrando una par-

te en él y circundándolo por fuera los demas para que el síndico no se escapase. A su llegada pudo éste esconderse, y esponiendo Alfonso su vida por la agena, salió al encuentro de toda aquella multitud que hacia gran estruendo con su vocerío, y con las lágrimas en los ojos se esforzó en escusar al pobre síndico; se ofreció á sí mismo por víctima de su furor, les manifestó varias y fuertes razones para calmar los ánimos exaltados, y para lograr mejor su designio, hizo distribuir entre aquellos sediciosos toda la poca harina y pan que le habia quedado en casa, así como todo el pan y toda la harina que habia en el Seminario, con lo cual hizo cesar el tumulto.

Si Alfonso salvó la vida de este modo al síndico de Santa Agueda, tambien la salvó con su prevision sobrenatural á la persona que entonces se hallaba encargada del abastecimiento de provisiones de boca en Arienzo. Habia hecho venir de esta ciudad un canónigo para que arreglase el archivo de su curia episcopal, cuando una noche le mandó repentinamente que dejando pendiente su trabajo, se volviese al instante á la citada ciudad de Arienzo, porque allí lo necesitaban. Obedeció el canónigo, y á la mañana siguiente al dia de su llegada, se suscitó allí una sedición y tumulto del pueblo, que por falta de pan, buscaba con las armas en la mano al que presidia el

abastecimiento de las provisiones de boca para matarlo. Entonces comprendió el citado canónigo el motivo por qué su obispo lo habia hecho volver allí con tanta prisa; y acudiendo inmediatamente á esconder al que amenazaba de muerte aquella furiosa plebe, lo ocultó en el convento inmediato de los padres agustinos calzados, sustrayéndolo así al furor del pueblo.

Ademas, todas estas cosas no podian menos que tener sumamente afligido y angustiado el paternal corazon de Alfonso, viendo que ni todas sus rentas eran bastantes, ni encontraba modo de obtener dinero por otra parte para socorrer las infinitas turbas de pobres que acudian á él pidiéndole pan. Despues de otros muchos proyectos y tentativas que le salieron vanas ó insuficientes para mitigar el mal, aunque fuera en parte por lo menos, pensó por fin en recurrir al Papa para obtener el consentimiento apostólico para tomar dinero á rédito sobre los bienes de la mesa episcopal; pero previendo, por otra parte, que podria tardar en venir la resolución, como en efecto sucedió, para poner pronto remedio á las urgentes y desastrosas calamidades, pensó en cotizar las obras pías para obtener cierta suma, como lo hizo, con consentimiento del cabildo y del magistrado público, para tener con que socorrer á los pobres. Esto fué lo que hizo Alfonso, estas las providencias que tomó para socorrer

á los necesitados en un año tan calamitoso: por lo que creció mucho mas en la estimacion y en la admiracion de todos.

CAPITULO X.

Enfermedad de San Alfonso.

Alfonso era ya enfermizo, y padecia casi siempre muchas molestias en su salud; pero solo tres fueron las enfermedades graves y peligrosas que tuvo durante el tiempo que gobernó la diócesis de Santa Agueda. La primera fué en la misma ciudad de Santa Agueda, despues de la cual fué, como se ha indicado, á respirar un aire mas sano á Nocera de los Paganos. La segunda fué la que le acometió en Airola, le duró como dos meses y los médicos la calificaron de muy peligrosa y mortal: él la sufrió con toda alegría de ánimo y con entera resignacion á la divina voluntad; pero sin ningun recelo de morir, pues que á un padre abate de la congregacion de Monte Virgen, que fué á visitarlo, le dijo sonriendo una mañana: *Los médicos dicen que me muero, pero no he de morir*; como en efecto sucedió, viviendo todavia otros veinte años. Por último, la tercera fué la que le ata-

abastecimiento de las provisiones de boca para matarlo. Entonces comprendió el citado canónigo el motivo por qué su obispo lo habia hecho volver allí con tanta prisa; y acudiendo inmediatamente á esconder al que amenazaba de muerte aquella furiosa plebe, lo ocultó en el convento inmediato de los padres agustinos calzados, sustrayéndolo así al furor del pueblo.

Ademas, todas estas cosas no podian menos que tener sumamente afligido y angustiado el paternal corazon de Alfonso, viendo que ni todas sus rentas eran bastantes, ni encontraba modo de obtener dinero por otra parte para socorrer las infinitas turbas de pobres que acudian á él pidiéndole pan. Despues de otros muchos proyectos y tentativas que le salieron vanas ó insuficientes para mitigar el mal, aunque fuera en parte por lo menos, pensó por fin en recurrir al Papa para obtener el consentimiento apostólico para tomar dinero á rédito sobre los bienes de la mesa episcopal; pero previendo, por otra parte, que podria tardar en venir la resolución, como en efecto sucedió, para poner pronto remedio á las urgentes y desastrosas calamidades, pensó en cotizar las obras pías para obtener cierta suma, como lo hizo, con consentimiento del cabildo y del magistrado público, para tener con que socorrer á los pobres. Esto fué lo que hizo Alfonso, estas las providencias que tomó para socorrer

á los necesitados en un año tan calamitoso: por lo que creció mucho mas en la estimacion y en la admiracion de todos.

CAPITULO X.

Enfermedad de San Alfonso.

Alfonso era ya enfermizo, y padecia casi siempre muchas molestias en su salud; pero solo tres fueron las enfermedades graves y peligrosas que tuvo durante el tiempo que gobernó la diócesis de Santa Agueda. La primera fué en la misma ciudad de Santa Agueda, despues de la cual fué, como se ha indicado, á respirar un aire mas sano á Nocera de los Paganos. La segunda fué la que le acometió en Airola, le duró como dos meses y los médicos la calificaron de muy peligrosa y mortal: él la sufrió con toda alegría de ánimo y con entera resignacion á la divina voluntad; pero sin ningun recelo de morir, pues que á un padre abate de la congregacion de Monte Virgen, que fué á visitarlo, le dijo sonriendo una mañana: *Los médicos dicen que me muero, pero no he de morir*; como en efecto sucedió, viviendo todavia otros veinte años. Por último, la tercera fué la que le ata-

có en Arienzo, y fué tambien la mas grave, la mas penosa y la que lo acompañó por diez y siete años hasta la muerte.

El año de 1769 se hallaba Alfonso en Arienzo atormentado por un dolor de sciática tan fuerte, que apenas podia andar un poco arrastrando la pierna. En los primeros dias de Agosto, y á causa de la gran seca de la estacion, todo el pueblo rogó al padre guardian del convento de Capuchinos que hiciese una procesion de penitencia. Hecha ésta despues de vísperas y con la facultad de predicar que le habia dado Alfonso, este hizo llamar al mismo padre guardian y le dijo: *Padre guardian, se ve que esto es un castigo de Dios, por lo que he pensado hacer una novena en forma de mision á la Santísima Asuncion de María en la iglesia de la Anunciacion: y para que llegue á noticia del pueblo, id por la ciudad esta noche y avisadle por medio de unos cortos sermoncitos que mañana comienza esa funcion.* Así se hizo en efecto, y habiéndose sabido que predicaba Alfonso, todo el pueblo se puso en movimiento y corrió en tropel á la citada iglesia.

Por otra parte, parecia tan imposible que él, tan atormentado como se hallaba por unos dolores tan agudos como sufría, y por los vejigatorios que le habían puesto, pudiese soportar aquel trabajo tan gran-

de, sobre todo, en una estacion tan calorosa como aquella, que el mencionado padre guardian tenia ya preparado uno de sus religiosos para que predicase en lugar del obispo. Pero el celo de Alfonso fué tal, que en todos aquellos dias permaneció, con admiracion de todos, constantemente ocupado por espacio de tres horas consecutivas, en rezar el rosario, en predicar y en dar la bendicion con el Santísimo Sacramento en dicha iglesia, sin dar la mas leve señal de desaliento ó de cansancio. Y como en atencion á la concurrencia que no cabía en la iglesia, permanecia la puerta abierta, para que los que se quedaban fuera pudiesen escuchar su voz á lo menos, Alfonso, tanto por los muchos achaques que ya padecia, como por ser aquellos dias caniculares, no pudo dejar de sufrir grandísima incomodidad, de donde justamente se originó su larga y penosísima enfermedad.

El, que ya era enfermizo, debilitado con tanto trabajo, y ademas maltratado con tanto como sudó en la citada novena, fué atacado de un reumatismo general tan acerbo, que no solo no tuvo parte alguna de su cuerpo que no quedase tiesa é inmóvil sino que ademas se le encorvó la cabeza sobre el pecho, por lo que se vió obligado á permanecer muchos meses en una silla ó á yacer en un lechecito agujerado á propósito para poder satisfacer sus necesidades na-

turales, padeciendo día y noche dolores indecibles, y mucho mas cuando alguno tenia que tocarlo ó moverlo para proporcionarle algun alivio. Su secretario, los canónigos de la catedral, los médicos ordinarios, y mas que todos el padre abate Pignattelli Olivetano, que fué despues arzobispo de Bari y en seguida de Capua, viéndolo reducido á ese estado, procuraron inducirlo á hacer venir de Nápoles médicos mas hábiles para oír su opinion sobre dicha enfermedad. Pero todo en vano, porque siempre respondia que debia servirse de los profesores que Dios le habia dado en su diócesis. Viendo por fin su secretario que cada día empeoraba mas y mas, juzgó conveniente mandar llamar al padre D. Andrés Villani, que era el director de Alfonso, y que estaba en la casa de San Miguel de los Paganos, no tanto para que lo asistiese, cuanto para que lo obligase á hacer venir otros profesores mas espertos. Obedeció Alfonso inmediatamente el mandato de su director: así que, habiendo venido otros tres médicos, le prescribieron varias medicinas, particularmente baños tibios generales para contrarestar la obstinacion del reumatismo. Pero aquí se presentó otro inconveniente, porque los baños repugnaban completamente á su virginal pudor, y ademas de las muchas razones aducidas por los médicos, fué necesario todavia el mandato de su direc-

tor para que se resolviera á bañarse. Sin embargo lo hizo con el mayor cuidado y circunspeccion para no ofender la mas escrupulosa modestia, haciéndose acercar á la orilla de la cama cuando estaba preparada la tina con el agua, y se esforzaba con la mayor incomodidad y trabajo á bajar, acomodarse y cubrirse por sí mismo, valiéndose muy poco del auxilio de su fiel hermano lego Francisco Antonio Romito, que era el único que se hallaba presente.

Por otra parte, el mayor mal de Alfonso, no era el reumatismo general, sino una grande y profunda llaga que se le habia formado debajo de la mandíbula y cerca de la garganta, tanto por la inclinacion de la cabeza, como por el pelo de la barba que él mismo se cortaba con las tijeras. Esta llaga de que salia una abundante y apestosísima supuracion, habia ya corroido no solo la piel, sino tambien una parte del hueso del pecho, y amenazaba una gangrena y por consecuencia inminente la muerte. Por lo cual fué necesario administrarle la Extrema Uncion, habiendo ya recibido la Eucaristía por la mañana, y el padre maestro Caputo Dominico, vino para asistirlo en sus últimos momentos y dictarle los devotos sentimientos y fervorosas jaculatorias que el mismo Alfonso habia dictado, y habia mandado que se le estuviesen repitiendo durante su agonía. Entre tanto, viendo el

misimo secretario las cosas en un estado tan desesperado, quiso hacer la última tentativa y mandó llamar otro excelente profesor que habia en Nápoles, y habiendo venido éste inmediatamente, suspendió la gangrena, curó la llaga, y despues de algun tiempo la sanó perfectamente.

¿Y que hizo Alfonso en todo el tiempo que duró una enfermedad tan terrible y tan penosa, que fué cerca de un año? Resignado en todo á la voluntad divina, sufrió no solo con invicta paciencia, sino aun con suma alegría y contento de ánimo, toda clase de dolores, incomodidades y tormentos, sin que jamas se le oyese proferir una palabra que indicase la menor queja, ó se le viese hacer ningun acto que mostrase la mas leve pesadumbre. Antes por el contrario, inmóvil y clavado como estaba siempre en la silla ó en el lecho de sus dolores, nunca solicitaba algun alivio ni consuelo de nadie, contentándose solo con lo que le hacian sus familiares: de manera que cualquiera que lo veía, salia sumamente admirado y edificado. Además oía todas las mañanas una y aun mas misas que hacia celebrar en su presencia, en una de las cuales comulgaba siempre; jamas dejaba sus oraciones y devociones de costumbre, se hacia leer continuamente por muchas horas al dia, vidas de santos ó libros espirituales; frecuentemente echaba ojeadas amorosas

á un crucifijo ó á un cuadro de la Virgen del buen Consejo que tenia enfrente sobre el altar, y de cuando en cuando echaba unos afectuosos suspiros y hacia actos de amor de Dios, con quien se le veia siempre unido.

Tampoco disminuyó en este tiempo sus penitencias y mortificaciones tanto en la comida, como en todo lo demas, en cuanto se lo permitian las fuerzas y el estado de su salud. Durante esta enfermedad vino á visitarlo el canónigo cantor de la catedral de Girgento, y al verlo tan pobre en su lechecillo con un miserable cobertor para resguardarse algun tanto del frio, quedó tan admirado, que vuelto á su país no cesaba de decir que ni en Nápoles ni en Roma, habia visto nada tan maravilloso como la extrema pobreza en que vivia Monseñor de Liguori.

Pero lo mas admirable fué, que él, como olvidando todos los males y los dolores que en aquella época padecía, jamas dejó de atender á los negocios de su diócesis. Escuchaba á todos los que venian á hablarle, contestaba las cartas que recibia, daba órdenes é instrucciones oportunas, procuraba dictar las providencias necesarias para remediar los desórdenes que ocurrían, y recomendaba continuamente á su vicario general y á quienes correspondia, que vigilasen sobre las buenas costumbres y sobre el bien espiritual de su

grey. Habiendo cesado la calentura despues de muchos meses, cerrada la llaga del pecho, y disipado poco á poco el reumatismo general, recobró en parte el uso de sus miembros, con lo que ya pudo levantarse de la cama y moverse algun tanto con auxilio ageno. Pero á consecuencia de la llaga que habia padecido, ya no pudo volver á levantar ni á voltear hácia ningun lado la cabeza que le quedó tan encorvada que la barba le pegaba al pecho, en razon de que, como se vió en el reconocimiento que se hizo del cuerpo, todas las seis vértebras del cuello torcido con los cartílagos anexos se habian convertido en un solo hueso. Y esta enorme encorvadura le duró por todo el resto de su vida, es decir, por cerca de diez y siete años, no solo le impidió en lo sucesivo que pudiese estenderse en la cama, sino que le alteró la forma en términos que al verlo por la espalda parecia un hombre sin cabeza. Sin embargo, si hallándose gravemente enfermo no habia olvidado los cuidados pastorales, mucho menos lo hizo cuando se vió algo restablecido. Así es que inmediatamente volvió á ocuparse de los exámenes ya de los clérigos, y ya de los confesores, á intervenir en las congregaciones de casos morales, y á atender á todas sus ocupaciones ordinarias, aun á las de componer é imprimir obras para el bien de las almas. Ademas, quiso reasumir el

ministerio de la palabra divina, por lo cual haciéndose enderezar y sostener para ir á la iglesia y subir al púlpito, predicaba muy á menudo y con tal fervor, que todos quedaban sumamente admirados de él. Entre tanto, el pueblo acudia en tropel á escucharlo, y solo al verlo tan contrahecho y con la cabeza encorvada, no se movia á compasion hácia él, sino que se hallaba escitado á los mas tiernos sentimientos de devocion y de amor hácia su Dios.

Pero en semejante estado no podia absolutamente ir á predicar por su diócesis y mucho menos hacer la sagrada visita. Por lo que, si aun antes como se ha dicho, hacia venir misioneros que predicasen en los varios lugares de su diócesis, con mucha mas razon lo hizo luego que se vió inhábil para poder apacentar con la divina palabra, como lo habia hecho, á toda su grey. En cuanto á la visita de su diócesis, aun cuando estaba enfermo no dejaba de abrirla á su tiempo en la colegiata de San Andres Apóstol en Arienzo, donde vivia, y despues mandaba á continuarla á su vicario general acompañado de algunos canónigos, dándoles las instrucciones convenientes y recomendándoles ardentemente que no omitiesen nada en bien de su grey. Cuando volvian queria que le diesen una cuenta muy exacta de todo cuanto habian hecho y de los desórdenes que habian encontrado pa-

ra proveer á su pronto remedio. Y si por acaso le informaban de alguno, no volvía á encontrar reposo ni tranquilidad hasta que ponía en obra todos los medios divinos y humanos para reparar la ofensa de Dios y quitar el escándalo. Al mismo tiempo, para que sus diocesanos no careciesen del Sacramento de la confirmación, rogaba que lo administrase á Monseñor Puoti, arzobispo de Amalfi, que algunas veces iba á visitarlo, quien de muy buena voluntad lo hacía ya en un lugar y ya en otro.

Si con tanta eficacia procuraba el buen orden de su diócesis y el bien espiritual de las almas que se le habían confiado, tenía la gran pena de no encontrar modo de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, por la enorme encorvadura de su cabeza, y esto lo afligía extraordinariamente. Tenía que acomodarse en una silla bastante baja para poder tomar apenas uno que otro trago de agua. Pero habiendo ido á visitarlo un religioso de la compañía de Jesús, al saber esta circunstancia, le aconsejó que bebiese con un carricito, y habiendo salido bien la prueba, comenzó á usar un tubito de madera con el cual ya podía beber. Viendo esto los médicos, los canónigos y los caballeros de la diócesis, y juzgando que no era decente que un obispo bebiese con un tubito de madera, le mandaron hacer uno de plata, y para que lo usase le hi-

cieron creer que era de metal de alemania. Pero habiéndose convencido de que realmente era de plata, no quiso volerlo á usar bajo el pretesto de que se quemaba los dedos al tomar el café, por lo que fué necesario hacerle otro de madera, con el que bebió hasta la renuncia del obispado.

Viendo sus familiares por una parte que debía muy bien con el tubito, y por otra lo que se apesadumbraba de no poder celebrar, le sugirieron que pidiese dispensa al Papa para poder usar del tubito al decir la misa. Pero no quiso hacerlo en manera alguna, diciendo, que siendo esto un privilegio y una distinción del Soberano Pontífice, no quería ni aun pedirlo por dispensa, conformándose mas bien con no decir misa. En este estado de cosas, Alfonso no hacía mas que recibir diariamente la sagrada comunión en la misa que oía, cuando un padre maestro agustino fué á convidarlo, para que tuviese á bien predicar en la iglesia de su orden, la última dominica de Agosto, en que se celebraba allí la fiesta de la Santísima Virgen del Socorro. Entonces Alfonso, despues de haber aceptado el convite; añadió: *¡Ojalá y aun pudiese ir á decir misa á vuestra iglesia, como puedo ir á predicar! ¡Cuanto seria mi consuelo! mas no puedo por esta cabeza que tengo tan inclinada sobre el pecho.* A lo que el padre maestro le respondió inmediatamente

que podia muy bien decir misa á pesar de aquella molestia, porque sentado en una silla y asistido por un sacerdote revestido de sobrepelliz y estola, que lo ayudase, podia sorber el *sanguis* de modo que no habia peligro de que se derramase. Agradó mucho á Alfonso este consejo; y despues de haber oido la opinion de otros teólogos, y de haber hecho la prueba muchas veces con buen éxito, volvió con gran júbilo de su corazon á celebrar misa de este modo, y así continuó siempre sin que jamas le ocurriese accidente alguno.

CAPITULO XI.

Renuncia el obispado San Alfonso y vuelve á su congregacion.

Solo por obedecer al Romano Pontífice, y al mismo tiempo por no oponerse á la voluntad divina, habia aceptado Alfonso el grave peso del obispado. Pero creyendo á los pocos años que no podia cumplir perfectamente con las obligaciones del ministerio pastoral en atencion á su edad avanzada, y á sus indisposiciones corporales, pensó en renunciarlo para mayor bien de su iglesia. Pero encargó á uno de los padres de la congregacion, que hablase en Nápoles

con algunas personas notables y de saber para que manifestasen si aprobaban su designio. Y como le contestó que aprobaban la renuncia en atencion á la edad y á las angustias en que se hallaba, así como al alivio de su espíritu ageno á esta dignidad é inclinado á la soledad, no quedó en manera alguna satisfecho, respecto á que el motivo de soledad y de alivio de su espíritu redundaban en comodidad propia. Así es que escribió espresamente al padre Villani su director, que no se tranquilizaba su conciencia con la opinion que se le habia dado; porque el motivo de la soledad y del alivio propio estaba escludido por el capítulo *Nisi, de renunc.*, y que solo podian valer su avanzada edad y lo achacoso de su salud, así como el perjuicio que resentiria su iglesia, por no poder en ese estado cumplir con sus obligaciones; y que por tanto tomase consejo de otras personas tan pías como instruidas que le indicaba. Porque *no querria yo, le escribe, que la celda me condujese al infierno por haber dejado la carga contra la voluntad de Dios. Estoy cierto de que hace algunos años quiso Dios que yo fuese obispo, y ahora para dejar de serlo, debo estar tambien cierto, moralmente hablando, de que el mismo Dios no quiere ya que lo sea.* Sin embargo, para quitarse enteramente todo escrúpulo, resolvió, con parecer de su mismo director, esponer sencillamente al Papa su

que podia muy bien decir misa á pesar de aquella molestia, porque sentado en una silla y asistido por un sacerdote revestido de sobrepelliz y estola, que lo ayudase, podia sorber el *sanguis* de modo que no habia peligro de que se derramase. Agradó mucho á Alfonso este consejo; y despues de haber oido la opinion de otros teólogos, y de haber hecho la prueba muchas veces con buen éxito, volvió con gran júbilo de su corazon á celebrar misa de este modo, y así continuó siempre sin que jamas le ocurriese accidente alguno.

CAPITULO XI.

Renuncia el obispado San Alfonso y vuelve á su congregacion.

Solo por obedecer al Romano Pontífice, y al mismo tiempo por no oponerse á la voluntad divina, habia aceptado Alfonso el grave peso del obispado. Pero creyendo á los pocos años que no podia cumplir perfectamente con las obligaciones del ministerio pastoral en atencion á su edad avanzada, y á sus indisposiciones corporales, pensó en renunciarlo para mayor bien de su iglesia. Pero encargó á uno de los padres de la congregacion, que hablase en Nápoles

con algunas personas notables y de saber para que manifestasen si aprobaban su designio. Y como le contestó que aprobaban la renuncia en atencion á la edad y á las angustias en que se hallaba, así como al alivio de su espíritu ageno á esta dignidad é inclinado á la soledad, no quedó en manera alguna satisfecho, respecto á que el motivo de soledad y de alivio de su espíritu redundaban en comodidad propia. Así es que escribió espresamente al padre Villani su director, que no se tranquilizaba su conciencia con la opinion que se le habia dado; porque el motivo de la soledad y del alivio propio estaba escludido por el capítulo *Nisi, de renunc.*, y que solo podian valer su avanzada edad y lo achacoso de su salud, así como el perjuicio que resentiria su iglesia, por no poder en ese estado cumplir con sus obligaciones; y que por tanto tomase consejo de otras personas tan pías como instruidas que le indicaba. Porque *no querria yo, le escribe, que la celda me condujese al infierno por haber dejado la carga contra la voluntad de Dios. Estoy cierto de que hace algunos años quiso Dios que yo fuera obispo, y ahora para dejar de serlo, debo estar tambien cierto, moralmente hablando, de que el mismo Dios no quiere ya que lo sea.* Sin embargo, para quitarse enteramente todo escrúpulo, resolvió, con parecer de su mismo director, esponer sencillamente al Papa su

edad y sus graves indisposiciones corporales, añadiéndole su entera sumision á la voluntad del mismo Pontífice. Este, que por otra parte era todavia el mismo Clemente XIII, esto es, el mismo que se habia empeñado en hacerlo obispo, le hizo responder que bastaba solo su reputacion para el bien de la diócesis. Con esta respuesta se tranquilizó Alfonso y desechó todo escrúpulo con respecto á lo que le parecia que no podia hacer.

Pero despues de la grave enfermedad de que hemos hablado, y de la cual quedó no solo con el cuello encorvado, sino aun incapaz de poderse mover y andar sin auxilio extraño, y con el oido entorpecido, comenzó de nuevo á verse agitado por los escrúpulos y á no encontrar tranquilidad, considerándose ya enteramente inepto para gobernar su diócesis. Manifestó á muchas personas esta angustiosa idea que continuamente lo atormentaba, y entre otras, á Monseñor Albertini, obispo de Caserta que habia ido á verlo á Arienzo. Habiéndole preguntado éste en la comida, cuántas almas contaba en su obispado, y habiéndole respondido que eran cerca de treinta mil, otras tantas, replicó el mismo Monseñor Albertini, componen mi diócesis. Entonces Alfonso, sacudiendo un poco la cabeza, y tomando cierto aire serio añadió: *Tenemos los dos treinta mil libras de peso so-*

bre los hombros. ¡Pobres de nosotros si por nuestra negligencia se pierde una sola de tantas almas como se nos han encomendado!

Así, pues, con el fin de quitarse esta espina que tan fuertemente lo punzaba é irritaba, despues de haber tomado consejo de muchos hombres sábios y particularmente de su mismo director el padre Villani, espuso en una carta que escribió al Sumo Pontífice, que era entonces Clemente XIV, todas las razones por las cuales se consideraba inhábil para seguir gobernando su diócesis, y particularmente por no poder hacer ya la sagrada visita, suplicándole por tanto que tuviese á bien aceptar la renuncia. Pero este Pontífice, ya porque no estimaba en menos que sus predecesores la santidad de Alfonso, como porque habia recibido cartas, particularmente de los curas de la diócesis de Santa Agueda para que no aceptase la renuncia de su obispo, rehusó recibirla, y le hizo responder por el cardenal Castelli, prefecto entonces de la sagrada congregacion de obispos y regulares, que *valia mas ante Dios, y era mas provechosa al bien de su diócesis, una oracion que él hiciese en su cama, que mil visitas y mil disciplinas de sangre.*

Al oir esto Alfonso, conformándose en todo con la voluntad del Sumo Pontífice, y por consiguiente con la de Dios, se manifestó pronto á permanecer sobre

aquella cruz y á sufrir las angustias de espíritu y los escrúpulos que lo atormentaban dia y noche viéndose incapaz de gobernar su diócesis como habria querido. Pero yendo siempre mas y mas en aumento en él estas penas interiores, y agravándose cada vez mas las indisposiciones de su salud, tanto los individuos de su congregacion, como aun muchos obispos le dijeron y le instaron que repitiese su súplica al Papa, para que se dignase descargarlo de un peso que por todos lados se le habia hecho demasiado gravoso. A lo cual respondió Alfonso con mucha tranquilidad: *Si repito la renuncia, no la acepta: tengamos paciencia y esperemos al que viene despues.* Esta respuesta movió algun tanto á risa, porque él ademas de los setenta y tres años de edad que tenia, era estropeado y estaba lleno de achaques, mientras que el Papa estaba sano y robusto y contaba diez y siete años menos que él. Y sin embargo fué una profecía que se vió enteramente cumplida al cabo solo de cinco años.

Entre tanto conservó por estos otros cinco años las riendas del gobierno de aquella iglesia, en cuyo tiempo cuanto mas incapaz se fué poniendo para obrar con el cuerpo, tanto mas mostró aun su heroico celo por el bien de su grey. Continuó rigiendo siempre su diócesis del modo ya dicho arriba, y ni aun dejó de predicar, en los últimos años de su obis-

pado, en cuya época se habia llegado á enflaquecerse tanto, y á encorvársele tanto la cabeza, que escitaba las lágrimas del que siquiera lo miraba. Por otra parte el mayor prodigio era, que encendiendo su celo se le veia ponerse ágil de repente como cualquier jóven robusto, y que concluido el sermón volvian á recobrar sus nervios su habitual rigidez, y ya no podia ni dar un paso por sí solo. Lo que causaba no poca admiracion á los que lo veian, y los que debian sostenerlo al bajar la escalera, decian entre sí: *Al bajar el viejo necesitará de nosotros, y ahora que está en el púlpito predicando, se endereza y se sostiene por sí solo.*

Viendo los médicos, que no podia andar á pié, quisieron que á lo menos saliese en coche con frecuencia, creyendo que aquel movimiento le aprovecharia para disminuir en algo el entorpecimiento de sus miembros; pero él no quiso volver á comprar coche ni mulas con perjuicio de los pobres, ya que habia vendido el que tenia, para sustentarlos, sino que para obedecerlos, de allí en adelante no hizo mas que servirse una que otra vez de un coche alquilado. Tambien querian los médicos que con motivo de tantas enfermedades como padecia, comiese carne en la cuaresma y en todas las demas vigiliass del año. El solo hacia que se la pusiesen por escrito, y ademas queria que la suscribiese el arcipreste párroco; pero

después, para mortificarse, nunca hacia uso de ella, con el pretexto de que le hacia daño la carne y que le bastaba la sopa hecha con mantequilla. Y así habría sucedido si los médicos y sus familiares que nunca lo habían podido convencer sobre este punto, no hubiesen tomado el partido de hacérsela preparar con caldo de carne sin decirle nada, pues conocían que no habría podido sostenerse en el estado en que se hallaba, comiendo la sopa como deseaba. A la mortificación de la gula correspondían también todos los otros medios de que se servía para afligir su cuerpo, de modo que se podía decir muy bien, que cuanto más se debilitaba éste por todas partes con sus graves enfermedades, tanto más gusto tenía él en atormentarlo por todos los medios posibles.

Cuando se hallaba tan enfermo, y justamente en el otoño del año de 1772, fué á visitarlo á Arienzo el padre D. Fabio Buonopane de su congregación, y le manifestó el temor que tenían sus alumnos de verse muy pronto privados de él, tanto por su avanzada edad, como por los achaques que padecía su salud; mas Alfonso le respondió inmediatamente que todavía tenía que vivir mucho tiempo. A esta respuesta quedó aquel como aturdido, pues le parecía que no podía convenir en manera alguna con el estado de Alfonso tan enfermizo, y después de un rato volvió á

esponerle el temor común de su próxima muerte, y obtuvo la misma respuesta, por lo que dicho padre se imaginó que podría aun vivir otros siete, ó cuando mas, otros ocho años; pero se equivocó mucho, porque sobrevivió otros quince.

Ya hacia trece años que Alfonso llevaba el peso del obispado, y cerca de seis que éste se le había hecho mas y mas gravoso por sus enfermedades, cuando un día, que fué el 21 de Setiembre de 1774, en Arienzo, donde vivía entonces, estando en un sillón de brazos, se le vió como adormecido placida y profundamente, y aunque continuó en este estado no solo toda la noche, sino aun parte del día siguiente, su criado se limitó á estar al cuidado sin atreverse á despertarlo, por habérselo prevenido así el vicario general. Habiendo tocado la campanilla de repente el 22 en la tarde, acudieron al instante algunos de sus familiares, y viéndolos asombrados les dijo: *¿Qué es? ¿qué sucede?*—*Hace dos días que no habláis, le respondieron, ni comeis ni dais ningun indicio de nada.*—*Decís bien, replicó entonces Alfonso: ¿pero no sabéis que he estado asistiendo al Papa que acaba de morir?* En efecto, no pasó mucho tiempo sin que supiesen que Clemente XIV había pasado á la otra vida el 22 de Setiembre á la misma hora en que Alfonso había tocado la campanilla y había anunciado su muerte.

Habiendo sido, pues, colocado en la cátedra de S. Pedro el Sumo Pontífice Pio VI, acudió Alfonso inmediatamente á él esponiéndole las mismas razones para moverlo á aceptar su renuncia, y suplicándole al mismo tiempo que tuviese á bien librarlo de los escrúpulos en que vivia continuamente. Aun este Pontífice se mostró al principio renuente á aceptarla, sabiendo muy bien, que la sola presencia de Monseñor de Linguori era mas que bastante para santificar toda la diócesis, y que ademas, era el espejo y el modelo de todos los obispos. Sabido esto por Alfonso, le hizo saber al momento que estaba pronto á sacrificar su salud por conformarse con la voluntad del Vicario de Cristo. Pero mejor informado éste despues, del estado verdaderamente digno de compasion en que se hallaba Alfonso, pues que á su avanzada edad y á sus graves enfermedades habituales, se habia agregado una disminucion no corta de la vista y del oido, reconoció que eran muy justos y racionales los motivos que lo impelian á renunciar el obispado. Con esto aceptó la renuncia el 17 de Julio de 1775, y le hizo escribir por el cardenal Giraud lo que sigue: *Su Santidad ha oido con una verdadera amargura de corazon el infeliz estado de salud que lo determina á dar este paso. Persuadido como está el Santo Padre de sus méritos y de su pastoral vigilancia, consiente de mala*

voluntad en su retiro del gobierno de esa iglesia; pero convencido tambien de los justos motivos que tiene para hacerlo, no quiere angustiar su espíritu, y ha venido en aceptar su renuncia. De este modo á los trece años cumplidos de gobernar la iglesia de Santa Agueda de los Godos, resignó Alfonso libremente su obispado en manos del Pontífice; y lo hizo, no solo sin pedir pension ninguna, pero ni tampoco otro título de alguna iglesia situada en lugar de infieles, como suele hacerse comunmente.

Luego que Alfonso recibió esta noticia dió un fuerte suspiro y dijo: *Alabado sea Dios que me ha quitado una montaña de encima de los hombros.* Despues dió las mas humildes gracias al Señor por haberlo librado de un peso que tanto lo oprimia y que lo tenia en continuas agitaciones y temores. Tambien escribió una respetuosísima carta al Snmo Pontífice dándole las gracias porque se habia dignado aceptar su renuncia, y rogándole al mismo tiempo que tuviese á bien concederle el privilegio del altar portátil en su aposento para sí y para los demas, en virtud de que por sus indisposiciones no podia ya celebrar en la iglesia. El Pontífice le concedió benignamente todo lo que pedia, y ademas le concedió una pension anual de 800 ducados para su manutencion sobre el obispado de Santa Agueda. Habiendo sido reputada

corta esta pension por los ministros de la real cámara de Santa Clara, cuando le pusieron el real asenso, le aumentaron otros cien ducados; pero Alfonso nunca exigió mas que la cantidad que le habia asignado el Papa.

Luego que sus diocesanos supieron que habia renunciado el obispado, no hubo uno que no se mostrase extraordinariamente afligido, viendo que perdian un pastor tan bueno, ó mas bien, un padre amorosísimo. El dió el aviso al cabildo de su iglesia catedral, y al instante fueron enviados á Arienzo dos canónigos comisionados tanto para cumplimentarlo, como para manifestarle el sentimiento que todos tenían de perderlo. Lo mismo hicieron otros canónigos en lo particular, y otras personas eclesiásticas y seculares que fueron espresamente á visitarlo y espresarle la gran pesadumbre que les causaba su partida. Pero él, entre tanto, lleno de júbilo en el Señor, no se cansaba de repetir: *Me he quitado la montaña de Taburno de encima de la nuca; que es justamente un cerro que hay entre Cápua y Nola. Y todavía añadía: ¡Oh qué cuenta tan grande ha de dar á Dios un obispo! No sé como pueda dormir un prelado.*

Despues dió orden á sus familiares para que mandasen de regalo á la iglesia catedral toda la plata que hubiese en su palacio; pero despues de rebuscar por

todas partes, no se encontraron mas que dos tenedores y una cuchara. Tambien donó á los administradores de los muebles todo su pobrísimo menaje doméstico, y solo les pidió de limosna su lechecillo, que consistia en un toseco jergon y un pequeño colchoncito, agregado despues de la gran enfermedad por orden de los médicos. Al ver una humildad y una pobreza tan heroicas, apenas pudieron contener las lágrimas todos los que se hallaban presentes, y el arcediano de la catedral de Santa Agueda, le dió el tubito de plata que habia rehusado antes, suplicándole que lo tomase, pero sin decirle una palabra sobre la materia de que estaba hecho. Despues de todo esto se dispuso á partir, y entre tanto se vió que todo el tren del obispo consistia en una simple canasta en que estaba una lámpara de laton, un hornito y una chocolatera de hoja de lata, que con el lechecillo indicado llevaba un jumento que iba detras del carruaje. Por otra parte, una gran multitud de pueblo, y una inmensa turba de pobres lo rodeaban llorando, y muchos de ellos lo acompañaron hasta San Miguel de los Paganos, siendo aquel dia, un dia de suma tristeza y de luto para la ciudad y para toda la diócesis de Santa Agueda.

Volvió, pues, Alfonso hácia fines del mes de Julio de 1775 á la casa de San Miguel de los Paganos de

su congregacion, donde luego que llegó suplicó humildemente á todos los padres que estaban presentes, que tuviesen la bondad de volverlo á recibir entre ellos. Despues al subir las escaleras que conducen coro de la iglesia iba repitiendo: *Gloria Patri. Esta cruz que llevo en el pecho y que me pesaba tanto cuando subia las escaleras del palacio episcopal, se ha puesto ahora ligerísima.* Llegado al coro y arrodillado ante el Santísimo Sacramento, se le oyo decir con la faz en tierra: *Agimus tibi gratias Señor, os doy gracia por haberme descargado de un peso tan grande: ya no podia mas.* Ademas, habiendo ido á cumplimentarlo y á felicitarlo por su regreso á la casa de San Miguel muchos sacerdotes y caballeros, dijo así á éstos como á todos los padres de su congregacion que se hallaron presentes, que juzgasen si podia tener la conciencia tranquila por la renuncia que habia hecho; porque despues de un maduro consejo de muchos hombres prudentes y doctos, y sobre todo, del padre Villani su director, habia espuesto humildemente al Santo Padre su incapacidad para continuar gobernando la diócesis, y que por esto se habia decidido á renunciarla, y no por algunos otros motivos humanos, ni por librarse de los cuidados pastorales, y pasar el resto de sus dias en el ocio y la tranquilidad; y que el mismo Sumo Pontífice para librarlo de

las angustias de su conciencia se habia dignado aceptar la mencionada renuncia. ¿Qué mas podia decir para demostrar su humildad, y al mismo tiempo su gran temor de errar, y de no conformarse en todo con la voluntad divina?

PARTE CUARTA.

DEL ESTADO DE SAN ALFONSO DESPUES DE LA RENUNCIA
DEL OBISPADO HASTA LA MUERTE.

CAPITULO I.

Tenor de vida de San Alfonso en los primeros años despues
de la vuelta á su congregacion.

Alfonso, pues, descargado del peso del obispado, y vuelto á su casa de San Miguel de los Paganos, pensaba llevar en el resto de sus dias una vida enteramente conforme con la que habia llevado antes de ser obispo, si bien nada ó muy poco diversa la habia llevado mientras lo fué. Sus alumnos le habian preparado un departamentito un poco cómodo y decente en el primer piso de dicha casa; pero él lo rehusó y solo queria una piecесita con la cama y demas muebles que antes. Viendo esto su director y demas padres de la congregacion, lo obligaron á aceptar dos piezas, en una de las cuales tuviese la cama y en

la otra el altar, con un cuartito al lado para que durmiese su criado y pudiese tener cuidado con él durante la noche, y quisieron al mismo tiempo que en atencion á su edad y á sus enfermedades, ademas del jergon usase un colchon de lana que ya le habian ordenado los médicos. Tambien habia querido observar enteramente las reglas de su congregacion, y asistir á todos los actos comunes, hasta á la mesa ó refectorio, y ser tratado enteramente como cualquier otro sacerdote de la congregacion, sin consideracion ni distincion alguna de lugar, de servidumbre, ni de ninguna otra cosa, como en efecto al principio no dejaba de ir por la noche al coro para hacer junto con todos los demas la oracion mental. Pero habiéndoselo prohibido su director á quien nunca dejó de obedecer ciegamente, no pudo llevar al cabo sus deseos; por lo que procuró ejecutar siempre y con toda exactitud en su aposento lo que no le era permitido hacer en comun.

De aquí es que ademas del rezo de las horas canónicas hecho siempre con todo el recogimiento y fervor posibles, y en los tiempos establecidos, luego que despertaba por la mañana hacia media hora de oracion en compañía del hermano lego y de su criado. Despues se preparaba para celebrar la santa misa, y concluida, oia otra que se hacia decir en su mismo oratorio privado para la accion de gracias. Luego se po-

nia á estudiar, ó bien á tratar de los negocios de su congregacion, ó de algunos otros relativos á la gloria de Dios y al bien de las almas, hasta que llegado el momento de salir en coche, segun la disposicion de los médicos, hacia ejercicio en él por una hora, y entonces rezaba el santo rosario, ú otras preces, ó bien, se hacia leer algun libro espiritual. Vuelto á casa iba inmediatamente á la iglesia, donde permanecia mucho tiempo adorando á Jesus Sacramentado, rezando las oraciones que habia compuesto con ese objeto, y acompañándolas con la meditacion, y con amorosas oraciones y jaculatorias. Iba despues á su aposento, y despues de tomar un poco de alimento, como de costumbre, ruín y parco y salpicado con las yerbas amarguísimas que usaba siempre, tomaba un rato de recreacion con los padres que lo iban á ver á esa hora, hablando de las misiones que se habian hecho, del provecho que se habia sacado, de las conversiones acaecidas, ó de otras cosas edificantes y espirituales; sin dejar él por otra parte, de sazonar estas conversaciones con sus naturales y sencillos chistes y con inocentísimas sales para descanso del ánimo. A esto seguia un corto reposo, despues del cual seguia la lectura de libros espirituales, ó de vidas de santos, y otra media hora de oracion mental acompañado de su hermano lego y de su criado. Hecho esto,

bajaba á la iglesia y allí se estaba mucho tiempo delante del Santísimo Sacramento y del cual no se separaba sino en fuerza de la obediencia, para ir á dar otra vuelta en coche. Pero vuelto á casa, volvía de nuevo á la iglesia á visitar á Jesus Sacramentado, y allí permanecia hasta la puesta del sol. Cuando estaba malo el tiempo y lluvioso en términos de no poder salir, entonces no se retiraba hasta que entraba la noche, y retirado á su aposento, hacia con las mismas dos personas de su servicio otra media hora de oracion mental. Finalmente, despues de la cena de los que lo servian, porque él no cenaba, hacia junto con el mismo hermano lego y con su criado el exámen de conciencia, se rezaban los actos de fé, esperanza y caridad, otras preces devotas, y el santo rosario con la meditacion de los misterios, por lo que no era de tan corta duracion, y despues de todo esto se ponía á descansar por pocas horas.

No fué menos el cuidado de Alfonso en conservar aun en tal estado aquella pobreza que tan cara le habia sido siempre. Si aceptó, como ya hemos dicho el tubito de plata que le regaló su arcediano al partir de Santa Agueda, llegado que hubo á la casa de San Miguel, y echando de ver que no era de metal ordinario sino de plata, lo consignó inmediatamente al padre D. Andres Villani, vicario general de su

congregacion, y de allí en adelante no usó para beber mas que del de madera. Así tambien sufriendo de mala gana comer con el tenedor de plata, como cosa contraria á las reglas, con pretexto de que no podia tomar bien con él el alimento en el plato, mandó á su criado que le fuese á traer uno de fierro de los que usaba la comunidad, y continuó comiendo con él por mucho tiempo, hasta que por último, su director lo obligó á servirse del de plata, lo cual hizo solamente por obedecer. Por el mismo espíritu de pobreza, jamas usaba cosa alguna de por sí, sino que antes pedía la licencia al vicario general, al rector ó al ministro de la casa: ni tampoco administraba el dinero que le enviaban de Nápoles, ni el de la pension que le asignó el Pontífice, sino que dejaba el cuidado de todo á su mismo vicario general, sin saber ni indagar jamas cuál era la cantidad. Antes bien, sucedió que habiéndole ocurrido algun escrúpulo sobre dicha pension que se le habia asignado, sin haberla solicitado, sobre las rentas de la mesa episcopal de Santa Agueda, para mayor seguridad hizo escribir al cardenal penitenciario mayor, el que remitió el negocio al juicio de su director, y solo así se tranquilizó.

Ademas del dinero que recibia de varias partes, solo tomaba lo poco que gastaba en su escaso alimento y para lo mas indispensable de sus necesida-

des, y el resto lo empleaba en limosnas, ó secretas en favor de familias pobres y vergonzantes, máxime si habia peligro de algun escándalo, ó en las que no solo todos los sábados despues de vísperas, sino en cualquiera otro dia hacia distribuir á la puerta de la casa á todos los pobres que acudian aun de países lejanos y de su misma diócesis de Santa Agueda; y sin embargo, al salir de casa y al volver no dejaba de dar limosna á todos los pobres que lo esperaban y lo rodeaban en tropel, y continuamente recomendaba á su hermano, lego que diese limosna á todos los pobres que viniesen á pedirla, segun su edad y condicion. Tambien mandaba á Santa Agueda una gran parte de la pension que tenia de su obispado para que se distribuyese entre los pobres ó se emplease en otras obras pías. Era tan grande su caridad hácia los pobres, que viejo y enfermo como estaba, habria querido privarse todavia del poco alimento que se le preparaba para dárselo á ellos. *Leonardo*, decia á un hermano lego de este nombre, *á mí me basta un pedazo de pan mojado. Hay muchos pobres: del dinero que administráis de mi pertenencia, dad limosna, particularmente á cualquiera persona que sepais que está en peligro de ofender á Dios.* Ademas, decia continuamente al otro hermano lego que lo asistia, que él no deseaba pan blanco sino moreno, queriendo dar

aquel á los pobres; y al llevarle la sopa hacia lo mismo, diciendo: *Dádsela á los pobres, que yo me conformo con un pedazo de pan moreno, y quiero ser tratado como cualquier pobrecillo.*

No dejaba de ayudar al mismo tiempo á las personas de su congregacion, particularmente si estaban enfermas, para que pudiesen restablecerse pronto con el auxilio de los médicos, ó con el del temperamento. Lo mismo hacia con las casas pobres de su congregacion, y muy especialmente con las recién fundadas, porque tenían mayores necesidades; como sucedia con la de Frosinone, fundada el año de 1776, y la de Benevento, fundada en el año siguiente. *Me hallo tan oprimido, escribia á uno de sus alumnos, que estoy en peligro de perder el seso. El rector de Frosinone me escribe que está pensando en venirse aquí, porque no sabe cómo hacer para dar de comer á ocho ó nueve compañeros. Esta mañana he mandado vender los cuatro cubiertos que tenía: ¿pero por cuánto tiempo podrá remediarlos esto? He pensado quitarme el gusto del chocolate, y quitar tambien el coche.* Así quería hacerlo, y así lo habria ejecutado, si no se lo hubieran impedido los médicos y su director. Habiéndosele dicho en otra ocasion, estando á la mesa, que una de las casas de su congregacion estaba necesitada, tomó inmediatamente un cubierto de plata que era el único

que le quedaba, y mandó que se vendiese para socorrerla, añadiendo que ya no le quedaba otra cosa que vender.

Si la caridad de Alfonso respecto de las necesidades temporales de su prójimo, en vez de debilitarse y disminuirse con el aumento de la edad y de sus enfermedades, se veia cada vez mas vigorosa y reforzada, se puede decir que lo mismo sucedia con su ardiente celo por la salvacion de las almas, porque á pesar de su decrepitud, de su debilidad y de las gravísimas indisposiciones de su salud, no solo predicaba todos los sábados y domingos, y en toda la semana de pasion en la iglesia de San Miguel, donde vivia, sino que iba arrastrándose á predicar á otras iglesias de la misma ciudad de los Paganos y de Nocera, á instancias del obispo de dicha ciudad, y lo hacia siempre con tal fervor y con tal ternura, que conmovia á todos los que lo escuchaban. En el año de 1779, hacia muchos meses que una gran seca affligia varios lugares y provincias del reino y tambien á la ciudad de Nocera. El clero y los habitantes de ella quisieron hacer una procesion de penitencia para aplacar la ira de Dios y convidaron á Alfonso para ella. Aceptó de buena voluntad la invitacion, y aunque apenas podia pararse, y no podia dar ni un paso sin tener en quien apoyarse, quiso andar un gran tre-

cho de la calle á pie con una sogá al cuello, una corona de espinas en la cabeza, y cubierto de ceniza, haciéndose preceder por el gran cuadro en que estaba pintado el Crucifijo que acostumbraba usar en las misiones. Llegado á la gran plaza que está ante la iglesia parroquial de San Félix en la municipalidad de los Paganos, y subiendo al púlpito, con el auxilio de muchas personas, se volvió al citado Crucifijo y exclamó: *Tienes razon de castigarnos, Jesus mio.* A estas palabras, el numerosísimo pueblo que había concurrido armó tal vocerío y se desató en un llanto tan copioso, que con mucho trabajo pudo proseguir el sermón comenzado, del que sin embargo sacó muchísimo fruto.

A pesar de esto, vuelto el cielo como de bronce, no daba esperanza alguna de lluvia, y los campos enteramente secos hacían ya temer una inminente carestía, cuando un lunes á principios de Junio, habiendo pasado Alfonso por la iglesia de Santa María de las Gracias, llamada vulgarmente de los *Santos de la capilla de Mayo*, y ya cerca de su casa, hizo volver atrás el coche y conducirse á dicha iglesia. Allí, sentado en una silla, comenzó en presencia de un numeroso pueblo que se había reunido al instante por la novedad del caso, á declamar fuertemente contra los pecados que eran la causa de aquella seca; y vien-

do al pueblo conmovido y compungido, dijo: *Pueblo mio, abandonemos el pecado, y la Santísima Virgen María nos hará la gracia de que todos los domingos tengamos agua.* Y así sucedió, porque contra toda apariencia y contra toda esperanza, el domingo siguiente hácia el anochecer cayó una lluvia desecha y duró por muchos días.

Iba con frecuencia á la parroquia de los Paganos, donde los padres de su congregación predicaban en forma de misión; y después del sermón grande, haciéndose subir al púlpito, dictaba mil sentimientos propios para compungir al pueblo y para escitarlo á amar á Dios. Lo mismo hacía cuando se daban los ejercicios espirituales á los clérigos: y una ocasión, en la última noche de ellos, con admiración de todos, se hizo conducir con muchísimas dificultades á la capilla doméstica de la Virgen de los Dolores, é hizo allí un fervoroso discurso sobre el amor de Jesucristo: de modo que solo dejó de predicar y de instruir en público, cuando en los últimos años de su vida, no pudiendo ya pararse, se vió obligado á permanecer en cama ó en una silla.

Y como la sed de convertir almas á Dios y salvarlas, era la que mas lo atormentaba continuamente, no pudiendo ya apagarla completamente, como lo había hecho por tantos años, y como aun habría deseado

hacerlo, yendo á predicar por todas partes, esparciendo la divina palabra, procuró mitigarla por lo menos algun tanto, instruyendo siempre y predicando á todo el mundo en su mismo aposento. En efecto, á pesar de sus enfermedades y de su decrepitud, continuó por muchos años despues de la renuncia del obispado, componiendo y publicando obras espirituales para bien y provecho de las almas. Vuelto á su casa de San Miguel de los Paganos, no tardó mucho en imprimir dos obras, una de las cuales se intitula: *Conducta admirable de la divina Providencia en salvar al hombre por medio de Jesucristo*, que dedicó al Sumo Pontífice Pio VI, á quien mandó las dos, dándole las gracias al mismo tiempo por la suma dignacion y bondad que habia usado con él. Por lo que el loado Pontífice para mostrarle cuanto le habia agradecido ese presente, le escribió, entre otras cosas, en carta de 17 de Noviembre de 1776: *No podia haber para nos cosa mas grata ni mas acepta, y por eso os lo agradecemos mucho mas que si nos hubieseis ofrecido aquellos dones, que comunmente se consideran como preciosos y son estimadísimos. No dudamos que en estas obras resplandecerá admirablemente el constante y ardientísimo empeño de apacentar, hasta que podais, la grey de Cristo; de modo que aun despues de haber renunciado el obispado, mostrais no haber dejado el espíritu*

y el deber de un corazon episcopal. Y así fué en efecto, porque ademas de predicar como ya se ha dicho, continuó dando á luz otras obras, una de las cuales fué la intitulada: *Meditaciones de la vida eterna para desprenderse del mundo.*

El mismo celo por la salvacion de las almas lo impelia á procurarla aun con sus exhortaciones privadas, y con sus conversaciones familiares, exhortando á todos los que venian ó recurrian á él, á amar á Jesucristo y á ser devotos de María Santísima, á hacerse santos y á salvarse; y si el caso lo exigia, jamas dejaba por ningun respeto humano, de hacer la correccion necesaria, fuera quien fuese, aunque por otra parte, siempre con prudencia y con dulzura. Algunos años despues de su vuelta á la casa de San Miguel, vino á visitarlo su sobrino D. José de Liguori, hijo de su hermano D. Hércules, con Doña Guzmána Lambiase, hija del príncipe de Campana, y recien casada con su mencionado sobrino. Hablando Alfonso con ellos, les sacó diestramente si acostumbraban ir á los festines, á las tertulias, á los teatros, y habiéndole ellos confesado que sí iban, les hizo una amable pero fuerte correccion, con un fervoroso discurso sobre la vanidad del mundo, y les hizo ver el peligro de condenarse á que se esponian con esas diversiones. Despues, habiéndoles regalado muchos libros espiri-

tuales y otras cosas devotas, hizo de modo que volvieran á Nápoles muy alegres y contentos.

Si tanta era la solitud y el celo de Alfonso por el bien de todos los demas, mucho mayor debia serlo por los de su congregacion. Sin embargo de sus atenciones pastorales, y aunque estuviese allí el vicario general que la gobernaba, jamas dejó de atenderla y vigilar sobre ella, así como sobre la conducta de sus alumnos. con mucho mayor empeño lo hizo, cuando depuesto el peso del obispado, se volvió á ver en su congregacion para poder regirla en persona y de viva voz, y procurarle toda clase de provecho espiritual. Ciertamente que en aquella edad y tan enfermo como estaba, no podía ya ir como antes á visitar las casas y dictar en ellas las precauciones oportunas, pero mandaba á su vicario general, á quien daba las instrucciones necesarias y por quien queria ser despues informado de todo: tambien recomendaba constantemente á su vicario general, que vigilase sobre la observancia de los votos y de las reglas: así como se alegraba muchísimo al saber la buena y ejemplar conducta de sus alumnos, se entristecía y se volvía un fuego, cuando sabia que alguno de ellos se desviaba en lo mas mínimo de su deber, y, ó lo corregía por sí mismo, ó si no podía, lo hacía amonestar y corregir por medio de otros.

Jamas dejaba de animar no solo con el ejemplo, sino aun con la palabra á todos sus alumnos á la mayor perfeccion, conforme á la vocacion de su estado; y un sermón particular que les predicaba sobre esto todos los sábados, no lo omitió sino cuando ya no tuvo fuerzas para predicar. Tampoco se cansaba de recomendarles ardientemente la mas exacta y minuciosa observancia de los votos y de todas las reglas, y particularmente el hacer una vida ejemplar y edificante, porque esta mueve al pueblo al bien mucho mas que las palabras. Y como sus alumnos antes de salir á las misiones iban á recibir su santa bendicion, les decia con mucha ternura, que no pudiendo ya ir con ellos como quisiera, los ayudaba desde su aposento con las oraciones para que pudiesen procurar la salvacion de las almas. Cuando volvian les preguntaba y queria saber de ellos qué éxito habian tenido las misiones, y que fruto habian producido, poniéndose contentísimo cuando le decian que este habia sido abundante, porque nada lo alegraba y lo consolaba tanto como el ver promovida la gloria de Dios, y oír las conversiones de los pecadores.

Movido por este celo de cooperar siempre segun sus fuerzas á la conversion y al bien de las almas, quiso que el rector de la congregacion establecida en

Nocerá bajo el título de San Vicente de Paul, le llevase un día todos los hermanos de ella, y particularmente los jóvenes que debían salir á las misiones. Por lo que habiendo ido estos á su aposento, les hizo un fervoroso discurso sobre el ejercicio de las santas misiones, y les dió algunas breves instrucciones escritas por él, sobre el modo de predicar y de esparcir con fruto la palabra de Dios. Despues les inculcó á todos que aborreciesen y huyesen de la vanidad de parecer doctos y eruditos en sus sermones, sino que predicasen solamente á Jesus crucificado, y no á sí mismos. Por último, les recomendó la brevedad en todos los ejercicios de las misiones, y sobre todo que atendiesen á la oracion para recoger un fruto mas copioso en la viña de Jesucristo. Lo mismo andaba recordando de cuando en cuando con fuerza y energia al citado rector de dicha congregacion, que tambien era cura de la iglesia de San Félix de los Paganos.

CAPITULO II.

Ultimos años de vida de San Alfonso.

La salud de Alfonso se iba deteriorando mas y mas á medida que se le aumentaban los años. Despues del 29 de Noviembre de 1779, ya no estuvo en estado de celebrar la santa Misa, y en consecuencia desde entonces ya no hizo mas que recibir todas las mañanas la sagrada comunión, continuando por otra parte en observar siempre el método de vida descrito en el capítulo anterior.

Su abstinencia, que en el estado de salud en que se hallaba, parece que debería disminuirse algo, y moderarse tanto en la cantidad como en la calidad de los alimentos, se veía por el contrario, aumentar mas y mas. Porque en estos últimos años, en lugar de la pieza de carne que se le daba siempre con la sopa de yerbas, no quería mas que una poca de ensalada, y en vez de que antes solo dejaba de cenar los sábados, en esta época se abstuvo de hacerlo todas las noches. Si se le preparaba algún plato un poco delicado, ó lo rechazaba decididamente diciendo que era nocivo á su salud, ó bien, si se le estimulaba á

Nocerá bajo el título de San Vicente de Paul, le llevase un día todos los hermanos de ella, y particularmente los jóvenes que debían salir á las misiones. Por lo que habiendo ido estos á su aposento, les hizo un fervoroso discurso sobre el ejercicio de las santas misiones, y les dió algunas breves instrucciones escritas por él, sobre el modo de predicar y de esparcir con fruto la palabra de Dios. Despues les inculcó á todos que aborreciesen y huyesen de la vanidad de parecer doctos y eruditos en sus sermones, sino que predicasen solamente á Jesus crucificado, y no á sí mismos. Por último, les recomendó la brevedad en todos los ejercicios de las misiones, y sobre todo que atendiesen á la oracion para recoger un fruto mas copioso en la viña de Jesucristo. Lo mismo andaba recordando de cuando en cuando con fuerza y energia al citado rector de dicha congregacion, que tambien era cura de la iglesia de San Félix de los Paganos.

CAPITULO II.

Últimos años de vida de San Alfonso.

La salud de Alfonso se iba deteriorando mas y mas á medida que se le aumentaban los años. Despues del 29 de Noviembre de 1779, ya no estuvo en estado de celebrar la santa Misa, y en consecuencia desde entonces ya no hizo mas que recibir todas las mañanas la sagrada comunión, continuando por otra parte en observar siempre el método de vida descrito en el capítulo anterior.

Su abstinencia, que en el estado de salud en que se hallaba, parece que debería disminuirse algo, y moderarse tanto en la cantidad como en la calidad de los alimentos, se veía por el contrario, aumentar mas y mas. Porque en estos últimos años, en lugar de la pieza de carne que se le daba siempre con la sopa de yerbas, no quería mas que una poca de ensalada, y en vez de que antes solo dejaba de cenar los sábados, en esta época se abstuvo de hacerlo todas las noches. Si se le preparaba algún plato un poco delicado, ó lo rechazaba decididamente diciendo que era nocivo á su salud, ó bien, si se le estimulaba á

comerlo se ponía á darle vueltas y revueltas con el tenedor, y despues, sin probarlo absolutamente, hacia seña de que se lo llevasen, con el pretesto de que se lo guardasen para el dia siguiente, ó para otros muchos dias. Habiéndosele enviado en una ocasion un poco de manjar blanco de regalo, no quiso en manera alguna probarlo, y á la persona que insistia en que lo comiese, le respondió pronto: *Esto no es alimento de pobres: quitadlo.* Así tambien al que le aconsejaba un dia que comiese un poco de pan de España le respondió: *Dadme pan de maiz.* En efecto, habiendo preguntado un dia á uno de los padres de su congregacion si en el refectorio comun se ponía á cada uno segun la costumbre la porcion de pan moreno, y habiéndole respondido que sí, desde el dia siguiente, quiso que se le llevase su parte de dicho pan que iba comiendo poco á poco, diciendo que era bueno aun para la salud. Tambien hacia seña con la mano á su hermano lego para que no echase caldo caliente en la sopa que se enfriaba muchísimo y parecia una cataplasma á causa del mucho tiempo que empleaba en comerla. Además de esto jamas omitió el poner desagradable y amargo todo lo poco que comia, mezclándole los acostumbrados polvos de ageno, ni el no beber ni agua fuera de la mesa, aun en los grandes calores de la estacion. Y si en estos últimos años se

resolvió á tomar un poco de chocolate, á beber un poco de vino al fin de la mesa, y á comer una que otra vez algun alimento no tan ruin y ordinario como queria, jamas lo hizo sino con la mayor repugnancia, y despues de habérselo mandado los médicos y particularmente su director.

Lo mismo sucedió con respecto á sus disciplinas de costumbre y demas rudos tratamientos de que se servia para atormentar su cuerpo. Y aun habria continuado destrozándolo hasta el último aliento de su vida, si cinco años antes de su muerte, en consideracion á su decrepitud, á la suma debilidad y flaqueza en que se hallaba, á la contraccion de los nervios y demas enfermedades habituales, su mismo director no hubiese juzgado conveniente prohibirle estas clases de penitencias. Solo entonces fué cuando obligado por la obediencia las omitió, y dió al hermano lego Francisco Antonio Romito, su confdente, la cajita en que guardaba todos los horrorosos instrumentos de penitencia, para que la echase en la cloaca de la casa, imponiéndole el mas riguroso secreto. Pero si en estos últimos años hizo cesar la horrible carniceria que habia hecho siempre de su cuerpo, por otra parte, no dormia mas que cinco horas entre noche y dia, jamas se acercaba al fuego, y nunca lo tenia en su aposento ni aun en el mas rígido invierno.

Luego que Alfonso se consagró todo al Señor, se desprendió enteramente como ya se ha observado, de todo afecto terreno hácia sus parientes; pero no de aquella solicitud que debia tener por su eterna salvacion. Ademas de las muchas instrucciones y prudentes consejos que jamas cesó de darles por medio de cartas, procuró tambien en varias ocasiones, como se ha visto, instruirlos y aconsejarlos de palabra. Sucedió tambien, que habiendo muerto por este tiempo su hermano D. Hércules, ademas de dos hijos varones dejó tambien una hija grandecita llamada Doña Teresa; lo que sabido por Alfonso, tomó el mayor empeño por verla llegar á ser esposa de Jesucristo en algun monasterio de Nápoles. Por lo que despues de haber hecho á Dios muchas oraciones por ella, y despues de haber hecho explorar rigurosamente su voluntad por medio de prudentes y muy buenos confesores, y de haberse asegurado de la divina vocacion de ella al estado claustral, quiso que viniese á verlo á la casa de San Miguel, donde procuró animarla á mantenerse firme en la resolucion que habia tomado, y á corresponder fielmente á la vocacion del esposo celestial que se dignaba elegirla por su esposa. Despues la recomendó ardientemente á la misma señora de experimentada piedad y virtud, que la habia acompañado para que la tuviese á su lado en su casa por

algunos meses antes de tomar el hábito, y que jamas permitiese que entre tanto, su sobrina fuese al teatro, ni á festines, ni á ningunas otras diversiones públicas como era de costumbre. Despues, quando supo que su repetida sobrina debia salir del convento, segun el uso, para volver á entrar y tomar el hábito religioso, escribió á su tutor, y á la Señora Duquesa de Bovino recomendándoles é inculcándoles que en aquel caso evitasen toda clase de pompa y vanidad, y que no fuese adornada sino con trage decente y muy honesto, como en efecto se hizo. Y no fueron perdidos sus afanes y su empeño porque tuvo el gusto de saber que habia vestido el hábito monacal entre las Religiosas Benedictinas del venerable monasterio de San Marcelino en Nápoles, donde ha vivido y vive todavia muy ejemplarmente, en gran retiro y con forma de excelente religiosa.

Sucedió que esta misma sobrina al partir para Nápoles pidió á Alfonso un cuadro de la Virgen del Buen Consejo que tenia en su aposento, para llevarlo al convento y conservarlo para memoria de su tio. Pero él, á pesar de ser rector mayor, le respondió que no era dueño de él, y que no podia dárselo sin licencia del vicario general; y en efecto, no se lo dió hasta que tuvo dicha licencia. Tal era la exactitud con que observaba siempre aquella pobreza que ha-

bia escogido por su querida compañera, y que quería fuese también la de todos sus alumnos. Por lo que en los últimos años de su vida no pudiendo ya vigilar por sí mismo sobre la observancia de esta virtud, no dejó de inculcarla y recomendarla al vicario general, que se valiese de toda clase de medios sobre esto. Además, cuatro años antes de su muerte, que así el mismo vicario general, como los demás rectores locales prestaron de nuevo el juramento de hacer observar la pobreza y la vida común, conforme á las reglas aprobadas por la Sede apostólica; lo cual se hizo públicamente en presencia de toda la comunidad reunida en la capilla doméstica de la Virgen de los Dolores.

Hacia ya muchos años que Alfonso, además de las penosas enfermedades corporales, sufría fuertes tentaciones, y era atormentado por graves agitaciones y angustias de espíritu, permitiéndolo Dios así para mayor mérito y prueba de su siervo que quería purificarlo más y más de la más leve escoria en un crisol tan doloroso. Y todas estas penas y trabajos tan angustiosos y tan molestos, se aumentaron todavía muchísimo en los últimos años de su vida. Las sugerencias del demonio contra los misterios de nuestra fe de que se veía asaltado no solo de día sino de noche y aun dormido, eran tan violentas, que para resistirlas

y rechazarlas se le oía por toda la casa gritar con voz estridente y golpear el suelo con los pies llamando en su auxilio á Jesús y á María, y hacer protestas de creer y de querer ser siempre hijo fiel de la Iglesia católica; de manera que daba compasión á todo el que lo oía. No era menor el tormento que padecía con sus escrúpulos y con sus dudas de conciencia, en términos, que mandaba llamar continuamente y aun á horas muy avanzadas de la noche, ya á uno, ya á otro de sus directores, ó bien, después de haber hecho escribir á su hermano lego sus dudas en un papelito, hacia que lo llevase á alguno de ellos. Por supuesto que luego que oía su opinión, ó recibía sus órdenes, ya fuese de palabra ó escritas de su puño, se calmaba y se tranquilizaba completamente, porque si en su obrería intitulada: *Quietud para las almas escrupulosas*, había enseñado á los demás que en este caso debía obedecerse á un prudente y sabio director, mucho más procuraba él depender enteramente de ellos no solo en todas sus incertidumbres y en todos sus escrúpulos, sino aun en todos sus pensamientos y acciones aunque fuesen indiferentes, y además en el rezar algunas oraciones fuera de las de costumbre, tanto para no errar como para no privarse nunca del mérito de la obediencia. Todavía más, tenía siempre á mano un papel en que estaba escrito todo lo que le había

mandado su director, y se lo hacia leer de cuando en cuando para no omitir cosa alguna, pues le habria sido muy penoso cualquier olvido. Por todo esto podia muy bien decirse que no vivia ni aun respiraba sino por mera obediencia.

Si Alfonso habia hecho siempre uso de la prudencia de los santos para ocultar todo lo posible sus virtudes y los dones sobrenaturales en que abundaba, para evitar toda sombra de vanagloria y estimacion de sí mismo, mucho mas procuró hacerlo en estos últimos años de su vida. Porque cuando conocia que los que iban á verlo, (que no eran pocos y hasta personajes ilustres), si conocia, decimos, que iban solo con el objeto de verlo, de examinarlo y de admirar en él la abundancia de los dones divinos, sabia muy bien mostrarse sencillo, ignorante, de pocos alcances, y aun muchas veces como un niño de corta edad; de modo que algunos que no penetraban el fondo de su virtud, lo estimaban en poco, se burlaban de él y lo despreciaban como justamente deseaba. Pero no lo hacia así con los que iban para escuchar sus consejos, para recibir sus instrucciones, y para tratar de negocios relativos á la gloria de Dios y á la salvacion de las almas; porque en este caso de niño, se volvia al instante cual era, un hombre provisto de doctrina y de mucha prudencia, ministrando á cada uno segun

su necesidad las luces convenientes y dictándole los remedios oportunos.

Dos ó tres años antes de su muerte dijo un dia á su criado: *En estos contornos hay una muger mala, ¿lo sabes?* Y habiéndole respondido que no sabia nada: *Vé, pues, le replicó, á llamarme al cura de San Félix.* Vino éste y le dijo que inmediatamente remediase el mal que aquella muger cometia, y el escándalo que de él se seguia; y lo que es mas, le supo indicar el nombre de la muger. Sucedió tambien en los últimos dias de su vida otro caso semejante y quizá mas admirable. Habiendo ido un jóven con una comision á la casa de San Miguel donde vivia Alfonso, hizo entrar consigo á una jóven disfrazada de soldado, para que no fuese reconocida, como en efecto no lo fué. Despertando Alfonso por la mañana, comenzó á gritar: *Echad fuera la muger: hay una muger en casa.* Al oír esto los que lo rodeaban, supusieron que el ruido que hacia era por alguna tentacion. Pero instruido el jóven de lo que pasaba, se atemorizó y ocultó luego á la muger, confesando despues á algunos, que ella era realmente una muger como Alfonso lo habia dicho, y que éste no podia saberlo sino por una luz sobrenatural.

Hacia ya muchos años que Alfonso como se ha dicho, por sus enfermedades y por su gran debilidad,

no podía ya celebrar la santa misa. Sin embargo, salía todavía en coche, y sostenido por otros iba á la iglesia. Pero desde el 20 de Setiembre de 1784 ya no estuvo en estado de salir ni aun en coche: y desde el 13 del próximo Octubre tampoco pudo ni bajar á la iglesia. Añádase á esto que se le aumentó la sordera en términos, que se le tenía que hablar con trompetilla, que perdió casi enteramente la vista, y que lo mortificó una gran hénia que le ocasionaba dolores y espasmos continuos y agudísimos. En este estado en que le lastimaba cualquier lienzo por ligero que fuese, y que parecía que le molestaba hasta el aire, se veía obligado á permanecer sentado en una silla con la cabeza apoyada en una mesita, ó si nó encogido en la cama, y sostenido con muchos cojines para conciliar un poco el sueño, porque no podía absolutamente estenderse, y algunas veces para hacerlo mover un poco, lo arrastraban por los corredores de la casa en una silla de cuero con ruedas. Ya nonagerio entonces Alfonso, se podía decir muy bien que estaba agobiado por un cúmulo de males, de los que cada uno parecía que era bastante para hacer prueba de su cristiano sufrimiento. Pero él mirándolos todos como un especial don y favor del Señor, que quería purificarlo mas y mas por este medio, y tenerlo como clavado en la cruz, no solo no se le

oyó jamas proferir una palabra que indicase la menor impaciencia ó la mas leve queja, sino que siempre mostró aun en su semblante la misma alegría de espíritu, de modo que causaba asombro y admiracion á los que lo veían, y por esto era considerado como otro Job. Habiéndole preguntado un dia el padre D. Andres Villani su director cómo se sentia, y cómo podía sufrir aquella gran curvatura de cabeza que se le apoyaba en el pecho, y por lo que visto de espaldas parecia un hombre sin cabeza, él no hizo mas que responderle con su acostumbrada y natural jovialidad, *Me parece que tengo una montaña á cuestas*. Cuando se le preguntaba cómo estaba, no respondia mas que, *hago la voluntad de Dios*: y continuamente de dia y de noche hacia actos de una perfecta resignacion, ó de una entera conformidad con el divino querer: *Señor, soy sordo*, dijo por eso una vez: *pero quiero ser aun mas sordo si así es de vuestro agrado*. Y habiéndose ofrecido despues hablar de un loco: ¡Ah, Señor! exclamó, *libradme de ser loco, porque al morir no podré haceros un acto de amor*. Pero añadió muy pronto: *Lo que vos queráis*. Pocos meses antes de su muerte fué á verlo un sacerdote que sabiendo que habia pasado muy mala noche sin poder descansar ni un momento, le preguntó cómo se sentia, y él nada mas le respondió: *Estoy cercano á la muerte*;

pero no quiero mas que á Dios, solo á Dios, solo á Dios.

Mientras que Alfonso ponía en práctica con tanta exactitud lo que habia enseñado á los demas en su libro de la *conformidad con la voluntad de Dios*, sufriendo tantos y tan penosos males, con inalterable paciencia, y con plenísima conformidad con las disposiciones y con el querer divino, no dejaba de observar todas sus prácticas devotas, en tanto y aun mas que aquello que podia soportar el estado de su salud. El, ademas de oír una ó mas misas, y comulgar todas las mañanas, se hacia leer por muchas horas del dia y aun de la noche, vidas de santos ú otros libros espirituales; de modo que no pudiendo los que le lean, soportar por tanto tiempo la fatiga, debian sucederse el uno al otro alternativamente, tanto mas cuanto que por su gran sordera, debian leer en voz tan alta, que se oía desde la calle. El resto del tiempo lo empleaba ó en rezar rosarios, y otras oraciones vocales, ó en meditar las cosas celestiales, y en hacer actos de amor hácia su Señor, ó hablando cosas de Dios y de la salvacion eterna, con los que iban á visitarlo. De este modo pasó santamente, y sin perder jamas ni un momento, los ultimos años de su vida, en los que dió cada vez mas claras señales de todas sus heroicas virtudes, y mostró de una manera particular su gran

constancia en el bien obrar, y en observar incesantemente toda la práctica y todo acto virtuoso emprendido por él desde sus primeros años; lo cual era considerado por él tan necesario para la vida cristiana como para alcanzar las virtudes. Por lo cual acostumbraba decir á sus jóvenes alumnos: *Yo no exijo cosas grandes de vosotros: quiero cosas pequeñas, pero constantes y perseverantes.* Máxima tan cierta y tan justa, como poco atendida y menos practicada.

CAPITULO III.

Fé de San Alfonso.

Aunque de lo dicho hasta aquí se puede comprender muy bien, que Alfonso resplandeció muchísimo en toda clase de virtudes; sin embargo, hemos creido oportuno hacer aquí una mencion particular de algunas de ellas, ó por que se han tocado muy ligeramente en el discurso de esta vida, ó porque se señaló en ellas de un modo especial. Y comenzando por la fé que es la raiz y el fundamento de todas las demas, y sin la cual es imposible agradar á Dios, esta fué siempre tan viva en Alfonso, que continuamente daba

pero no quiero mas que á Dios, solo á Dios, solo á Dios.

Mientras que Alfonso ponía en práctica con tanta exactitud lo que habia enseñado á los demas en su libro de la *conformidad con la voluntad de Dios*, sufriendo tantos y tan penosos males, con inalterable paciencia, y con plenísima conformidad con las disposiciones y con el querer divino, no dejaba de observar todas sus prácticas devotas, en tanto y aun mas que aquello que podia soportar el estado de su salud. El, ademas de oír una ó mas misas, y comulgar todas las mañanas, se hacia leer por muchas horas del dia y aun de la noche, vidas de santos ú otros libros espirituales; de modo que no pudiendo los que le lean, soportar por tanto tiempo la fatiga, debian sucederse el uno al otro alternativamente, tanto mas cuanto que por su gran sordera, debian leer en voz tan alta, que se oía desde la calle. El resto del tiempo lo empleaba ó en rezar rosarios, y otras oraciones vocales, ó en meditar las cosas celestiales, y en hacer actos de amor hácia su Señor, ó hablando cosas de Dios y de la salvacion eterna, con los que iban á visitarlo. De este modo pasó santamente, y sin perder jamas ni un momento, los ultimos años de su vida, en los que dió cada vez mas claras señales de todas sus heroicas virtudes, y mostró de una manera particular su gran

constancia en el bien obrar, y en observar incesantemente toda la práctica y todo acto virtuoso emprendido por él desde sus primeros años; lo cual era considerado por él tan necesario para la vida cristiana como para alcanzar las virtudes. Por lo cual acostumbraba decir á sus jóvenes alumnos: *Yo no exijo cosas grandes de vosotros: quiero cosas pequeñas, pero constantes y perseverantes.* Máxima tan cierta y tan justa, como poco atendida y menos practicada.

CAPITULO III.

Fé de San Alfonso.

Aunque de lo dicho hasta aquí se puede comprender muy bien, que Alfonso resplandeció muchísimo en toda clase de virtudes; sin embargo, hemos creido oportuno hacer aquí una mencion particular de algunas de ellas, ó por que se han tocado muy ligeramente en el discurso de esta vida, ó porque se señaló en ellas de un modo especial. Y comenzando por la fé que es la raiz y el fundamento de todas las demas, y sin la cual es imposible agradar á Dios, esta fué siempre tan viva en Alfonso, que continuamente daba

gracias á Dios por haberle dado este gran don, y por haberlo hecho nacer en el gremio de la santa Iglesia católica; y tanto en los sermones como en las conversaciones familiares no acababa de repetir: *Nuestra santa fé es la verdadera: por ella daría mil veces la sangre y la vida. Demos siempre gracias á Dios, porque nos ha hecho nacer en la iglesia católica romana, y no entre los herejes ó entre los infieles. ¿Qué hemos hecho nosotros mas que aquellos para no vernos turcos con el turbante en la cabeza, ó incrédulos y fuera de la Iglesia?* De aquí es que encomiaba muchísimo la piedad de San Luis rey de Francia, el que, al entrar en la iglesia, iba al bautisterio á dar gracias á Dios por el beneficio que le habia hecho al darle la santa fé.

Después, cuando rezaba el símbolo de los apóstoles, ó el que se atribuye á San Atanasio, ó bien el acto de fé que acostumbraba hacer muy á menudo, era tal su fervor, que escitaba á devoción al que lo escuchaba: y al leer al fin de la misa el evangelio de San Juan, fijando la vista en un cuadro de la Anunciación de la Virgen, que habia hecho colocar en su capilla particular, se veía como estasiado, fuera de sí, y completamente absorto al contemplar el misterio de la Encarnación del divino Verbo. Lo mismo sucedía cuando discurría en público ó en lo privado de los

misterios de nuestra fé, pues que hablaba de ellos con tanto celo y energía, que parecia verlos con los ojos del cuerpo, no solo creerlos firmemente con el espíritu. Y de esta fé tan viva que tenia, resultaba justamente que siempre estaba pensando en su Dios, y andaba siempre en su presencia, adorándolo en espíritu y en verdad; y por eso jamas se cubria la cabeza ni con el solideo, ya estuviese en su aposento, ó anduviese por la casa, ó en la calle, ni aun cuando era obispo, ya fuese tiempo de verano ó de invierno, poniéndose solo un pañuelo en la cabeza si llovía ó hacia un aire fuerte. Ni tampoco dejaba nunca de recomendar é inculcar á todos la práctica de pensar en la presencia de Dios en todo tiempo y lugar; porque cuanto mas fácil es eso, tanto mas eficaz y provechoso es para resistir las tentaciones y no caer en pecado, y al mismo tiempo para adelantar en el camino de la virtud.

Animado Alfonso de esta fé no solo resistía valerosamente, como se ha dicho, á todas las tentaciones contra ella, repitiendo continuamente: *Creo, oh Señor, creo todo lo que enseña la santa iglesia católica*; sino que además, procuraba instruir á todos en los misterios de nuestra religion, y escitarlos á una verdadera y firme creencia de todo lo que Dios se ha dignado revelarnos, y que la misma iglesia católica nos propo-

ne. No referiremos aquí todo lo que hizo para instruir á los niños y á las personas mas rudas y mas rústicas en los misterios de nuestra santa fé y en los primeros elementos de la doctrina cristiana desde el principio de su vocacion al estado eclesiástico, y mucho mas en todos los años que anduvo evangelizando por tan diversas provincias y lugares, ó que gobernó la iglesia de Santa Agueda. Solo añadiremos que no contento con todo esto, procuró siempre alejar y remover tanto de los individuos de su congregacion como de la grey que se habia confiado á sus cuidados, toda doctrina y toda opinion que no estuviese enteramente conforme con los dogmas de nuestra fé y con la doctrina de la iglesia. Jamas permitia á los jóvenes alumnos de su repetida congregacion leer ningun libro nuevo de filosofia ó de teología, sin haberlo antes examinado él mismo, y aun hecho examinar por otros padres, para ver si habia ó no en él algo que ofendiese en lo mas mínimo la doctrina de la iglesia; y ademas sin haberse informado plenamente de personas doctas y prudentes de Nápoles ó de otros lugares, de la opinion y estimacion en que se tenia al autor. Despues, mientras fué obispo de Santa Agueda no solo vigiló constantemente sobre la pureza de la fé y se valió de todos los medios posibles para mantener lejos de su grey toda novedad de doctrina, y to-

do libro que pudiese en algun modo oscurecerla; sino que ademas, mandó al lector de filosofia de su seminario, que leyese y esplicase á los estudiantes un tratado que compuso él mismo contra los materialistas, para que les sirviese como de antídoto anticipado contra los sofismas y las vanidades de tan irracional como abominable secta, que con grave perjuicio no solo de las almas, sino aun de la misma sociedad civil, ha encontrado y encuentra todavia no pocos necios y ciegos secuaces.

Mas tampoco se restringió á esto solo el celo de Alfonso por la fé. Aun habria deseado poder ir á esparcirla por todo el mundo, y hacerla conocer y abrazar de todos aunque fuese á costa de su vida: para lo cual de buena gana se hubiera inserto como alumno en la congregacion de los Chinos en Nápoles, si su director no lo hubiera disuadido de ello. A pesar de esto no cooperó poco al establecimiento y buen éxito de ella, ni dejó de exhortar y animar á aquellos jóvenes alumnos á llevar la luz del evangelio á aquellas remotas y tenebrosas regiones. Entre tanto él, jamas dejó de decir y hacer cuanto podia por la conservacion y propagacion de la fé. Luego que llegaba á su noticia que habia salido á luz algun libro venenoso contra nuestra religion, no solo se affigia muchísimo por ello, sino que se ponía á refutarlo, á fin de pre-

servar á todos los fieles de tan pestilente contagio. Con este objeto escribió entre otras las obras siguientes: *Verdad de la fé, y triunfo de la iglesia, ó historia de las heregías*, en que combate y refuta á los materialistas, á los deistas, á los falsos políticos y demas incrédulos, así como las principales heregías tanto antiguas como modernas. La *Obra dogmática contra los hereges que se pretenden reformados*, en que defiende de las rabiosas mordidas de estos novadores, todos los dogmas definidos por el sagrado Concilio de Trento, y por último, la *Victoria de los Mártires*, compuesta espresamente para animar á los fieles con el ejemplo de tantos mártires, á permanecer firmes en la fé, y aun á estar prontos á dar la vida por sostenerla. De aquí es que, habiendo oído decir que un librero en Nápoles hacía venir libros llenos de veneno contra la iglesia y contra las buenas costumbres, escribió luego luego muchas cartas á Nápoles, y tomó todas las medidas convenientes para impedir estos perjuicios, y no se quedó hasta que logró cuanto deseaba. Y así como se entristecía muchísimo cuando oía decir ó leía que la santa fé se veía oprimida, ó que se perjudicaba de alguna manera en algun lugar ó reino, así se alegraba y se complacía muchísimo, cuando llegaba á saber que se propagaba y crecía cada vez mas en otra parte.

El mismo placer el mismo júbilo manifestaba, cuando veía que algun nuevo autor se habia puesto á demostrar la verdad de nuestra religion y á rebatir las capciosidades de los que intentan sacudirla y debilitarla; y aunque tan decrepito y tan enfermo, despues de la renuncia de su obispado, no dejaba de leerlos por muchas horas al dia. Por lo que habiendo sabido que el abate Nonnotte habia escrito contra las máximas de Voltaire, se apresuró á leer la obra con mucho placer, y escribió al abate alentándolo y conjurándolo á que continuase empuñando la pluma contra aquel que bajo el encanto de un estilo atractivo y ameno, ministraba el mas mortal veneno, sintiendo al mismo tiempo el no poder por su decrepitud, reutar por la prensa las falsas opiniones filosóficas de aquel escritor; pero que por otra parte, en aquel estado encontraba alivio y consuelo leyendo las obras que el citado abate habia compuesto contra el referido filósofo.

Este ardiente deseo que tenía de ver propagada y abrazada nuestra santa fé, hacia tambien que rogase é hiciese rogar continuamente á Dios para que se dignase iluminar con su gracia, y convertir á todos los que yacen en las tinieblas del error y fuera de la iglesia católica. Por lo que ente las reglas de su instituto puso la de que todas las oraciones de los do-

mingos, así como las comuniones y mortificaciones de cada uno de sus alumnos, se hiciesen por la exaltacion de la santa iglesia, por el Sumo Pontífice, por todos los prelados y príncipes católicos reinantes: y las de los lúnes, por la conversion de todos los pecadores, de los hereges, de los cismáticos y de los incrédulos, rogando al Señor se digne darles las luces necesarias para conocer el estado verdaderamente infeliz y digno de compasion en que se encuentran.

Otras muchas cosas habria que decir aquí para manifestar mejor la viva fé de Alfonso; pero no haremos mas que indicar las principales y mas particulares, que para mayor claridad hemos creído conveniente dividir las en diversos párrafos.

§ I.

Devocion de San Alfonso á Jesus Sacramentado.

Si la devocion á Jesus Sacramentado que comenzó á tener Alfonso desde sus primeros años, fué creciendo poco á poco, de manera que parecia que no tenia mayor placer ni mayor consuelo que el permanecer por mucho tiempo ante él, y el adorarlo profundamente. Si cuando era un caballero particular y se hallaba rodeado de mil molestas ocupaciones relativas al foro, no dejó pasar día sin irlo á visitar, donde es-

taba espuesto á la adoracion pública, y permanecer inmóvil y como estático por muchas horas; despues que fué sacerdote y que fundó su congregacion, no solo continuó haciendo lo mismo, sino que procuró adelantar siempre mas en tan devoto ejercicio. Teniendo en las casas de su congregacion mucha mas facilidad para satisfacer sus deseos, iba muchas veces de día y de noche á la iglesia ó al coro, y se estaba mucho tiempo adorando á su Señor Sacramentado; y frecuentemente iba sin zapatos ni chinelas, por temor de ser molesto á sus compañeros que á aquella hora estaban durmiendo. Lo mismo hizo cuando era obispo, porque tanto en su iglesia catedral como en las demas de su diócesis, segun se presentaba la ocasion, se le veía estar muchas horas con gran edificacion de los que lo veían ante el Santísimo Sacramento. Cuando volvió á la casa de San Miguel de los Paganos, aunque tan decrepito y enfermo, estaba, hasta que pudo, primero de rodillas y despues sentado, en la iglesia ó en el coro, tanto tiempo, que se puede calcular en ocho horas las que empleaba en las muchas veces que iba, y las gastaba en actos de adoracion y de amor hácia su Señor Sacramentado, y con tanto fervor de espíritu, que algunas veces se sacudia todo y como que queria saltar fuera de la silla y lanzarse hácia él, á quien llamaba *su amor*. Y jamas se hu-

biera retirado si la obediencia no lo hubiese arrancado casi por fuerza, para hacerlo salir en coche, y todavía solia decir á menudo al montar en él: *Llebadme á alguna iglesia en que esté el Santísimo Sacramento.* Pero no pudiendo ya en los últimos años de su vida bajar á la iglesia ni al coro, ni aun sostenido por su criado, le era muy penoso no poder adorar en persona á su Señor; y habiéndole dicho su director que podía estar tranquilo, porque el Santísimo Sacramento estaba en la misma casa: Sí, le respondió, *pero no está aquí Jesuista Sacramentado.* Sin embargo, para apagar en cierto modo su ardentísima sed y devoción, despues de encendidas las velas del altar que estaba en su aposento, hacia junto con su hermano lego y con el criado, la visita al Santísimo Sacramento como acostumbraba hacerla con el pueblo.

Alfonso procuró infiltrar en el corazon de les fieles y promover por todas partes la encendida y tierna devoción que tenia al Santísimo Sacramento. En todos los lugares á donde fué á predicar en tantos años, recomendó ardientemente esta devoción, y procuró introducirla haciendo que el pueblo acudiese todas las noches á venerar con actos de adoracion y de amor á Jesus Sacramentado. Lo mismo quiso que hiciesen todos sus alumnos, no solo en sus propias casas, sino en todos los lugares á donde fuesen llamados en

mision, y donde quiera que predicasen. Y como este empeño que tenia de ver honrado de este modo al Santísimo Sacramento era sabido de todos, luego que el vicario capitular de Santa Agueda supo que Alfonso habia sido nombrado su obispo, mandó á todos los curas de la diócesis que pusiesen en práctica en sus iglesias este devoto ejercicio, para que al venir dicho obispo lo encontrase ya establecido. A la llegada de Alfonso no solo mandó que se hiciese esta visita á Jesus Sacramentado todos los dias al anocheecer en todas las parroquias de su diócesis, sino que con mucha frecuencia iba él mismo á la iglesia á hacerla con el pueblo, y espresaba con tal energia sus afectos interiores hácia su Dios, que movia la devoción y las lágrimas de los que lo escuchaban. No pocas veces sucedia, que como absorto en Dios, enteramente encendido en caridad, parecia que percibiendo visiblemente á Jesus Sacramentado, prorumpia en estas ó semejantes voces afectuosas: *Ahí está, vedlo, qué hermoso es, amadle.*

De este modo andaba siempre Alfonso promoviendo una devoción tan piadosa y tan saludable. Habiendo ido á Durazano Monseñor Clavarini del orden de Santo Domingo, electo ya obispo de Ventimiglia en el Genoverado, é informado de esta devota práctica introducida allí por Alfonso, se enfervorizó tanto

con ella, que no solo no dejó de asistir á la visita todas las tardes, sino que dijo que queria introducirla en toda su diócesis luego que tomase posesion de su obispado. Por otra parte, deseando Alfonso introducir un ejercicio tan laudable no solo en todo el reino de Nápoles, sino por todas partes, hizo imprimir las *Visitas al Santísimo Sacramento para todos los dias del mes*, que se hallan entre sus *obras espirituales*: las que están tan llenas de actos de tan viva fé, y de tan tiernos y amorosos afectos hácia Jesus Sacramentado, que así como muestran la devocion y el fervor de quien las compuso, mueven y encienden en los mismos sentimientos á los que las leen y las meditan con atencion. Así es que han sido impresas y reimpresas muchísimas veces, y aun traducidas á otros idiomas, en virtud de que se ha experimentado el gran bien que han producido y producen.

Y en verdad que basta leer lo que dice en su introduccion, para poner en práctica un ejercicio tan devoto. *Es cierto que entre todas las devociones, la de adorar á Jesus Sacramentado, es la primera despues de los Sacramentos, la mas agradable á Dios, y la mas útil para nosotros..... Sabed que quizá ganareis mas en un cuarto de hora de oracion en presencia del Santísimo Sacramento, que en todos los demas ejercicios espirituales del dia.... Es menester que yo revele*

en este librito, á lo menos por gratitud, á mi Jesus Sacramentado, esta verdad. A la devocion de visitar al Santísimo Sacramento, aunque practicada por mí con tanta frialdad é imperfeccion, debo hallarme fuera del mundo, donde por mi desgracia viví hasta la edad de 26 años.

Si tanto era el empeño de Alfonso por adorar á Jesus Sacramentado, mucho mayor era el de recibirlo en su pecho. Ya en otra parte hemos hablado de la frecuencia y de la devocion con que se acercaba á la sagrada mesa, siendo aun secular, y antes de poder ofrecer á Dios en el sagrado altar la víctima del Cordero inmaculado. Cuando ya estuvo ordenado de sacerdote, no solo no dejaba nunca de celebrar la santa misa, sino que si por casualidad se hallaba en misión en la Semana Santa, procuraba volverse en aquellos dias á la casa de su congregacion para poder celebrar la misa y no quedarse privado ni un solo dia del pan eucarístico. Si alguna vez se hallaba impedido por sus graves enfermedades, y si en los últimos años tuvo que dejar enteramente de decirla, no por eso dejó de comulgar diariamente, diciendo algunas veces: *Dadme á mi Jesucristo*. Y cuando en esta última época ya no pudo recibir en su pecho á su Señor Sacramentado en el Viernes Santo, á esta sola idea se turbaba y se afligia de tal modo, que desde la noche anterior se veía acometido de una calentura tan fuer-

te que era necesario sangrarlo, sin que por esto se viese libre de ella hasta el Sábado de gloria, despues de haber recibido el cuerpo de su Señor.

Tampoco repetiremos aquí nada sobre la composura, el recogimiento, ni sobre el fervor con que siempre celebraba los divinos misterios: solo añadiremos que á pesar de sus penosas enfermedades y de su decrepitud, observaba en ellos exactamente todas las ceremonias, aun las mas minuciosas, prescritas por las rúbricas, y en las genuflexiones se le veía tocar con la rodilla en tierra dejándola caer como un plomo, necesitando despues que le ayudasen para volverse á levantar, así como para volverse hácia el pueblo. Por otra parte, las cosas andaban de diversa manera despues de la consagracion, porque entonces no necesitaba que lo sostuviesen, sino que hacia sus genuflexiones con la mayor facilidad, y en el segundo *memento* se le veía el rostro encendido como un serafín, y como absorto y elevado del suelo, de manera que causaba gran maravilla y edificacion á los presentes. Y precisamente por su gran respeto y por su profunda veneracion á Jesus Sacramentado, jamas quiso tomar la licencia de usar el solideo al celebrar el santo sacrificio privada ó pontificalmente, como se concede á los obispos, acostumbrando decir, que no queria hacer una mala crianza á Jesucristo en el altar.

§ II.

Devocion de San Alfonso á la pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

No fué menor la devocion de Alfonso á la pasion y muerte del Redentor. Este era el asunto mas frecuente, por no decir continuo, de sus meditaciones, teniendo siempre en su aposento una imágen de Jesus crucificado; de cuando en cuando le dirigia la vista acompañándola con algunas palabras amorosas. Sus mortificaciones, sus disciplinas y otras penitencias, siempre eran mayores en todos los viernes del año, y en tales dias, aunque era rector mayor, comia tirado en el suelo en refectorio pleno; pero en la Semana Santa las aumentaba considerablemente, con particularidad en los tres últimos dias de ella. En estos se le veía con el rostro pálido, apesarado y como asombrado y fuera de sí al contemplar los dolorosos misterios de la pasion del Salvador, cuyo especial recuerdo hace entonces la iglesia. Tambien observaba en estos dias un silencio mas rigoroso, y queria se observase igualmente por toda su comunidad: á la hora de la mesa hacia leer el sermon de la pasion del padre Segneri: tomaba parte en los divinos oficios y

en todas las sagradas funciones que se hacen entonces, y no dejó de celebrar en ellos la misa solemne, hasta que ya no estuvo en estado de poderlo hacer. Sin embargo, mientras pudo, quiso estar siempre presente en la iglesia á todas aquellas sagradas funciones, con el misal en las manos meditando lo que leía. Luego que Jesucristo era colocado en el sepulcro, permanecía allí una gran parte del día y de la noche arrodillado, y en los últimos años en una silla, orando y contemplando las penas y la muerte de su amado Señor: y en el Viernes Santo, concluidas las funciones, se estaba ante el Santísimo Sacramento que estaba depositado en la capilla de la Virgen de los Dolores. Pero cuando por último llegó á quedar incapaz de moverse ni de bajar de niugun modo á la iglesia, hacia en esos días que lo arrastrasen en una silla con ruedas por un corredor de la casa, rezando devotamente el rosario.

Esta gran devocion que tenia á la pasion de Jesucristo hacia que todos los dias sin omitir uno solo, rezase con mucho fervor las estaciones del ejercicio llamado la *Via Crucis*, en que precisamente se proponen á la contemplacion los mas dolorosos misterios de nuestro Redentor. Y como en cada casa de su congregacion habia hecho poner, con las licencias necesarias, los cuadritos que representan dichos misterios,

quiso continuar tan devoto ejercicio, haciéndose arrastrar por su criado en la silla de ruedas, mientras pudo hacerlo, haciéndose parar en cada estacion. Cuando ya no pudo moverse absolutamente, lo practicaba en su aposento, conservando en las manos un Crucifijo, que se hizo bendecir por el padre guardian de los menores observantes para ganar las indulgencias.

Tambien fué muy devoto de la Santa Cruz, como que en ella terminó el Redentor el cruento sacrificio con que nos libró de la condenacion á que estábamos sentenciados. Así es que mientras estuvo en su obispado celebró siempre con solemnidad su fiesta en la Colegiata de Arienzo, y procuró que se hiciese lo mismo en toda su diócesis. Ademas, hizo colocar dos cruces muy grandes en el palacio episcopal, una en el comedor y otra en la escalera, tanto para que todos la adorasen, como porque él jamas dejaba de besarla antes y despues de la comida, así como al salir y al volver á casa: y despues de la renuncia del obispado mandó una de ellas de regalo á las monjas del Santísimo Redentor de Santa Agueda de los Godos, y la otra á la Colegiata de Arienzo, donde todavia se conserva en la sacristía de dicha iglesia.

Con el mismo objeto inculcaba á sus alumnos que no dejasen pasar alguu día sin pensar en la pasion de Jesucristo, y mandó que desde septuagésima hasta la

pascua, la meditacion que debe hacerse en comun por la mañana, fuese siempre sobre algun punto de la pasion. Quiso ademas que cada uno de ellos tuviese en su aposento no solo un Crucifijo, sino tambien una crucesita de madera para poder tenerla abrazada mientras dormian; y que en todas las casas de su congregacion se pusiese sobre la puerta una cruz muy grande de madera.

La misma devocion procuraba insinuar á todos los demas, hasta en sus conversaciones familiares y privadas, diciendo, entre otras cosas: *Cuando veais sogas, espinas y clavos, pensad en lo que sufrió Jesucristo en su dolorosa pasion; y cuando veais conducir corderos al matadero, pensad, como San Francisco, que así puntualmente fué conducido el inocente Jesus á la muerte.* Pero mucho mas lo hacia cuando predicaba, porque al fin de cada sermón recordaba la dolorosa pasion y muerte del Redentor, ademas de los sermones en que solo trataba de este asunto, tanto en las misiones como en otros tiempos, y particularmente en los viernes de Marzo cuando se hallaba en su diócesis, y el Viernes Santo por la noche en la iglesia de San Miguel de los Paganos aun despues de la renuncia de su obispado. Y cuando hablaba de este misterio, ya fuera en público ó en lo privado, no solo se le veía encendido en amor y ternura hacia su amabilísimo Se-

ñor, sino que movia á compasion y á llanto al que lo escuchaba.

Lo mismo queria que hiciesen los predicadores de su diócesis mientras vivió en ella, esto es, que predicasen sobre la pasion del Redentor en algunos dias fijos, y mucho mas sus alumnos, los que en las misiones, despues del sermón de espanto debian proponer al pueblo la meditacion de los padecimientos de Jesucristo para acostumbrarlo á contemplarlos, y para escitarlo á amar muchísimo á un Dios, que por puro amor quiso padecer tanto por nosotros. Tampoco debian salir nunca de un lugar en que hubiesen estado en mision, sin haber, como representado el calvario, levantando cinco grandes cruces, cuya vista sirviese para mantener viva la memoria de la pasion, como se ha visto que él acostumbraba hacerlo. Aconsejaba tambien á sus alumnos, que al dar los ejercicios espirituales á los eclesiásticos, ó á las monjas, jamas dejasen de predicar un sermón particular sobre la pasion, ó sobre el amor de Jesucristo.

Siendo obispo de Santa Agueda hizo pintar en un gran lienzo un Crucifijo enteramente destrozado y llagado de piés á cabeza, con un gran giron arrancado debajo del codo derecho, como habia leído que se le apareció á Santa Teresa de Jesus, é hizo hacer tantas copias, como eran las casas de su congregacion y man-

dó una á cada una de ellas, para que en las misiones sus alumnos las espusiesen á la vista del pueblo una de las noches en que concluidos los sermones se hacia el ejercicio llamado de la *vida devota*, y lo dejasen hasta el dia siguiente para mover mas á los pecadores á un sincero aborrecimiento de sus culpas. *En las misiones, decia Alfonso, aprovechan los sermones del juicio, del infierno, el sacar á luz la imágen del alma condenada y cosas semejantes que causan espanto y hacen ruido; pero las conversiones que provienen del temor, duran poco; son cosas que se olvidan; pues que poco despues se encogen de hombros y acaba todo. He hecho pintar esta imágen de Jesus crucificado, para que en la vida devota antes de la meditacion de su pasion la mostreis al pueblo, y cuando el pueblo ve la imágen de Jesus muerto por él, no puede dejar de enternecerse y convertirse, y las lágrimas que salen al ver el Crucifijo, salen del corazon herido por el amor de su pasion: y la conversion que proviene del amor á Jesus crucificado es mas fuerte y duradera. Lo que no hace el amor, no lo hace el temor: y cuando uno cobra afecto á Jesus crucificado, no tiene miedo. Y en efecto, al ver aquella imágen de Jesus crucificado, se veía al pueblo llorar copiosamente y acaecian grandes conversiones: de manera que aquellos que no podian absolverse en el curso de las misiones, se hacian volver*

despues de la vista de dicho Crucifijo, no dudando entonces ni lo mas mínimo de su sincera conversion. Cuando Monseñor Pergami obispo de Gaeta, y muerto en olor de santidad, vió este Crucifijo, con motivo de las misiones que fueron á hacer á aquella ciudad los padres de la congregacion del Santísimo Redentor, quedó tan sorprendido y como fuera de sí, que quiso una copia de él para el bien de su grey.

Pero Alfonso habria deseado inducir y mover á todos los fieles á tener siempre presente, y meditar en la dolorosa pasion y muerte de nuestro Redentor; y no pudiendo hacerlo con la voz, procuró hacerlo con muchas obras sobre este asunto que hizo imprimir, y todas muy propias para inspirar compasion y amor á Jesus crucificado. Habia pensado escribir una obra bastante difusa sobre esto y aun habia ya preparado todo el material; pero habiéndoselo prohibido el padre Cafora su director, á causa de sus indisposiciones corporales, abandonó la empresa. Pero muerto éste, tanto dijo y rogó al padre Villani su director entonces, que por fin obtuvo de él le permitiera hacer un compendio, como en efecto lo hizo, con el título de: *Reflexiones sobre la pasion de Jesucristo*: otro que llamó: *El amor de las almas*: y aun otro que intituló: *Saetas de fuego*. Basta leer estas obras, para conocer cuán vivamente penetrado estaba en la consideracion

de la pasion y muerte de Jesucristo, y cuanto deseaba tambien imprimir profundamente en el corazon de todos una devocion tan esencial y tan saludable á toda clase de personas, como es la de andar pensando á menudo en los acerbísimos dolores y convulsiones que sufrió el Redentor, para poder corresponder en cierto modo al amor de un Dios que tanto nos ha amado.

§ III.

Devocion de San Alfonso á la Natividad y al Sagrado Corazon de Jesus.

Era tanta la devocion de Alfonso al nacimiento é infancia del Niño Jesus, que desde el primer domingo de Adviento comenzaba á prepararse para él con mayores obras de piedad, aumentando sus mortificaciones y meditando continuamente en sus misterios. Quiso tambien que los de su congregacion se abstuviesen en ese tiempo de alimentos de carne, que guardasen el ayuno, y que las meditaciones que se hacen por la mañana en comun, fuesen siempre desde el Adviento hasta la Epifanía, sobre el misterio de la encarnacion de un Dios. Despues, en la noche del Santo Nacimiento, no solo rezaba con sumo recogimiento

junto con los demas el oficio divino en el coro, sino que celebraba la santa misa con tanto fervor, que se le veían los ojos bañados en lágrimas y el rostro encendido y resplandeciente, de modo que movia á devocion y ternura á los que lo veían. Ademas, habia mandado hacer una estatuita del Niño Jesus en pañales, vestido ricamente y en una cuna dorada, y en las fiestas del Santo Nacimiento la ponía en la iglesia y en el coro, para que al verlo pudiesen todos encenderse en el amor de un Dios que se habia dignado tomar carne humana por nosotros. Compuso tambien un libro intitulado: *Novena del Nacimiento*, con discursos, meditaciones y prácticas devotas, y siendo obispo de Santa Agueda lo mandó á todos los lugares de su diócesis, para encender á todos en la devocion y en el amor del Niño Jesus.

La gran devoción de Alfonso á la pasion de nuestro Redentor produjo en él tambien la del sagrado corazon de Jesus, símbolo de aquel amor inmenso, por el que un Dios hecho hombre sufrió tan cruel suplicio y murió en la cruz por nosotros. Deseaba mucho que esta devocion fuese aprobada por la Santa Sede: y luego que supo que Clemente XIII habia instituido esa festividad con misa y oficio propios, procuró alcanzar de él la gracia de poderla celebrar en toda su diócesis. Imprimió una novena para pre-

pararse á ella, y cuando estaba en Arienzo acostumbraba predicar en la iglesia de la Anunciacion donde se solemnizaba. Una ocasion fué invitado por Monseñor Giannini, obispo de Lettere, para que hiciese un discurso sobre el sagrado Corazon de Jesus en Grogano ciudad de dicha diócesis, y habiendo ido allá predicó con tanto fervor, que enternecido y conmovido el citado obispo, se arrojó al suelo de rodillas en presencia de todo el pueblo. Esto lo refirió despues Alfonso á sus jóvenes alumnos, para animarlos á predicar con toda claridad, y á Jesucristo crucificado, haciéndoles ver que hasta las personas letradas y los obispos se compungen cuando se predica de este modo.

§ IV.

Devocion de San Alfonso á Maria Santísima.

Esta fué una devocion que Alfonso mamó con la leche infiltrada en su corazon por su pia madre, desde que estaba en pañales, y que creciendo despues con la edad echó tan profundas raíces en él, que no cabe comparacion. Siendo todavia secular, comenzó á ayunar todos los sábados á pan y agua, y á no dejar pasar dia sin ir á visitarla á alguna iglesia ó altar dedicado á ella. Continuó observando constantemen-

te por toda su vida esta práctica que emprendió desde joven, y cuando por sus enfermedades le mandó su director que añadiese en ese dia una sopa de legumbres, la comia en efecto, pero sazónada con una gran dosis de yerbas amarguísimas. Por otra parte, nunca tomaba los sábados por la mañana el chocolate que para sostener algun tanto su debilidad, le ordenaron los médicos en los últimos años de su vida; pero ni aun agua bebia en dicho dia fuera de la mesa, aunque fuese atormentado por la sed. A estas abstinencias agregaba siempre otras maceraciones de la carne, y muy particularmente ásperas disciplinas de sangre. Lo mismo acostumbraba hacer en todas las vigiliass que preceden á las siete principales festividades de la Virgen, á cada una de las cuales no dejaba de prepararse ademas con una fervorosa novena.

Aun siendo obispo, llevaba el rosario suspendido á un costado como todos los individuos de su congregacion, y ademas siempre llevaba al cuello debajo de la ropa, un rosario y unas imagencitas de Maria Santísima de los Dolores, del Cármén y de la Concepcion. Tenia en su aposento una imagen grande de la misma Virgen, y dirigiéndole frecuentemente la vista la saludaba é imploraba su socorro con tiernos y afectuosos ruegos. Todos los dias rezaba el rosario, contemplando en sus misterios, así como los cinco sal-

mos que comienzan con las cinco primeras letras de que se compone el nombre de la Virgen, y una *Ave María* cada vez que el relox daba un cuarto de hora, aun cuando hubiese otras personas con él, diciendo que vale mas una de estas que todo el mundo. Jamas dejaba de rezar el *Angelus Domini* por la mañana, á medio día y á la oracion de la noche; y si por acaso se hallaba en la calle al primer toque de la campana, se arrodillaba en público aun siendo obispo, lo cual era de gran edificacion para cuantos lo veían. Cuando ensordeció, queria que se le avisara cuando llegaban estos momentos para hacer lo mismo: y si sucedia que estuviese comiendo, se hacia quitar la mesita que tenia delante y se arrojaba como un plomo, cayendo de rodillas con el tenedor en la mano, y quedándose casi estático; era necesario hacerlo levantar para que acabase de comer. Pero habiéndole prohibido su director como dos años antes de morir, que se arrodillase, continuó haciéndolo sentado: á todo esto se agrega que jamas salia de casa, sin saludar antes á la Santísima Virgen, y lo mismo hacia al volver de la calle, que frecuentemente la invocaba con el dulce nombre de Madre, de Señora y de su esperanza despues de Jesucristo, y que nunca emprendia cosa alguna, por mínima que fuese, sin haber implorado antes su auxilio.

Habiéndole dicho un dia su director, que amando María á todos sus siervos, y aun habiéndoseles aparecido muchas veces, esperaba que haria lo mismo con él á lo menos á la hora de su muerte, le respondió Alfonso: *Sabed que cuando yo era jóven hablaba á menudo con la Santísima Virgen y me aconsejaba en todo lo relativo á la congregacion.* A lo que habiéndole aquel replicado muchas veces: *Pues bien, ¿qué os decia?* no le respondió mas que: *Me decia muchas cosas muy hermosas.* Por otra parte, Alfonso no se hizo tan acepto á la Virgen solo con todos estos actos de obsequio y de veneracion, sino muy particularmente conservando su corazon libre de toda culpa, y manteniéndose siempre sin mancha de cuerpo y alma, como diremos en breve, lo cual es el primer fundamento y la base de la verdadera devocion á María.

Siendo Alfonso tan devoto de la Virgen y particularmente bajo la advocacion de los Dolores, meditando frecuentemente y compadeciendo los acerbísimos dolores que padeció en la pasion de su Hijo, habria querido que todos fuesen sus devotos. De aquí es que al predicar, y especialmente en las misiones, queria tener siempre al lado su imagen de bulto, y al fin de cada sermón nunca dejaba de escitar al pueblo á recurrir al patrocinio de María para alcanzar de Jesucristo por su medio el perdon de los pecados.

Los misioneros no acostumbraban predicar un sermón particular sobre el poderoso patrocinio de la Santísima Virgen, hasta que Alfonso introdujo esa costumbre con tan buen éxito, que muchísimos que se quedaban endurecidos en los sermones de terror y de espanto, se conmovían y se convertían en este que era un sermón de toda su predilección y afecto. De tal modo encomiaba el crédito y el poder de María, y además lo hacía con tal ardor de devoción hacia ella y de celo por las almas, que hasta los pecadores mas obstinados no podían dejar de concebir una viva esperanza de su salvación, ni de sentirse escitados á una sincera detestación de sus culpas. Uno de los motivos mas poderosos que acostumbraba aducir para mover á confiar y á esperar en la Virgen, era, que ella nos habia aceptado á todos por hijos al pié de la cruz en la persona de San Juan.

Cuando se hallaba en una de las casas de su congregación, predicaba todos los sábados en la iglesia las glorias de María, así como lo hacía en la catedral de Santa Agueda, ó en alguna otra iglesia de su diócesis cuando estaba en ella, y despues de la renuncia del obispado nunca dejó de hacerlo en la iglesia de San Miguel de los Paganos mientras pudo tenerse en pié. Lo mismo quiso que se practicase en todas las casas de su congregación, tanto porque habia decla-

rado á la Virgen protectora del nuevo instituto, reconociendo que á ella debia su establecimiento, como porque consideraba que este era un medio muy á propósito para escitar al pueblo á la devoción y debido acatamiento de María. *Los novadores, decia él con este motivo, consideran como injuriosa á Dios la devoción á María Santísima negándole el poder y negando la eficacia de su intercesion; pero á nosotros pertenece hacer ver en provecho del pueblo, cuanto puede para con Dios, y cuan grato es á Dios el verla honrada.* Por lo que ponderaba su poder, exaltaba su intercesion, y con la autoridad de los santos padres, probaba que no era posible que un verdadero devoto de la Virgen se condenase, tanto porque por su medio alcanza las gracias necesarias para salvarse, como porque nadie puede ser verdadero devoto de María Santísima sin prestar á Dios el debido respeto, es decir, sin guardar todos sus mandamientos.

En todas sus conversaciones familiares siempre tenia en la boca á María, la buena y amorosa madre de todos y el refugio de los pecadores, y á todos los que lo visitaban, les regalaba una imágen de la Virgen, los escitaba con las mas dulces y afectuosas palabras á ser verdaderos devotos suyos, á venerarla con afecto filial, á recurrir á ella en todas sus necesidades, y aun á poner en ella toda su esperanza, pues que es la

madre del bello amor y de la santa esperanza. Pero como si todo esto fuese todavía poco para satisfacer su ardientísimo deseo de atraerlos á todos á la devoción y al amor de la Madre de Dios y nuestra, además de muchas novenas compuestas por él para sus festividades, y además también de las visitas que se le han de hacer diariamente junto con las de Jesus Sacramentado, dió á luz la obra intitulada: *Glorias de María*, que fué acogida con tanto aplauso, y tan estimada, que no solo se han hecho muchas ediciones de ella, sino también muchas traducciones en otras lenguas. Y como no faltó quien se atreviese á censurarla, se apresuró á refutarlo con una respuesta muy fuerte y muy bien razonada.

Supo Alfonso que en una ciudad de la Puglia se enseñaban por un eclesiástico algunas proposiciones erróneas, particularmente contra María Santísima. Bastó esto para que ya no encontrase reposo. Al instante escribió á aquel Arzobispo y á Monseñor Rosa capellan mayor de la corte, así como á Monseñor Basti obispo de Melfi, que estaba entonces en Nápoles, rogándoles y conjurándolos á poner un remedio pronto á tales errores, y á contener sus progresos; y al escribir estas cartas se le vió llorar, considerando el desprecio que se manifestaba hácia la Madre de Dios. Además, dijo á sus compañeros, que si esto

no hubiera sido bastante, todavía habria dado pasos aun mas fuertes hasta derramar su sangre en caso necesario para impedir que fuese tan vilipendiada su Madre María. También imprimió una breve respuesta á la extravagante reforma que aquel habia intentado introducir, contraria á la piedad debida á la divina Madre. Así que, no hay que maravillarse si despues de una devoción tan grande y de un amor tan afectuoso á la Santísima Virgen, se le llama el *Bernardino de Sena* de nuestros tiempos.

§ V.

Devoción de San Alfonso al patriarca San José y á Santa Teresa.

Entre las prácticas devotas introducidas por Alfonso en su congregación, se hallaba la de que todos sus individuos habian de tener cada mes un Apóstol por protector para con su intercesión, pudiesen ejercitar con mas facilidad y exactitud la virtud que señalase en dicho mes. Pues Alfonso no solo mientras permaneció en su congregación, sino que aun siendo obispo de Santa Agueda y despues de la renuncia del obispado, se manifestó siempre muy devoto del Apóstol señalado cada mes.

Pero á San José esposo de la Virgen, y á Santa Teresa les profesó una especial devocion durante toda su vida. Del primero dió á luz algunas meditaciones con una devota cancioncita para los siete miércoles y para los nueve dias antes de su festividad, que introdujo en su iglesia de San Miguel: procuró promover su devocion y su culto, con lo que se lee al fin de la novena de la Natividad, y lo declaró protector de su congregacion. De la segunda publicó tambien nueve meditaciones sobre las virtudes de la Santa con otras prácticas devotas: hacia solemnizar su festividad en su iglesia y la llamaba la querida abogada de su congregacion. Ademas de todo esto, jamas comenzaba á escribir cosa alguna sin poner antes las iniciales de los nombres de Jesus, María y José y el de Teresa, y no dejaba tampoco de repetirlas cuando se le ofrecia poner una posdata en una carta.

§ VI.

Obediencia y veneracion de San Alfonso al Sumo Pontífice.

Por lo que se ha dicho antes se puede conocer fácilmente quanto era el respeto y la estimacion que manifestó siempre Alfonso hácia el Supremo Gefe de

la Iglesia católica. El, aunque sumamente distante de aspirar á ninguna dignidad y principalmente al obispado, enmudeció y lo aceptó luego que se lo mandó el Papa. Lo mismo hizo cuando Clemente XIV no le quiso aceptar la renuncia, pues que sin proferir la menor queja continuó gobernando la Iglesia de Santa Agueda. Reconocia con verdadera fé en la persona del Pontífice Romano al verdadero y legítimo Vicario de Jesucristo: con esto reputaba su voz como la voz de Dios, y respetaba y obedecía con la mayor presteza y prontitud todas sus órdenes y decretos. Y si por acaso sucedía que alguno en su preseneia no aprobase enteramente ó mostrase hacer poco caso de algun decreto pontificio, él lleno de celo decia á voces: *Así lo ha creído conveniente el Papa: y lo que quiere el Papa lo quiere Dios. Cuando el Papa hace una cosa, la hace por motivos justos.*

Este mismo espíritu de veneracion y de respeto que animaba á Alfonso hácia el Supremo Gefe de la Iglesia de Jesucristo, hizo que él sujetase á su irrefragable juicio todas las obras que dió á la prensa, tanto dogmáticas, como morales y ascéticas, y que siempre se portase como hijo muy obediente y afectísimo á la Sede Apostólica. Siendo obispo de Sta. Agueda, vacó un beneficio en la catedral; y como habia duda en si el derecho de conferido pertenecia á él ó al Papa,

escribió inmediatamente á Roma para que allí se diesen las bulas.

Muy grande era su dolor, y mayor todavía su celo, cuando veia que los modernos novadores procuraban con cavilosos sofismas, con chicanerías y con frívolas conjeturas impugnar ó restringir el Primado, la autoridad y la jurisdiccion del Romano Pontífice sobre toda la Iglesia. No hallaba descanso, ni perdonaba medio para oponerse por su parte y levantar un dique á tan extravagantes é insubsistentes doctrinas. Luego que supo que habia salido á luz la obra de Justino Febronio contra la autoridad y la jurisdiccion del Pontífice Romano, aunque muy avanzado en años, y sumamente agravados sus males, se puso á refutar las falsas doctrinas de dicho autor, y no cesó hasta que imprimió su obra con el título de: *Vindice pro suprema Pontificis potestate adversus Justinum Febronium*. Compuso tambien dos disertaciones latinas, en una de las cuales sostiene y defiende la infalibilidad del Romano Pontífice en las decisiones sobre todo lo relativo á la fé y á las costumbres; y en la otra su superioridad aun sobre los concilios ecuménicos. Imprimió igualmente otra, *De justa prohibitione et abolitione librorum nocuae lectionis*, en la que no solo manifiesta la potestad que tiene el Papa de prohibir la lectura de los libros impropios y nocivos

á la fé y á las buenas costumbres, sino que ademas hace ver cuán insubsistentes son las razones de los que la niegan, mostrando al mismo tiempo los gravísimos é irreparables daños que nacen de ahí. Habria querido muy bien poder impedir enteramente que esos libros de maldiccion se introdujesen en los paises católicos, por lo cual procuraba hacerlo por cuantos medios le era posible, porque conocia que justamente en ellos se prepara la hiel del dragon en el cáliz dorado de Babilonia, en que los incautos y los necios, y muy particularmente la juventud, beben á grandes tragos, sin percibirlo siquiera, el mortal veneno de la iniquidad y del error.

Los adversarios no dejaron de vomitar contra él muchas injurias por estos escritos; pero él las sufrió con mucha paciencia y permaneció siempre firme en sus mismos sentimientos. En una carta que escribió al profesor de Cánones en el Liceo Arzobispal de Nápoles, hablando de la suprema potestad del Papa, le dice: *Estoy pronto á dar la vida por defenderla: porque quitada esta se pierde la autoridad de la Iglesia. Quitado este juez supremo*, decia en otra ocasion, *para las decisiones de las controversias, se pierde la fé. Este juez que falta entre los herejes*, repetia otra vez, *es lo que produce la confusion, y los desacuerdos entre ellos, porque cada uno se*

constituye juez de sí mismo. Por eso se regocijaba tanto cuando iban á verlo personas letradas, que fuesen de su misma opinion: y hallándose una vez gravemente enfermo, solo al oir decir que sus alumnos sostenian y defendian el primado y la infalibilidad del Papa, dió un salto y pareció como que recobraba algun tanto las fuerzas.

CAPITULO IV.

Esperanza en Dios de San Alfonso.

De las muchísimas cosas ya referidas se ha podido comprender fácilmente cuan arraigada estaba en el corazon de Alfonso, esta virtud de la esperanza en Dios. Esta fué la que lo sostuvo contra las fuertes contradicciones y grandísimos obstáculos que encontró á los principios cuando quiso abrazar el estado eclesiástico, y mucho mas al poner mano despues en la intentada fundacion de su nueva congregacion. La absoluta carencia de todo auxilio y favor humano, la mas estrecha pobreza, los mas largos y obstinados litigios, el total abandono de sus primeros compañeros,

las mas graves injurias, los mayores desprecios y demas contrariedades, jamas fueron bastantes, no diré para desanimarlo y abatirlo; pero ni aun para conmovirlo y hacerlo desmayar en lo mas mínimo en la obra emprendida solo por la gloria de Dios y por el bien de las almas. Desconfiando enteramente de sí mismo y de las fuerzas humanas, echaba el ancla de toda su esperanza en Dios y andaba constantemente repitiendo: *Me basta con Dios*; y de este modo, sin desalentarse jamas, sin perder la paz del corazon, ni la tranquilidad del espíritu, llegó á superar todo cuanto se oponia á sus justos designios, y pudo fundar muchas casas de su instituto; contra los esfuerzos de sus adversarios, y con asombro de todos.

Esta tan viva y tan firme esperanza que tenía en Dios fué tambien lo que lo mantuvo firme y constante en la aridez y desolacion de espíritu en que el Señor, para hacer mayor prueba de él, permitió que se encontrase en los últimos años de su vida; y mucho mas contra las sugestiones y tentaciones de desconfianza y de desesperacion, con que el demonio procuró atormentarlo y vencerlo. Sufria con suma paciencia las primeras y resistia valerosamente á las segundas, avivando siempre mas su esperanza en Dios, y su confianza en los méritos infinitos de Jesucristo y por eso andaba constantemente repitiendo: *En vos, oh*

constituye juez de sí mismo. Por eso se regocijaba tanto cuando iban á verlo personas letradas, que fuesen de su misma opinion: y hallándose una vez gravemente enfermo, solo al oír decir que sus alumnos sostenían y defendían el primado y la infalibilidad del Papa, dió un salto y pareció como que recobraba algún tanto las fuerzas.

CAPITULO IV.

Esperanza en Dios de San Alfonso.

De las muchísimas cosas ya referidas se ha podido comprender fácilmente cuan arraigada estaba en el corazón de Alfonso, esta virtud de la esperanza en Dios. Esta fué la que lo sostuvo contra las fuertes contradicciones y grandísimos obstáculos que encontró á los principios cuando quiso abrazar el estado eclesiástico, y mucho mas al poner mano despues en la intentada fundacion de su nueva congregacion. La absoluta carencia de todo auxilio y favor humano, la mas estrecha pobreza, los mas largos y obstinados litigios, el total abandono de sus primeros compañeros,

las mas graves injurias, los mayores desprecios y demas contrariedades, jamas fueron bastantes, no diré para desanimarlo y abatirlo; pero ni aun para conmovirlo y hacerlo desmayar en lo mas mínimo en la obra emprendida solo por la gloria de Dios y por el bien de las almas. Desconfiando enteramente de sí mismo y de las fuerzas humanas, echaba el ancla de toda su esperanza en Dios y andaba constantemente repitiendo: *Me basta con Dios*; y de este modo, sin desalentarse jamas, sin perder la paz del corazón, ni la tranquilidad del espíritu, llegó á superar todo cuanto se oponía á sus justos designios, y pudo fundar muchas casas de su instituto; contra los esfuerzos de sus adversarios, y con asombro de todos.

Esta tan viva y tan firme esperanza que tenía en Dios fué tambien lo que lo mantuvo firme y constante en la aridez y desolacion de espíritu en que el Señor, para hacer mayor prueba de él, permitió que se encontrase en los últimos años de su vida; y mucho mas contra las sugestiones y tentaciones de desconfianza y de desesperacion, con que el demonio procuró atormentarlo y vencerlo. Sufria con suma paciencia las primeras y resistía valerosamente á las segundas, avivando siempre mas su esperanza en Dios, y su confianza en los méritos infinitos de Jesucristo y por eso andaba constantemente repitiendo: *En vos, oh*

Señor, confío: nunca seré confundido por toda la eternidad. El demonio me quiere hacer desesperar; pero yo quiero confiar siempre en Jesucristo. Si, Jesucristo mio, vos habeis muerto por mí: vuestra sangre es mi esperanza y toda mi salud. Y como uno de los padres de su congregacion viéndolo un dia mas agitado por los escrúpulos que nunca, comenzó á decirle: Monseñor, no dudeis: habeis hecho tantas obras buenas, le cortó la palabra al instante y le respondió: ¿Qué obras buenas? mi esperanza es Jesucristo, y despues de él María Santísima. En otra ocasion se encontraba en tal obscuridad y en unas tinieblas tan espesas, que parecia que no hallaba motivo alguno de confianza para consolarse. Se volvía á mirar al Crucifijo, y exclamaba: Con que, Jesus mio, no os he de amar eternamente? Despues á la Virgen, y añadía: Mamá mia, ¿por qué no te he de gozar en el paraíso? Uno de sus compañeros que estaba presente se le acercó, y le dijo: Monseñor, vea el Crucifijo y diga conmigo: En vos, oh Señor, espero: no seré confundido en la eternidad. Entonces Alfonso al oír la palabra esperar, se serenó, se llenó de alegría y no cesaba de repetir: En tí espero, oh Señor.

Cuando moria alguno de sus alumnos que habia llevado una vida bastante ejemplar, él se afligia por

la pérdida que hacia la Congregacion; pero al mismo tiempo se alegraba con la esperanza de que se hubiera salvado, y estuviera ya seguro de la vida eterna. Por lo que envidiando constantemente su suerte, así como la de todos los bienaventurados que ya aman á Dios, y no pueden volver á ofenderlo, se le oía exclamar: ¿Cuándo tendremos tambien la suerte de ser su compañero en el cielo! Este deseo de desatarse de una vez de los lazos del cuerpo era tan vivo en Alfonso, que no solo no veía con horror y espanto la idea de la muerte, como sucede á la mayor parte de los hombres, sino que hablaba de ella con placer, y se ocupaba en meditarla continuamente, viendo que este es el único medio que hay para penetrarse de un saludable temor de ofender á Dios ni aun levemente, y de unirse con él para siempre. De aquí es que acostumbraba decir á menudo: Jesucristo mio, deseo tanto alcanzar pronto la feliz suerte de veros en el cielo, que me parece que tardo mil años en morir. Y como cada vez crecia mas en él la esperanza de ir á gozar de la vision beatífica de Dios, y á besar, como él decia, los piés á María Santísima, mas se encendia tambien en él el deseo de dejar este despojo mortal, de modo, sin embargo, que jamas se apartase de una entera conformidad con la voluntad divina. Sentia un calor tan grande en la cabeza, que habia sido bastan-

te, como aseguraba, para liquidar una montaña de nieve; y volviéndose de cuando en cuando al Crucifijo, no hacía mas que repetir: *Señor, si es vuestra voluntad que yo muera, estoy pronto á morir.* Y así lo hacía siempre en todas sus enfermedades, porque como él mismo acostumbraba decir, *los santos se hicieron santos, porque siempre se conformaron con la voluntad divina.*

Procuraba Alfonso insinuar en el corazón de todos, y particularmente en el de los pecadores, esta esperanza en Dios por los méritos infinitos de Jesucristo, tanto en las conversaciones familiares, como en el tribunal de la penitencia, y mucho mas todavía en sus sermones, considerando que este es un medio bastante eficaz para retraer á las almas del vicio, y conducir las á una sincera y estable mutación de vida. El, en efecto, en las misiones, ademas de los sermones particulares que predicaba con este argumento, nunca dejaba, aun en los sermones de terror, de animar al fin de ellos al auditorio á confiar en la divina misericordia. Y cuando referia algun paso ó sentencia de la Sagrada Escritura, ó de los santos padres sobre la confianza que se ha de tener en los méritos de Jesucristo, ó en la protección de la beatísima Virgen, se le veía el rostro muy encendido, y lo hacía con tanto celo y fervor, que los animaba á todos á es-

perar en Dios por medio de un verdadero arrepentimiento de sus culpas. Lo mismo quiso que hiciesen sus alumnos, esto es, que en las misiones predicasen un sermón particular sobre la confianza que debemos tener en Jesucristo y en María Santísima, y tambien sobre la eficacia de la oración, como único medio, segun decia, para arrancar á las almas de las manos del demonio y llevarlas á Jesucristo.

Aunque lo dicho hasta aquí sea mas que bastante para hacer ver, cuán grande era la virtud de la esperanza en Dios, en que estaba encendido Alfonso, lo era todavía mas. Léanse sus obras espirituales, y se verá siempre mas claramente hasta qué grado la poseía y de cuantos medios se valia para encenderla en el corazón de todos, no para que se continúe durmiendo tranquilamente en el pecado con la esperanza del perdón, como querian creer falsamente algunos, sino solo para que se salga pronto y valerosamente de él, esperando su remisión de la infinita bondad y misericordia de Dios.

CAPITULO V.

Amor de San Alfonso hácia Dios.

No hay accion alguna en toda la vida de Alfonso, que no manifieste muy claramente el gran fuego de amor divino en que ardía su corazón. El abandono del mundo y todo lo que este le ofrecía de atractivo y lisonjero; la completa victoria que alcanzó sobre la carne y la sangre; la vida pobre y mortificada que quiso abrazar, y que consagró toda entera al servicio y á la gloria de su Señor, no fueron ciertamente mas que efectos de aquel amor que tan fuertemente lo impulsaba hácia su Dios. Y si la entera observancia de todos los mandamientos divinos son la verdadera prueba de un perfecto amor de Dios, ¿quién no ve que esta fué justamente la que dió Alfonso, que siempre procuró observar con la mayor exactitud, como ya se ha demostrado, no solo todos los preceptos sino tambien los consejos evangélicos? Despues de esto, ¡Oh, y como podia él repetir con el Real Profeta: *He corrido, oh Señor, por la via de vuestros mandamientos, desde que habeis dilatado mi corazón con la caridad!*

Así es que temia muchísimo el ofender á Dios aun

lo mas mínimo, y era tanto su ódio al pecado, que siempre decia: *Antes querria arder vivo en una caldera, que cometer un pecado mortal.* Se estremecía y se horrorizaba al solo nombre de pecado voluntario, aunque fuese leve: y por eso huía con el mayor cuidado hasta de su sombra, escrupulizándose por cualquiera cosa aunque no fuese pecaminosa. De aquí es que para conservarse mas y mas libre y exento de cualquiera clase de culpa, todos los sábados se acercaba al sacramento de la penitencia, y en los últimos años de su vida lo hacia todos los dias. De este modo se mantuvo siempre Alfonso hasta la muerte tan limpio y puro, que siete de sus confesores, de unánime consentimiento, atestiguaron que jamas habia manchado con ningun pecado deliberado y voluntario ni aun venial, la estola de la inocencia que habia recibido en el santo bautismo.

A este cuidado tan rígido y tan escrupuloso de su corazón, para poder ofrecerlo á todas horas inmaculado é intacto á su Dios, unia la mayor diligencia y solicitud para tener siempre vuelto el pensamiento y la mente á su amado Señor, y no perderlo jamas de vista. Ya hemos hablado del mucho tiempo que empleaba constantemente de dia y de noche en la oracion vocal y mental, y con tan grande aplicación de mente y fervor de espíritu, que frecuentemente se le veia

todo el rostro encendido, é inmóvil y estático por mucho tiempo, en fuerza de aquel amor divino que lo atraía al objeto amado. Una vez entre otras, á la mitad del dia en el mes de Julio estaba sentado en el cláustro del convento de los padres Domínicos de Santa Catarina en Fornello en Nápoles, y allí se le vió por mas de una hora tan absorto en Dios, que no dió la menor señal de movimiento, aunque el sol le heria con toda su fuerza, y le molestaba el rostro una multitud de moscas importunas. Ademas de todo esto, jamas dejaba de tomar sino por enfermedad, ó por algun negocio muy urgente, los ejercicios espirituales por diez dias cada año, y el retiro de un dia cada mes, en cuyos dias abandonaba todo cuanto lo pudiese distraer, observaba mayor recogimiento, y no se ocupaba mas que en meditar en las cosas celestiales, ó en la lectura de libros ascéticos y morales. Pasó por Illicito, donde en aquella época vivia Alfonso, el misionero Apostólico Don Juan de Conti Appiani que deseaba hablarle; pero como ese dia era de retiro para él, le hizo saber que no podía interrumpirlo, y aquel tuvo que partir sin siquiera verlo.

Mas no por esto se crea que Alfonso olvidase ni por un momento á su Dios, ya fuese estudiando, ó atendiendo á los negocios de su Congregacion, ó á los del obispado, ú ocupándose en cualquiera otras

cosas que pueden y suelen distraer por lo comun la mente y el espíritu de pensar actualmente en Dios. No: porque ademas de andar siempre en su presencia, y enderezándolo todo á su gloria, frecuentemente se volvía á él con jaculatorias implorando su auxilio, pidiéndole el amor, y ofreciéndole todo su corazon. No gustaba de hablar mas que de Dios y de las cosas celestiales, con esto cortaba pronto cualquiera otra conversacion que se introdujese en su presencia, tanto para satisfacer su deseo de no pensar mas que en Dios, y de no hablar mas que de Dios, como para suscitar en el corazon de los demas alguna chispita por lo menos de aquel amor divino en que él ardía. Y en verdad que la flama de este amor era tal, que al hablar de ella en público y en lo privado, se le veía claramente el rostro encendido, arrojar suspiros ardientes, y conmovér de modo, que muchas veces parecia querer lanzarse hácia aquel á quien solo amaba. De aquí es que si alguno se encontraba por acaso á su lado, particularmente en los últimos años de su vida, tenia que separarse de él, para que no le tocasse á tan fuertes y tan repentinos movimientos, y era necesario que de cuando en cuando se le refrescase un poco la frente con un lienzo empapado en agua fresca para apagar el calor en que ardía. Para decirlo de una vez, el amor de Alfonso hácia Dios no conocia

diminuicion ni interrupcion, porque él sabia muy bien sacar de todo pensamientos y afectos con que estrecharse mas y mas con él. Viajando una vez en cale-sa con uno de sus compañeros, *Ved*, le dijo: *¿cómo trabaja y nos sirve este caballo por un poco de cebada! y nosotros qué hacemos para amar á Dios, despues de tantos beneficios como nos ha hecho?*

Así como el fuego material no se puede contener sino que prende y se dilata por todas partes, así, justamente, el amor divino de Alfonso procuraba estenderse y penetrar en los corazones de todos. Por lo cual nunca dejaba de hablar de él, no solo en sus sermones sino tambien en las conversaciones familiares, tanto con sus alumnos, como con todo el que fuese á verlo, mostrando los infinitos atributos de Dios, particularmente su bondad hácia el hombre, por lo que merece toda clase de amor. Y era tal la fuerza y la energía con que hablaba, que movia suavemente los ánimos, y los escitaba á aquel amor que por tantos y tan justos motivos exige Dios de nosotros. Habiendo ido un día á visitarlo Monseñor Sanseverini, arzobispo de Palermo, teniéndolo Alfonso de la mano le dijo que le deseaba un amor sumo hácia Dios, y el verdadero espíritu de Jesucristo; pero con tanta energía y con tanto ardor de espíritu que lo hizo llorar de ternura.

Este mismo amor divino fué el que procuró insinuar con sus obras, particularmente con la que se intitula, *Práctica de amar á Jesus*, la que cuanto mas se lee, tanto mas debe volverse á leer. Así como todo su empeño y todo su placer se cifraba en ver amado y honrado á su Dios, tampoco habia para él mayor dolor ni mayor pesadumbre que conocer ó saber que era ultrajado y ofendido. ¿Pero qué no hacia de cuanto podia, y que no habria hecho ademas si hubiera podido, para impedir y remover cualquiera ofensa á la Majestad divina, como se ha visto en otra parte?

CAPITULO VI.

Caridad de San Alfonso hácia el prójimo.

El verdadero amor de Dios lleva necesariamente consigo el amor del prójimo, siendo estas dos cosas tan unidas y conjuntas entre sí, que la una no puede subsistir sin la otra: antes bien, se sostienen mutuamente de manera, que la una sirve como de alimento y de acrecentamiento á la otra. Ahora bien, ¿si tan grande y tan encendido fué en Alfonso el amor de

diminuicion ni interrupcion, porque él sabia muy bien sacar de todo pensamientos y afectos con que estrecharse mas y mas con él. Viajando una vez en cale-sa con uno de sus compañeros, *Ved*, le dijo: *¿cómo trabaja y nos sirve este caballo por un poco de cebada! y nosotros qué hacemos para amar á Dios, despues de tantos beneficios como nos ha hecho?*

Así como el fuego material no se puede contener sino que prende y se dilata por todas partes, así, justamente, el amor divino de Alfonso procuraba estenderse y penetrar en los corazones de todos. Por lo cual nunca dejaba de hablar de él, no solo en sus sermones sino tambien en las conversaciones familiares, tanto con sus alumnos, como con todo el que fuese á verlo, mostrando los infinitos atributos de Dios, particularmente su bondad hácia el hombre, por lo que merece toda clase de amor. Y era tal la fuerza y la energía con que hablaba, que movia suavemente los ánimos, y los escitaba á aquel amor que por tantos y tan justos motivos exige Dios de nosotros. Habiendo ido un día á visitarlo Monseñor Sanseverini, arzobispo de Palermo, teniéndolo Alfonso de la mano le dijo que le deseaba un amor sumo hácia Dios, y el verdadero espíritu de Jesucristo; pero con tanta energía y con tanto ardor de espíritu que lo hizo llorar de ternura.

Este mismo amor divino fué el que procuró insinuar con sus obras, particularmente con la que se intitula, *Práctica de amar á Jesus*, la que cuanto mas se lee, tanto mas debe volverse á leer. Así como todo su empeño y todo su placer se cifraba en ver amado y honrado á su Dios, tampoco habia para él mayor dolor ni mayor pesadumbre que conocer ó saber que era ultrajado y ofendido. ¿Pero qué no hacia de cuanto podia, y que no habria hecho ademas si hubiera podido, para impedir y remover cualquiera ofensa á la Majestad divina, como se ha visto en otra parte?

CAPITULO VI.

Caridad de San Alfonso hácia el prójimo.

El verdadero amor de Dios lleva necesariamente consigo el amor del prójimo, siendo estas dos cosas tan unidas y conjuntas entre sí, que la una no puede subsistir sin la otra: antes bien, se sostienen mutuamente de manera, que la una sirve como de alimento y de acrecentamiento á la otra. Ahora bien, ¿si tan grande y tan encendido fué en Alfonso el amor de

Dios, cuanto mas no lo fué el del prójimo? Y en efecto, ¿en qué otra cosa consumió toda su vida, sino en un continuo y laboriosísimo ejercicio de caridad hacia su prójimo? Sermones, catequismos, instrucciones, discursos, confesiones escuchadas, advertencias y consejos dados, y tantas otras cosas que ya hemos referido, no fueron mas que efectos de aquella afectuosa caridad que lo animaba á procurar por todos los medios posibles la salvacion de las almas. Jamas conoció en esto cansancio ni fatiga, ni obstáculos ni peligros; sino que siempre lo sufrió todo valerosamente por apagar la ardiente sed que tenia de ganar almas para Dios. Aun habia espuesto voluntariamente su vida por esto, como en efecto se mostró pronto á esponerla, cuando temiéndose que el azote de la peste que habia en Mesina se extendiese hasta el reino de Nápoles, hizo voto de prestar toda clase de auxilios á las personas atacadas del contagio, siempre que llegase este caso.

Este mismo celo que tenia por la salvacion de las almas, le hacia rogar constantemente al Señor para que se dignase iluminar y convertir á los infieles y á los pecadores, y que concediese á los justos la santa perseverancia: lo cual, tanto en sus sermones como en sus conversaciones particulares ó familiares, recomendaba á todos que hiciesen. Ademas de esto, dis-

puso que en todas las casas de su Congregacion se hiciesen cada día de la semana, las oraciones, las penitencias y otros ejercicios devotos aplicándolos en provecho de varias clases de personas. El Domingo, como ya se ha dicho, por el Sumo Pontífice, por los obispos, y por los príncipes cristianos: el Lunes por la conversion de los infieles y de los herejes: el Martes por los religiosos y por las religiosas: el Miércoles por los operarios evangélicos y por los padres y madres de familia: el Jueves por los inocentes, penitentes, enfermos y agonizantes, por las ánimas del purgatorio, y por los niños que aun están en el seno de sus madres, para que puedan lograr la gracia del santo bautismo: el Viernes solicitando el fervor para los padres de la Congregacion: y por último, el Sábado por los devotos de María Santísima, por los bienhechores de la Congregacion, y por los parientes de los padres de ella. Y hacia que esta distribucion se mantuviese fija en el coro, haciéndola recordar todas las noches despues del exámen de conciencia que se hacia en comun.

Despues de todo esto parecia que el amor de Alfonso hacia su prójimo no podria ir mas lejos. Pero no fué así, porque procuró estenderlo cuanto le fué posible, y hasta despues de su muerte. Este, en efecto, y no otro, fué el fin que se propuso al publi-

car tantas obras diversas en provecho de toda clase y condicion de personas, y en estas tambien á los Príncipes Soberanos, para los cuales imprimió la obra titulada: *La fidelidad de los vasallos hácia á Dios, los hace tambien fieles hácia á los Príncipes*, que les regaló, y que despues para mayor provecho fué traducida á otras lenguas. ¿Y cuál otro tambien, sino este fué su objeto al fundar y establecer una nueva Congregacion de Sacerdotes seculares, que al atender á la perfeccion evangélica con las reglas mas oportunas y prudentes, debieran consagrarse enteramente al bien de las almas, y particularmente de las mas abandonadas y privadas de socorros espirituales, que estuviesen dispersas por los campos, ó residiesen en pueblos miserables?

Ni se crea que este amor tan caritativo de Alfonso hácia los vivientes le hiciese olvidar las almas de los difuntos, que para acabar de pagar las deudas contraidas con la divina justicia, son atormentados y penan todavia en el purgatorio. No ciertamente: porque ya con oraciones, con sacrificios, con penitencias, con indulgencias, y valiéndose de todos los medios posibles procuraba siempre proporcionar algun sufragio á las almas del purgatorio; y siempre que pudo, jamas dejó de inculcar esto mismo á los fieles, para que con limosnas y con otros actos de virtud y prácticas de-

votas, se demostrasen solícitos en socorrerlas, como por tantos títulos merecen. Además, era tanta la compasión que tenia de estas almas, que siempre hablaba de ellas con mucha ternura; y despues de haber dispuesto, que todos sus alumnos rogasen por ellas en un dia de la semana, dispuso que en todas las casas de la Congregacion se hiciese la seña con la campana una hora despues de la oracion de la noche, para rezar el Salmo *De profundis*: en cuya práctica se mostró tan exacto, que interrumpiendo al instante enalquiera otra ocupacion, era el primero en arrodillarse para rezarlo, añadiendo un Padre nuestro y una Ave María por los difuntos de la congregacion; y cuando ensordeció, dispuso que le avisasen para hacer lo mismo, como en efecto lo hacia y lo habia continuado haciendo en su decrepitud y entera incapacidad de moverse, si por último su director no le hubiese prohibido el hincarse, por lo que todo lo rezaba sentado. Habiendo escrito uno de los padres de la Congregacion cuando estaba en Santa Agueda, que habia hecho obras para muchos Santos, pero que no se habia acordado de las ánimas del purgatorio, bastó esto para que imprimiese al instante una novena con nueve meditaciones y prácticas devotas, y la distribuyó para toda su diócesis, para animar á los fieles á hacer algunos sufragios por ellas. Además de todo eso en los

nueve dias antes de la Conmemoracion de los fieles difuntos, en la capilla que con el título de las ánimas habia en su iglesia catedral de Santa Agueda, despues de rezar el rosario y otras preees, hacia un breve discurso exhortando al pueblo á ser devoto de las ánimas del purgatorio, y á procurarles todo el socorro posible.

Y si era tan solícito por todas las almas del purgatorio, mucho mas lo era por las de sus alumnos difuntos. Por tanto, estableció que cada año entre la octava de todos Santos se cantasen dos oficios y dos misas solemnes, una por todos los difuntos de la Congregacion, y la otra por los de cada casa: y que al aviso de la muerte de cada uno de ellos, ademas del oficio y misa que se habia de cantar en cada casa de la Congregacion, cada uno de los padres habia de celebrar cinco misas por el alma del difunto, si era sacerdote, y nueve si por acaso fuere el Rector mayor, y tres si solo fuese clérigo, ó hermano lego; y finalmente, que por ocho dias inmediatamente despues de la muerte de cada uno, todos los de la Congregacion en sus oraciones y mortificaciones tuviesen la intencion de sufragar por el alma de su difunto hermano.

En cuanto á la caridad de Alfonso con respecto á las necesidades temporales del prójimo, muchísimas mas cosas podriamos añadir aquí á las otras muchas

ya dichas en otra parte, que lo muestran como un verdadero padre de los pobres y de los afligidos. Pero por no traspasar los justos límites que nos hemos prescrito, no mencionaremos mas que una sola, que por otra parte, puede parecer bastante por todas. Sucedió el año de 1772, es decir, tres años antes que Alfonso renunciase el obispado, que tres soldados albaneses se refugiaron en una capillita del campo puesta en la aldea de Ducenta, diócesis de Santa Agueda de los Godos. Habiendo sido aprehendidos y condenados como reos de muerte por el consejo de guerra, se mandó el proceso á Alfonso para que decidiese, si alcanzaba ó no á dichos reos el beneficio de asilo por haberlos capturado en dicha capilla. Aquí fué donde se encontró en aprietos su caridad y su celo, pues habria deseado poder salvar la vida á aquellos infelices; pero veia que esto no era posible sin ofender á la verdad y á la justicia, porque dicha capilla no gozaba el privilegio de la inmundidad. De aquí es que se hallaba sumamente afanoso y pensativo, no pudiendo resolverse en manera alguna á dar una resolucion que habria costado muy cara á aquellos soldados. Y este estado tan angustioso llegó á tal grado, que creyendo algunos tranquilizarlo, le aconsejaron que lo remediase con una mentira; pero solo al oír semejante palabra se horrorizó, y repre-

dió á los que así lo aconsejaban. Entre tanto, de día en día se difería así el negocio, cuando una noche vió llegar de Nápoles un oficial albanes que venia encargado de recoger el proceso y la decision. Alfonso entonces, sintiendo su corazon mucho mas oprimido por la compasion que le causaban aquellos reos, solicitó del oficial que se quedase con él en su palacio mientras escribia á Nápoles en favor de ellos, y habiendo aquel accedido, se fué inmediatamente á poner en oracion. Despues de esto escribió muchas cartas á los principales ministros de la Real Corte de Nápoles rogándoles encarecidamente que alcanzasen del Soberano por amor de Jesucristo y de la Santísima Virgen, gracia de la vida en favor de aquellos tres soldados, conmutándoles la pena en cualquiera otro castigo, representándoles al mismo tiempo las angustias de su paternal corazon. Esto bastó para que á pocos dias tuviese la consoladora respuesta de que el monarca reinante de las dos Sicilias Fernando IV, usando por sí de toda su clemencia no solo libraba á los reos de la pena capital, sino que los exentaba de cualquier otro castigo. Despues no pasaron muchos dias sin que Alfonso viese venir á los tres soldados á darle las gracias por el gran favor que por su medio habian recibido, y acogiéndo los él con toda caridad, les hizo una paternal amonestacion pa-

ra que en lo sucesivo no volviesen á faltar á su deber. Y no bastándole todavía todo esto, ya que les habia salvado la vida del cuerpo, quiso procurar salvarles tambien la del alma; para lo cual los hizo permanecer por muchos dias á sus espensas en una posada pública á fin de poderlos disponer para una santa confesion y comunión, como se verificó, despidiéndolos despues contentos y consolados á Nápoles juntos con el oficial, á quien encomendó cartas con las mas espresivas gracias para todos los ministros que habian intervenido en el negocio.

Pero la caridad de Alfonso hacía el prójimo conquistó un nuevo lustre y llegó á la perfeccion que se requiere, ya sufriendo tranquilamente y con heroica paciencia las muchas injurias que recibió, como, y mucho mas, correspondiendo el mal con el bien. Era de temperamento cálido y de una naturaleza ardiente, llamada por los médicos colérica y biliosa; sin embargo, con su virtud supo moderarla y reprimirla de tal modo, que llegado el caso, si la caridad cristiana lo exigia, se mostraba enteramente flemático, y casi estúpido é insensible. Habiendo dado una suave y paternal correccion á uno de sus diocesanos de Arienzo, le respondió este con palabras indignas y con villanías, y él no solo le correspondió con mayores señales de afabilidad y cortesía, sino que le acompañó

hasta la escalera aunque no acostumbraba hacer esto nunca por no perder ni un momento de tiempo. Lo mismo sucedió cuando habiendo rehusado hacer capellan de la colegiata de San Andres Apóstol de Arienzo á un sacerdote, porque no lo creia digno, este lo llenó de injurias; y Alfonso sufriendolo todo con paciencia, no le dijo al fin mas que: *¡Ah! es menester no encolerizarse sino hacer la voluntad de Dios.* Peor fué todavía, cuando otro sacerdote indignado contra Alfonso, porque habia procurado remover de la diócesis á un hermano suyo por no haber querido dejar una amistad escandalosa, fué á verlo y se exaltó hasta el grado de quererlo matar, vomitó tantos y tantos improperios contra su obispo, que otro sacerdote que estaba presente, admirando por una parte el gran sufrimiento de Alfonso, que en nada se conmovia, y por otra, no pudiendo soportar por mas tiempo la insolencia de aquel, tuvo que reprenderlo como merecia, para hacerlo callar y partir. La misma conducta observó siempre Alfonso en tantos otros encuentros de esta naturaleza, que seria demasiado largo repetir aquí: porque no solo no mostró jamas el mas leve movimiento de indignacion ó de cólera, sino que siempre dió las mas claras señales de benevolencia y de afecto al que lo ofendia.

Y estas señales exteriores jamas estaban en él sepa-

radas de aquellas que internas y eficaces, muestran el sincero amor y la verdadera benevolencia del prójimo, como son las de recompensar con beneficios las burlas y las ofensas recibidas. Ya hemos visto cómo se portó con aquellos de Illiceto, que desde el principio intentaron destruir su Congregacion. Y porque supo que debido á sus cuidados, dos hijas de uno de sus principales contradictores, ya difunto, habian profesado vida monástica, y que se habian puesto en un monasterio á las otras dos, y que tambien se habia provisto á la buena educacion y á los intereses de los hijos varones que habian quedado, saltó de gusto y no cesaba de gozarse en ello. Tambien hemos hecho mencion en otra parte de un caballero doctor que importunó á Alfonso para obtener una carta de recomendacion para que un hermano suyo obtuviese un canonicato que se hallaba vacante en la colegiata de Arienzo y que no pudo alcanzar de él por justos motivos. Pues este mismo caballero, despues de haber visto que el canonicato se habia conferido á otro y no á su hermano, no tuvo embarazo para ir á vituperar á Alfonso en su mismo palacio y en presencia de sus familiares, ni dejó nunca en otras muchas ocasiones de manifestar el ódio que habia concebido contra él: Alfonso no solo procuró siempre calmarlo, y persuadirlo con las maneras mas suaves, sino que

muy pronto le hizo ver la venganza de los santos: porque habiendo vacado en la misma colegiata otro canonicato en el mes que tocaba al obispo conferirlo, bien informado como estaba del mérito de otro hermano del mismo caballero, que se hallaba estudiando en Nápoles, lo prefirió á todos los demas concurrentes y le mandó inmediatamente la bula de la colacion del canonicato. Este hecho sirvió de admiracion á todos y de confusion al citado caballero que no se atrevia á ir á dar las gracias á Alfonso. Pero previendo éste la cosa, cuando lo vió venir, sin hacer mencion ninguna de las pasadas injurias, solo le dijo de una manera agradable, que en aquella provision habia hecho justicia al mérito de su hermano, y así lo libró tambien de toda especie de rubor.

Habiendo sabido que algunos de su Congregacion se resistian á dar comestibles y otras cosas que les pedia de limosna una señora que antes habia molestado á la Congregacion, les escribió una carta diciéndoles: *Quiero que se le dé todo cuanto pide, con tanta mas razon quanto que ha sido nuestra enemiga.* Y al rector de una casa de su instituto, que le habia manifestado la injusticia que los vecinos del pais habian hecho á dicha casa, les respondió: *¿Cómo? ¿esta accion nos han hecho? es menester pensar en vengarse. ¿Pero de qué modo? de este:*

alargad mas la mano en las limosnas que se dan en la puerta de la casa, y con mayor liberalidad: asistid con mas frecuencia al confesonario: quando seais llamados para asistir á los enfermos, corred, sin decir no: no os quejeis de esta injusticia que os han hecho, y esta sea vuestra venganza. Palabras muy dignas de tenerse presentes, y muchas, fijas en el ánimo para poderlas poner en práctica en los varios encuentros de la vida.

CAPITULO VII.

Castidad de San Alfonso.

La castidad es una virtud, que hace al hombre casi semejante á los ángeles; pero que al mismo tiempo es como un tesoro que es necesario llevar y conservar en vasos de un barro muy frágil. Por tanto, ¿cuánta vigilancia y qué de esfuerzos no son necesari-

rios para conservarlo puro é intacto contra las insidias de aquel enemigo capital que tenemos siempre con nosotros, ó mas bien dicho, dentro de nosotros mismos, y que se vale de mil artes para robárnoslo? Pero habiendo comenzado á conocer Alfonso desde sus mas tiernos años el precio de esta virtud, y habiendo resuelto tenerla siempre por su inseparable compañera, no omitió medio alguno para poder conservarla enteramente ilesa y libre del mas leve hábito que bastase para ofenderla y empañarla ni aun ligeramente. Por su amor renunció las espléndidas bodas que su padre habia arreglado para que se verificasen entre él y la hija del príncipe de Presiccio, sufriendo con paciencia por tal negativa todos los disgustos y superando con valor todos los obstáculos de que ya se ha hablado. Despues, enamorado cada vez mas de esta virtud, aunque todavía secular y entre las bregas del foro, no dejaba de pedirla continuamente al Señor con largas y fervorosas oraciones, y cuidaba con toda diligencia todos sus sentidos, particularmente los ojos, habiendo hecho desde entonces un pacto permanente con ellos, para no dirigirlos jamas á personas de distinto sexo que el suyo, para poder así cerrar mejor la entrada á toda clase de pensamiento impuro. Por lo que, como ya se ha dicho, huía de cualquier lugar, y de cualquiera familiaridad

peligrosa; y estaba con toda modestia y compostura, y hasta sin anteojos para no ver nada, cuando por pura obediencia á su padre, se veia obligado á ir al teatro, ó á alguna tertulia.

Mucho mas se aficionó despues Alfonso á esa virtud, y procuró toda perfeccion en ella, cuando desprendiéndose completamente del mundo, se consagró enteramente á su Dios en el estado eclesiástico. La total mortificacion de todos sus sentidos, la mas cruel carnicería de su cuerpo, la oracion, que se puede llamar jamas interrumpida, fueron tambien los robustos medios de que se sirvió para conservar pura y hacer cada vez mas olorosa la azucena de su virginidad. Ademas de todo esto, huía siempre de todo encuentro y conversacion con mujeres ó señoras; y si alguna vez por cualquier motivo justo tenia que hablar con alguna, jamas lo hacia á solas, sino por una estrecha necesidad, y siempre vuelto de lado y sin anteojos: procuraba abreviar con espresiones cortas y palabras graves, conservando en la mano el rosario mientras duraba la conversacion. Tampoco les permitia que le besasen la mano, sino que ocultándola en el pecho dejaba que besaran el codo: y si se veia importunado para ello, les daba la mano, pero cubierta con la chaqueta aunque fuesen señoras respetables, religiosas, ó sus parientas, diciéndoles antes:

Id á besar los piés á Jesucristo. Y así queria que lo hiciesen todos los de su Congregacion, no dejándose besar nunca la mano por las mujeres.

Lo mismo hizo mientras gobernó la iglesia de Santa Agueda, y aun al conferir el sacramento de la confirmacion á las mujeres, jamas les dió la bofetadita que se acostumbra dar sobre el carrillo desnudo, sino sobre la cofia, redesilla, pañuelo, ú otra especie de velo que llevaban en la cabeza segun su condicion. Habiendo encontrado en un monasterio de su diócesis la costumbre de que la monja al hacer la profesion religiosa, ponía sus manos entre las del obispo, quitó inmediatamente ese uso, diciendo que era un abuso que no se podia sostener en manera alguna. Y si alguna vez se le rogaba que bendijese á alguna religiosa, haciéndole la señal de la cruz en la frente, lo hacia, pero siempre al aire, sin tocarle jamas la frente con el dedo.

Cuando tenia que hablar necesariamente de cosas relativas al sexto mandamiento ó al tratado del matrimonio, ó bien dar á los jóvenes estudiantes de su Congregacion la enseñanza respectiva, ademas de usar de las palabras mas breves, honestas y decentes, jamas lo hacia sino apretando con la mano derecha el Crucifijo que tenia en el pecho, y con la izquierda el rosario de la Virgen que le pendia al costado: tam-

bien daba á dichos jóvenes el consejo de no estudiar esos tratados, hasta que estuviesen para recibir la facultad de confesar. Este mismo consejo daba aun á los sacerdotes de su diócesis; ni queria que se enseñasen dichos tratados á los jóvenes estudiantes de su seminario episcopal. Habiendo regalado un príncipe á la casa de su Congregacion de San Miguel de los Paganos, una obra, que trataba de muchas antiguéddades descubiertas, quiso él verlas, y luego que percibió que habia allí muchas figuras desnudas é inmodestas, que representaban algunas deidades paganas, comenzó á borrarlas con la pluma llena de tinta, y mandó hacer lo mismo á otro que estaba con él. Y como algunas de ellas no podian borrarse de ese modo, tomó las tijeras y las destrozó: y despues de haber cortado, manchado; y estropeado así todas las figuras hizo poner la obra en la librería de la casa.

Ya se ha visto cuanto empeño tomaba adonde quiera que iba á predicar, y mucho mas al gobernar su diócesis, para inspirar en el ánimo de todos amor á la castidad y ódio al vicio contrario, valiéndose tambien de toda clase de medios para desterrarlo y estirparlo. Y quando predicaba contra él, usaba de las mayores precauciones para no proferir palabra que pudiese ofender ni en lo mas mínimo los mas castos oídos; pero al mismo tiempo se encendia en

tanto celo, que parecia que echaba fuego por los ojos y por todo el rostro, demostrando y repitiendo con toda razon y verdad que este es el vicio que arrastra una infinidad de almas al infierno. Tambien exhortaba con todo su fervor á la castidad, y al proponer los medios oportunos para custodiarla, entre otros muchos sujeria tambien el de no mirar ni aun los vestidos de mujer, *para no ensuciár*, como él decia, *la imaginacion*.

De lo dicho hasta aquí se puede deducir, cuanto era el amor que tenia Alfonso á esta virtud, y con cuanto celo y empeño procuraba custodiarla. Y en verdad que este llegó á tal extremo, que jamas quiso, aun siendo obispo y anciano, dejarse vestir ni desnudar de sus mismos familiares: y habiendo llegado, á causa de sus enfermedades, á quedar casi enteramente incapaz del menor movimiento, antes habria querido padecer que permitir el ser tocado en ninguna parte de su cuerpo. Y si en este estado debia alguna vez por verdadera necesidad y por obedecer á su director dejarse mover y tocar, se valia de toda la industria posible para que no se ofendiese en uada su natural pudor ni su extraordinaria vergüenza; por eso encargó á los que lo rodeaban para asistirlo, que cuando Dios lo llamase á sí, no descubriesen ni lavasen su cuerpo.

No por esto se crea que Alfonso estuviese exento de las tentaciones de que el ángel de las tinieblas acostumbra usar contra los que aman esta virtud. No: porque permitiéndolo Dios así para mayor prueba y mérito de su siervo, fué muy molestado, mayormente en los últimos años de su vida, por fuertes sugestiones diabólicas contra esa virtud, y hasta con apariciones de espíritus infernales. Pero haciendo uso de todas las armas que para estos casos se requieren, supo combatir siempre valerosamente y alcanzar una completa victoria de tan formidables batallas. Por lo que si en toda su vida mostró siempre en las acciones, en las palabras, en el gesto, y en todo su comportamiento, el virginal candor de alma y cuerpo que poseia, tambien lo conservó puro é intacto hasta el último aliento, por lo que se puede decir, que vivió como un ángel en carne mortal.

CAPITULO VIII.

Humildad de San Alfonso.

Cuanto mas vasta y mas alta es la mole del edificio que se quiere levantar, tanto mas sólidos y profundos deben ser los cimientos. Así sucede exactamente en el edificio espiritual, que jamas puede elevarse ni hacerse estable, si no se apoya en una verdadera y profunda humildad. Alfonso, pues, que desde su juventud puso sus miras en el colmo de la perfección evangélica, dirigió al mismo tiempo todos sus pensamientos y todos sus cuidados á adquirir plenamente la virtud de la humildad, que es la base y el sosten de todas las demas. En efecto, ¿cuántas pruebas no dió siempre de esta virtud? Todavía jóven, noble y estimado de todos por su saber y por sus dotes intelectuales, fué siempre extraño á toda gloria y pompa del siglo, y mucho mas á un cierto espíritu de soberbia y de estimacion de sí mismo, de que regularmente están acompañadas estas cualidades. Antes se mostraba en todas ocasiones tan modesto, tan humilde, y tan respetuoso con todos, que solo eso bastaba para conciliarle el amor y el afecto general.

Pero mayores, con mucho, y mas admirables fueron

los progresos que hizo en ella, desde que habiendo vuelto la espalda al mundo, y desechando toda oferta lisonjera y toda amplia promesa que éste le hacia, escogió mejor estar oculto y abyecto en la casa de su Señor. Su modo de vestir tan pobre y tan deseuido, su modesto porte, su trato afable y las suaves maneras para con todos, particularmente para con las personas mas pobres é ignorantes, la fuga de toda clase de demostraciones de respeto y de honor, en fin, todas sus palabras y sus conversaciones mostraban ya claramente su bien fundada humildad aun antes de establecer su Congregacion. En efecto, habiendo partido los misioneros napolitanos, para hacer misiones en la tierra de Afravola, diócesis de Nápoles, fué Alfonso con ellos, y cuando todos viajaban en carruaje, él iba por lo regular en un jumento, por lo que todos creyeron que él era el cocinero de la mision. Despues, cuando vieron que él dió principio á la mision con un sermón muy fuerte y lleno de celo, todos repetian entre sí con admiracion: *Si el cocinero predica así, ¿cómo no lo harán los otros padres?*

Ya fundada su congregacion, no solo rehusó siempre, como ya se ha visto, toda especie de preeminencia y distincion, aunque era el Rector mayor, sino que hasta queria hacer los oficios mas viles y penosos de la casa gustando de ser reputado, no ya igual á los

demas sino el último de todos. Estando en la casa de Ciorani fué á verlo un jóven que á cada momento le estaba dando el título de escelencia, y no pudiendo sufrir esto: *¡Qué escelencia ni no escelencia!* el dijo: *Decid vuestra Reverencia.* Un librero de Venecia escribió á Alfonso suplicándole que le mandase su retrato para ponerlo en el frontispicio de sus obras que estaba imprimiendo. Al oír tal pretension se horrorizó y dijo en presencia de los que estaban con él: *Si, voy á mandarle un retrato del alma condenada. Yo he hecho mis obras solo por la gloria de Dios: por eso ruego desde ahora á mis compañeros que despues de mi muerte arrojen mi cuerpo á un basurero.* Y cuando veia en sus obras que los censores elogiaban mucho su virtud y su nacimiento, se mostraba muy disgustado y pesaroso por ello, y decia: *Yo hubiera querido que aprobasen la calidad de la materia de la obra, y no la persona ni su nacimiento que de nada sirve.* Este mismo espíritu de humildad que tanto amaba, y que deseaba tambien en sus alumnos, lo indujo á poner entre las reglas de su Congregacion que no se aceptase ningun cargo ó dignidad fuera de ella: por cuya razon no aceptó el obispado sino por espreso mandato del Sumo Pontífice, ni dejó de renunciarlo luego que se le permitió.

Aun mas claras señales que estas, dió Alfonso de su heroica humildad durante el tiempo que gobernó la iglesia episcopal de Santa Agueda con aquella conducta tan ejemplar é irreprehensible que dejamos descrita en la tercera parte de este libro. Para no repetir lo que ya hemos dicho, añadiremos, que al hacer en su diócesis las funciones pontificales, usaba en la iglesia de los cojines para observar lo que prescribe el ceremonial de los obispos, pero que celebrada la misa, se arrodillaba en el suelo desnudo con solo una silla que le ponian delante, aunque vestido de roquete y muceta. Lo mismo hizo en Nápoles mientras permaneció allí: por lo que yendo una ocasion á predicar á la iglesia de Santa Restituta, entró vestido como acostambraba, con traje prelaticio en la iglesia de las monjas de *Regina caeli*, donde se cantaban con orquesta las vísperas solemnes de la Asuncion de la Virgen con gran concurso de gente, y se arrodilló en el suelo desnudo sin ningun apoyo para adorar al Santísimo Sacramento. Uno de los tres que celebraban las vísperas le conoció, y viéndole vestido de sotana y muceta de simple sarga de lana, hizo mil estremos y dijo al que estaba á su lado: *Aquel deshonor el carácter episcopal.* Pero quedó bastante confuso y mortificado, cuando vió que muchos caballeros y señores corrieron á saludarlo y besarle la mano.

Cuando salía de casa, hallándose en su diócesis, no quería séquito ni acompañamiento alguno, sino que iba con solo su criado, ó cuando mas llevaba consigo algun sacerdote, y muchas veces bajaba solo á la catedral para hacer oracion allí y luego salía con el sacristan para ir al monasterio del Santísimo Redentor. Si alguno le daba el título de excelencia, le iba á la mano al instante, diciéndole que la Iglesia prohibe esos tratamientos; y si le replicaba que le correspondia por su nacimiento, respondia: *Fuera todo eso, acabemos; decid como lo manda la Iglesia.* Ya hemos dicho que él habia contribuido mucho para la fábrica del nuevo templo en la aldea de Santa Maria en Vico: habia ampliado su seminario, y restaurado en gran parte el palacio episcopal, y habia donado á su catedral muchos muebles sagrados y valiosos, y nunca permitió que en estas ni en otras cosas semejantes se pusiesen sus armas de nobleza, porque aborrecia toda sombra de vanidad y de fausto.

Tampoco fué menor la humildad demostrada y conservada por Alfonso en todos los años que sobrevivió despues de la renuncia del obispado. Antes se puede decir con toda razon que entonces brilló en él mucho mas esta virtud, por el acrecentamiento de los dones sobre naturales con que Dios lo favorecia, y la mayor estima en que todos lo tenían. No omitió me-

dio alguno para ocultarlo todo, y hacerse estimar como un hombre vil, despreciable y de nada. Jamas hablaba de su nacimiento, y sentia muchísimo que alguno lo hiciése, y siempre decia á los que lo traian á colacion, que él era un ignorante, un miserable pecador, un verdadero tizon del infierno, y que no merecia mas que oprobios, desprecios, injurias y envilecimientos, y se encomendaba á sus oraciones diciendo: *Rogad á Dios y á la Santísima Virgen por mí, para que me den una buena muerte.* Estas y otras cosas semejantes les decia con tal expresion y energía, que manifestaba claramente á todos el íntimo convencimiento que tenia de su propia insuficiencia y de su propia nada, que es, y debe ser la base de la verdadera humildad.

No habia cosa que mas le desagradase y que mas le molestase, como el que lo elogiase y lo honrasen. Habiendo dicho una persona notable, que habia santificado la diócesis de Santa Agueda, respondió al instante lleno de confusion y de rubor: *¿Qué santificación? ¿qué habia yo de hacer, siendo un miserable? ¿un pecador? todo ha sido obra de Dios.* Y al vicario general del obispo de Nocera de los Paganos, que habia ido á complimentarlo despues de la renuncia del obispado, y que le dijo lo mismo, le añadió con el rostro encendido: *¡Jesus, María! y*

qué decis, señor vicario? ¿qué bien le he hecho á la diócesis? Nada, nada: si se ha hecho algo, ha sido Dios, ha sido Dios, ha sido Dios. Cuando iban algunos personajes ilustres solo con el objeto de verlo y visitarlo, decia al que le entraba á avisar: *¿Qué quieren de mí? ¿qué quieren ver, un hombre contrahecho y estropeado? Decidles que soy un pobre viejo necio.* Y si no podia menos que recibirlos, como sucedia las mas veces, procuraba mostrarse con ellos insípido, ignorante y casi vuelto á la infancia, tanto para hacerles terminar pronto sus visitas inútiles, como para desprenderles aquella estimacion en que tenian su persona. Habiéndose hecho sacar un diente, sospechó que un padre de su Congregacion lo habia tomado para conservarlo como reliquia, lo hizo llamar y le dijo: *¿Qué habeis hecho del diente? ¿dónde está? dadmelo;* y luego que lo recibió, lo hizo tirar á la calle, practicándolo así de entonces en adelante siempre que tuvo que sacarse otros. Por la misma razon justamente, mandó, como ya se dijo, al hermano lego su confidente, que echase en una cloaca la cajita de todos sus instrumentos de penitencia, luego que ya no pudo usarlos por mandato de su director.

Si Alfonso huia tanto y aborrecia todo lo que podia redundar en estimacion y honor suyo; no mos-

traba, por lo contrario, pesar alguno, antes se alegraba muchísimo, cuando se veia despreciado por otros, y tenido por hombre de ningun mérito, tal cual él mismo se estimaba en realidad. No fueron pocas las ocasiones que tuvo durante toda su vida, de verse despreciado y vilipendiado, cargado de injurias y villanías, y de recibir afrentas y ofensas; pero en todas estas malhadadas ocasiones, en vez de encolerizado y turbado, siempre se le vió placentero, alegre y tranquilo, queriendo mucho mas ser reputado, si posible fuera, como la inmundicia y la basura de todos. Tal era el concepto que tenia de sí mismo, y tal debe tenerlo, el que quiera ser verdaderamente humilde como conviene á un discípulo de Jesucristo.

CAPITULO IX.

Dones sobrenaturales, y fama de santidad que tuvo San Alfonso.

Algunos de los dones sobrenaturales, con que Alfonso fué favorecido de Dios, se han indicado ya en el curso de esta narracion histórica. Pero como estos fueron muchísimos, creemos oportuno, por no decir

necesario, añadir aquí algunos otros para mayor realce de la santidad del mismo Alfonso, y para mas entero complemento de esta obra.

Estaba en mision en la ciudad de Mudugno, y celebrando misa un dia en la iglesia de las monjas benedictinas de aquella ciudad, se le vió por algunas religiosas como transformado y elevado á algunos palmos del suelo. Entrando una vez un padre de su Congregacion en el aposento de Alfonso, lo encontró orando ante un Crucifijo y la imagen de María Santísima con los brazos abiertos, y al mismo tiempo estático, con el rostro encendido y resplandeciente, y cosa de tres palmos elevado del suelo. A este espectáculo, el padre se puso de rodillas en un ángulo del aposento, hasta que despues de algun tiempo vió que Alfonso volvió á posar en tierra, se levantó, y tomó la pluma para escribir. Pero habiendo visto al que estaba allí, lleno de rubor le dijo: *¿Qué estais aquí? os mando que no digais nada á nadie.* Siendo ya obispo y viviendo todavía en Santa Agueda, un Viernes de Marzo comenzó la misa con una devocion extraordinaria; pero antes de consagrar dirigió la vista á la cruz, y estuvo por mucho tiempo estático, hasta que vuelto en sí por un canónigo que estaba allí, despues de echar un suave suspiro, consagró, terminó la misa, y contra su costumbre se encerró

en su aposento, donde permaneció cerca de dos horas sin dar audiencia á nadie.

Con el don del éstasis estuvo junto en Alfonso el de la profecía. Dos sacerdotes de la ciudad de Cava, hácia fines de Julio, fueron á visitarlo á la casa de San Miguel de los Paganos donde estaba despues de la renuncia del obispado. Habiendo preguntado al mas jóven adónde iba, á la respuesta de aquel, de que iba á Nápoles por algunos pleitos que tenia pendientes, replicó Alfonso: *¿Qué pleitos ni pleitos andais buscando? Teneis entre manos una causa mas importante, y es justamente la de vuestra alma: tratad de asegurarla, porque debeis morir muy pronto.* Despues, volviéndose al otro que era de edad mas madura, le dió el título de cura diciéndole: *¿Y vos, señor cura, adónde vais?* y habiéndole respondido que no era cura, le dijo: *Es cierto que no sois cura; pero debeis serlo por mandato espreso de vuestro obispo.* Uno y otro dicho de Alfonso se cumplieron exactamente, porque el primero, contra toda prevision, murió á principios del próximo Setiembre, y el otro fué obligado por su obispo á aceptar una parroquia en la mencionada ciudad de Cava.

Cuando el canónigo Garzilli de Foggia estaba solicitando ser admitido en la Congregacion del Santi-

simo Redentor, el padre Cafora dijo á Alfonso, que no convenia aceptarlo porque ya tenia cincuenta años. Pero él le respondió: *Quiero recibirlo porque vos morireis pronto, y el canónigo Garzilli vivirá mucho tiempo.* Y en efecto, así sucedió, porque el padre Cafora murió de edad de cuarenta años, y el padre Garzilli vivió hasta la edad de noventa y siete.

Predicaba Alfonso un día en Arienzo en la iglesia de la Anunciacion de la Virgen, cuando hácia la mitad del sermon dijo en alta voz: *Hijos, benditos seremos, un Padre nuestro por el feliz tránsito de Monseñor Albertini obispo de Caserta.* Al oir esto quedaron todos atónitos; pero despues se supo que el citado obispo habia espirado justamente en aquella hora en que él lo habia dicho. Estando de visita en Airola, fué á conferir el sacramento de la confirmacion á un jovencito enfermo, y concluida la ceremonia le dijo: *Alégrate, porque solo te quedan otros tres dias, despues te vas al cielo, y ruega á Dios por mí:* y el jovencito murió exactamente despues de tres dias.

Estaba gravemente enfermo en Nápoles el señor Marqués de Marco, y habiendo sabido su gravedad Don Miguel Melillo de Monte Sarchio que era muy su amigo, mandó suplicar á Alfonso que rogase á

Dios por el citado señor Marqués que se hallaba desahuciado por los médicos. La respuesta que mandó Alfonso fué: *que el señor Marqués D. Carlos de Marco se habia mejorado aquella noche y seguia bien, y que le habia alcanzado esta gracia Monseñor Lucci, obispo de Bovino, que lo amaba mucho, y todo pasó como él lo habia predicho.*

Ni dejó el Señor de dotar á su siervo superabundantemente con el don de milagros. Predicaba en el mes de Julio del año de 1754 en Saragnano, perteneciente á la diócesis de Salerno, en la novena de Nuestra Señora del Cámen, y estaba con otros dos compañeros en casa del médico Don Francisco Mari, cuando un jueves por la mañana fueron á verlo otros doce padres de su Congregacion, de los que unos eran sacerdotes y otros clérigos estudiantes. El dueño de la casa no tenia en aquel momento en ella mas que lo necesario para la comida de las personas que se hallaban allí de antemano, y mandó buscar lo que faltaba para el completo pero no se pudo obtener. No sabiendo qué hacer para dar de comer á tantos nuevos huéspedes y á su numerosa familia, rogó á Alfonso que le permitiese usar pollos; pero no pudo alcanzarlo, y solo consiguió que con placentera sonrisa le respondiese: *No tengais cuidado, Dios proveerá: haced llevar á la mesa lo que se ha acos-*

tumbrado preparar. En efecto, así lo hizo, y resultó que la comida preparada para las personas con que se contaba fué mas que suficiente para saciar á los quince padres y á las diez y ocho personas que componian la familia del citado médico. Habiendo éste referido el hecho al mismo Alfonso, este con su acostumbrada tranquilidad le dijo: *que jamas se debe desconfiar de la providencia de Dios, á quien se debe recurrir en todas las angustias.*

Habiendo prendido fuego una noche como á las dos horas de puesto el sol en un lugar poco distante de la casa de San Miguel de los Paganos. Al oir Alfonso los gritos y el estruendo de la gente que acudió para apagarlo, se asomó á una ventana, y viendo que el incendio amenazaba las casas inmediatas, llamó á un hermano lego, y dándole una imágen de la Virgen: *Corre, le dijo, y hecha esta imágen en el fuego.* Ejecutó aquel el mandato, y al arrojar la imágen no solo se vió cesar el incendio sino desaparecer el fuego que habia quedado. Lo mismo puede decirse que sucedió el año de 1778, cuando el Vesuvio arrojaba muchas llamas y una inmensa cantidad de materias bituminosas, porque habiendo visto aterrorizados á sus familiares, fué á la ventana, hizo la señal de la cruz, y desaparecieron completamente las llamas, y ya no se volvió á ver mas que humo.

Una señora de Raito, lugar que dista cerca de tres millas de Salerno, que se llamaba Manuela de Cesare, y que conocia bien á Alfonso, por haberlo oido predicar muchas veces en la repetida ciudad de Salerno, y por haberse confesado alguna vez con él, padecia un tumor en la boca, que ademas de no permitirle tomar ni un trago de agua, tampoco la dejaba dormir ni trabajar. Despues de mucho padecer, se hallaba entre dormida y despierta, cuando se vió delante á Alfonso, con el traje de su Congregacion como ya lo habia visto antes, llevando en la mano un frasquito blanco lleno de una agua de color de leche, y oyó que le dijo: *Manuela, bebe esta agua, que es el agua de San Luis.* Obedeció la enferma, y despues de haber bebido se encontró repentina y perfectamente sana del tumor.

Don Carlos de Bruno, canónigo de la catedral de Santa Agueda, tenia un sobrinito, hijo de un hermano suyo, que aunque ya tenia cerca de cuatro años de edad, no pronunciaba ni una palabra, solo decia algunas veces O. Sabiendo, pues, este canónigo que Alfonso habia estado un poco indispuerto, fué á visitarlo y llevó consigo al sobrinito. Despues de haberle hecho dar algunos dulces, Alfonso le preguntó cómo se llamaba; á lo que respondió el tio que se llamaba Tomás; pero que todavía no pronunciaba una

sola palabra con gran pena de toda su familia, temiendo que fuese mudo. Alfonso le hizo con la mano la señal de la cruz en la frente, y le dió á besar una imagen de María Santísima, preguntándole como se llamaba aquella. A esta pregunta respondió el niño con toda expedición: *Nuestra Señora*, y para ocultar el prodigio se volvió Alfonso al tío y le dijo: *No es cierto que sea mudo: este niño tiene una lengua bovina, alegraos y no dudeis*. En efecto, el niño comenzó á hablar, y siempre habló con toda expedición.

Los hechos referidos hasta aquí, nos parecen mas que suficientes para demostrar la multiplicidad de los dones sobrenaturales de que fué adornado Alfonso, por lo que dejando aparte otros muchos que podríamos aducir, diremos que por estos mismos, y por el ejercicio de todas las virtudes se granjeó muy pronto una gran fama de santidad entre toda clase de personas. Ya se ha visto en cuanta estima lo tuvieron los Sumos Pontífices Benedicto XIV, los dos Clementes XIII y XIV, y Pío VI, el que aun se puso en la frente una estampita de nuestro Santo que se le mandó junto con la oracion fúnebre latina que se pronunció en los solemnes funerales que se le hicieron. No fué menor el concepto en que lo tuvieron Carlos III rey de las Españas, y el reinante

Fernando IV, rey de las dos Sicilias, y todos los principales ministros de su real corte. Seria cosa muy larga enumerar uno por uno todos los cardenales, obispos, príncipes y otros personajes notables, que con toda clase de honores y de respetos, manifestaron claramente la gran opinion que tenian de la virtud de Alfonso. Solo diremos que Monseñor Cioffi, arzobispo de Amalfi, predicando un dia en su catedral y nombrando á Alfonso, le llamó *un gran santo*: que el venerable siervo de Dios Monseñor Lucci, obispo de Bovino, dispuso que en su diócesis hubiese una casa de padres de la Congregacion del Santísimo Redentor, justamente por la estima en que tenia las virtudes de su fundador: que Monseñor Pergami, obispo de Gaeta, le sirvió la mesa, se le hincaba delante y queria con el mayor empeño besarle las manos; y que no habia obispo, ó arzobispo nuevamente electo, que antes de ir á su diócesis no quisiese visitarlo, hablar con él, y encomendarse á sus oraciones, tanto en Santa Agueda como en la casa de San Miguel de los Paganos. Cuando los sacerdotes de la diócesis de Santa Agueda iban en tiempo de cuaresma á predicar á otras diócesis, al ver los obispos de ellas las licencias que tenian para confesar, suscritas de propio puño por Alfonso, se las acercaban á la frente con gran devoción y reverencia, y hubo quienes despues de haber-

lo visto y conocido, dijese á los habitantes de Santa Agueda: *Dichosos vosotros, que teneis un obispo santo, ú otras palabras semejantes.*

En la misma opinion de santidad estuvo Alfonso para con toda clase de personas, tanto cuando estaba todavia en su Congregacion, como mientras gobernó su diócesis, y despues de la renuncia del obispado. No habia eclesiástico secular ó regular, ni caballero, ó persona del pueblo bajo, que no procurase verlo, obsequiarlo, hablarle y tener alguna cosa suya para conservarla como reliquia. En la mision de Amalfi le recortaron la sotana de tal modo que decia con mucha gracia: *Me hacen andar sin sotana; pero sé que piensan hacer con estos retazos viejos:* de manera que las monjas Benedictinas de dicha ciudad, movidas á compasion le hicieron una nueva. Todos se disputaban por tener algun retacito de sus vestidos, algun mechoncito de sus cabellos que se cortaba, ó cualquiera otra cosa; y no dejaban de mojar liencitos en su sangre cuando por acaso se le sacaba, y aun de recoger sus salibas en pañuelos.

La fama de la santidad de Alfonso no se restringió al reino de Nápoles, y las provincias inmediatas, ó cuando mas á toda la Italia. No, sino que se extendió aun mas allá de los montes, y con tal eco, que hizo venir á alguno de bastante lejos para ver á un

hombre que habia llegado á ser célebre por la integridad de sus costumbres, y por el ejercicio de las mas heróicas virtudes. El Señor de Nonote, hombre de muchos méritos, y de mucha fama por sus obras contra Voltaire, en muchas cartas que escribió al Sr. D. Vicente Lupolí, lector de sagrados cánones en Nápoles, hablando de Alfonso, le llama *hombre y obispo santísimo*, se encomienda á sus oraciones, y dice que ha procurado allá una nueva traduccion é impresion de las visitas al Santísimo Sacramento y á la beatísima Virgen, pues las considera sumamente propias para mover el ánimo de los fieles á la devocion respecto del uno y de la otra.

CAPITULO X.

Ultima enfermedad y muerte de San Alfonso.

Pero Alfonso estaba ya enteramente maduro para el cielo. Habia predicho claramente su muerte un año antes: porque al padre José Imparato, Carmelita, que todos los años por el mes de Setiembre acostumbraba ir de Salerno á la casa de San Miguel de los Paganos á visitarlo, dijo el 13 de Setiembre 1786. *Padre José, el año que viene me encontrareis muer-*

lo visto y conocido, dijese á los habitantes de Santa Agueda: *Dichosos vosotros, que teneis un obispo santo, ú otras palabras semejantes.*

En la misma opinion de santidad estuvo Alfonso para con toda clase de personas, tanto cuando estaba todavia en su Congregacion, como mientras gobernó su diócesis, y despues de la renuncia del obispado. No habia eclesiástico secular ó regular, ni caballero, ó persona del pueblo bajo, que no procurase verlo, obsequiarlo, hablarle y tener alguna cosa suya para conservarla como reliquia. En la mision de Amalfi le recortaron la sotana de tal modo que decia con mucha gracia: *Me hacen andar sin sotana; pero sé que piensan hacer con estos retazos viejos:* de manera que las monjas Benedictinas de dicha ciudad, movidas á compasion le hicieron una nueva. Todos se disputaban por tener algun retacito de sus vestidos, algun mechoncito de sus cabellos que se cortaba, ó cualquiera otra cosa; y no dejaban de mojar liencitos en su sangre cuando por acaso se le sacaba, y aun de recoger sus salibas en pañuelos.

La fama de la santidad de Alfonso no se restringió al reino de Nápoles, y las provincias inmediatas, ó cuando mas á toda la Italia. No, sino que se extendió aun mas allá de los montes, y con tal eco, que hizo venir á alguno de bastante lejos para ver á un

hombre que habia llegado á ser célebre por la integridad de sus costumbres, y por el ejercicio de las mas heróicas virtudes. El Señor de Nonote, hombre de muchos méritos, y de mucha fama por sus obras contra Voltaire, en muchas cartas que escribió al Sr. D. Vicente Lupolí, lector de sagrados cánones en Nápoles, hablando de Alfonso, le llama *hombre y obispo santísimo*, se encomienda á sus oraciones, y dice que ha procurado allá una nueva traduccion é impresion de las visitas al Santísimo Sacramento y á la beatísima Virgen, pues las considera sumamente propias para mover el ánimo de los fieles á la devocion respecto del uno y de la otra.

CAPITULO X.

Ultima enfermedad y muerte de San Alfonso.

Pero Alfonso estaba ya enteramente maduro para el cielo. Habia predicho claramente su muerte un año antes: porque al padre José Imparato, Carmelita, que todos los años por el mes de Setiembre acostumbraba ir de Salerno á la casa de San Miguel de los Paganos á visitarlo, dijo el 13 de Setiembre 1786. *Padre José, el año que viene me encontrareis muero.*

to: ya no nos volveremos á ver en esta vida: rogad por mí á Dios y á María Santísima de los Dolores. Y dos ó tres dias antes de su última enfermedad vuelto al hermano lego Francisco Antonio Romito le dijo muy alegre: *Ahora me toca hacer otra función,* que era la de estar en la iglesia en el féretro, despues de todas las que habia hecho en los diversos estados de su vida.

El 18 de Julio de 1787, se agregó á sus habituales y antiguas enfermedades, una alta calentura, una fuerte disenteria y una muy dolorosa retencion de orina: todos síntomas inequívocos del próximo término de su vida. Luego que se vió asaltado de tantas y tan mortales enfermedades, si bien se habia confesado tres dias antes con el padre D. Vicente Magaldi de su Congregacion, quiso volverse á confesar con el padre D. Lorenzo Negri de la misma Congregacion; y al instante desapareció en él toda turbacion y agitación de espíritu, por lo que muy alegre estaba repitiendo á menudo actos de una viva esperanza de estar para conseguir muy pronto la dichosa suerte de gozar para siempre de su Dios. Admirado de esto el citado padre D. Vicente Magaldi que hasta entonces habia sido su confesor, no pudo menos de preguntarle si ya no padecia las angustias y dudas del espíritu que hacia tantos años que lo molestaban; y él

muy alegre y contento le respondió que no: señal muy clara de que el Señor en estos últimos momentos habia querido consolar á su siervo, y darle como un galardón anticipado de la fidelidad y constancia que siempre habia manifestado en tan terribles tentaciones y molestias interiores que sufrió por tanto tiempo.

La entera resignacion á la voluntad divina, la heroica fortaleza y la invicta paciencia con que Alfonso toleró y sostuvo un cúmulo tan grande de males en todos los catorce dias que duraron, no fué inferior á la que habia demostrado siempre en todas las otras largas y penosísimas enfermedades. Antes por el contrario, cuanto mas crecian estas y por consiguiente se enardecian los dolores, tanto mas multiplicaba los actos de viva fé, de firme esperanza, de ardiente caridad, y de una entera conformidad de su voluntad con la de Dios, sin dar jamas el mas leve indicio de queja ni de impaciencia. De cuando en cuando echaba unas ojeadas amorosas al Crucifijo grande y al cuadro de la Virgen de los Dolores que tenia enfrente, ó bien abrazaba y besaba un pequeño Crucifijo y una imagen de la Virgen que tenia casi siempre en las manos, haciendo al mismo tiempo oracion, jaculatorias, y actos de virtudes cristianas. Tambien quiso confesarse muchas veces, y recibir todas las mañanas á su sacramentado Señor, para unirse cada vez mas estrechamen-

te con quien habia sido el objeto de todos sus afectos; y se hacia sugerir siempre por sus alumnos sentimientos devotos, para mas escitarse á todos aquellos actos de virtud tan necesarios en aquel último paso. Y como una vez habian descuidado hacerlo por un rato, les dió una especie de queja diciendo: *¿Qué ha sucedido? ¿se han acabado los sentimientos de Dios? ¿no hay ya pensamientos buenos?* Si por acaso se le preguntaba si necesitaba alguna cosa, ó bien si se le procuraba dar algun alivio, no respondia ni decia otra cosa que: *Todo se ha perdido: se acabó: estoy muerto.*

Esparcida entre tanto la noticia de que Alfonso estaba enfermo de muerte, se vieron acudir de todas partes eclesiásticos seculares y regulares, y otras muchas personas notables para verlo todavia y besarle la mano; llevando todos al mismo tiempo rosarios, pañuelos y otras cosas semejantes para tocar con ellas á escusas su cuerpo ó por lo menos su camita, y conservarlas como otras tantas reliquias; y todos salian edificadas, compungidos, y saltándoles las lágrimas de los ojos, admirando al justo tan tranquilo y alegre esperando la muerte en su lecho de dolor. Ademas de que de las sábanas, las camisas y otros lienzos usados por él y que se daban á lavar, no volvia mas que la mitad á casa.

Pero agravándose el mal cada dia mas, por la gangrena que le habia comenzado, se le administró el 23 de Julio el Sacramento de la extrema uncion, que recibió con los mas vivos actos de fé, esperanza y caridad, junto con una gran resignacion, alegria y deseo de unirse pronto con el sumo Bien. El 25 del mismo mes no solo comulgó como lo habia hecho los dias anteriores, sino en forma de Viático, y con tal fervor y deseo, que no viendo la hora de recibir á su Dios, y pareciéndole largo el mas corto retardo, estaba repitiendo: *Dadme el Cuerpo de Jesucristo. ¿Cuándo viene Jesucristo? Dadme á Jesucristo.* Despues cuando el sacerdote se le acercó con la sagrada forma, lleno de un júbilo estremo: *Ven, dijo, Jesus mio:* despues recogido en sí mismo, se mantuvo mucho tiempo en profunda meditacion y en actos de profundo agradecimiento á su Señor sacramentado.

Despues de algun tiempo se acercaron á su lecho el hermano lego Francisco Antonio Romito y el criado, rogándole que en atencion al largo y fiel servicio que le habian prestado, tuviese á bien darles la santa bendicion, y rogar á Dios por ellos cuando se hallase en el paraíso, á lo que respondió inmediatamente: *Sí, señores;* y levantando la mano los bendijo diciendo: *Benedictio Dei omnipotentis, Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, descendat super vos, et maneat*

semper. Despues le dijo el padre D. Lorenzo Negri, ya citado, que bendijese igualmente todas las casas y á todos los padres de la Congregacion, así como al Cabildo de la Diócesis de Santa Agueda de los Godos, que se hallaba en Sede vacante por muerte de Monseñor Rossi, sucesor de Alfonso, y por último, que bendijese á las monjas del monasterio del Santísimo Redentor de la ciudad de Scala, á las de Santa Agueda y á las de toda la diócesis. Condescendió con lo que se le pedía, y con la mano dió la bendición á todos los lugares y á todas las personas mencionadas. Hecho esto, sin que nadie le dijese nada sino por sí mismo, echó otra bendición diciendo: *Bendigo á los padres del reino y del Estado, al Rey y á todos los Generales, Ministros y Jueces, que invocaren la proteccion de los Santos, y que obraren en justicia.*

En aquellos días llegó tambien de Nápoles á visitarlo, su sobrino D. José de Liguori; y habiéndose arrodillado al lado del lecho de su moribundo tío, este lo bendijo, y estrechándole amorosamente la mano le dijo muchas veces: *Os lo agradezco.* Pero habiéndole dicho aquel, que queria alguna memoria suya, le dió Alfonso muchos consejos saludables y concluyó diciéndole: *Salvad vuestra alma.*

Yendo los males siempre en aumento, particular-

mente la gangrena, fué asaltado por unas convulsiones tan violentas que casi ya no pudo proferir palabra. Pero no por esto perdió el uso de los otros sentidos, porque fijando sus miradas ya en el Crucifijo, y ya en la imágen de la Virgen, juntando ó estendiéndolo las manos en forma de cruz, haciendo girar sus ojos por todos lados y haciendo gestos y señas al escuchar los tiernos y devotos sentimientos que le sugerian sus alumnos, daba á conocer claramente, que cuando no hablaba la lengua, hablaba bastante el corazón. La mañana del 27 del citado Julio, al ver salir la misa que se decia todos los días en el altar que se habia puesto en su aposento se alegró muchísimo; pero al acercarse el momento de la consumacion, estando como oprimido, se le llamó la atención tocándole un pie, y vuelto en sí de este modo, abrió con ansia la boca para recibir la comunión, se le oía balbucir sus actos devotos, y se le oyó decir con toda claridad: *Así lo espero.* La mañana del 28, en que se creía que debería sucumbir al acceso de la nueva calentura, habiéndosele preguntado al celebrarse la misa si queria comulgar, se mostró deseoso y alegre, y ademas de los actos de costumbre se hizo la señal de la Cruz. Despues, la mañana del 30, viéndose que su muerte estaba próxima, se celebraron en su aposento muchas misas votivas por su feliz pasaje á la

eternidad, y aun en este estado se vió que deseaba la comunión. Pero el padre Villani no quiso permitirlo, temiendo que no pudiese tragar la forma, por lo que el padre Caprioli le dijo que no pudiendo comulgar, desease hacerlo espiritualmente, y se vió que acompañaba los actos devotos que le sugería dicho padre, con abrir y cerrar los ojos y haciendo otros movimientos. Hallándose en este estado el último de Julio, que fué el penúltimo de su vida, llegó Monseñor Tafuri, obispo de Cava, y habiéndolo encontrado en el último extremo, se soltó en un llanto desecho, le besó la mano con reverencia, y se la puso devotamente en la cabeza.

En el mismo día 31, ya próximo á la agonía, al oír los dulces nombres de Jesus y de María, no dejaba de abrir los ojos y parecía que recobraba algo de flexibilidad y de fuerza. Lo que por otra parte causó gran maravilla á todos los que lo asistían, fué que habiéndole acercado al lecho, en la noche anterior á su muerte, la imagen de la Virgen de los Dolores, él aunque enteramente debilitadas sus fuerzas, no solo abrió los ojos, sino que fijándolos en ella, con el rostro encendido y radiante se le sonrió con mucho agrado. Lo mismo volvió á suceder una hora despues en que le volvieron á acercar dicha Imagen. Por lo que se puede creer con razon, que la Reina de los cielos

quería en aquellos últimos momentos consolar con su presencia á uno de sus mas tiernos amantes, como lo habia sido Alfonso, é invitarlo á ir pronto á gozar del premio que le estaba preparado. Y justamente esta visita á la hora de la muerte era lo que habia pedido todos los dias á su querida Madre, lo que aconsejaba tambien á todos los devotos de ella que le pidiesen; habiendo compuesto una oracion para alcanzar de la misma Virgen una buena muerte.

Entró por fin en agonía y estuvo siempre en ella tan apacible, tan tranquilo, que los padres que lo rodeaban, no percibieron que ya estaba para exhalar el último aliento. De aquí es que mientras todos sus alumnos llorando rezaban oraciones por él, él estrechando el Crucifijo y la imagen de María Santísima contra el pecho, sin turbacion alguna en el rostro, sin la mas leve contorsion ni otro signo, espiró apaciblemente en el beso del Señor cerca de las once de la mañana del Miércoles 1.º de Agosto del año de 1787, á la edad de noventa años, diez meses cinco dias. De este modo terminó el largo curso de su vida, tan austera y penitente, y al mismo tiempo espendida y consumada en procurar la gloria de Dios y el bien de las almas, SAN ALFONSO MARIA DE LIGUORI, para servir de modelo á toda clase de personas seculares, eclesiásticas y religiosas, así como á los

que presiden y tienen la cura de almas, ó se encuentran atribulados ó molestados por alguna enfermedad ó por otros trabajos.

CAPITULO XL

Cosas acaecidas despues de la muerte de San Alfonso.

Habia dicho á su hermano lego y á su criado que no lavasen su cuerpo despues de muerto, por el gran amor y particular cuidado que habia tenido siempre de su virginal pureza. Sin embargo, queriendo usar los padres de su comunidad, de toda la decencia y aseo convenientes, el Rector de la casa de San Miguel de los Paganos se encerró con el criado en un aposento, donde lo lavaron, y despues de haberle puesto las sagradas vestiduras episcopales lo pusieron en el aposento contiguo al en que habia muerto, con velas encendidas alrededor.

A las cuatro horas de haber muerto se anunció con el sonido de los sagrados broncees á la ciudad de No-

cera de los Paganos la muerte de un operario evangélico tan zeloso, de un padre de los pobres y consolador de los afligidos, pues tales fueron las voces con que resonaron inmediatamente todas las calles de aquella ciudad. Entre tanto, todos los padres de la Congregacion y otros sacerdotes que habian acudido, llevaron procesionalmente el cuerpo del Siervo de Dios á la capilla dedicada á la inmaculada concepcion de la Virgen, que se halla en el piso inferior de aquella casa de San Miguel; y allí fué colocado decentemente en alto con muchos cirios encendidos. Despues de esto se comenzó á cantar el oficio de difuntos por los sacerdotes seculares, y sucesivamente por todas las órdenes religiosas de dicha ciudad, y así se continuó hasta entrada la noche.

En la mañana del dia dos de Agosto fué llevado el cadáver con pompa fúnebre á la iglesia de San Miguel Arcángel de su misma Congregacion, en hombros de cuatro Rectores de ella, acompañándolo los padres de la misma, el clero secular y regular, el cabildo de la catedral de Nocera de los Paganos, Monseñor D. Benito Sanfelice, obispo de dicha ciudad, y todos los Magistrados de ella. En la iglesia fué colocado en un catafalco de mas de diez palmos de alto con muchos órdenes de gruesos cirios ardiendo en rededor. Allí se le hicieron los funerales por el citado cabildo y cle-

ro, cantando el oficio y una misa solemne, celebrada por D. Juan Bantista Villani, arcediano del cabildo y vicario general de aquella diócesis. Concluida la misa y hechas en rededor del féretro las *absoluciones* prescritas por el ceremonial de los obispos, se recitó una elocuente oracion fúnebre en loor del difunto Siervo de Dios por D. Fortunato Pinto, canónigo entonces de la iglesia metropolitana de Salerno, y despues obispo de Tricarico, y hoy arzobispo del mismo Salerno. El dia tres de Agosto, que era tambien el tercero despues de su muerte, se reunió todo el clero secular en la citada iglesia de San Miguel, cantó otro oficio y otra misa solemne, se pronunció otra oracion fúnebre por un padre de la Congregacion del Santísimo Redentor.

No nos detendremos en hacer un minucioso relato del concurso de gente de todas clases y condiciones, tanto nobles como plebeyas, y del clero secular y regular venidas espresamente de países no muy inmediatos, no solo por ver sino mucho mas por venerar al Siervo de Dios y encomendarse á él en aquellos dos dias en que su cuerpo permaneció todavia insepulto. Bastará decir que las guardias que de la caballeria Real que estaba en Nocera, colocadas en las puertas de la casa y de la iglesia de San Miguel, para impedir todo desórden y tumulto, no podia contener la

inmensa multitud de pueblo, que clamando: *¡Ha muerto el Santo! ¡vamos á ver al Santo!* acudia de todas partes y hacia fuerza para entrar.

Todos querian no solo ver sino tocar el sagrado cadáver á lo menos con pañuelos, rosarios y otras cosas semejantes, para conservarlas como reliquias, y no faltaron quienes procurasen hacer un devoto saqueo de lo que lo rodeaba, particularmente de los vestidos que tenia puestos.

Y en verdad que casaban grande admiracion, y escitaba á devocion á todo el mundo solo al ver al Siervo de Dios, que no parecia muerto sino sumergido en un apacible sueño, con el rostro resplandeciente y alegre, y con las mejillas sonrosadas. Entre tanto vino de Nápoles un excelente pintor para hacer su retrato, y al quitarle del rostro el molde de yeso que le habia formado para hacer la careta, le hizo una pequeña escoriacion en el lado derecho de la nariz, de donde le salió pura sangre que recogió con muchos pañuelos, y aun quedó la llaguita encarnada y fresca hasta que se encerró en la caja sepulcral. Lo que se ejecutó en la misma noche del dos de Agosto dos horas despues de puesto el sol, por órden de Monseñor Sanfelice, obispo de Nocera de los Paganos, en presencia de toda la curia episcopal, del magistrado de la ciudad y de otras personas notables. Al quitar el

cadáver del féretro se encontró flexible é intacto á pesar de los escesivos calores de la estacion y de la gangrena de que habia muerto. Colocado en una caja de madera forrada de una lámina de plomo, se cerró esta con tres llaves y se le pusieron varios sellos. Esta misma caja se puso en otra de madera sola clavada con muchos clavos, y concluidas por el notario canciller todas las actas públicas, se colocó el sagrado cadáver en una fosa cavada al intento *a cornu Epistolæ* del altar mayor de la iglesia de San Miguel de los Paganos, con la inscripcion de su nombre en una lápida de marmol.

Mientras los hombres se esmeraban en honrar y venerar el cuerpo exánime de nuestro Santo, tambien el Señor se complació en mostrar con gracias y prodigios la santidad de su Siervo, y la gloria que gozaba en el cielo. Reservándonos hablar de los muchos milagros acaecidos por intercesion de nuestro Alfonso algun tiempo despues de su muerte, no harémos mas que referir uno solo de los muchos que se verificaron, mientras permaneció insepulto. José María Fusco, niño de poco mas de un año de edad, hacia mucho tiempo que padecia una calentura muy fuerte con diarrea, de modo que ya se desesperaba de su curacion. Tomándole su tia en brazos contra la opinion de la familia, el día dos de Agosto mientras se celebraban

las solemnnes exéquias del Siervo de Dios, lo llevó abatido y lánguido como estaba, á la iglesia de San Miguel, y por medio de los sacerdotes que se hallaban presentes lo hizo acercar al sagrado cadáver. No bien lo hubo tocado quando se le vió reanimado y espedito, como si nunca hubiera estado enfermo, en cuyo estado lo devolvieron los mismos sacerdotes á la tia. Pero no terminó aquí el prodigio. Habiéndole enseñado, al dia siguiente, su tio el sacerdote D. Cayetano Fusco, una imágen del mismo Siervo de Dios, la tomó el niño, la besó y se la puso en la frente. Despues quedando de repente como estático y fuera de sí, teniendo en una manita la estampa y señalando con la otra el cielo, aunque todavia no sabia hablar, ni tampoco sabia el nombre de Alfonso, exclamó en alta voz: *Alfonso en el cielo: Alfonso en el cielo.* Lo mas admirable fué, que despues se quedó viendo y reviendo la estampa, y alzando las manos y los ojos al cielo, muy contento y festejoso no cesaba de repetir: *Alfonso el santo: el santo en el cielo.* Entonces su tio, para asegurarse mas del prodigio, le hizo quitar la imágen; y viendo que el niño muy enfadado comenzó á gritar y á llorar copiosamente, le presentó otra estampa, en todo semejante á la primera por el tamaño y la figura. Pero el niño le rechazaba repitiendo: *No, no es;* y no se tranquilizó hasta que se

le devolvió la del Siervo de Dios, serenándose luego que le vió, y comenzó á besarle de nuevo y á ponerse-la en la frente.

Si de este modo quiso Dios manifestar la santidad de Alfonso por medio de la voz de un niño, tambien la hizo conocer mucho mas por medio de una aparicion que tuvo una religiosa de gran virtud del órden de las carmelitas descalzas de Santa Teresa, que estaba en el monasterio de San José en Ripa cándida, lugar de la diócesis de Melfi. Estaba dicha religiosa orando con gran fervor en el coro, cuando oyó que una clara y sonora voz le decia al oido que manifestase á su confesor haber visto al Venerable Liguori rodeado de esplendor y de gloria. Entonces ella fuera de sí respondió: *Yo no veo á nadie*. Dicho esto, añadió: *Ahora sí veo* [así lo afirmó ella misma dos veces con juramento] *al Siervo de Dios dentro de un globo de luz, esto es, de un resplandor al que no hay luz en el mundo que yo pueda comparar; pero sí puedo decir que es como un hermoso sol reverberado dentro de un vasto y clarísimo cristal, y el santo Monseñor tan alegre y tan bello, que sus carnes parecían como de un blanquísimo marfil, y que á su vista mi espíritu desfallecia por la consolacion*. Y despues de referir los muchos y santos consejos que le dió el venerable obispo, termina

así: *El me miraba con mucha afabilidad y cariño, y me dijo: Hija, conservaos cada vez mas en la pureza del corazon, que solo Dios sea su poseedor, y que abandonado siempre á él, esté constantemente pronto á padecer cuanto fuere de su agrado, y que esté sobre la tierra como si no estuviese en ella*.

CAPITULO XII.

Milagros que hizo Dios por intercesion de San Alfonso despues de su muerte.

No es de nuestro intento el formar aquí un largo catálogo de todos los milagros obrados por Dios despues de la muerte de San Alfonso para comprobar su santidad y su gloria. Solo referiremos algunos de los muchos que podriamos citar, y que se pueden leer en los procesos auténticos formados para su solemne Beatificacion y Canonizacion. Y de estos, los dos primeros que narraremos, serán justamente los aprobados por la sagrada Congregacion de Ritos, por lo que se inscribió en el registro de los Beatos con los honores de los altares.

le devolvió la del Siervo de Dios, serenándose luego que le vió, y comenzó á besarle de nuevo y á ponerse-la en la frente.

Si de este modo quiso Dios manifestar la santidad de Alfonso por medio de la voz de un niño, tambien la hizo conocer mucho mas por medio de una aparicion que tuvo una religiosa de gran virtud del órden de las carmelitas descalzas de Santa Teresa, que estaba en el monasterio de San José en Ripa cándida, lugar de la diócesis de Melfi. Estaba dicha religiosa orando con gran fervor en el coro, cuando oyó que una clara y sonora voz le decia al oido que manifestase á su confesor haber visto al Venerable Liguori rodeado de esplendor y de gloria. Entonces ella fuera de sí respondió: *Yo no veo á nadie*. Dicho esto, añadió: *Ahora sí veo* [así lo afirmó ella misma dos veces con juramento] *al Siervo de Dios dentro de un globo de luz, esto es, de un resplandor al que no hay luz en el mundo que yo pueda comparar; pero sí puedo decir que es como un hermoso sol reverberado dentro de un vasto y clarísimo cristal, y el santo Monseñor tan alegre y tan bello, que sus carnes parecían como de un blanquísimo marfil, y que á su vista mi espíritu desfallecia por la consolacion*. Y despues de referir los muchos y santos consejos que le dió el venerable obispo, termina

así: *El me miraba con mucha afabilidad y cariño, y me dijo: Hija, conservaos cada vez mas en la pureza del corazon, que solo Dios sea su poseedor, y que abandonado siempre á él, esté constantemente pronto á padecer cuanto fuere de su agrado, y que esté sobre la tierra como si no estuviese en ella*.

CAPITULO XII.

Milagros que hizo Dios por intercesion de San Alfonso despues de su muerte.

No es de nuestro intento el formar aquí un largo catálogo de todos los milagros obrados por Dios despues de la muerte de San Alfonso para comprobar su santidad y su gloria. Solo referiremos algunos de los muchos que podriamos citar, y que se pueden leer en los procesos auténticos formados para su solemne Beatificacion y Canonizacion. Y de estos, los dos primeros que narraremos, serán justamente los aprobados por la sagrada Congregacion de Ritos, por lo que se inscribió en el registro de los Beatos con los honores de los altares.

Magdalena de Nunzio, mujer de Francisco Tozzi de Raino, perteneciente á la diócesis de Benevento, el año de 1790, comenzó poco despues del parto á padecer un abceso en el pecho izquierdo. Habiendo observado el cirujano que la parte enferma estaba ya renegrida, creyó necesario abrir con la lanceta para dar salida á la materia fétida: sin embargo, la gangrena ya formada iba corroyendo poco á poco las partes inmediatas, de modo que la llaga se hizo bastante profunda. Por lo que se juzgó oportuno cortar toda la carne esponjosa y muerta, esperando que así se pondria un dique á todo ulterior progreso del mal. Mas ni aun esto bastó; porque dilatándose y profundizándose cada vez mas la llaga por el mortal veneno de la gangrena, fué necesario cortar la mayor parte del pecho, que se llevó á arrojar al cementerio. Despues de todo esto, descubriendo el cirujano que en vez de contenerse y ceder la gangrena, se enardecia mucho mas, declaró que el mal no tenia remedio, y mandó que inmediatamente se administrasen á la enferma los últimos Sacramentos, como en efecto se verificó. Al anochecer del mismo dia una señora amiga y vecina de la enferma, que ya estaba moribunda, vino á verla, trayéndole una estampa y un pedacito de chaqueta de nuestro Santo, diciéndole que le rogase y se encomendase á él para alcanzar la curacion. Eje-

cutó ella lo que se le aconsejó; y habiéndose puesto la imágen sobre la llaga, y habiendo tragado con agua algunos hilos del pedacito de chaqueta, se quedó tranquilamente dormida como no acostumbraba hacerlo; hasta que despertando en el curso de la noche, dijo que se sentia curada, y levantándose por la mañana vió con grande asombro suyo y de todos los que se hallaron presentes, que estaba enteramente sana, y por decirlo así, renovado el pecho, por lo cual pudo dar de mamar con él á su niño, y no volvió á padecer otra incomodidad semejante.

El padre Francisco Ottaiano, de los Menores reformados de San Francisco, hacia muchos meses que padecia dolores reumáticos con calentura, cuando le sobrevino una fuerte tos y comenzó á arrojar por la boca esputos apodrados mezclados con sangre. Creciendo el mal de dia en dia á pesar de todas las medicinas que se le aplicaban, fué declarado lético por los médicos. Luego que oyó esto se fué á Nápoles en el mes de Mayo de 1787, para oir la opinion de los profesores mas célebres de aquella ciudad, y estos á una voz le dijeron que su tisis llegaria en breve al último grado llamado *marasmo*, si antes no quedaba sofocado por la accion de algun vomitivo. Al oir decir que su mal era incurable, y al ver que todos huian de él por temor del contagio, tomó el par-

tido de ir sin tardanza á Palma, pais de la provincia de Terra de Lavoro, y morir allí en casa de una tia suya octogenaria. En efecto, como los síntomas del mal iban todos los dias en aumento, y habiéndose enflaquecido todos sus miembros en términos que parecia un verdadero esqueleto, juzgaron los médicos que su tisis habia llegado á ser ya realmente *marasmo*. Por tanto, reducido al último extremo de la vida, y esperando de un momento á otro la muerte, el 29 de Agosto del mismo año de 1787, invocó lleno de un gran fervor el patrocinio de nuestro Siervo de Dios, y se puso en el pecho un pedacito de su camisa, diciendo: *Si es cierto que estais gozando de Dios en el cielo, no quiero morir de una muerte tan asquerosa y tan odiada de todos*. Dicho esto, cuando antes no podia dormir, le cogió entonces un sueño tranquilo, á cuyo despertar se encontró libre de toda clase de males, y perfectamente sano, con grande admiracion de todos los que lo veian y que ya lo creian muerto.

El clérigo Don Carlos del Vecchio, novicio de la Congregacion del Santísimo Redentor, fué asaltado en el mes de Marzo de 1788, de un grave dolor de pecho y de todo el cuerpo, con dificultad en la respiracion y con vómitos de pura sangre. Viendo que estos síntomas crecian y que cada vez se hacian mas

funestos, desesperó de su salud, y pensó recurrir á su venerable fundador, poniéndose en el pecho una imagen suya y algunos de sus cabellos. Bastó esto para que desapareciesen todos aquellos síntomas y volviese al brillante estado de antes.

Sucedió que Domingo Damiani, boticario en Nocera de los Paganos, el año de 1789, comenzó á padecer una calentura aguda y maligna, y lo que es mas, unos fuertes dolores interiores. En este estado no dejaron los médicos de aplicarle las medicinas mas oportunas; pero viendo que no aprovechaban nada al enfermo, y que este iba siempre de mal en peor, le mandaron que recibiese los últimos Sacramentos. Habiendo caido despues en un profundo letargo, su mujer, Manuela Restolfer le puso en las manos un rosario de nuestro Santo, y poco despues observó que él lo habia tomado y que estaba balbutiendo alguna cosa. Entonces, sospechando que deliraba, le preguntó que hacia; á lo que le respondió que estaba rezando el santo Rosario con el que ella le habia dado. Con esto creció en ella la esperanza de alcanzar del Siervo de Dios la curacion de su marido; y no fué vana su esperanza, porque á pocos momentos vuelto en sí el enfermo de aquel mortal sopor, dijo en alta voz que se le habia aparecido Monseñor Alfonso de Liguori, y que acercándose á su lecho le habia pues-

to la mano en la cabeza, prometiéndole que quedaria sano, como en efecto sucedió.

María Macariello, mujer de Alfonso de Silvio, de la tierra de Arienzo, á causa de un parto difícil y desesperado estaba ya á punto de morir. En caso tan apurado se le dió un baston que habia usado nuestro Santo, para que se apoyase en él, recomendándole que le pidiese su auxilio. Habiéndolo hecho así, al instante dió felizmente á luz el fruto de sus entrañas. Este hecho comprobó exactamente lo que Alfonso habia dicho al ruego de ella, al darle aquel baston que se le pedia. *Este te podrá servir.* Otros muchos acontecimientos de esta especie han acaecido en los que el Señor se ha dignado conceder partos felices á las que en los casos mas desesperados han recurrido á la intercesion de este su Siervo.

En la ciudad de Amalfi, Pascual de Estefano, niño de ocho años de edad, á consecuencia de una oftalmia habia quedado ciego, pues habia perdido enteramente la vista. Tanto los médicos de Amalfi como los de Nápoles despues de haber usado en vano todos los remedios posibles, dijeron que ya no quedaba esperanza alguna de curacion. Por esta época sucedió que habiendo ido á Amalfi dos padres de la Congregacion del Santísimo Redentor, tuvieron ocasion de ver al ciego jovencito, á su afligida madre y á todos

los demas de la familia y les aconsejaron que se encomendasen al Siervo de Dios, y que pusiesen la reliquia sobre los ojos del enfermo. No pasaron sino muy pocos instantes entre el poner la reliquia sobre los ojos, y ver que el ciego niño habia recobrado perfectamente la vista.

María Catone, mujer de D. Natale Capuano, ciudadano de Cava, despues de seis años de padecer de tubérculos en el pulmon, con dificultad en la respiracion, tos y esputos apodrados, fué acometida en el mes de Mayo de 1797 por una calentura agudísima por lo que se aumentaron considerablemente los síntomas anteriores, á los que se añadieron la náusea de toda clase de alimentos y la falta de fuerzas y de la voz. Despues de veinticuatro dias de tan penosa y mortal enfermedad, habiendo sido desahuciada de los médicos y habiendo recibido los últimos sacramentos, ya la estaba auxiliando un sacerdote en el paso estremo. En este estado de cosas vino á verla una señora amiga suya, y le ató al brazo una reliquia de nuestro santo, escitándola al mismo tiempo á que le rogase que le alcanzase de Dios la curacion. Luego que salió la señora de la estancia de la enferma, vió esta aparecérselle tres vírgenes con ropajes azules, una de las cuales era mas majestuosa y resplandeciente que las otras, y con ellas Monseñor Alfonso de Li-

guori, que con la sotana de su Congregacion, con el cuello encorvado, la cabeza cubierta, con semblante risueño, y apoyado con una mano en el báculo que acostumbran llevar sus alumnos, mostraba con la otra á la moribunda, las Vírgenes citadas. Entonces una de ellas, tomando por la mano á la enferma, le mandó que se levantase diciéndole, que la Virgen Santísima [y al decir esto le señaló á la mas majestuosa de ellas], por intercesion de su Siervo Alfonso la restituia á su salud primitiva. A estas palabras intentó la enferma apearse de la cama; pero su hermana que estaba presente, temiendo que se cayese, la detuvo y llamó al sacerdote que habia salido por un momento de la estancia de la enferma. Desaparecida por tanto la vision, la enferma misma refirió lo que habia visto y oido, como lo hemos dicho, y lo que es mas, vió disipado de un golpe todos los síntomas mortales del mal, y se sintió restablecida al primer vigor de su salud. Ademas, habiendo venido hácia el anoecer del mismo dia el médico, no tanto por visitarla cuanto por ver si ya habia muerto como temia, al verla no solo se quedó atónito, sino que no pudo menos de confesar y convenir con todos los demas que aquello era un verdadero prodigio.

Juan Catulo de Monte Leone, lugar de la provincia del Principado *ultra*, tuvo tantas y tan fuertes

mordidas de muchos perros que le ocasionaron una fiebre pútrida, y todas las heridas amenazaban una próxima gangrena. Así es que, se le administraron todos los sacramentos, y ademas el cura le dictaba ya afectos devotos y pensamientos para disponerle á morir. Entre tanto estaba un hombre piadoso orando en la iglesia ante el Santísimo Sacramento, cuando sintió un impulso interior de ir á ver al citado moribundo, y exhortarlo á recurrir al Siervo de Dios. Corrió inmediatamente á casa del enfermo, y habiéndole hecho tragar un hilito de la chaqueta de nuestro Santo, se vió cesar al instante la vehemencia del mal, y despues recobrar el enfermo una perfecta salud.

Habiendo declarado los médicos y cirujanos, imposible la curacion de Mariana Rispoli, doncella de edad de treinta años, de la ciudad de Amalfi, que padecia una úlcera cancerosa bajo el pecho izquierdo, una noche que estaba mas atormentada que nunca por acerbísimos dolores, invocó con mucha fé el socorro de nuestro venerable Obispo, y despues, habiendo puesto una reliquia de él, en la parte enferma, se fué á acostar. Al despertar por la mañana despues de un largo y tranquilo sueño, no solo se encontró libre de todo dolor, sino con admiracion general, tan sana, que no se descubria en ella ni el menor vestigio del mal que habia padecido.

El sacerdote D. Vicente Massaro de Foggia, después de repetidos ataques de apoplejia, fué acometido por unas fuertes convulsiones con vómitos hasta de sangre, y ya estaba con los sacerdotes al lado recomendándole el alma, y con los miembros helados. En tan deplorable estado se le hizo la señal de la cruz con una estampa de S. Alfonso, y al instante cesaron las convulsiones, el vómito y la incapacidad de moverse con todos los demás síntomas que anunciaban claramente una muerte próxima. Así es que se levantó, y cuando la noche anterior estaba para morir, en la mañana siguiente lo vieron todos perfectamente sano.

CAPITULO XIII.

Autos de la causa de S. Alfonso para su solemne Beatificación y Canonización.

En atención al heroico y continuo ejercicio de todas las virtudes, y de los prodigios que Dios había obrado por medio de S. Alfonso, tanto durante su vida como después de su muerte, los padres de su Congregación se apresuraron á compilar dos procesos con la autoridad ordinaria, como en efecto lo hicieron un

año después de su preciosa muerte, uno en la ciudad de Santa Agueda, que con razón se gloria de haberlo tenido por obispo, y el otro en Nocera de los Paganos que tiene la fortuna de poseer su sagrado cuerpo. Estos dos procesos en que ochenta y siete testigos, notables todas por su piedad, doctrina y dignidad, atestaron con juramento las acciones heroicas y los prodigios de Monseñor de Liguori, fueron remitidos á la Santa Sede Romana, para obtener de ella, á quien pertenece, la introducción de la causa para la solemne Beatificación y Canonización del citado Siervo de Dios.

Al mismo tiempo los Cardenales, Arzobispos, Obispos, Vicarios capitulares, Cabildos de las catedrales, y de las colegiadas, los Ordenes regulares, los Magistrados públicos y otras muchas personas notables, tanto del reino de las dos Sicilias, como del estado Eclesiástico y de otras provincias y reinos, se disputaban por presentar sus súplicas é instancias al trono Pontificio para alcanzar la introducción de dicha causa: y aunque muchas de ellas por haber llegado tarde no se pudieron registrar en los autos, solo las que se leen en ellos ascienden á cuatrocientos ocho. Por otra parte, entre estas se señaló el Monarca reinante en las dos Sicilias, Fernando IV, el que, grande admirador, así como su ínclito padre, de los méritos y vir-

El sacerdote D. Vicente Massaro de Foggia, después de repetidos ataques de apoplejia, fué acometido por unas fuertes convulsiones con vómitos hasta de sangre, y ya estaba con los sacerdotes al lado recomendándole el alma, y con los miembros helados. En tan deplorable estado se le hizo la señal de la cruz con una estampa de S. Alfonso, y al instante cesaron las convulsiones, el vómito y la incapacidad de moverse con todos los demás síntomas que anunciaban claramente una muerte próxima. Así es que se levantó, y cuando la noche anterior estaba para morir, en la mañana siguiente lo vieron todos perfectamente sano.

CAPITULO XIII.

Autos de la causa de S. Alfonso para su solemne Beatificación y Canonización.

En atención al heroico y continuo ejercicio de todas las virtudes, y de los prodigios que Dios había obrado por medio de S. Alfonso, tanto durante su vida como después de su muerte, los padres de su Congregación se apresuraron á compilar dos procesos con la autoridad ordinaria, como en efecto lo hicieron un

año después de su preciosa muerte, uno en la ciudad de Santa Agueda, que con razón se gloria de haberlo tenido por obispo, y el otro en Nocera de los Paganos que tiene la fortuna de poseer su sagrado cuerpo. Estos dos procesos en que ochenta y siete testigos, notables todas por su piedad, doctrina y dignidad, atestaron con juramento las acciones heroicas y los prodigios de Monseñor de Liguori, fueron remitidos á la Santa Sede Romana, para obtener de ella, á quien pertenece, la introducción de la causa para la solemne Beatificación y Canonización del citado Siervo de Dios.

Al mismo tiempo los Cardenales, Arzobispos, Obispos, Vicarios capitulares, Cabildos de las catedrales, y de las colegiadas, los Ordenes regulares, los Magistrados públicos y otras muchas personas notables, tanto del reino de las dos Sicilias, como del estado Eclesiástico y de otras provincias y reinos, se disputaban por presentar sus súplicas é instancias al trono Pontificio para alcanzar la introducción de dicha causa: y aunque muchas de ellas por haber llegado tarde no se pudieron registrar en los autos, solo las que se leen en ellos ascienden á cuatrocientas ocho. Por otra parte, entre estas se señaló el Monarca reinante en las dos Sicilias, Fernando IV, el que, grande admirador, así como su ínclito padre, de los méritos y vir-

tudes de Alfonso, no dejó de aumentar considerablemente las otras muchas súplicas con la carta que dirigió al Sumo Pontífice Pío VI.

Con motivo de estas súplicas, y despues del exámen debido hecho con las formalidades jurídicas, habiéndose propuesto el 30 de Abril del año de 1796 en la Congregacion ordinaria de sagrados Ritos por el Exmo. Cardenal Archinto Prefecto de ella, y Ponente de la causa, la duda de si debía introducirse dicha causa, con el consentimiento comun de los demas Emnos. Cardenales, se hizo el favorable rescripto de ella. Despues el 4 del próximo Mayo, habiendo aprobado el Sumo Pontífice Pío VI el voto de dicha Congregacion de sagrados Ritos, suscribió de propio puño la comision de la causa, por lo que Monseñor Alfonso María de Liguori fué condecorado con el título de *Venerable*, y se espidió el decreto de costumbre. Despues de esto se mandaron las letras llamadas *remitoriales*, á los jueces delegados para poder formar los procesos apostólicos con relacion á las virtudes y milagros del Venerable Siervo de Dios en las ciudades y diócesis de Nocera de los Paganos y Santa Agueda de los Godos.

Entre tanto, compilado el proceso sobre el no haberse prestado culto jamas al citado Siervo de Dios, segun los decretos de Urbano VIII, y habiéndose

propuesto el negocio en la Congregacion ordinaria de los sagrados Ritos el 16 de Setiembre de 1797, se resolvió que no habia habido cosa alguna contraria á los citados decretos, cuya resolucion fué aprobada por el Sumo Pontífice el 20 del mismo mes. Muerto despues el Cardenal Archinto, Ponente de la causa, se substituyó en su lugar el 6 de Marzo de 1802, por el Sumo Pontífice reinante Pío VII, el Cardenal Caracciolo, el que habiendo propuesto en la Congregacion ordinaria de los sagrados Ritos, el 27 del mismo Marzo la duda sobre la validez del proceso apostólico relativo á la fama de santidad de este Siervo de Dios, alcanzó un decreto favorable que despues fué confirmado el 3 del próximo Abril por el Sumo Pontífice, el que dió al mismo tiempo la facultad de poder mandar á la Santa Sede los dos procesos apostólicos sobre las virtudes y milagros hechos en las dos ciudades y diócesis mencionadas.

Por otra parte, antes de hacer el resumen de las virtudes, debía hacerse el de las obras impresas, así como el de los manuseritos del mismo Siervo de Dios. Hecho esto, y habiendo el Cardenal Saluzzo, que hacia entonces las veces de Ponente de las causas por el citado Cardenal Caracciolo, referido á la Congregacion ordinaria de los sagrados Ritos el 14 de Mayo de 1802, que despues de un exámen teológico, no

se habia encontrado en ellos cosa alguna digna de censura, *Nihil censura dignum fuisse repertum*; la citada sagrada Congregacion juzgó que podia procederse en dicha causa, *Procedi posse ad ulteriora*, como despues aprobó la Santidad del Papa Pio VII el 18 del mismo mes. Pero habiendo venido despues algunos otros escritos del mismo Siervo de Dios, se sujetaron tambien al mismo exámen, y no habiéndose encontrado en ellos tampoco cosa que censurar, como espuso á la referida Congregacion ordinaria el 17 de Setiembre del propio año el mismo Ponente de la causa el Cardenal Caracciolo, recayó igualmente el rescripto, *Procedi posse ad ulteriora*, confirmado el 24 del citado mes por el mismo Sumo Pontífice, que desde el 25 de Junio próximo anterior, habia concedido la dispensa de los decretos de Urbano VIII, segun los cuales no se puede comenzar el exámen especial de las virtudes hasta despues de cincuenta años de la muerte del Siervo de Dios.

Este exámen comenzó, pues, en la primera Congregacion extraordinaria de los sagrados Ritos, llamada *Antipreparatoria* reunida el 10 de Junio de 1806, en el palacio del Emmo. Ponente: se continuó en la otra llamada *Preparatoria*, verificada el 17 de Febrero de 1807, en el palacio Apostólico del Quirinal; y por último, se concluyó en la última general en pre-

sencia del Sumo Pontífice Pio VII en su citado palacio del Quirinal el 28 del Abril del mismo año. Y sin embargo de que en esta última Congregacion así los Eminos. Cardenales, como los notabilísimos Padres consultores por unánime consentimiento juzgaron que las virtudes del Venerable Alfonso María de Liguori habian llegado al grado heroico, el mismo Sumo Pontífice quiso diferir por algunos dias su decision final para implorar entre tanto, con fervorosas oraciones, mayores luces del Señor. De aquí es que el 7 de Mayo siguiente, festivo por la Ascension de nuestro Señor Jesueristo al cielo, el mismo Sumo Pontífice despues de celebrar misa en su capilla particular, y despues de haber asistido con los Emms. Cardenales á la misa solemne cantada en la sacrosanta Basílica de San Juan de Letran; hizo publicar en el coro de invierno de dicha Basílica, su irrefragable decreto sobre las heroicas virtudes de dicho Siervo de Dios, esto es: *Constare de Ven. Servi Dei ALFONSI MARIE DE LIGORIO virtutibus teologalibus, et cardinalibus, earumque adnexis in gradu heroico.*

Faltaba, sin embargo, el exámen de los milagros necesarios para la solemne Beatificacion. Habiendo propuesto, tres de los muchos que habia, para comenzar á examinarlos en la Congracion extraordinaria *Antipreparatoria* de los sagrados Ritos que se habia

de reunir el 25 de Setiembre 1809, y no habiéndose podido celebrar esta por las circunstancias de los tiempos, cada uno de los consultores de ella dió su voto por escrito al Emmo. Cardenal de Pietro, que era Delegado Apostólico en Roma. Despues el 28 de Febrero del año de 1815, se celebró la otra Congregacion Preparatoria sobre dichos milagros en el palacio Apostólico del Quirinal: y finalmente la tercera Congregacion general en el mismo palacio ante el Sumo Pontífice, el 5 de Setiembre del mismo año. Los Emmos. Cardenales con los respetables padres consultores, de los tres milagros propuestos no aprobaron mas que dos: justamente los que se requerian para el buen éxito de la causa: y la Santidad de nuestro Pontífice, aunque convino con esta opinion, quiso sin embargo esperar un poco de mas tiempo para pedir mayor luz al Señor. Pero llegado el 17 del mismo Setiembre, en que por orden del propio Sumo Pontífice celebraba entonces por primera vez en toda la Iglesia católica la solemne memoria de los acervísimos dolores que traspasaron el corazon de la Santísima Virgen en la dolorosísima pasion y muerte de su divino Hijo, la Santidad de nuestro Señor Pio Papa VII juzgó no deber diferirlo mas, con tanta mayor razon quanto que sabia la gran devocion que el venerable Alfonso profesaba á la Virgen de los Dolores,

y el empeño que siempre habia tomado por inspirarla á los corazones de todos. Por lo que despues de haber ofrecido el divino sacrificio en la capilla particular de su palacio Quirinal, y de haber implorado mas y mas el divino auxilio, publicó su decreto aprobando los dos primeros milagros hechos por intercesion de nuestro Siervo de Dios, y ambos en el segndo género, es decir: *Subita perfectaeque sanationis mamillae ob ulcus gangraenosum magna ex parte pridie abscissae Magdalenae de Nunzio, cum deperditae substantiae redintegratione: e: Instantaneae perfectaeque sanationis P. Francisci ab Octajano Ordinis Minorum Reformatorum sancti Francisci aphthysi pulmonali, confirmatoque marasmo, viribus illico restitutis:* que son puntualmente los dos primeros milagros que hemos referido en el capítulo anterior.

Despues de todo esto no faltaba mas que preguntar segun la costumbre á todos los padres de la Congregacion de los sagrados Ritos, para que manifestasen, si juzgaban que nuestro Venerable pudiese inscribirse con seguridad en el registro de los Beatos. Y habiéndose hecho esto en una Congregacion general reunida al efecto el 10 de Diciembre del citado año de 1815, en el palacio Apostólico Quirinal en presencia del Sumo Pontífice Pio VII, todos los padres

respondieron á una voz que sí. Por lo que el mismo Sumo Pontífice, despues de haber implorado de nuevo por muchos dias las divinas luces, y despues de haber celebrado en su palacio Quirinal el santo sacrificio, el 21 del mismo mes de Diciembre, en que se celebra la fiesta de Santo Tomás Apóstol, espidió el siguiente decreto: *Tuto procedi posse ad Beatificationem Venerabilis Servi Dei ALPHONSI MARIE DE LIGORIO*, en cuya ejecucion se pudiese hacer en cualquiera ocasion la solemne ceremonia de su Beatificacion en la insigne Basílica de San Pedro en el Vaticano.

FINIS.

INDICE.

PARTE PRIMERA.

Desde su nacimiento hasta que dejó el estado de caballero secular.

PAGS.

Capítulo I.—Padres, nacimiento, presagios de virtud y educacion de San Alfonso.....	1
Capítulo II.—Rápidos progresos de Alfonso en los estudios y en la piedad.....	16
Capítulo III.—Profesion del foro ejercida y muy pronto abandonada por San Alfonso.....	26
Capítulo IV.—Vocacion de San Alfonso al estado eclesiástico, cumplida por él contra los mayores obstáculos.....	33

PARTE SEGUNDA.

Comprende el tiempo que fué eclesiástico secular y el de fundador de una nueva Congregacion.

Capítulo I.—Preludios de vida eclesiástica ejemplar de San Alfonso en su clericalado.....	40
Capítulo II.—Promocion de San Alfonso á los órdenes sagrados.....	46

respondieron á una voz que sí. Por lo que el mismo Sumo Pontífice, despues de haber implorado de nuevo por muchos dias las divinas luces, y despues de haber celebrado en su palacio Quirinal el santo sacrificio, el 21 del mismo mes de Diciembre, en que se celebra la fiesta de Santo Tomás Apóstol, espidió el siguiente decreto: *Tuto procedi posse ad Beatificationem Venerabilis Servi Dei ALPHONSI MARIE DE LIGORIO*, en cuya ejecucion se pudiese hacer en cualquiera ocasion la solemne ceremonia de su Beatificacion en la insigne Basílica de San Pedro en el Vaticano.

FINIS.

INDICE.

PARTE PRIMERA.

Desde su nacimiento hasta que dejó el estado de caballero secular.

PAGS.

Capítulo I.—Padres, nacimiento, presagios de virtud y educacion de San Alfonso.....	1
Capítulo II.—Rápidos progresos de Alfonso en los estudios y en la piedad.....	16
Capítulo III.—Profesion del foro ejercida y muy pronto abandonada por San Alfonso.....	26
Capítulo IV.—Vocacion de San Alfonso al estado eclesiástico, cumplida por él contra los mayores obstáculos.....	33

PARTE SEGUNDA.

Comprende el tiempo que fué eclesiástico secular y el de fundador de una nueva Congregacion.

Capítulo I.—Preludios de vida eclesiástica ejemplar de San Alfonso en su clericalado.....	40
Capítulo II.—Promocion de San Alfonso á los órdenes sagrados.....	46

	PAGS.
Capítulo III.—Tareas apostólicas de San Alfonso por el bien de las almas.....	51
Capítulo IV.—Prodigio acaecido en Foggia á San Alfonso con gran provecho de las almas.....	66
Capítulo V.—Bien espiritual que hizo San Alfonso en los alrededores de Amalfi y de Scala.....	71
Capítulo VI.—Diligencias que practicó y obstáculos que superó San Alfonso para fundar la Congregación del Santísimo Redentor.....	73
Capítulo VII.—Fundación y propagación de la Congregación del Santísimo Redentor, establecida por San Alfonso entre las espinas de las tribulaciones.....	85
Capítulo VIII.—Conducta de San Alfonso para su propia santificación.....	103
Capítulo IX.—Gobierno de San Alfonso como rector mayor de su Congregación.....	118
Capítulo X.—Ardor y afanes de San Alfonso para el cumplimiento del objeto primario de su instituto.....	141
Capítulo XI.—Misión de San Alfonso en Amalfi y en algunos otros lugares.....	162
Capítulo XII.—Renuncia y aceptación del obispado por San Alfonso.....	171

PARTE TERCERA.

Del estado de obispo.

Capítulo I.—Viaje de San Alfonso á Roma y á Loreto.....	177
Capítulo II.—Consagración y llegada de San Alfonso á su Diócesis.....	183

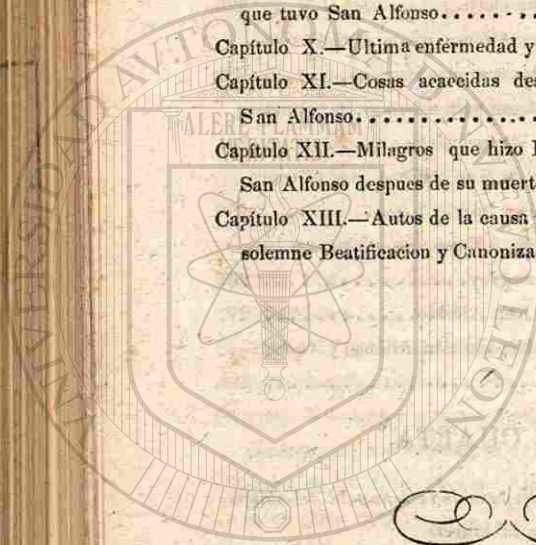
	PAGS.
Capítulo III.—Vida ejemplar de San Alfonso siendo obispo.....	188
Capítulo IV.—Exactitud de San Alfonso en el cumplimiento de los deberes del ministerio pastoral.....	204
Capítulo V.—Desvelos de San Alfonso por el buen ejemplo, doctrina y bondad de su clero.....	220
Capítulo VI.—Afanes de San Alfonso por la disciplina regular en los claustros de las sagradas vírgenes.....	236
Capítulo VII.—Celo de S. Alfonso para reformar las costumbres de su grey y remover los escándalos.....	241
Capítulo VIII.—Precauciones de San Alfonso para instruir y para afirmar en el bien á su grey.....	252
Capítulo IX.—Caridad de San Alfonso con respecto á las necesidades temporales de su grey.....	261
Capítulo X.—Enfermedad de San Alfonso.....	277
Capítulo XI.—Renuncia el obispado San Alfonso y vuelve á su Congregación.....	288

PARTE CUARTA.

Del estado de San Alfonso despues de la renuncia del obispado hasta la muerte.

Capítulo I.—Tenor de vida de San Alfonso en los primeros años despues de la vuelta á su Congregación.....	302
Capítulo II.—Últimos años de vida de San Alfonso.....	317
Capítulo III.—Fé de San Alfonso.....	329
Capítulo IV.—Esperanza en Dios de San Alfonso.....	364
Capítulo V.—Amor de San Alfonso hácia Dios.....	370

	PAGS.
Capítulo VI.—Caridad de San Alfonso hácia el prójimo..	375
Capítulo VII.—Castidad de San Alfonso.....	387
Capítulo VIII.—Humildad de San Alfonso.....	394
Capítulo IX.—Dones sobrenaturales, y fama de santidad que tuvo San Alfonso.....	401
Capítulo X.—Última enfermedad y muerte de San Alfonso.	411
Capítulo XI.—Cosas acaecidas despues de la muerte de San Alfonso.....	420
Capítulo XII.—Milagros que hizo Dios por intercesion de San Alfonso despues de su muerte.....	427
Capítulo XIII.—Autos de la causa de San Alfonso para su solemne Beatificacion y Canonizacion.....	436



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UEN

OTE